JOTA PERRICO

A LA HORA DE LOS MONSTRUOS

13

Isla Encanta, un lugar donde casi nunca ocurre nada. Hace veinticinco años dos niñas aparecieron muertas con signos evidentes de tortura. Tras su hallazgo, Rafael fue declarado culpable. Décadas después vuelve a casa de su madre a pesar del rechazo de sus vecinos y conoce a Ismael, un recién llegado a la isla cuya vida es idílica. O lo fue hasta que Rafael entró en ella… Perrico desgrana en su primera novela los hechos ocurridos en un rincón tan paradisíaco como inquietante, y nos sumerge en los oscuros lodazales de los personajes que lo habitan.

Jota Perrico

A la hora de los monstruos

Título original: *A la hora de los monstruos*
Jota Perrico, 2022

–

Revisión: 1.0
06/12/2022

Para Eli y Didier.

HUIDA

Las luces del paseo marítimo resaltan el mar a oscuras.

Ha llegado hasta los límites. Ante sus ojos se extiende una tundra negra y móvil que parece burlarse de él. Desplegadas en la orilla hay una veintena de barcas cubiertas con lonas, como cadáveres de una tragedia colectiva.

Ismael apoya su espalda contra la popa de una de ellas, de cara al mar. Necesita tiempo para pensar. El agua le lame los pies, penetra en sus zapatos. No le molesta. Le hace sentir vivo.

Tiene que actuar con rapidez. *No es momento para ponerse contemplativo*, se dice.

Debes escapar de esta isla, se apremia. *Solo hay dos maneras de huir*. Ante la imposibilidad de que le salgan alas, la opción es evidente.

Salvo una breve experiencia en kayak, hace ya bastantes años, en su vida ha conducido una barca. Ni siquiera sabe si al hecho de llevar una barca se le llama conducir. La ocurrencia le hace esbozar una sonrisa que pronto se desvanece. Oye el ladrido de un perro y, por instinto, pega con más fuerza su espalda a la madera de la barca, carcomida por la humedad. Escucha con atención, con el objeto de detectar cualquier sonido que pudiera surgir de las calles empedradas, pero desde donde está, tan cerca de la rompiente, le resulta imposible oír otra cosa que no sea el mar.

Su interés regresa a la barca. *Es tan buena como cualquier otra*, decide, estudiando la hilera de embarcaciones, dispuestas en la playa como ofertas en un mercado. Se encoge un poco más y mira hacia la proa. Ve la cuerda extendida que acaba en un nudo que constriñe un sólido pilar anclado con firmeza en la arena.

Nunca ha sido bueno con los nudos. Ni haciéndolos ni deshaciéndolos. Y la cuerda es gruesa. Aun así, titubeando, se obliga a salir de su escondite. Antes de hacerlo barre con la mirada el ancho del paseo marítimo y más allá; hacia el pueblo.

La sensación de ser observado le eriza la piel.

Oculto tras la lancha, se arrastra con la cabeza hundida contra la arena. Su respiración provoca remolinos y los granos se introducen en su nariz y rebozan

su boca, reseca tras una huida que ya dura varias horas. El tramo hasta el principio del cabo se le hace eterno y la maniobra de desatar la cuerda del poste le puede hacer visible, vulnerable. En parte, desearía seguir escondido. No puede evitar la sensación…, la certeza, de ser observado.

Vuelve a oír el ladrido de un perro. Un coche gira la rotonda y encara el paseo. Al verlo, se detiene; la arena abraza su contorno. Desearía hundirse bajo ella. El coche avanza con lentitud. Sus faros, como los focos de una prisión, iluminan parte de la playa y las paredes encaladas de las casas que se encuentran en primera línea de mar. Frena.

Se arrima de forma dolorosa contra el costado de la barca hasta casi colarse bajo ella. Se pregunta si su presencia se evidencia desde la cabina del vehículo, detenido frente a él. Tal vez con un poco de precisión, enfocando la vista, puedan verlo. Aguanta la respiración. No distingue a sus ocupantes, fagocitados por la oscuridad que reina en el pueblo a pesar de la luz de las farolas del paseo. Los imagina oteando la playa. El coche permanece varios —*¿segundos, minutos?*— inmóvil en la calzada. Durante ese tiempo no se da cuenta de que ni siquiera oye ya el rumor del mar a su espalda. Cierra los ojos y espera, deseando que el conductor decida arrancar. Está convencido de que lo han visto. Que saborean ese momento del felino que, sin prisa y sabiendo a su presa atrapada, decide regalarle unos instantes.

Por fin, el coche arranca. Lo ve desaparecer con la misma parsimonia con la que apareció. Lo ve tomar la segunda rotonda al final del paseo. Observa cómo lo devora la oscuridad al volver al interior del pueblo. Como prueba de su existencia, el reflejo de las luces traseras, que pierden intensidad hasta acabar extinguiéndose como la llama de un hornillo al que se le acaba el gas.

Durante unos segundos permanece hundido entre la arena y la quilla de la barca, incapaz de mover un músculo. Observa la calle que ha tomado el vehículo. Hace acopio del poco valor del que dispone y vuelve a deslizarse hacia el nudo de proa.

Cuando llega a su altura, con precaución, asoma la cabeza por encima del borde de la barca escrutando el paseo para asegurarse de que nadie merodea. Por primera vez es consciente de la brisa que mece los plataneros y las palmeras de la avenida cuyas ramas fustigadas parecen entablar una discusión con el rumor de las olas. También es consciente del olor a sal y a algas. Todo parece tranquilo. Pero es una calma engañosa. Extiende los brazos hacia el nudo y sus manos comienzan a trabajar en él y echa de menos algún instrumento cortante porque sus dedos se muestran torpes, entumecidos por la humedad, la inexperiencia y el miedo. Por fin, logra aflojarlo. Sus movimientos se vuelven frenéticos con el objeto de acabar cuanto antes la tarea. Esos segundos se le hacen eternos. Introduce la punta de los dedos entre los huecos del lazo. El nudo cada vez más flojo pero reticente aún a deshacer el abrazo que lo une al agarradero de la barca. El lazo es duro, está húmedo y

lleno de arena y se atora y se encalla. Al fin, el cabo capitula y cae al suelo, como una serpiente sin cabeza.

Una vez deshecho el nudo, cae en la cuenta de que no ha comprobado en qué estado se encuentra la barca. Sin dejar de vigilar el paseo, comienza a deshacer los nudos que fijan la lona. Se resisten menos, pero su tensión va en aumento al igual que el enfado consigo mismo por creer que ya estaba todo hecho. Desata la lona de las agarraderas sin dejar de lanzar miradas inquietas al paseo que continúa abandonado y silencioso. Conforme van quedando menos nudos, la brisa levanta la tela y puede ver lo que esconde: dos remos, un cesto sin tapa y lo que parece un resto de red. Una vez apartado el cobertor comprueba el suelo de la barca. Parece en buen estado. En todo caso, si no lo estuviera, morir ahogado le resulta un destino más apetecible que el que lo espera en tierra. No tiene tiempo que perder. No quedan opciones. Quedarse en la isla significa la muerte segura. Está convencido.

Lo sabe. Lo ha visto. *Rafael está muerto*, piensa. *Y su madre. Y Adrián, puede que también… Como lo estarás tú si no sales cagando leches de este trozo de roca*.

Una vez comprobado el interior de la barca, impelido por una urgencia que le insufla valor, comienza a empujarla desde proa. La arena retiene el avance. Empuja con todas sus fuerzas, se muerde los labios ahogando los gemidos provocados por el esfuerzo que pugnan por salir de su garganta. Se mueve unos centímetros.

Un descanso. Empuja de nuevo. Esta vez la barca se desplaza el doble de espacio, liberada del cimiento de arena que la anclaba. Sigue empujando, la barca se detiene. Vuelve a empujar. No se mueve. Pasa a popa. Casi cae al tropezar con la tensa cuerda atada a las boyas que conforman los carriles de salida al mar. Se incorpora como puede. Estira. No se mueve. Vuelve a estirar. No se mueve. Vuelve a estirar.

Su cuerpo doblado casi en arco. Su cabeza rozando la arena. La resistencia de la barca cede. Descansa. Nuevo vistazo al paseo, oculto tras la popa. Nuevo estirón.

Esta vez la barca se mueve tanto que la inercia le hace caer. La orilla está muy cerca. El agua salpica su base, ya llega a la mitad. Pasa a proa. Empuja. Se mueve, despacio debido al peso de la estructura, pero la resistencia es mínima.

De espaldas, no puede ver cómo el enorme grupo emerge de la oscuridad. En silencio, de camino a la playa. Varias calles dan al paseo y de todas ellas se derrama una multitud. Cuando está a punto de caerle encima, una intuición lo obliga a mirar por encima de su hombro.

Un enorme rugido coral ahoga el rumor de las olas. Segundos antes de ser atrapado, Ismael se pregunta, una vez más, en qué momento se jodió su vida.

UNA ISLA

La gaviota aterrizó con suavidad y elegancia sobre la arena. Una vez en tierra, sacudió un par de veces las alas, las mantuvo desplegadas un segundo y volvió a plegarlas alrededor del cuerpo. Ismael estaba tumbado sobre una toalla, desnudo.

No era la primera vez que la gaviota se encontraba con él. El hombre llevaba varios días visitando la zona y pasado el natural periodo de recelo se acostumbró a su presencia. Mientras caminaba con fingido aire de despreocupación, lanzando miradas de reojo, Ismael se dio la vuelta y le sonrió.

El gesto le pareció poco tranquilizador, por lo que decidió desviarse y volar hacia un montículo de arena próximo para observarlo con más atención y calcular las posibilidades de sufrir un ataque.

El hombre tomó un libro que estaba a su lado, lo hojeó y al momento lo lanzó con negligencia sobre la arena, lo que provocó que, por instinto, diera un pequeño brinco y aleteara un par de veces sin remontar el vuelo.

Su orgullo le impedía abandonar la cala. Había nacido ahí. Formaba parte de sus dominios y el hombre era un intruso. Debería agradecerle que le permitiera estar en su casa.

Ismael estuvo un rato tumbado boca abajo con el cuello erguido mirando el paisaje. Cuando se cansó de esa posición, hundió la cabeza en el hueco de su brazo izquierdo.

La gaviota tomó nota de sus movimientos, concluyendo que no conocía a su rival lo suficiente como para descifrarlos. Decidió no acercarse demasiado a pesar de la curiosidad que le provocaba. Como no se había mostrado en exceso agresivo, optó por hacer ostentación de un comportamiento igual de mesurado pero elocuente. Así que emitió un graznido, desplegó las alas e hinchó un poco el pecho. Se quedó así unos segundos, volvió a su estado de reposo inicial

y alzó la cabeza con arrogancia.

Su altivez transmutó en decepción al comprobar que sus maniobras habían sido ignoradas por su oponente, que permanecía ajeno a ellas. Por fin, se convenció de que no valía la pena dar tanta importancia a la presencia de un ser tan insignificante. Bajó el montículo de un salto, y volvió al nivel inicial, en tierra, muy cerca del agua, maniobra que pareció provocar una respuesta en el hombre, que se dio la vuelta y se incorporó para sentarse de cara al mar. Apartó sus ropas descubriendo una mochila. La gaviota volvió a tensar sus nervios mientras le observaba trasegar en el interior de la bolsa. Graznó al ver que extraía algo de ella. Sabía que los de su especie poseían herramientas que empleaban para dañar, pero el maldito orgullo de gaviota la obligaba a permanecer en su sitio, monolítica y expuesta. El vientre se le aflojó. La resaca de una pequeña ola actuó como eficiente servicio de limpieza, recogiendo el excremento para diluirlo al volver al mar.

Ismael encendió un cigarro, guardó el paquete de tabaco y el mechero en la mochila y se tumbó sobre la espalda, exhalando el humo.

Para la gaviota, ver al hombre bocarriba, mostrándose vulnerable, era una clara señal de claudicación. Aquella nube que salía de su boca tal vez fuera una manera de pedir clemencia. Y así lo entendió. Emitió varios graznidos celebrando su victoria, desplegó sus alas y se elevó, dejando atrás a su rival, vencido e inerte.

Y ascendió sobre la gran extensión de pinos y matorrales que rodeaban la cala.

Planeó sobre el mar, liso como una sábana, bajo un sol que teñía el agua con temblorosos reflejos dorados semejantes a monedas en el fondo de un pozo. Sobrevoló los pequeños islotes que emergían sobre la superficie, luciendo las cicatrices de sus minúsculas grutas que les proporcionaban el aspecto de enormes esponjas.

Y no fue consciente de que en ese momento Ismael se incorporó sobre la arena y que al mirar esos mismos islotes imaginó un bajel pirata atiborrado de aguerridos filibusteros bañados en ron.

La gaviota viró hacia tierra y observó las pequeñas granjas aisladas y los chamizos solitarios que se esparcían aquí y allá y sobrevoló el pueblo blanco y su paseo marítimo y, con un vuelo rasante, volvió al mar para planear sobre las barcas, con su pintura gastada y sobre los pescadores, que faenaban con sus redes, a los que graznó con severidad, advirtiéndoles que no les convenía rondar su coto. Y se alzó y se alzó y contempló la isla; una ballena varada en medio del océano. Su reino.

EL PUEBLO

Dos horas después, Ismael se preparó para volver al pueblo. Escaló, con la mochila al hombro, la pedregosa pared que llevaba al pinar donde había dejado la bicicleta. Desató la cadena con la que tenía anclada a un árbol una de las ruedas y, agarrado al manillar, observó la bahía natural que se abría ante él. La arena blanca contrastaba con el tono verdoso del agua en calma. Aspiró el aire, llenando sus pulmones con la esencia del mar. Sentía en su piel la suave caricia del sol, de la brisa marina y la sal. Subió a la bicicleta y ascendió por la pendiente que conducía a un sendero cubierto por una densa moqueta de agujas de pino. Mientras pedaleaba escuchaba el espeso sonido de las ruedas al girar sobre la pinaza que contrastaba con el tenue deslizar líquido al circular sobre la arena cuando el camino se despejaba. Este finalizaba de forma abrupta en la carretera de curvas que conducía al pueblo. Comenzó el descenso. El tráfico casi era inexistente. Los pocos vehículos que vio hicieron sonar sus cláxones a modo de saludo que él devolvía, alzando una mano y llevando perfecta cuenta de todo aquel con el que se cruzaba.

Al girar un recodo de la carretera, la visión del pueblo se abrió ante él. Pequeñas edificaciones amontonadas en el interior de la bahía como embarcaciones a la deriva que se apiñaban alrededor de la colina donde se erigía la iglesia, guiadas por el faro de su campanario.

La carretera serpenteaba con una serie de curvas que hacían que el pueblo apareciera y desapareciera con una cadencia de espejismo. Había algo musical en ese descenso hacia las entrañas del pueblo cada mañana que volvía a él procedente de sus vagabundeos.

El trayecto desembocaba en el paseo marítimo, única concesión burguesa que se permitía la comunidad, limitado por dos rotondas, hábitat natural de una colonia de gatos que eran la causa principal de los escasos atascos de tráfico que se producían. No era raro el día en que los conductores tenían que salir del interior de sus vehículos para espantar a los animales y poder dejar la calzada despejada.

Enmarcaba el paseo una pequeña playa. La arena socavada por el peso de las barcas de los pescadores, cuyo lecho esperaba su vuelta. Una playa huérfana

de bañistas pues bien sabido es que, en una localidad pesquera, el mar solo significa trabajo. Incluso los más jóvenes, cuyo sustento no estaba relacionado con el mar, parecían vivir de espaldas a él y solo los turistas, pocos, usaban la arena como diván para olvidar sus problemas. La gente del lugar observaba con una mezcla de curiosidad y extrañeza condescendiente las escasas ocasiones en que un recién llegado se tumbaba al sol o braceaba en el agua, y solo el que lo dejaba de hacer era aceptado. Ismael, uno de esos recién llegados, consciente de ello, siempre se iba a otro sitio cuando le apetecía tomar el sol y bañarse. Y aunque todos en el pueblo sabían lo que había estado haciendo, el hecho de no mostrarse en público de forma tan indigna era motivo de respeto. Así lo pensaba Pedro, el alcalde, que hablaba con el vigilante de las plazas de *parking* del paseo marítimo, función innecesaria puesto que apenas llegaban turistas y los vecinos no solían aparcar en la pequeña explanada marcada con franjas que para lo único que servían era para delimitar el aire entre ellas. Al pasar a su lado, los dos hicieron una pausa en sus planes de optimización de tan deslustrado espacio para saludarlo con un *nosequé* de compinches y luego volvieron a enzarzarse en la discusión que tan difícil cuestión provocaba.

También lo saludó el único barrendero del pueblo que a su paso cubrió con su escoba las colillas y las hojas caídas de los árboles, protegiéndolas con el celo de una oca que guareciera a sus crías bajo su ala. La mujer que, en el pórtico de su casa, abría la hornacina de una virgen del mar para cambiar unas flores marchitas, le sonrió. Al verlo pasar, el camarero del bar de la plaza agitó un trapo húmedo con el que se disponía a limpiar las mesas de la terraza. Sentado en una de ellas, Thierry lo conminó a que se detuviera para tomar un café, elevando su propia taza con una sutil indicación. Ismael rechazó con cortesía la invitación proponiendo otra a cambio: «¡Nos vemos a la hora de comer!», le gritó sin dejar de pedalear mientras Thierry asentía levantando un pulgar.

Por fin llegó a la librería. Se bajó en marcha, frenando con las suelas de las chanclas, dejando la bicicleta apoyada en la pared y extrayendo las llaves del bolsillo de su pantalón, todo en un único movimiento. La mayoría de los comercios estaban abriendo y mientras levantaba la persiana del local se sucedían los saludos y las bromas referentes a su *turisteo* en la cala, resaltando lo evidente de su condición de *adoptado adaptado*. Bromas y chascarrillos replicados por Ismael con equivalente buen humor.

El haz de luz procedente de la calle taladró la oscuridad del interior de la librería.

Lo primero que sintió fue el olor de los libros dándole la bienvenida. Encendió las luces del local y entró. Estanterías abarrotadas se elevaban a un lado y a otro. Arrastró la bicicleta hasta el fondo de la tienda y, con el muslo, chocó contra la mesa de *recomendaciones*, volcando unos cuantos volúmenes que se encontraban en varios atriles, prometiéndoles a los autores que volvería

a colocar sus obras en cuanto dejara la bici en su sitio. Apartó una cortina que daba a una escalera que conducía a su domicilio. En su hueco, una puerta con un cristal esmerilado daba a un pequeño patio. Como el foco que iluminara el escenario vacío de un teatro, una franja de luz natural delataba su existencia. Frente a la escalera, otra puerta conducía a una habitación que utilizaba de almacén. Introdujo la bicicleta en su interior. Subió al piso. Un salón con una cocina americana. La estancia era luminosa gracias a una puerta acristalada que daba a un balcón. A mano derecha se accedía a la habitación, una pequeña *suite* con lavabo, con un armario y una minúscula ventana. Y eso era todo, no necesitaba más. Salvo algún cuadro, no tenía adornos.

A no ser que se considerara como tal la vieja perra tuerta que bajó del sofá con aire de fastidio. Adormilada, se sacudió la pereza de la cabeza al rabo y trotó hacia él para saludarlo con la evidente y penosa carga de la artrosis en cada una de sus patas.

—Ziggy, rebosas vida —saludó Ismael, acariciándola con la vana esperanza de desprender, como si fueran pulgas, los años acumulados sobre su lomo.

THIERRY

Thierry, como Queequeg, era el mejor amigo de Ismael y la primera persona con la que entabló una relación estrecha al poco de desembarcar en la isla. Había sido un trotamundos hasta que decidió que ese trozo de tierra en medio del mar se iba a convertir en su particular cementerio de elefantes. Como le dijo un día con su acento francés, *desidí que aquí moguiguía*. Se sentía muy orgulloso de sus raíces, hasta el punto de hacer sospechar a Ismael que, tal vez, forzaba su acento un poquito más de lo necesario.

Eran unos amigos extraños. Apenas coincidían en sus gustos u opiniones; discutían casi por cualquier motivo pero, a pesar de todo, siempre llegaban a acuerdos en torno a aquello que los dos consideraban importante. De esta forma, la sangre nunca llegaba al río.

Nadie sabía con exactitud a qué se dedicaba Thierry, ni de dónde venía. Había quien aseguraba que se encontraba oculto en la isla después de haber delatado a su antigua banda de traficantes. También circulaba una variación de esa misma historia que mutaba el exilio voluntario por un acuerdo con la Policía, que lo había convertido en un testigo protegido después de traicionar a sus compinches. Debido a ciertos comentarios que hacía y que podían interpretarse realizados bajo la influencia de una latente misoginia, se comentaba entre susurros que llegó a la isla huyendo de un crimen pasional cuando perdió la cabeza al descubrir a su mujer con un amante. Incluso se rumoreaba que su nombre no era el que constaba en su partida de nacimiento.

Aunque no tenía ningún rubor a la hora de explicar con todo lujo de detalles ciertos capítulos de su pasado, Thierry prefería esparcir la duda y las conjeturas en lo concerniente a su presencia en la isla y nadie sabía la verdad. Ni siquiera su círculo de confianza, que incluía a Ismael. Una parte de esa realidad resultó ser mucho más prosaica pues pocos podían imaginar que era el producto de una familia adinerada con un futuro blindado. Una oveja negra a la que los suyos consideraron agradecerle que se mantuviera alejado de ellos con la asignación de una buena dote a cambio de que evitara a toda costa seguir manchando su apellido.

Cuando hablaba, todo el mundo callaba. Su historia estaba llena de

recovecos y huidas hacia adelante, una historia explicada por cada uno de los tatuajes y cicatrices que lucía en su cuerpo. Su vida había sido azarosa, comenzando su andadura delictiva como un ratero callejero de tres al cuarto, traficante de hachís después, ladrón de bancos más tarde y guardaespaldas de un narcotraficante turco al final. Solo cuando, como suele decirse, sus huesos dieron a parar a prisión, hizo acto de contrición y se prometió a sí mismo que nunca volvería a estar entre rejas.

Tras una breve estancia en Chile, donde recaló siguiendo la estela de una prostituta de la que se había enamorado —y a la que ingenuamente intentó llevar por el buen camino pero que a punto estuvo de provocar que él perdiera el suyo—, decidió regresar a casa, resolviendo por fin quedarse a medio camino y echar raíces en la isla. Sin duda, su familia, respiró aliviada.

—¿Y cómo te va con tu novia? —preguntó Thierry, sin disimular una sonrisa.

—Que no es mi novia. —Ismael lanzó desmañadamente sobre el plato vacío la servilleta que estaba utilizando al tiempo que contestaba con el aire hastiado de quien ya ha tenido que lidiar antes con esa misma cuestión.

—¿Cómo tienes la tapa del váter? Si sueles tenerla cerrada es que la ves demasiado, luego es tu novia —aseguró, con la mirada retadora del que espera la osada negación de una evidencia.

—De acuerdo —concedió Ismael, derrotado—, la tapa siempre está cerrada.

—Qué gilipollas eres. ¡Pero si le pediste que vivierais juntos! —rio, volviendo su atención a los escasos transeúntes que frecuentaban la plaza—. Tiene un culo de infarto, eso hay que reconocerlo.

Al otro lado de la plaza, un ciclista hizo sonar el timbre y levantó un brazo. Los dos devolvieron el saludo alzando una mano.

—Allá va —indicó Thierry—. Va detrás de Rosa. Ella entra a trabajar ahora en la perfumería. El tío pasa por aquí cada tarde, puntual. Podrías poner en hora tu reloj.

Los dos observaron cómo el ciclista desaparecía tras una esquina.

Desde los bafles instalados en la terraza, Bob Marley cantaba *Stir it up* mientras cada uno centraba su atención en puntos diferentes de la plaza, moviendo la cabeza al ritmo de la música.

—Por cierto —recordó Ismael—, estoy pensando hacer otra noche *arty* en la librería. Creo que el viernes que viene.

—¿Quieres que toquemos? —preguntó Thierry, de repente interesado. Ejercía de cantante en un grupo local.

—Lo había pensado. Leire me ha sugerido el grupo del panadero, Supersuckers o Superfuckers o algo así. Podríamos hacer un programa doble.

—¡Vete a la mierda! —bramó el francés, dando el último sorbo a su café con hielo—. No pienso compartir escenario con nadie que se llame así. Suena

a grupo punki surfero californiano.

—De acuerdo —concedió—, el nombre no invita mucho, ni siquiera para tocar en la librería, pero tampoco es que os salgan muchos bolos. No creo que estéis en condiciones de rechazarlo.

Esta vez le tocó a Thierry transigir con la realidad en forma de callada por respuesta. A través de los bafles, Marley atacó con los primeros compases de *No More Trouble*.

—¡Eh, Isma! —los dos giraron la cabeza—, ayer acabé el libro que me recomendaste. ¡Muy bueno! Esta tarde paso por la tienda para comprarte otro.

—Vale —aprobó Ismael, tratando de recordar el libro al que hacía referencia el cliente satisfecho. No lo consiguió—. Te dije que te iba a gustar. Pásate cuando quieras.

—¡Adiós, Thierry!

Saludaron alzando el brazo, sin dejar de mover la cabeza al ritmo de Bob.

—Tenemos nuevas canciones —anunció Thierry, Bob Marley dio la alternativa con brusquedad al insistente riff de contrabajo de *Step Right Up*. Al escuchar a Tom Waits, a Ismael le apeteció un cigarro—. Tienes que escucharlas, hemos mejorado mucho.

—Estoy seguro.

El grupo de Thierry hacía una mezcla de *Blues-Jazz-Rock* que a Ismael le entusiasmaba y, aunque como cantante no pasaba de ser voluntarioso, su amigo le parecía un estupendo *frontman* que compensaba sus carencias vocales con una muy buena presencia sobre las tablas. Le divertía el grupo y le gustaba su música. Durante una época llegó a considerar, incluso, la posibilidad de representarlos, repartiendo sus maquetas por varios locales del Continente y negociando alguna actuación. Nunca tuvo demasiada suerte y sus aspiraciones fueron diluyéndose al mismo tiempo que la ilusión de los músicos. Ahora tocaban para divertirse, objetivo que chocaba con las aspiraciones de Thierry de hacer algo destacable en el circuito de clubs. Este conflicto de intereses estuvo a punto de llevarlos a la ruptura, pero Thierry transigió porque el grupo había acabado siendo una de las pocas cosas buenas que había tenido en su vida. Y por su bien, Ismael deseaba que continuara.

—Bueno —anunció Ismael, desperezándose y dejando un billete sobre la mesa—, tengo que marcharme, he quedado con Leire antes de abrir la tienda.

—Te acompaño. Necesito dar una vuelta para bajar la comida —dijo Thierry, conteniendo a duras penas un eructo. Después escupió sobre el suelo de la terraza.

—¡Mira que eres cerdo!

—¿Te ha salpicado? ¡Ay, Dios! —añadió, propinándole un palmetazo en la frente que sin duda consideraba necesario—. Cada día que pasa te vuelves más maniático.

Salieron de la plaza. Thierry extrajo un porro de marihuana de su paquete

de tabaco.

Pilar pasó por su lado con la mirada fija en los adoquines de la acera. Thierry se detuvo. Ismael, sorprendido por la brusca frenada de su amigo, se paró unos metros por delante. Observó cómo escupía en las piedras que la mujer acababa de pisar con sus sandalias deslustradas. Después, el francés retomó la marcha para volver a ponerse a su altura.

—¿Qué? ¿Dando una limosna a los pobres? —preguntó Ismael, señalando el espeso esputo que ya se filtraba por las juntas de los adoquines.

—Es lo único que merece esa zorra.

Sonrieron al unísono —Ismael se preguntó por qué— y reanudaron juntos el camino hacia la librería como dos recién llegados a Nantuquet para enrolarse en el Pequod. Ismael no pudo evitar pensar en lo irracional de todo odio aprendido. Él mismo despreciaba a esa mujer por simple asimilación. Conocía algo de su historia —todo de oídas— y una pequeña porción de los motivos por los que gran parte de la gente la odiaba. No vivía en el pueblo cuando los hechos ocurrieron, pero actuaba como todo el mundo. Desde luego, Pilar le producía un intenso rechazo, tal vez provocado por su mutismo ante los saludos, por su evidente mala educación, por la férrea obcecación en concentrar todo su interés en los adoquines de la calle al paso de cualquier ser vivo racional y, en fin, por su aparente excentricidad. Lo cierto es que la detestaba. Pero no estaba seguro si aquel cúmulo de impresiones eran suficientes para hacerlo porque, ¿qué puede esperarse de una persona cuando sus vecinos escupen el suelo que pisa?

Al pasar de largo la perfumería y la bicicleta apoyada en su entrada, ya había olvidado a Pilar.

LEIRE

Leire ojeaba un libro mientras Ismael escuchaba la maqueta en casete de los Mothersuckers. De vez en cuando desviaba su atención del texto, pendiente de posibles gestos de aprobación o de rechazo por su parte. Consciente de ello, él mantuvo su cara de póker durante la audición. Quería hacerla sufrir un poco. Para su sorpresa, el grupo era aceptable. Una mezcla de la Credence con Sigue Sigue Sputnik —si algo así era posible—, salida de una realidad alternativa.

Ismael conoció a Leire al poco de abrir la librería. Entró una tarde en la tienda con su cámara al cuello, con más curiosidad que interés literario. Él se encontraba en esos momentos colocando una remesa de libros en las estanterías. Nunca olvidaría la silueta de su cuerpo recortada contra la luz de la calle.

Tras una torpe presentación por su parte y una insulsa conversación sobre los gustos literarios de cada uno, a ella le brillaron los ojos cuando le explicó su modelo de negocio.

—Me parece muy bien que quieras hacer conciertos en el local —observó, mostrando una sutil delicadeza al no hacer referencia a las *veladas musicales*, término que, por el brillo de sus pupilas y el casi imperceptible mohín de sus labios, había estado a punto de provocar su hilaridad. Temió que se diera la vuelta y desapareciera por donde había entrado al tomarlo por el típico cretino de ciudad con aires de grandeza que creía indicado, en el marco de una comunidad rural, referirse a un concierto como una *velada musical*—. Aunque es una comunidad pequeña, te sorprendería la cantidad de gente joven, y no tan joven, que tiene su grupito para combatir el aburrimiento. Si la cosa va bien no te va a faltar personal que quiera tocar en el local. Si quieres puedo correr la voz —se ofreció, con entusiasmo.

Y así fue como en una librería se acabó hablando de música.

Hacía un buen rato que Leire había perdido el interés por el libro elegido al

azar de una de las estanterías. Observaba, divertida, la forma con la que Ismael fingía no darse cuenta de que esperaba su opinión, impostando lo que él creía que era una gélida mirada de jugador de póker. Desde hacía un buen rato sabía que la maqueta le estaba gustando y aguardaba con paciencia que verbalizara una opinión favorable. Ese empeño fatuo de hacerla sufrir solo despertaba su ternura.

Cuando se conocieron, ya hacía unos años que ella había vuelto a la isla. Sus padres la habían enviado al Continente con la hermana de su madre, que se ofreció a acogerla cuando apenas contaba quince años. Su vida podría haber sido diferente si lo que ocurrió durante su adolescencia no les hubiera afectado hasta el punto de verse obligados a desprenderse de ella. Estaba enamorada del pueblo y le costó aceptar que la obligaran a abandonarlo. Salvo alguna visita esporádica y obligatoria —para Navidad o algún funeral—, la mantuvieron alejada de la isla y de sus vidas.

Sentía que la ocultaban, que la movían sobre el tapete con la premura de un trilero mareando una bola, *ahora está, ahora no está*. Acabó sus estudios en el Continente y consiguió un trabajo como fotógrafa. Después conoció a Blas, al que enterró tras fallecer en una colisión de tráfico que a punto estuvo de quitarle la vida a ella también.

Leire era adoptada. Había sido una niña muy querida. A menudo sobreprotegida, hasta el punto de malcriarla. Su educación resultó difícil. Era rebelde y descarada.

Tras el fallecimiento de su novio, sus padres se sintieron culpables por la supuesta responsabilidad que ellos hubieran podido tener en todo lo ocurrido. Nunca habían logrado domarla. Siempre había sido una niña difícil y su paso a la madurez no logró dulcificar, ni mucho menos, su carácter. Algo que causaba consternación en un hogar tan católico, apostólico y romano como aquel.

La relación con su tía tampoco fue fácil. La mujer llamaba en numerosas ocasiones a su hermana para quejarse. Un mero desahogo, porque la decisión de mantenerla alejada de la isla era firme por parte de la familia al completo. Lo que ocurrió les pasó factura a todos ellos.

Un profundo manto de dolor, de silencio y de vergüenza se cernió sobre el hogar de sus padres desde el mismo momento en que lo abandonó. Se dieron cuenta de que, a pesar de su esfuerzo por proteger y comprender a su hija, habían fracasado.

Sintieron que su pequeña había muerto, tal y como demostraba el afán supersticioso por mantener intacto su cuarto. El cuarto de una niña de quince años muerta.

Su padre acabó desarrollando un cáncer de páncreas. Su madre siempre pensó que la enfermedad guardaba relación con lo que les pasó a Leire y a sus amigas.

Cuando el cáncer lo mató, ella se suicidó tras consumir una sobredosis de

antidepresivos. No distó más de un mes y medio entre una muerte y la otra.

Todo el mundo coincidió en que semejante cadena de acontecimientos fueron tristísimos y que en aquella casa parecía haberse instalado la tragedia.

En el funeral de su madre, Leire se refugió tras unas gafas de sol, aunque sus ojos estaban secos. Jamás les perdonó que la desarraigaran.

Pero, por fin, podía hacer lo que se le antojara. Se despidió de su tía, volvió al pueblo y se recluyó en la casa donde se crio. Al abrir la puerta por primera vez, notó el aire viciado, no porque la casa hubiera estado cerrada a cal y canto sin airear durante demasiado tiempo. El ambiente exudaba tristeza. Se podía palpar.

Una vez instalada, decidió tirar todas sus pertenencias de adolescente al cubo de la basura. Arrancó de las paredes de su antigua habitación los pósteres de sus ídolos de juventud, se deshizo de varios peluches descoloridos. Quemó varios escritos pueriles que encontró y gran parte de sus primeras fotografías como aficionada; solo conmutó la pena a dos de ellas en las que aparecían Inés y Natalia. Los Ángeles de Isla Encanta.

Ismael detuvo la reproducción de la maqueta al ver cómo el rostro de Leire se ensombrecía por momentos. Su ánimo, por algún motivo, se vino abajo. Le ocurría a menudo y en esas ocasiones costaba mucho hacerla volver a su estado previo.

—Bueno, están bastante bien —concluyó.

—Te dije que te gustarían —le contestó ella, despertando de su letargo con la resaca de una expresión aturdida en el rostro.

—¿Hablas tú con ellos o lo hago yo?

—Iré a buscar a Álex y lo traeré para aquí.

—¡Quién iba a decir que el panadero iba a cantar tan bien! Lo han tenido muy escondido, no sabía que esta gente tocara.

—Llevan tocando unos siete u ocho meses —apuntó, dirigiéndose a la puerta del local y mirando al exterior—. Ensayan por la noche, mientras hace el pan. Les sobra tiempo, y el horno, al estar en un sótano, está bastante insonorizado.

—Es un milagro que no despierten a los vecinos con esa mezcla de tecno-cyber-rock-androll-steam-punk que hacen. Si surge alguna tribu urbana en torno a ellos me gustaría saber qué aspecto tendrá. ¿Te lo vas a llevar? —preguntó, mostrándole el libro que había dejado boca abajo sobre la silla donde estaba sentada.

—No, tengo varios todavía para leer, solo incrementaría el montón.

Ismael miró su reloj.

—Bueno, vamos al bar a tomar un café. Te invito —dijo, sacando de debajo del mostrador la caja metálica donde guardaba la recaudación. Cogió

un billete y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—¿Cierras?

—¿Para qué? Desde la terraza puedo ver si alguien entra.

Leire alcanzó el pequeño bolsito de tela colgado del respaldo de la silla. Tenía dudas en torno a Ismael. Nunca había sentido la pasión que sí había experimentado con Blas. Se podría decir que su relación era más madura y serena.

Adjetivos que le parecían meros eufemismos usados para no herir susceptibilidades. Quizá los términos más exactos para definir su vida en común fueran rutina y conformismo. En sus comienzos le pareció que las cosas estaban como ella quería. Necesitaba calma y serenidad. Él era sinónimo de ello. Durante un tiempo había decidido alejarse de todo lo que la había rodeado, pero empezaba a sentir que necesitaba un poco de acción. Se aburría.

Ismael calibró las opciones que tenía para levantar los ánimos de Leire. Decidió que eran pocas. En la última época, *La Sombra*, como él aludía en privado a su ensimismamiento, se dejaba notar con demasiada frecuencia hasta el punto de que podía estar horas enteras sin hablar. Esa sensación lo incomodaba en extremo y llegó a plantearse acabar con la relación que, de todas formas, no parecía llevar a ningún sitio. Ella se había negado a vivir juntos cuando él se lo insinuó. En un principio se sintió molesto. Pasado un tiempo, aliviado. Además de convencerse de que se había precipitado, tampoco habría sabido cómo bregar con esa sensación de estar a años luz de ella, demasiado lejos para saber lo que le pasaba por la cabeza. Tenía la impresión de que, pese a que el accidente de su exnovio ocupaba buena parte de sus pensamientos, en su interior subyacía un blindaje que no podría penetrar jamás. Tampoco tenía claro hasta qué punto llegaba su interés por sumergirse en su mente. Leire guardaba algo en su interior con la avaricia con la que se oculta un tesoro. No le gustaba. No le gustaban los secretos ni exigir que se los revelaran.

Salieron al calor del exterior hacia el bar de la acera de enfrente y se cruzaron con Pilar que, como era habitual en ella, pasó por su lado contando los adoquines del suelo. Ismael confirmó algo de lo que ya se había percatado. Cada vez que coincidía con Leire —y siempre parecía ser por accidente—, la mujer apretaba el paso.

La sensación de premura se acrecentó al observar que Pilar ya tenía dispuestas en la mano las llaves de su casa para no perder tiempo buscándolas

en el pequeño bolso que llevaba cruzado en el pecho. Ismael contempló de reojo cómo Leire la miraba. Por lo general, la mayoría de las personas lo hacían con desdén o emitían algún comentario burlón o amenazante sin preocuparse en exceso del volumen.

Leire, en cambio, adoptaba una postura erguida y lucía una profunda mirada retadora. Su desafío, pese al silencio con el que se mostraba, era mucho más ruidoso que cualquier exabrupto.

PILAR

Cada vez que veía a Leire, Pilar sentía que se deshacía por dentro. Cualquier día temía acabar tirada en la calle hecha un gurruño, como la carcasa de un muñeco de felpa que hubiera perdido su relleno. Entró en su casa de un salto, aunque intentó que no se le notara el pánico. Cerró la puerta evitando dar un portazo innecesario. Debido a la precipitación, las llaves cayeron al suelo. Las recogió y, al erguirse, el dolor que sintió en el costado le recordó a Goyo. Al fondo del pasillo vio su figura, dispuesta a abalanzarse sobre ella. Por supuesto, no estaba ahí. Goyo estaba muerto. Por mucho que los dolores que sintiera en su cuerpo se empeñaran en resucitarlo.

Caminó por el estrecho pasillo frotándose el costado dolorido. Entró en la cocina y dejó la bolsa, con su escasa compra, sobre la cuarteada encimera. El costado le palpitaba debido al latigazo y se dirigió al comedor para sentarse en su sillón.

Hubo un tiempo en que nada de lo que había en la casa era suyo. Goyo se encargaba de recordárselo a la mínima ocasión. Un mensaje ruin, repetido una y mil veces. Ella interiorizó ese mensaje. En su vida terrena, Goyo nunca dejó de recordarle que si ella disfrutaba de todas las comodidades era gracias al esfuerzo de su trabajo. *También al morir te aseguraste tu memoria gracias a los dolores que me has dejado en el cuerpo, Goyito*, pensó Pilar, masajeándose el costado. Una vez más lamentó abandonar sus estudios de maestra para casarse con él, pero de nada servía hacerlo. El mal ya estaba hecho y acabó teniendo nombre y apellidos. Observó la fotografía de familia que colgaba en la pared más privilegiada del salón. Goyo, Pilar, Rafael y Adrián. La familia al completo. Pilar sentada en una silla con Adrián a su lado. Goyo de pie detrás de ellos, con las manos apoyadas sobre el hombro de Pilar y de su hijo pequeño . *No, apoyadas no. Agarradas a sus posesiones*, observó, con una sonrisa sarcástica que por fin se podía permitir. En el pasado, ese tipo de sonrisas eran merecedoras de un bofetón o de algo peor. En vida de su marido, el sarcasmo rozaba la infracción grave. En la fotografía, Rafael, más alto que su padre, se encontraba alejado del grupo central. *Por esa época, ya había cortado cualquier vínculo con todos nosotros*, reflexionó, y volvió a sentir un nuevo latigazo. Un

quejido silencioso dilató sus labios.

Pasado el tiempo, había observado muchas veces la fotografía, evitando, dentro de lo posible, analizar la distancia que su hijo mayor mantenía con ellos. Esa lejanía le dolía más que todos los golpes que Goyo le hubiera propinado en vida.

Aquel temprano rechazo preconizaba el fracaso de su familia, antesala de lo que vendría después.

En muchas ocasiones se quedaba ensimismada observando las monolíticas formas de Goyo. Sus manos crispadas sobre su hombro y el de Adrián, su pose erguida, su gesto riguroso. Su mirada, desafiando a la cámara. Había algo selvático en sus ojos, de enorme gorila preocupado por conservar su estatus.

Su difunto marido vivía en un permanente estado de alerta sabedor de que había tensado tanto la cuerda que siempre corría el riesgo de romperse. Esa tensión era palpable en la casa a todas horas. Cualquier desavenencia o imprevisto podía ser causa de una explosión de ira por su parte. No permitía disensiones bajo su techo.

Siempre, lo que él dijo fue a misa. Y si el resto de la familia no estaba de acuerdo, ya se encargaba él de hacerles entrar en razón.

Pilar pronto aprendió a saber cuál era su sitio. Rafael, en cuanto tuvo edad para pensar, rompió cualquier vínculo sentimental con todos ellos. Pero Adrián siempre fue el gran fracaso de Goyo. Pese a no salir indemne, ni mucho menos, fue el único que logró arrancarse el yugo que los tres tenían prendido del cuello. Adrián se marchó de casa, no demasiado lejos, pero sí lo suficiente como para estar a salvo de la furia del padre. Durante una época Pilar pensó que Goyo acabaría matando a su propio hijo por su rebeldía. Adrián supo defenderse y esquivar con habilidad los intentos de su padre por hacerle volver a la tiranía de su techo. Se marchó herido. Pero se marchó.

Siempre albergó el deseo de que Rafael siguiera los pasos de su hermano. Durante un tiempo fantaseó con esa posibilidad. Pero esas fantasías acabaron siendo meros castillos en el aire. Y por mucho que rezara para que alzara el vuelo y huyera como Adrián, nunca lo hizo. Nunca se cumplió lo que deseaba, aunque ese anhelo le rompiera el corazón. Contra pronóstico, este acabó haciéndose añicos al constatar que Rafael nunca se iría. En lugar de eso, optó por la solución más fácil, que fue la de impregnarse con la maldad intrínseca que emanaba del padre. Una maldad que parecía rezumar de las paredes a su paso, como si Goyo dejara una estela venenosa a su espalda. El virus de maldad del marido acabó contagiando al hijo mayor.

En la época en que se hicieron la foto, Adrián todavía no había sufrido el grueso de los abusos que acabó recibiendo por parte de su padre, pero Rafael ya era lo suficiente mayor como para darse cuenta de lo que Goyo era capaz.

Pilar pasó de la figura de Goyo a la de Rafael. Como si un hilo invisible uniera a ambos. Observó la mirada de su hijo. No vio nada en ella que avisara

que iba a acabar sustituyendo a su padre. Y aunque el odio de Rafael hacia Goyo era grande, mucho más grande era el desprecio que sentía por ella.

El estruendo del teléfono le hizo saltar del butacón, lo que provocó un nuevo azote bajo sus costillas. Se levantó, con dificultad, para contestar. Sabía que era Adrián. Casi siempre era Adrián. No solía llamar nadie más.

—¿Mama? —Con solo oírle, ya sabía cuál era su estado anímico. Ese día lo tenía torcido.

—Hola, hijo, ¿qué haces?

—No mucho. Te llamaba para ver cómo estabas.

Ya sé yo por qué llamas, pensó Pilar con amargura. La preocupación que Adrián sentía por ella la acabó de entristecer.

—Estoy bien, hijo. Muy tranquila, no te preocupes.

—Sí que me preocupo, mama, sí.

Los dos callaron sin saber qué añadir, dejando que el silencio hablara por ellos.

—¿Sabes si pasará por tu casa? —preguntó Adrián tras un titubeo.

Tiene miedo por mí, Pilar cerró con fuerza los ojos y los abrió para contestar.

—¿Y a dónde va a ir? —preguntó, sin la esperanza de recibir una respuesta.

—Tal vez… no sé… le podemos dar dinero para que se busque la vida.

—No puedo impedir a tu hermano que vuelva a su casa. Ya ha pagado su deuda con la sociedad —manifestó Pilar.

—Vale, mama —cortó Adrián, con un bufido, pensando en la vacuidad de las frases hechas. El tono de su madre, auguraba un discurso parroquial—. ¿Y la deuda que tiene contigo? ¿Y conmigo? ¿También ha pagado? No quiero que estés sola con él en ese piso.

—Adrián, lo que yo decida hacer con mi hijo es asunto mío, no tuyo —sentenció.

Cualquier posible conato de discusión había acabado. Adrián guardó silencio al otro lado de la línea, aceptando la derrota.

—Bueno, haz lo que creas que tienes que hacer. En el pueblo veo los ánimos un poco alterados, me preocupa un poco.

—Nadie de este pueblo, nadie, me va a obligar a condenar a mi hijo a la miseria.

Si quiere volver, las puertas de mi casa estarán abiertas porque es mi hijo. Y si tú no tienes ni voz ni voto en todo esto, mucho menos lo van a tener un hatajo de pueblerinos.

—Vale, mama, de acuerdo. —Adrián decidió que no tenía mucho más que decir—. No te enfades conmigo. Solo estoy preocupado por ti.

—Sé que lo estás, hijo —aceptó, dulcificando el tono—. Pero, de verdad, sé lo que me hago. No importa lo que haya hecho. Tu hermano también es mi

hijo, y lo quiero. Es mi obligación.

—Bueno —se despidió Adrián—, mañana te llamo, a ver si ya sabes lo que tiene pensado hacer.

Pilar colgó el teléfono. Rafael le había llamado la semana anterior dejándole muy claros sus planes tras salir de la cárcel. Sintió en su hombro la mano de Goyo. Y a este inclinarse sobre ella y susurrarle al oído: «*Vuelvo a casa*».

ADRIÁN

Adrián colgó el teléfono. Barrió con la mirada la peluquería vacía. Todavía no eran las seis y ya estaba con los brazos cruzados. Desde que se conoció la inminente excarcelación de su hermano, las visitas de las clientas habían menguado de forma ostensible. En el equipo, Madonna declaraba que pese a los besos o abrazos que los chicos le dedicaran, si no la trataban como merecía, los abandonaría. A las clientas les iban los tópicos y tenía una buena colección de cedés de los más conocidos iconos gais, de Dionne Warwick a Gloria Gaynor pasando por Barbra Streisand, ABBA o Madonna.

Adrián no era gay. Tampoco *hetero*. No era nada. No se sentía atraído por ningún género. No tenía ningún tipo de necesidad sexual. Nunca se le conoció relación íntima con mujer alguna, pero tampoco la mantuvo con el único hombre con el que había compartido su vida hasta el momento. No obstante, la gente tenía asumido que era homosexual. No le importaba. Transigir y fingir lo que no era le resultaba divertido. Además, su condición privilegiada de gay oficial le había permitido conocer de primera mano a los auténticos gais del pueblo. Un buen número de hombres, respetables padres de familia en su mayoría o algún modélico ejemplar de macho alfa, habían caído rendidos a sus pies. Estos últimos eran los peores pues la testosterona sin control hacía de ellos un volcán en perpetuo riesgo de erupción. Salvo excepciones, siempre procuraba mostrarse cortés al rechazarlos.

Eso no funcionaba con la mayoría de los machos alfa. En el mejor de los casos, daban media vuelta mascullando algún insulto. En casos más extremos había sido acusado de seducción, agredido y, alguna vez, amenazado de muerte si volvía a acercarse a ellos. Adrián estaba convencido de que la represión era el deporte nacional. Aunque las veía injustas, estas situaciones no le dejaban ningún tipo de secuela. Difícilmente podía afectarle el puñetazo de un marica de armario tras haber sufrido durante buena parte de su adolescencia las torturas de su padre.

Goyo había sido un monstruo. Consideraba a todos los miembros de la familia propiedades, y disponía de ellos en consonancia. Adrián siempre se consideró un reo en su casa y sintió una gran liberación el día que su padre

murió. Si por él fuera, estaría asándose en las calderas más profundas del infierno.

Siempre le hizo gracia ese dicho tan manido que aseguraba que la habitación de todo adolescente es su refugio privado. La suya, en cambio, se le antojaba una celda donde podía ser reclamado por su padre en el momento más inoportuno para ser conducido ante el potro de tortura. Una tortura gratuita y sin sentido pues el único objetivo de las continuas agresiones que recibía era el dolor por el dolor.

La anulación del ser. En su habitación nunca se sintió seguro. Era mucho peor refugiarse en ella pues nunca sabía cuándo se abriría la puerta para verlo aparecer con la intención de infligirle todas las vejaciones que se le habían ocurrido mientras miraba algún estúpido programa de televisión. ¡Cuántas noches pasó llorando, cubriéndose desesperado la cabeza con las sábanas, al oír retumbar sus pasos por el pasillo!

El viejo maltrataba por puro aburrimiento. Habría agradecido que lo hiciera tras beber pues, en cierta manera, sería un motivo que justificara las palizas y humillaciones. Pero no bebía. Nunca le dio por ahí. Lo que sí hacía era bostezar bastante a menudo. Si lo veían desperezarse, la familia temblaba.

Al mismo tiempo evidenciaba una engañosa falta de imaginación que era desmentida a la hora de infligir los castigos. Si toda la energía que malgastaba haciendo daño a su prole la hubiera invertido en algo bueno, podría haber llegado a hacer grandes cosas en la vida.

Nunca se estaba a salvo, ni a su lado ni lejos de él. A su lado, por causas evidentes. Lejos de él, porque tarde o temprano llegaba el momento de acercarse.

Si Adrián estaba en casa, Goyo lo golpeaba por no beber un vaso de agua con el silencio y el recato debido al tragar, por escribir con la mano izquierda, por encerrarse en la habitación con una silla obstruyendo el pomo, por sonreír cuando no tocaba, por llorar sin motivo… Una vez recibió una paliza ¡por usar el baño sin permiso! Si demoraba el tiempo de llegada a casa, también era merecedor de una paliza.

En casa, cada miembro tenía su consigna de comportamiento, lo que podía hacer su hermano no tenía por qué coincidir con lo que pudiera hacer él, al igual que su madre, que también tenía unas pautas establecidas. Goyo, en cambio, era libre de hacer lo que quisiera.

No había un momento de respiro y, finalizado el castigo, el monstruo jamás sufrió una crisis de arrepentimiento o de reflexión.

Estaba seguro de que los vecinos sospechaban lo que ocurría en su casa, pero nunca les ofrecieron su ayuda. Eran *gente especial*, y el resto del pueblo entendía que ese tipo de personas se manejaban bajo sus propias reglas. En eso no estaban equivocados. Si en algún sitio existían reglas propias, era en su casa. En todo caso, él sabía lo que se decía de ellos y nunca lo entendió. Él no

era *especial*. Él solo era un niño.

Las torturas proliferaron durante años, ganando en sadismo y complejidad. Un buen día su hermano decidió que era mejor emular al padre que rebelarse ante la situación. Y aunque a Goyo no le gustó esa actitud, tras un primer intercambio de impresiones que sirvió para que Rafael dejara claro cuál iba a ser la tónica a partir de ese momento, decidió que era mejor dejarlo correr y ceder parte de terreno. Los dos impusieron el terror, pero existía una sutil diferencia entre ambos. Su padre era un monstruo que se aburría. A su hermano, el resentimiento lo convirtió en uno. En todo caso, de tener un monstruo, la casa pasó a albergar a dos.

Para Adrián, todo cambió con el desembarco al pueblo de uno de esos recién llegados que miran a su alrededor y deciden que les gusta lo que ven. Óscar consiguió trabajo en la peluquería y, como no estaba adulterado por la opinión que se tenía de su familia, se hicieron amigos. Al principio podían tomarse una cerveza en algún bar y la cosa no pasaba de ahí. Pero es normal que una cerveza, si se toma a gusto y con la persona adecuada, dé paso a las confesiones, y eso fue lo que ocurrió. Adrián confesó a su único amigo lo que ocurría en su casa. En primera instancia, Óscar, horrorizado, lo animó a denunciarlo a la Policía. Costó convencerlo de que denunciar habría sido inútil. La asimilación de la difícil solución del problema se tradujo en una invitación para compartir casa. No lo tuvo que pensar demasiado. Esa misma tarde, Óscar lo acompañó para que recogiera de aquel infierno lo que necesitara. Ese acto de amistad le valió tres puñetazos de su padre y un par de patadas por parte del hermano. Cuando llegó la Policía, los agentes informaron a Goyo que, como mayor de edad, Adrián podía ir adonde se le antojara. Después de eso no volvieron a verse demasiado, salvo en un par de ocasiones en las que, lleno de furia, vino a buscarlo para llevárselo a casa. Tuvo que llegar al extremo de amenazarlo de muerte si no se largaba de una vez y algo vio Goyo en su actitud —tal vez una determinación que le hizo comprender que hablaba en serio—, porque al final lo dejó en paz. El trato con Rafa acabó siendo nulo y, a base de mucho esfuerzo, pasado un tiempo, logró perdonar a Pilar.

Óscar le enseñó a cortar y a peinar y tras ganarse la confianza de la dueña, entró a trabajar con él en la peluquería. A los vecinos les costó un tiempo retirarle la etiqueta de *gente especial*. Abandonar a su familia se convirtió en su principal aval.

Pero sus vecinos nunca dejaron de pensar que era un poco raro. Fue en esa época cuando empezó a gestarse su fama de homosexual, impulsada por la imagen de dos peluqueros que vivían juntos. Pero cualquier intento por su parte de mantener una relación de ese tipo era un mero simulacro. Estuvo a punto de dejarse llevar en infinidad de ocasiones, pero le suponía un esfuerzo enorme y fue incapaz. En cuanto vio que era tarea inútil, Óscar dejó de

insistir. *Has pasado toda tu adolescencia tratando de sobrevivir en esa casa. Tu padre te ha hecho cosas tan horribles que ahora no sabes ni lo que eres. Es una pena lo que han hecho contigo*, le dijo un día mientras se encontraban desnudos y abrazados sobre la cama. En casa pasaban mucho tiempo de esa manera. Con su padre se había encontrado en esas mismas circunstancias muchas veces. Pero mientras que con Goyo permanecía encogido sobre las sábanas, midiendo cada reacción por miedo a provocar su ira, con Óscar se sentía amado y nunca obligado a hacer algo que no quisiera. Intentaba complacerlo, a pesar de que su físico no le atraía. Óscar jamás forzó su deseo. A veces llegó a cuestionarse si lo que sentía por él era simple amistad o algo muy próximo a un aberrante amor filial.

Aunque lo disimulaba, Óscar no llevaba nada bien la relación. Se había enamorado de él y esperó y esperó y esperó con el objetivo de que algún día todo cambiara. Pero ese día no llegaba nunca. Mil veces le sugirió buscar la ayuda de algún especialista y mil veces se negó a hacerlo. Y pese a que había mostrado una paciencia infinita, un día, esta se agotó. *Tú quieres un padre Adrián* —le dijo—, *y yo no quiero serlo*.

Tras declararle su no correspondido amor, insatisfecho y frustrado, todavía permaneció con él unos meses en un postrer intento de reanimar su moribunda esperanza. Un día le dijo que quería irse. Que no podía soportarlo más.

—He cometido un error contigo. Traté de ayudarte, cuando no tengo ni idea de hacerlo. Me he equivocado.

—No, Óscar, tú no te has equivocado. Siempre me has ayudado —le dijo, con un nudo en la garganta, intentando retener en las pupilas su rostro difuminado a causa de las lágrimas.

—Adrián, tu familia te ha destrozado la vida antes de que llegaras a tenerla. No puedo reconstruirla porque todavía no tenías las piezas para poder hacerlo. Yo deseo algo contigo que no puedo tener, ¿comprendes? No quiero vivir así. Y tampoco es justo para ti.

Esa noche intentó hacer el amor con Óscar. Lo intentó con todas sus fuerzas y él, en un principio, se dejó hacer. Cuando se percató de que no era más que otra de sus inútiles farsas, lo apartó de su vientre con suavidad, le acarició la cabeza y le dijo que no. Un simple no, acompañado con un movimiento de cabeza. *No. Deja de hacerlo. No quieres hacerlo*. Después se fundieron en un abrazo silencioso que a Adrián le sonó como un portazo.

Y ahora aquí estaba, dueño de una peluquería tras la jubilación de la anterior propietaria, solo y asexuado, echando de menos los consejos que pudiera darle Óscar ante la perspectiva de que el psicópata de su hermano volviera a su vida y a la de su madre. Seguía sintiéndose ese niño que lo único que esperaba era

un abrazo. Pero ya no había nadie con los brazos abiertos para recibirlo.

Se giró al escuchar abrirse la puerta. *Y de repente, el pasado vuelve a irrumpir*, pensó con amarga ironía, al constatar quién era la persona que lo miraba con sorna desde la entrada.

—Buenos días, Adrián.

—Buenos días, Ricardo. ¡Cuánto tiempo!

—Estoy intentando vender la casa de mis padres. Llevo unos días por aquí, me vas a ver a menudo. Tendré que hacer obras, arreglarla un poco. Seguro que algún día me quedaré a dormir en la isla. Ese caserón necesitará varias manos de pintura y un buen lavado de cara si quiero sacar algo por él.

Por mucho que lo intentó, Adrián no logró visualizar la imagen de Ricardo trabajando.

Ricardo *el Rojo* cerró la puerta tras él y caminó con su chulería habitual hasta uno de los sillones giratorios. Se sentó y lo miró sonriendo, impulsándose de derecha a izquierda con pequeños golpes de rodilla, mostrando los dientes, como un monstruo lovecraftiano destinado a volver en ciclos de veinte años para llevarse unas cuantas almas. Más o menos, el mismo tiempo que llevaba sin aparecer por el pueblo.

—He visto que han abierto otra peluquería en el pueblo. ¿Te afecta la competencia?

—Tengo un grupo de clientes fijos. Se mantienen fieles —dijo, maldiciendo para sus adentros a Raquel por abrir un negocio igual al suyo en un pueblo tan pequeño.

—¿Sabes algo de tu hermano? —inquirió *el Rojo*, deteniendo con la punta del pie el vaivén del asiento.

—Seguro que de mi hermano sabes muchas más cosas tú que yo.

—¿No sabes lo que planea al salir del trullo?

—Ni la más remota idea.

El Rojo lo miró como si calibrara lo que podía haber de verdad en sus palabras.

O, mucho peor aún, lo que podía haber de mentira. Era de esa clase de personas a las que más valía no mentir. A Adrián lo puso nervioso esa mirada. No se tenía por una persona cobarde, pero con *el Rojo* había de andarse con cuidado.

—¿No va a volver con… mami? —inquirió, burlón, volcando su cuerpo hacia delante, enfatizando la sorna con la mirada.

Disimulando la falta de firmeza que estaba empezando a sentir, Adrián jugueteó con la maquinilla eléctrica, después sacó la cuchilla y empezó a limpiarla, sin ser del todo consciente de lo que estaba haciendo.

—No lo sé, Ricardo. ¿Por qué no vas a visitarlo y se lo preguntas?

—No, no creo que vaya. No me gusta ir de visita a la cárcel —dijo, apoyándose con negligencia en un brazo de la silla y adoptando una calculada

postura de falsa desidia.

—¿Temes que no te dejen salir? —se atrevió a replicar.

El Rojo intentó sonreír. Lo que le salió fue más bien un gruñido. Su rostro mudó y se abalanzó sobre Adrián. Doblándole un brazo y cogiéndolo de la nuca golpeó su cara contra el espejo que, al quebrarse, adoptó un matiz de telaraña. Su frente empezó a sangrar.

—Tu hermano sí que es un hombre —le susurró al oído mientras, sin dejar de sujetarlo por la nuca, le soltó el brazo y le introdujo la mano por detrás de los pantalones, apretándole una nalga—, ve preparando tu culito porque volverá con hambre, seguro.

Lo soltó, empujándolo a un costado y se dirigió a la puerta.

—Si lo ves, dile que he preguntado por él. Saldremos a celebrar su vuelta.

La puerta se cerró mientras Barbra Streisand rememoraba sus recuerdos pintados con acuarela. Adrián, dolorido y confuso, sonrió al llegar a la conclusión de que el pasado nunca se acaba de ir del todo. Con la mirada alucinada de aquel que ha descubierto una verdad absoluta, observó las gotas de sangre que manaban de su herida, formando alrededor de sus pies un conjunto de formas psicodélicas.

NOCHE DE FIESTA

—Ismael nos dijo que tocaríamos los últimos.

—Dudo mucho de que Ismael os haya dicho eso.

—Pero bueno, ¿qué más te da quién actúe antes?

—Lo mismo te podría decir a ti. Además, nosotros hemos traído más gente que vosotros.

—Pero es un público más mayor. Deberían acostarse antes.

Álex y Thierry llevaban buena parte de la tarde discutiendo qué grupo adoptaría el rol de telonero, calentando motores para la aparición de la estrella de la noche.

—Ismael, ¡o le dices a este capullo que tocamos los últimos o no tocamos! —amenazó Thierry. La referencia a la vetustez de su público había acabado por sacarlo de sus casillas. Un murmullo se elevó entre los miembros de su grupo. Era evidente que no estaban de acuerdo con su postura.

—¿De verdad no os podéis poner de acuerdo sobre quién toca antes? —suplicó Ismael, enfrentado a la amenaza de arbitrar con dos de las celebridades locales.

—Ismael, si no tocamos los últimos, hay más sitios donde hacerlo. Nosotros nos retiramos —faroleó Álex, ignorando las miradas de sorpresa de sus compañeros.

—Mirad, a mí me da igual. Yo quería que la noche fuera tranquila. Si uno de los dos grupos decide no tocar, el otro saldrá ganando porque lo hará durante más tiempo. Ismael les dio la espalda y se alejó, dejando a las dos estrellas con la boca abierta, haciéndose cruces ante la posibilidad de que el amo del local prescindiera sin pestañear de los brillantes servicios de uno de ellos. Mientras saludaba a la gente, que en un goteo constante iba llegando a la librería, observó satisfecho cómo el resto de los integrantes de ambos grupos intentaban mediar en el choque entre las dos reinonas.

—Buenas noches, Ismael.

—Buenas noches, señor alcalde.

—Por favor, por favor, Ismael, fuera de horas de trabajo soy *solo* Pedro.

—Está bien, Pedro, espero que esta noche todo sea de su agrado.

—Estoy seguro, estoy seguro… pero tutéame, por favor, ya sabes que soy muy campechano y poco amigo de estas formalidades cuando no son necesarias —rio el alcalde. Ismael y él representaban siempre escenas parecidas. En el pasado, habían discutido con frecuencia sobre sus diferencias políticas; con mesura y, por norma, con una cerveza en la mano. Una vez llegados a la conclusión de que estas jamás serían dirimidas, decidieron adoptar una postura distante e irónica cada vez que se encontraban. Se sonrieron y estrecharon las manos.

—A ver si tú puedes hacer entrar en razón a esos dos melones —sugirió Ismael, señalando a Álex y a Thierry.

—¿Otra vez quiere Thierry cantar el último?

—Sí. Pero parece que esta vez se ha encontrado con la horma de su zapato.

Pedro contuvo una carcajada.

—Veré lo que puedo hacer.

—Dales con la vara si hiciera falta.

Ismael se excusó y se abrió camino entre la gente agolpada en la entrada saludando a derecha e izquierda. Salió al exterior. Habló con algún rezagado, fumando y haciendo bromas, sin dejar de lanzar miradas ocasionales al final de la calle.

Esperaba la llegada de Leire. Durante la mayor parte de la semana se había mostrado ausente y por muchos intentos que hiciera por animarla no lo había conseguido. Llegaba tarde. No le importaba que no le hubiera ayudado a organizar el evento, aunque eso fue lo que prometió. De hecho, lo prefería así. Lo que lo molestaba en realidad era el infranqueable muro que insistía en levantar cuando *La Sombra* se apoderaba de ella. Podía estar varios días así, inaccesible. Pero esta vez lo que parecía poseerla se resistía a marchar y eso lo incomodaba, lo enfadaba y repercutía en su relación. Se sentía culpable porque no le apetecía estar con ella en ese estado y, a la vez, un poquito ansioso porque deseaba verla para comprobar si *La Sombra*, por fin, se había disipado. Con Leire todo era contradictorio. No sabía si la quería, lo único que tenía claro era que, hasta que ella no se dejara ayudar, ese malestar cíclico persistiría y sospechaba que tarde o temprano uno de los dos haría saltar en pedazos la relación.

Al principio, había tratado de solucionar el problema o al menos saber con exactitud qué le pasaba por la cabeza. Sus primeros intentos fueron despachados con una sonrisa, los últimos, con respuestas secas o agresivas. Al final decidió fingir un desinterés que, desde luego, no sentía. Para ella, él no existía los días en los que aparecía este estado de ánimo, cada vez más frecuente. Estaba convencido de que tarde o temprano él sería el sacrificado en el trío y que Leire acabaría subyugada y seducida por los irresistibles encantos de *La Sombra*.

—Tratas de ver.

Ismael se giró sobresaltado. A la altura de su pecho se encontró con el rostro enjuto de Lucas.

—Tratas de ver —repitió Lucas, luciendo una sonrisa de mirada alucinada.

A Lucas no se le consideraba el tonto del pueblo, pero desde luego era peculiar.

Las leyendas locales en torno a él parecían multiplicarse día a día. Siempre había vivido con su madre y la identidad de su padre era el secreto mejor guardado de la isla. Por supuesto, se atribuyeron múltiples autorías que en ese momento solo recordaban los más ancianos, pero para los menores de cuarenta poco importaba ya que hubiera sido engendrado mediante el método tradicional o se tratara del producto de las múltiples manifestaciones ultraterrenas que, se aseguraba, infestaban los muros de su casa, que guardaba una extraña lobreguez a pesar de estar encalada de un blanco inmaculado. Esta impresión se veía reforzada también por su ubicación. Era el último edificio del pueblo y distaba de los demás de manera singular; *lejos de la iglesia*, como bien se encargaban de resaltar las beatas. Durante un tiempo se rumoreó que entre sus muros pasaban cosas de las que más valía no hablar. O, al menos, no ver, porque hablar se habló, y mucho. En todo caso, rumores aparte, Lucas y su madre nunca le hicieron mal a nadie y eso se tuvo en cuenta.

De una posible amenaza latente —que debía mantenerse alejada pero no demasiado, para no perderla de vista—, pasaron a convertirse en un mero pasatiempo para las generaciones posteriores. La nota de pintoresquismo que todo pueblo requiere.

Se los veía a los dos caminar juntos para hacer recados, envejecidos al unísono.

La madre hablaba lo justo con los vecinos mientras el hijo se mantenía en un prudente segundo plano. Luego volvían a casa para fundirse con la oscuridad de su interior. Así un día tras otro.

Una mañana, la mujer salió a la calle gritando que su hijo no había logrado despertar de un sueño. Los vecinos acudieron en su ayuda al suponer que Lucas había muerto mientras dormía. Y mientras hablaban con ella frente a su casa, intentando reunir el valor para introducirse en su interior, lo vieron surgir sonriendo a la claridad del sol, como Lázaro salido de la tumba. Ese fue el principio de su leyenda.

Después de las atropelladas e insuficientes explicaciones de la madre, se llegó a la conclusión de que lo que decía la anciana debía entenderse de forma literal. Lucas había intentado despertar de un sueño pero, por algún motivo, había quedado atrapado dentro de él. A partir de ese día cambiaron las tornas. Lucas empezó a ser más comunicativo siendo su madre la que pasó a un segundo plano. Aunque la presunta comunicación que tenían con el exterior seguía siendo discreta, Lucas se convirtió en una especie de oráculo.

Un día, el cura se cruzó con ellos. Lucas se detuvo, se apartó de su madre y se dirigió hacia él. *La viga caerá y destrozará el altar, deben reafirmarla*, aseguró el cura que le dijo cuando lo tuvo enfrente. Este no dio ninguna trascendencia a la frase pese a que la iglesia se encontraba en ese momento inmersa en una obra de restauración. Por la noche, un gran estruendo lo despertó mientras dormía en la sacristía. Venía de la nave. Cuando entró, descubrió que una de las vigas que apuntalaban el presbiterio había caído, destrozando el altar. Fue la primera muestra de la recién adquirida habilidad de Lucas.

La gente continuó mostrándose distante con la pareja. Pero a raíz del suceso se los miró con cierta curiosidad reverencial que acabó convirtiéndose en genuina adoración el día que avisó de una inesperada tormenta que casi hizo desaparecer la playa, engullendo las barcas de la mayoría de los pescadores que se habían resistido a su vaticinio y que no habían tomado medidas para proteger su sustento.

Después de esto ya no hubo marcha atrás. Empezó a ser consultado, pero nadie tenía en cuenta que la mayoría de sus pronósticos eran espontáneos, por lo que las consultas quedaban flotando en el fondo de sus ojos, hundiéndose sin respuesta.

No se podía forzar al oráculo. En estos casos, Lucas dedicaba una sonrisa lobotomizada a todo aquel que le trasladara sus cuitas y lo dejaba atrás, inmerso en su vigilia durmiente. Tenía que ser él el que se acercara a la gente, haciendo referencia a problemas acuciantes de los que resultaba imposible que fuera conocedor o lanzando acertijos y enigmas que cada cual entendía y empleaba como más le convenía.

Cuando su madre murió, el mejor homenaje que el pueblo le pudo hacer a esa enigmática mujer y a su hijo fue el de trasladar su ataúd a hombros hasta el cementerio bajo la sonriente mirada de Lucas que, apoyado contra una pared, observaba el cortejo fúnebre como si nada tuviera que ver con él, hundido en su sueño. Tras el entierro, siguió caminando por las calles sin aparente rumbo fijo.

Los vecinos plantearon en asamblea popular cuál podría ser su sustento tras el fallecimiento de la madre y se aseguró en cierta forma su manutención. Era un bien de la comunidad que debía preservarse.

Solo los niños le preguntaban por su porvenir. Los adultos dejaron de hacerlo, pues de nada servía. *Bien sabido es que el que pregunta a un durmiente obtiene respuestas sin sentido*, decían los más sabios. Entendieron que debía ser él quien, en su duermevela perpetuo, decidiera hablar. Si no lo hacía sería porque no tendría nada que decir. Así que todo el pueblo llegó a un acuerdo tácito de no despertarlo y respetar su descanso.

A su manera se relacionaba con la comunidad pues no era raro verlo en reuniones, fiestas, duelos, procesiones y demás actos comunales. Y había quien aseguraba que eran muchos los moribundos que habían declarado verlo las

horas o minutos previos a su muerte, aunque los deudos no detectaran su presencia.

Esa noche, Ismael llevaba rato viéndolo moverse a su manera sonámbula por la librería. Ahora parecía que Lucas lo consideraba digno de atención.

—Tratas de ver —repitió por tercera vez, dirigiendo su mirada al final de la calle en penumbra como segundos antes lo había hecho Ismael—. Pero a veces lo que se revela a la luz conserva la oscuridad en su interior.

Lucas volvió a mirarlo con esos ojos anegados en somnolencia. Dio un paso adelante y lo olisqueó con exhaustiva curiosidad animal.

—Eres como yo —añadió, acabado su examen—, ten cuidado al despertar.

Ismael lo vio desaparecer en el interior de la librería, como un fantasma, filtrándose a través de una pared para ser recibido por la agresiva línea de bajo de los Mothersuckers que en ese momento comenzaban su actuación. Un movimiento le hizo retomar su interés inicial. Leire emergía de la penumbra, al final de la calle.

Caminó hacia ella para recibirla. Cuando se tuvieron delante, no dijeron nada. Ismael le ofreció sus brazos. Ella se echó sobre ellos, lo besó con urgencia y, cogidos de la mano, entraron en la librería.

«*Parece que saldrá la semana que viene*», «*Dicen que vuelve con su madre*», «*¿Tendrá la poca vergüenza de volver*?»,«*Que no me lo cruce por la calle*». Durante la velada, el tema de conversación predominante fue la salida de Rafael de la cárcel.

Adrián, imaginando que así sería, se mantenía alejado del tumulto en una esquina de la librería, junto a la zona de *novedades*. Ismael se acercó para hablar con él, dudando hacerse oír dada la afilada rugosidad del sonido de los *Mothersuckers*, inapropiada para el escenario que los acogía. Tomó nota mental de no dejarles actuar nunca más. Lo preocupaba la estabilidad de las estanterías y su estilo no encajaba con la idiosincrasia del local.

—¿Qué pasa, Adrián?

—Pues ya ves, aquí en un rincón, fingiendo no oír a tu público.

Cruzaron una mirada de entendimiento y sonrieron al unísono.

—¿Estás bien? —lanzó Ismael al oído de Adrián.

—Bueno, todo lo bien que se puede estar en estas circunstancias.

—¿Y tu madre cómo se encuentra?

—Venga, Isma, no finjas ahora que te importa mi madre. Mi madre no le importa a nadie.

Ismael concedió con un movimiento de cabeza.

—No tengo ni idea de cómo está mi madre —concluyó Adrián.

—¿Sabes si tu hermano va a volver al pueblo?

—No jodas que al final vas a ser como el resto de la gente.

—No, no soy igual. Yo no hago cábalas.

Adrián se encogió de hombros.

—Mira, hace muchos años que no hablo con mi hermano. Ni siquiera estoy seguro de que mi madre sepa algo de los planes que pueda tener ese capullo. Igual que no lo saben todos estos, aunque no dejen de hacer conjeturas. Por mí como si se tira de cabeza por un barranco.

Al tiempo que daba un sorbo a su cerveza, Ismael observó a los vecinos apiñados en el local. Contuvo a duras penas una sonrisa al descubrir las disimuladas miradas que les dedicaban al mismo tiempo que fingían interés por el grupo.

—Nos están observando —dijo, volviéndose hacia Adrián, exagerando en su rostro una expresión de alarma.

—¿Y de qué te sorprendes? En este pueblo siempre están observando.

—¿Qué quieres? Es un pueblo. No hay secretos.

—Ahí es donde te equivocas. Lo que abunda son los secretos. ¡Ay, Ismael! Nunca dejarás de ser un recién llegado por muchos años que lleves aquí.

—¿Me vas a venir con el tópico de que la porquería se encuentra bajo la superficie y todo eso? Venga ya, Adrián. Puedo entender cómo te sientes, pero este pueblo no se diferencia de la mayoría.

Adrián dibujó una sonrisa cansada en sus labios.

—Lo sé.

Thierry cortó la conversación con brusquedad.

—Isma, ¿qué pasa con esa gente?

—¿Qué pasa ahora?

—¿Que qué pasa? Pues que ya pasan diez minutos del tiempo estipulado. *Merde*!

Ismael observó con inquietud que el acento francés de Thierry afloraba, un indicador de problemas. Consultó su reloj.

—Les dejamos una canción más y pasáis vosotros.

Thierry se volvió hacia Adrián como si acabara de percibir su presencia.

—Hola, Adrián —lo saludó. Adrián, en respuesta, le dio un palmetazo en el hombro—. No te preocupes, en un momento estamos tocando nosotros.

Cuando se marchó, estallaron en una carcajada.

—Yo no estoy preocupado… —aclaró Adrián.

—Este Thierry… —concluyó Ismael—. Todo un caballero, excusándose ante su público.

Se despidió de Adrián, dejándolo donde lo había encontrado. Se aproximó a Leire, que se encontraba cerca del escenario —en realidad, un espacio a nivel de suelo que rodeaba el público— acompañada por unos amigos y le hizo una señal a Álex comunicándole con gestos que la próxima canción sería la última.

Este asintió sin dejar de cantar.

—¿Cómo está? —preguntó Leire.

—Bueno —dijo, volviéndose para mirar a Adrián—, solo un poco más raro de lo habitual.

—Lo comprendo —aseguró Leire y la pausa que siguió a su respuesta le hizo pensar que aquella frase no sonaba, *tan solo*, a mero formulismo.

Los *Mothersuckers* acabaron el tema que marcaba el final de su actuación y Álex, haciendo caso omiso a lo acordado, anunció la siguiente canción de su repertorio ante la ruidosa protesta de Thierry y las consabidas risas de la audiencia, que ya sabía de su mal humor. Cuando el francés decidió, por propia iniciativa, desconectar los cables de los instrumentos, Ismael saltó al frente, ejerciendo de maestro de ceremonias para presentar a *Enjoy* mientras la ira de Álex trataba de ser reprimida por los miembros de su grupo. Pedro y alguno de los reunidos se interpusieron entre estos y los improperios de Thierry. Cuando los ánimos se calmaron, *Enjoy* comenzó su actuación con una dedicatoria especial a los *Mothersuckers* por parte de su cantante, donde les indicaba el camino a California sin dejar de sugerirles por dónde podían meterse sus tablas de surf ante la hilaridad de los presentes. El comienzo del *show* dio paso a las apuestas en torno a su final, pues no era raro que Thierry y Jaime, el saxofonista, se encargaran de reventar la actuación.

La cuestión no era si lo harían o no, sino a qué altura de la *performance* comenzarían a saltar las chispas que podían provocar que esta acabara siendo memorable o un desastre absoluto.

Pasada la primera hora, el grupo empezó a calentarse y la rivalidad salió a la luz.

Los espectadores, olvidada por el momento la futura salida de la cárcel del hermano de Adrián, siguieron con atención el duelo que escenificaban los dos adversarios un tema tras otro, evidenciado por la voz quebrada de Thierry, que era, por sistema, solapada con solos de saxo injustificados. Las venenosas miradas del francés hacia su tenor, apenas disimuladas, auguraban una inevitable debacle. La tensión ascendía sobre el escenario como la leche hirviendo y todo el mundo permanecía atento conteniendo la respiración, esperando la ira del francés, que no tardaría en estallar. Ismael, que deseaba de corazón que el concierto se desarrollara con calma, enlazaba con sus brazos la cintura de Leire, y esta, de vez en cuando, le daba golpecitos con la mano cuando intuía una erupción que nunca acababa de llegar. Los dos divertidos, pero atentos también a las maniobras del grupo cuyos integrantes, con una mirada preocupada que pasaba de un divo a otro, tocaban sus instrumentos reflejando en sus evoluciones la tensión que sentían.

Ricardo *el Rojo* entró en el local y se quedó ante la puerta calibrando el

ambiente.

Vio a Adrián, guarecido en su rincón. Caminó hacia él. Su avance fue frenado por varias personas que le echaron en cara su presencia allí. Ismael se volvió al advertir el ligero rifirrafe que se estaba desarrollando. *Ya estamos todos*, se dijo al ver al *Rojo. Vaya noche* —pensó—, *ahora voy a tener que enfrentarme a ese chulo*. Soltando a Leire, se dirigió hacia el pequeño tumulto antes de que se hiciera más grande.

—¿Qué haces aquí?

Un círculo se formó alrededor de los contendientes. Ismael no pudo dejar de pensar que el ambiente estaba resultando demasiado tenso, como si bajo esa pátina de aire costumbrista se ocultara una vocación de olla a presión.

—¿Qué hago? —inquirió burlón *el Rojo*—, pues vengo a ver el concierto.

—Ya, pero resulta que sería mejor que te marcharas.

—Ismael, tranquilo. He venido a ver el concierto como cualquier vecino.

A Ismael lo sorprendió que supiera su nombre. No le gustó. No conocía al *Rojo* demasiado, pero su leyenda negra era lo primero que un recién llegado tenía que saber al poner un pie en la isla.

—Tienes que irte. No puedes estar aquí.

—¿Quién dice que tenga que marcharme? —*El Rojo* avanzó un paso, su frente casi rozando la de Ismael.

—Este local es mi casa. Y yo elijo quién entra en mi casa —apuntó, en un derroche de valor que no sentía.

El Rojo dio un paso atrás para observarlo con atención. Después estudió el entorno, sopesando los pros y los contras de un enfrentamiento.

—¿Temes que te robe un libro? —dijo, sonriendo.

—Dudo de que sepas leerlo —contestó Ismael, preparándose para una probable reacción y, aunque el gesto no servía para demostrar su entereza, por instinto sus ojos se desviaron hacia Thierry en busca de ayuda, pero en esos momentos el francés intentaba estrangular al saxofonista con el cable del micrófono mientras el resto de miembros del grupo continuaba tocando. *Show must go on*, pensó. Por fortuna, *el Rojo* pareció sentirse satisfecho con ese detalle de cobardía y decidió dar media vuelta y dejar el local, no sin antes mascullar un «*nos vemos*» que sonó como una bofetada.

Cuando se marchó, Ismael se dispuso a ayudar a los que intentaban liberar el cuello del saxofonista, que ya desfallecía ante el abrazo constrictor del micro de Thierry.

LA CONFESIÓN

Ismael y Leire caminaban descalzos sobre la arena de la playa con los zapatos en la mano. Ziggy, la perra de Ismael, olisqueaba, perezosa, los montículos de algas acumulados en la orilla con el escaso interés que da la edad. Dos gatos dejaron de lamerse al verlos, adoptando una postura encorvada y atenta, resistiéndose a la huida precipitada. Una alfombra plateada parecía conducir directa a la luna, que se elevaba desdeñosa sobre el mar silencioso y oscuro. En el pueblo, la luz de un puñado de farolas resaltaba la penumbra de los umbrales de las casas. El frescor tímido de una noche de mediados de junio presagiaba sin agobios las futuras inclemencias del verano.

Ismael se detuvo a mitad del paseo para respirar en profundidad y llenar sus pulmones de sal.

—Parece mentira que hace dos horas intentáramos salvar a alguien de morir estrangulado.

Leire rio con ganas. Por fin, *La Sombra* parecía perder la batalla.

—Sí, el concierto ha sido un desastre.

—Toda la noche ha sido un desastre —afirmó Ismael, cayendo de rodillas sobre la arena.

Se sentaron frente al mar y estuvieron callados un buen rato oyendo el arrullo sereno del agua lamiendo la orilla.

Ismael rompió el silencio.

—¿Has visto a Adrián marcharse? Con el follón que se ha montado lo he perdido de vista.

—No.

—Me pareció que cuando entró en la librería, ese pelirrojo subnormal iba a por él.

—¿Crees que pueda tener problemas?

—Espero que no. Desde luego, no le desearía a nadie ser el objeto de atención de un chalado así.

—Bueno, desde que volvió al pueblo, está bastante tranquilo —apuntó Leire.

Pero el tono que empleó hacía dudar de su sinceridad.

—Nunca puedes estar seguro con ese tipo de gente. Solo esperan una oportunidad para joderle la vida a alguien. Pero tú conoces a ese *Rojo* mejor que yo…

Leire apoyó la cabeza sobre el hombro de Ismael. Durante el silencio que siguió, este casi pudo oír los engranajes de su cabeza; girando, girando. Aunque resultara paradójico, le gustó percibirlo. Se sentía próximo a ella. Sabía que barruntaba algo.

Que ese silencio era el fragor de la batalla interior que mantenía con *La Sombra*.

Por fin, Leire rompió su mutismo. Con lentitud. Midiendo cada palabra.

—¿Qué sabes del *Rojo*?

—Lo suficiente. Sé lo que se rumorea de él. Que pudo tener relación con lo que pasó con las niñas. Un bicho malo.

Leire rio, sarcástica.

—En este caso «*pudo tener relación*» es el perfecto eufemismo. Estaba implicado hasta las cejas.

—Lo que sé es que no se pudo demostrar. Que salió absuelto del juicio. Y el único inculpado fue el hermano de Adrián.

—Eran muy amigos. Nunca estaba uno en un sitio sin que estuviera el otro.

Siempre los podías ver de acá para allá buscando bronca a las puertas del colegio, en el parque, en la Fiesta Mayor… Los niños pasábamos auténtico terror cuando los veíamos aparecer. Bueno…, los niños y los no tan niños.

—Los típicos macarrillas de pueblo.

—Al principio no eran más que eso, pero como en todas las carreras, después se especializaron.

La elocuencia de Leire le hizo sonreír, le pasó un brazo por el hombro y le besó el cabello. Temblaba.

—Se volvieron unos auténticos hijos de puta —continuó Leire—. Se mezclaron con mala gente del Continente. En el pueblo se decía que estaban metidos en temas de mafias y esas cosas. Ya sabes cómo corren los rumores.

—La gente se aburre mucho.

—Todo rumor lleva dentro una semilla de verdad.

—Y también se dice que no se puede dejar que la verdad eche a perder una buena historia.

Se quedó callada. Ismael se maldijo por hablar demasiado. No quería parecer frívolo. Tras unos segundos, Leire volvió a hablar. Entendió que el comentario no la había molestado, solo estaba ordenando sus pensamientos.

—Si lo que quieres son buenas historias, te voy a contar una. —Leire apartó la cabeza de su hombro—. Tres niñas que se escondían para fumar y hablar de chicos junto a la ermita desaparecieron sin dejar rastro. Dos de ellas aparecieron muertas en una fosa. Yo sobreviví.

El rostro de Ismael se iluminó. ¡Esa era la razón de ser de *La Sombra*! Conocía la historia, aunque Leire nunca hacía referencia a ella. Ahora entendía por qué. Gracias a la única niña que sobrevivió, el hermano de Adrián fue arrestado. Cuando ocurrió, Ismael vivía lejos y era joven. La distancia y la indiferencia propia de la edad apenas le hicieron conservar un brumoso recuerdo del suceso. Por supuesto, en el pueblo le habían hablado de las niñas, pero siempre de pasada. Era un tema tabú y se notaba. Él nunca preguntaba ni le interesaba indagar más de lo que le quisieran decir. Sabía quién era Rafael y el motivo por el que estaba en la cárcel.

Pero nadie le había hablado de la implicación de Leire.

—Dios mío —dijo, atrayéndola hacia sí y estrechándola con una urgencia culpable—, no imagino por lo que tuviste que pasar.

Leire se dejó mecer.

—Fue Rafael quien nos engatusó. Apareció de la nada. Al verlo subir por el montículo en nuestra dirección, nos quedamos petrificadas del miedo que nos daba. Tal vez podríamos haber echado a correr, pero no lo hicimos. Esperamos mientras lo veíamos ascender.

—¿No tratasteis de huir en ningún momento?

—No, y no sé por qué. Habría sido lo lógico. En mi caso, el orgullo, ayudado por el pánico, me paralizó. Supongo que a Inés y a Natalia les pasó algo similar. Estábamos en un sitio apartado, pero era una tarde clara de finales de septiembre y éramos unas niñas. Rafael era bastante más mayor que nosotras y pensábamos que ningún adulto podía tener interés en dañar a unas niñas. ¿Cómo pudimos ser tan tontas?

El eco de la pregunta tardó en disiparse.

—Nuestra desgracia fue creer que solo cuando llega la noche aparecen los monstruos —continuó—. Consiguió que nuestro recelo inicial se atenuara hasta desaparecer. Hablamos con él de chicos, nos reímos de los padres, nos invitó a cigarrillos… No parecía tan aterrador, ni mucho menos, cuando se encontraba a solas sin la presencia permanente del *Rojo* o del resto de sus amigos. Pasado un rato vimos ascender por el camino una furgoneta. De ella salió otro chico al que no conocíamos, pero Rafael ya se había ganado nuestra confianza y cualquier conocido suyo, a esas alturas, era bienvenido. Nos dijo que era un amigo del Continente. Teníamos catorce años. Era divertido estar con chicos mayores, hombres ya, tratándolos de tú a tú. Tal vez nos habíamos equivocado juzgándolos. Y era excitante rebelarse contra las normas de nuestros padres que se habrían caído de culo si nos hubieran visto con ellos.

»El amigo de Rafael nos contó cosas del Continente. De niñas no teníamos posibilidad de mantener un contacto estrecho con la gente del otro lado y ahora, de repente, estábamos hablando con un chico de la otra parte del mar. Pensábamos en la población del Continente como si fueran personajes de cuento de una tierra legendaria. No sé… Somos muy tontos de niños. Si eres

jovencito no tienes mucho que hacer por aquí y cualquier novedad, te acaba cegando.

—Es algo parecido a lo que pasa allí con la gente que viene de una capital —puntualizó Ismael.

—En un momento dado —continuó, ignorando la interrupción—, Rafael sugirió ir a un bar que en esa época estaba de moda para continuar con nuestra charla.

Ahora no existe. Aquello ya fue definitivo. No solo estábamos con chicos más mayores y experimentados que no nos trataban como niñas, ¡sino que además querían que nos fuéramos a tomar algo con ellos! No fuimos conscientes de lo que habría dicho la gente si nos hubiese visto con esos delincuentes. Inés mostró algún reparo y Natalia y yo tratamos de convencerla mientras Rafael y su amigo se burlaban de ella, que si dejadla, que si todavía es un bebé, que se fuera con su papaíto…

Ismael posó una mano sobre la espalda de Leire. La frialdad de su piel traspasaba la tela de la camiseta.

—Leire, no hace falta que me cuentes nada más. No hace falta que recuerdes eso.

—Nunca he dejado de recordar, Isma. Verbalizarlo no va a cambiar las cosas, pero ayuda. Necesito contártelo. Por mí. Y también por ti. Esto me afecta muchísimo. No solo tengo que vivir volviendo a ver al *Rojo* paseándose por el pueblo, escuchar sus pasos por las mismas calles que pisaron en su día Inés y Natalia; he llegado al punto de normalizar esa perversión. Sino que, además, ahora van a soltar a ese asqueroso de Rafael. No logro quitármelo de la cabeza y cuanto más se acerca la posibilidad de poder llegar a verlo, hay algo aquí dentro —dijo, señalando su estómago— que me está desgarrando.

Se miraron en silencio hasta que retomó el relato.

—Al final logramos convencer a Inés. O tal vez no tuvimos nada que ver y fueron las burlas de esos cabrones los que le hicieron tomar la decisión equivocada. Nos sentamos en la parte trasera de la furgoneta. Recuerdo que Rafael se puso al volante y todo iba bien. Se alegraron de que Inés se decidiera a acompañarnos, sin dejar de lanzarle bromitas y meterse con ella. Cuando nos dimos cuenta de que el viaje duraba demasiado y empezamos a preguntar a dónde nos llevaban y a exigir que nos dejaran bajar, la conducta de los dos cambió. El amigo se puso a gritarnos, se levantó de su asiento, pasó adonde estábamos y empezó a golpearnos.

Nos gritó que calláramos. Se reía. Nos decía que nunca más volveríamos a casa, que no veríamos nunca más a nuestra familia. No podíamos dejar de llorar y cuanto más llorábamos más nos golpeaba. Por fin, nos detuvimos. Nos hicieron bajar y subimos con el amigo de Rafael a otra furgoneta que estaba esperando.

Nos hicieron entrar a empujones en la parte trasera, encerrándonos a

oscuras y fue allí donde escuché con claridad al *Rojo*. Su voz se filtró a través de la puerta lateral, supongo que pegaría los labios a la guía. Nos susurraba que lo íbamos a pasar muy bien, que estuviéramos tranquilas… No se identificó, pero sé que era él.

»Despertamos en una habitación cerrada con llave. No conocíamos ese sitio.

Parecía un chalet. Nunca llegué a saberlo con seguridad. Nos drogaban. Estábamos aterradas. Nos preguntábamos qué harían con nosotras. En ese momento pensé que no había nada peor en esta vida que la incertidumbre. Me equivocaba.

»No volví a ver a Natalia. Con Inés coincidí una última vez. Desperté en una habitación diferente de la primera y ella estaba a mi lado. Estábamos destrozadas.

Nos trasladaron a las dos a una sala. Era otra habitación que nada tenía que ver con la primera en la que coincidimos las tres. A lo mejor nos trasladaron de lugar sin que nos diéramos cuenta. Lo que nos hicieron a Inés y a mí aquel día… Después de eso nunca volví a verla y en lo referente a Natalia ya hacía tiempo que había perdido la esperanza de poder hacerlo.

»Así estuve mucho tiempo. Usada noche tras noche y despertándome en habitaciones diferentes. Todas cerradas con llave. No tengo ni idea de por qué me hicieron durar tanto.

»Un día me desperté en un coche con Rafael al lado. Reconocí el paisaje. Siempre sospeché que estuvimos fuera de la isla, porque aquí, aparte de alguna casona abandonada, nunca ha habido chalets. Le pregunté a dónde íbamos. Me dijo que tuviera paciencia, que quedaba poco para llegar a nuestro destino. Llegamos a una zona llena de cuevas que de niña visitaba con mi familia. Hay montañas en esta isla, perforadas, con entradas y salidas en sus dos extremos. Y la mayoría de ellas las conozco como la palma de mi mano. Creo que en ese momento tuve el primer pensamiento coherente de mi vida. Lo vi claro. Iban a matarme. ¿Se iban a arriesgar a devolverme con la familia? No. Si habían tenido la osadía de pasearme tan cerca de casa después de todo lo que nos habían hecho, era porque se sentían lo suficiente seguros como para poder hacer conmigo lo que quisieran. Sentí una punzada de terror peor que cuando escuché a Natalia llamar a su padre mientras la torturaban, peor que los gritos de Inés cuando todos esos cerdos la violaban a la vez, peor que mi silencio mientras se turnaban.

»Estaba en casa. Muy cerca de ella. Imaginé a mis padres, angustiados, preguntándose dónde estaría y yo era la única que sabía que estaba cerca, muy cerca.

Consciente de que me iban a matar.

»Al llegar a la altura de una zona de grutas que conocía, me arriesgué a pedirle que detuviera el coche porque no podía aguantar mucho más mis

necesidades. Rafael se negó a parar, pero volví a insistirle. Supongo que la posibilidad de que le dejara el coche perdido venció a la prudencia. Lo detuvo, se bajó y me abrió la puerta. Fue entonces cuando salí y, no sé cómo, le di una patada con toda la fuerza que pude reunir. Mientras se agarraba las pelotas con una mano intentó cogerme con la otra, pero me libre de su garra asquerosa. Vi en el suelo una piedra y le di con ella en la cabeza. Después corrí todo lo que pude hacia una de las grutas.

Todavía no sé cómo logré alejarme de él. Me dolía todo el cuerpo. Ni siquiera soy consciente de que me siguiera. Aunque conocía la gruta, caminé a tientas lo que me parecieron horas. En la oscuridad caí al suelo y lloré y grité con todas mis fuerzas.

»Es curioso cuántos tipos de horror puede haber en este mundo. El horror de pensar que cada día que respiras pueda ser el último, el horror que provoca el dolor, el horror que producen los monstruos. Pero cuando fui consciente de lo que podía significar volver a casa… En ese momento enloquecí. No podía volver por mucho que lo deseara. Por mucho que quisiera un baño caliente, por mucho que quisiera una cama mullida, por mucho que desease un abrazo de mis padres, de los que me había burlado, compartiendo carcajadas con los que pensaban violarme, los que me engañaron para *pasarlo bien* conmigo y mis amigas. No merecían una hija así. No podía volver, pensando en lo que les había hecho. En lo mucho que habrían sufrido por mi causa. Porque nadie más que yo tuvo la culpa de lo que me ocurrió. Sabía que no podía fiarme de esa gente y, aun así, me fui con ellos. No podría enfrentarme a mis padres o a los rostros de la gente que sabían lo que me habían hecho. No podría aparecer por el colegio, ni por el cine de la parroquia, ni por la plaza y enfrentarme a las burlas, al recelo o a la compasión. Todo el mundo me miraría. Todos se creerían con derecho a juzgar. Quería quedarme allí para siempre, en la oscuridad. Durante la huida no pensaba en las consecuencias de lo que supondría mi regreso, pero una vez en la cueva, ¡desde luego que lo hice!

Si hubiese sido consciente habría dejado que me mataran. No me habría importado que me llevaran donde quisieran con tal de no tener que enfrentarme a lo que me esperaba. Y también me sentía culpable por lo que sentía hacia mis amigas.

Porque algo me decía cuál había sido su destino y envidiaba su buena suerte. Ellas no tendrían que preocuparse por nada. Estaba segura de que serían recordadas con cariño, mientras que mi supervivencia siempre quedaría en entredicho.

»No sé cuánto tiempo pasó hasta que decidí salir de la cueva. Y durante el camino de descenso, dolorida y asustada, me maldije por no tener el valor suficiente para lanzarme por un acantilado.

»Llegué a casa arrastrándome. Hacía unos días que los cadáveres de Inés y Natalia habían sido encontrados en una fosa. Mi testimonio fue suficiente

para que Rafael fuera condenado por secuestro, violación y asesinato. Se investigó la participación del *Rojo*. Contra él nada se pudo demostrar y fue absuelto. Abandonó el pueblo, pero al poco tiempo fue condenado por tráfico de drogas. Salió de la cárcel poco antes de que tú llegaras. Desconozco si Rafael volverá aquí cuando salga de prisión, la sola idea de que lo haga me está volviendo loca. No sé lo que voy a hacer si lo vuelvo a ver. Destrozaron mi vida… La vida de mis padres… Sé que se avergonzaban de mí…

Las lágrimas no la dejaron continuar. Ismael la meció en su regazo maldiciendo la vida real, tan alejada del cine americano, donde siempre había alguien que encontraba las palabras adecuadas en cualquier circunstancia.

PARÁLISIS

Ismael escuchó movimiento en el lavabo. Trató de ignorarlo. Leire se habría levantado a ducharse. Pasado un rato, el repetido chasquido de la puerta del armario del baño, abriéndose y cerrándose, le pareció lo bastante anormal como para entreabrir los ojos. Antes de hacerlo, un escalofrío ascendió por sus piernas. Sabía lo que estaba ocurriendo. No era la primera vez. La habitación en penumbra, iluminada por el haz de luz amarilla procedente de un farol de la calle, confirmaba que todavía era de madrugada. No hacía mucho que se había acostado. Tumbado de lado podía ver el cabello de Leire derramado sobre sus hombros. Intentó moverse, pero no pudo. La parálisis había vuelto. Esa certidumbre vino acompañada por otro escalofrío. El pánico le erizó la piel. A duras penas logró dominarse. Los ruidos en el baño se amortiguaron. Sobre su oído derecho alguien parecía arrugar un papel. Volvió a mirar el cabello de Leire. Intentó hablar. Pedir ayuda. Lo único que logró emitir fue un sordo gemido con la garganta. Alguien seguía estrujando un papel cerca de su oído. No podía girar la cabeza para mirar sobre su hombro. Decidió mantener la calma. Solo podía mover los ojos. Probó a despertar el cuerpo concentrando el esfuerzo en sus piernas. Tenía el tronco agarrotado. Nuevos escalofríos ascendían en oleadas eléctricas. Trató de concentrarse en su mantra habitual. *Es la parálisis, pasará antes de lo que esperas, pasará, pasará…*

De nuevo, buscó ayuda en Leire, pero su presencia resultaba ajena e inútil. Un nuevo sonido procedente del lavabo. Alguien —o algo— lo observaba, oculto, más allá de la puerta entreabierta.

Percibió un cambio. Lo que estuviera a su espalda se movía. El corazón se le aceleró y solo entonces el nudo se rompió, facilitando su ascenso a la superficie mientras los sonidos desaparecían absorbidos por el sumidero de la consciencia.

Con su eco resonando todavía en los oídos, su cuerpo despertó.

Se incorporó con brusquedad sobre la cama.

La luz de la luna llegaba adonde no lo hacían los faroles. La última casa del

pueblo se erguía, silenciosa y vigilante, ante el resto de edificaciones como un perro ovejero cuidando del rebaño. En su interior, Lucas, sentado en el sillón que en vida había sido el preferido de su madre, esbozó una sonrisa.

Ismael se enroscó alrededor del cuerpo de Leire buscando su protección. Al abrazarlo ella notó su piel erizada. Nunca se acabaría de acostumbrar a esos terrores nocturnos que padecía. Las primeras experiencias resultaron traumáticas y dolorosas para ella —como demostraba algún morado en sus piernas causado por las patadas involuntarias que propinaba Ismael cuando despertaba— hasta el punto de negarse, los primeros meses, a dormir con él. Ismael le dijo que, desde que tenía memoria, siempre había sufrido esos terrores nocturnos que se agravaron años después con la parálisis del sueño, de la que nunca había oído hablar.

Le explicó de qué se trataba y que en momentos de especial estrés llegó a sufrirla casi cada noche. Aunque nunca había llegado a controlarla del todo, aseguraba que por lo menos había conseguido habituarse a ella. Teniendo en cuenta sus reacciones, le costaba creerlo.

Al principio pensó que le tomaba el pelo. Cuando entendió que no bromeaba, se interesó por ese raro trastorno. Su curiosidad lo llevó a averiguar que casi la mitad de las personas lo habían experimentado en algún momento de su vida como un episodio aislado. Los que lo padecían, despertaban del sueño paralizados. En el angustioso lapso que duraba la experiencia, se podían sufrir alucinaciones visuales o auditivas. Estos ataques no solían durar más de diez minutos en los casos más graves. Lo que le llamó la atención es que podía ser un síntoma de algo peor, como una apnea, narcolepsia e incluso el preámbulo de alguna enfermedad mental.

Le sugirió visitar algún especialista. Ismael descartó la idea entre risas. Le aseguró que podía vivir con ello, pero en esos momentos, abrazados en la cama y notando sus temblores producidos por el miedo, Leire se preguntó hasta qué punto podía sobrellevarlo.

Sin darse cuenta, volvieron a quedarse dormidos.

Durante el desayuno, él sacó el tema.

—Te he pegado un buen susto esta noche —le dijo, mientras extendía una espesa capa de mantequilla sobre una tostada.

Leire se encogió de hombros, quitándole importancia.

—Ya estoy acostumbrada a ser tu *punching ball*.

Él se inclinó, le retiró el pelo de la cara y le estampó un beso en la mejilla.

—Ahora en serio —volvió a insistir Leire—, a lo mejor deberías ir a que te viera un médico.

—¿Y qué me van a hacer? ¿Llenarme la cabeza de cables y observar cómo me tiro pedos toda la noche? Eso no sirve para nada.

—A lo mejor te pueden dar alguna pauta para que descanses mejor.

—Eso se arregla con una vida tranquila, sol, playa y alguien que te quiera.

Mientras sorbía su taza de café con leche, Leire dedicó una mirada de soslayo a Ismael que él no detectó.

—¿No crees que es posible que las pastillas que tomabas puedan haber provocado algún tipo de… *daño*?

Ismael dejó de masticar la media tostada que tenía en la boca. Negó con la cabeza.

—No lo creo, el Clozaril es un medicamento que sirve para mejorar un estado mental, no para empeorarlo. Y hace mucho que no lo tomo.

—Estuviste mucho tiempo consumiéndolo.

—No es el caso ahora mismo.

—Ese tipo de pastillas siempre tienen algún efecto secundario.

—He sufrido esas parálisis toda mi vida —aseguró Ismael—. Y lo que has visto no es nada comparado con lo que me pasaba antes. Las parálisis han disminuido.

No creo que las pastillas tengan nada que ver con ellas. Y por lo menos hace dos años que no las tomo.

—¿Y por qué las guardas en el baño?

Ismael meditó la respuesta.

—Supongo… que me dan cierta seguridad. De todas formas, lo más probable es que estén caducadas. —A modo de conclusión, puso una mano sobre una de las rodillas de Leire para apartarla con rapidez. La miró, enarcando las cejas—. No te preocupes por eso.

Leire sonrió, recogió los platos vacíos y los llevó al fregadero.

—¿Qué vas a hacer esta mañana?

Ismael suspiró, y se estiró, rascándose la cabeza con negligencia.

—Va a ser un típico domingo —respondió—, cogeré la bicicleta y me iré a tomar el sol. ¿Y tú? Podrías venir conmigo.

Leire negó con la cabeza.

—Creo que saldré a hacer fotos. ¿Cogemos el *ferry* esta tarde y nos vamos al cine?

El rostro de Ismael se iluminó con un fulgor resignado.

—No descansarás hasta que vayamos a ver *Titanic*, ¿verdad?

—Usted lo ha dicho caballero —su risa reverberó en la cocina con un vibrato cristalino.

Ismael fingió un fastidio de proporciones cósmicas.

—¡Pero por qué me haces esto! —exclamó, crispando las manos y lanzando un grito hacia el techo.

—Venga, no te quejes que ya toca. He sido muy paciente. Al final la

quitarán del cine y nos quedaremos sin verla —pronosticó Leire mientras remojaba los platos con un chorro de agua del grifo.

—Dicen que es muy romántica —apuntó él, cogiéndola por la cintura. Leire se giró para mirarlo de frente.

—No te equivoques. Solo quiero ver hundirse el barco y a los *protas* ahogarse como ratas.

Ismael alzó a media altura la persiana del local y Leire salió a la calle deslizándose bajo su brazo. Él la siguió, arrastrando la bicicleta. Se dieron un beso, emplazándose para tomar un vermut al mediodía. Bajó la persiana y la observó mientras se alejaba. Antes de subir a la bici se ajustó los auriculares del *discman* y pedaleó con un ritmo ascendente, intentando ajustarse a la cadencia de la batería de *Road to Nowhere* de Talking Heads. Mientras avanzaba pensó en lo bien que se sentía. Las dudas que pudiera albergar en torno a Leire, de momento, parecían haberse atenuado. Estaba seguro de que volverían, pero, durante la noche, mientras ella lo abrazaba, se había propuesto no volver a recaer en los pensamientos obsesivos que habían acabado con su última relación. Ahora que, por fin, Leire había decidido abrirse —y lo que le había costado…—, demostraba que lo que le ocurría, nada tenía que ver con él.

El mundo no giraba a su alrededor y ahora su vida era otra. Lo habían despedido de un trabajo muy competitivo que consiguió ponerlo al límite. Llegó a desconfiar de todos sus compañeros. Cuando se reunían para tomar un café, durante los descansos, se abstraía de las conversaciones, calibrando cuál de ellos le acabaría *haciendo la cama*. Se obsesionó. El estado mental al que lo llevó esa situación provocó que el resto de su vida se desmoronara. Su situación repercutió en la relación que mantenía por esa época. Al final lo echaron de la empresa, alegando que no había logrado los objetivos fijados y su pareja lo dejó esgrimiendo el manido argumento de que ya no era la misma persona de la que se había enamorado. Fueron tiempos duros. Aparte de la decepción por la ruptura, todos sus amigos tenían familia y aunque lo intentaron, no podían estar las veinticuatro horas del día pendientes de él. Se sintió muy solo. Llegó a pensar en tomar medidas drásticas. En alguna ocasión se había sorprendido a sí mismo con las puntas de los pies mirando a las vías del metro que rara vez tomaba. Incluso había intentado rebasar la dosis recomendada de Clozaril. Aquellas ingenuas tentativas de suicidio solo le proporcionaron miradas de reproche del resto de viajeros o pesadas experiencias narcóticas que le hicieron dormir más de la cuenta. Al final decidió resignarse a convivir con su derrota. Aprendió a aceptar que nunca reuniría el valor suficiente para acabar con su vida. Con mucho esfuerzo, pasado un tiempo, se recuperó.

Se prometió que nunca más volvería a trabajar para otros. El dinero de la

indemnización podía ayudar.

Ahora disfrutaba de otra oportunidad. Volvía a comenzar y se sentía bien. Debía aplicar todo lo que había aprendido. Tenía que relativizar las cosas y ser más objetivo, tal y como le recomendó su psiquiatra. Y, por supuesto, eso incluía dejar de ser tan desconfiado.

ISMAEL, THIERRY, LEIRE

La gaviota sobrevoló la pequeña cala atenta a las evoluciones del hombre. No lo podía creer. ¡Había vuelto! En secreto admiró su tozudez. No obstante, sin olvidar en ningún momento su tenso pacto de no agresión decidió hacerle entender que no le iba a quitar el ojo de encima. Lo vigilaría de cerca. Muy de cerca. Estudió amerizar a su lado y enfrentarse a él cara a cara con el fin de dejar claras las líneas rojas que bajo ningún concepto debían ser traspasadas. Pero ante el movimiento brusco y agresivo de las aletas del hombre decidió que lo más seguro sería aterrizar cerca de sus pertenencias y guardar con él una prudente distancia. Ese detalle destacaría su presencia lo suficiente como para que el hombre tuviera en cuenta que cualquier salida de tono por su parte tendría consecuencias. Le haría ver que un gesto mal calculado podría resultar fatal. En primer lugar, para sus posesiones.

Las destrozaría y desperdigaría por la arena si decidía llevar a cabo maniobras suicidas. Pero al final frenó su avance para quedarse quieta en el aire con las alas desplegadas sin dejar de observar la figura que había cesado sus palmoteos y se encontraba justo bajo ella, boca arriba con sus aletas extendidas, en clara actitud de desafío. Los dos permanecieron en paralelo unos segundos, como si uno fuera el reflejo del otro, hasta que la gaviota decidió continuar con el plan establecido.

Lanzó el cuello hacia delante y, planeando, se dirigió hacia la arena.

Ismael se hacía el muerto sobre el agua, con los brazos en cruz. La silueta de una gaviota cubrió el sol. Abrió los ojos y observó su vuelo. El pájaro aterrizó cerca de su mochila y, desde la distancia, parecía que lo observaba. Después echó la cabeza atrás y volvió a dejarse acunar por el vaivén del pequeño oleaje. Recordaba el momento en que se despidió de Leire con un beso, deslizando con suavidad la mano por su costado hasta la curvatura de los glúteos y eso lo llevó a rememorar el tacto de su piel. El sol estaba a punto de llegar a su zénit, lo que indicaba que se acercaba la hora del aperitivo.

Nadó hasta la orilla aprovechando el oleaje, «*como un buen nadador*», pensó

con humor, recordando la canción.

Se puso en pie impulsado por la última brazada y se tumbó sobre la toalla esperando secarse con rapidez.

¿Cómo logró recuperarse Leire después de la experiencia que le tocó vivir? Ismael sabía que sus padres habían decidido enviarla a casa de una tía en el Continente. Nunca le dijo el motivo. Jamás se le ocurrió pensar en una causa de semejantes proporciones. De su estancia allí, supo que volvió tras sufrir un accidente de circulación en el que falleció su novio. Todo esto se lo había contado al poco de conocerse. La primera vez que se acostaron pudo ver la tragedia escrita sobre su cuerpo. Pudo leerla en sus cicatrices al pasar la yema de los dedos sobre su piel, como un libro en braille.

Sabía la historia de las niñas. Unos pocos vecinos se la habían esbozado con rapidez para después cambiar de tema. Cualquiera podía darse cuenta de que el suceso había provocado una herida tan grande que era mejor no hurgar a riesgo de abrirla. Pero nadie le había contado que una de esas niñas fuera Leire.

Se maravilló de la forma de proceder de la gente de ese lugar. No era la primera vez que había notado esa idiosincrasia tan propia en ellos. Por eso le gustaba tanto el pueblo. A veces podían dejar de lado los chismorreos para comportarse de forma exquisita.

Recaló en la isla después de haber leído un reportaje sobre ella en un suplemento dominical. El artículo sobrevolaba con delicadeza el hecho macabro que la hizo famosa durante un breve lapso de tiempo, para después pasar a describir su pasado como enclave frecuentado por la piratería, las cuevas que hollaban su superficie y su inestimable aura de lugar perfecto para desaparecer. Salió del Continente con el objetivo de lamer sus heridas. Cuando bajó del *ferry* la primera vez, el verano que aprovechó para viajar solo con el fin de poner en orden el desastre en que se había convertido su vida, sintió que había puesto pie en el lugar donde siempre había querido estar. La isla se convirtió en una especie de Tierra Prometida. Y cuando se instaló allí el otoño siguiente, lo hizo con la sensación de haber llegado al final de una larga travesía por el desierto.

Nunca había sido amigo de teorías fantasiosas que versaran sobre enclaves poseedores de mágicas energías influidas por algún tipo de fuerza telúrica, pero desde luego, en ese lugar se *sentía*. Entre otras cosas, *seguridad*. Desde luego, en cualquier sitio podían acontecer sucesos horribles. Lo que le pasó a Leire y a sus amigas era un ejemplo. En apariencia, la comunidad había logrado sobreponerse a ello y aunque se obviara el asunto, de ese silencio emanaba una gran dignidad.

A Leire le había costado abrirse, guardando un mutismo absoluto —respetado por todos sus vecinos—, hasta el punto de llegar a preguntarse si él tenía algo que ver con aquellas desconexiones suyas. Una vez al corriente de

esa parte de su pasado se culpó por haber frivolizado con lo que él llamaba *La Sombra*. Supuso que tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para sobreponerse a lo que le pasó. No se le podían reprochar esos episodios de ensimismamiento.

Lo primero de ella que llamó su atención fue su reservada curiosidad, su prudencia. No en vano, y por muy a gusto que se sintiera, al llegar a la isla lo abrumó el interés que todo el mundo demostró por su persona. Allá adonde iba sentía las miradas clavadas en él. Ella no era así. Cuando la conoció lo sorprendió lo que había tardado en reparar en su existencia. La había tenido siempre muy cerca porque la pensión donde él vivía se encontraba en la misma manzana de su casa.

Leire se manejaba siempre con una elegante discreción que solo decidió romper cuando alquiló una vivienda y abrió la librería. Solo cuando consideró que tenía un motivo para dirigirse a él, lo hizo.

Thierry tomaba un vermut sentado en la terraza del bar. Había quedado con Jaime, el saxo tenor de su grupo, con el fin de limar asperezas y esperaba con creciente enfado su llegada. Pasaban diez minutos de la hora estipulada y él no toleraba el retraso. El tiempo era sagrado y consideraba el suyo oro puro. Por otro lado, como buen exdelincuente, valoraba la palabra dada en todos los aspectos de la vida. No en vano, en una época pasada, esta podía depender del compromiso de un hombre sincero. Gruñó para sus adentros y frunció el ceño al comprobar por enésima vez su reloj. Hizo el amago de levantarse para irse, pero se contuvo.

Sopesó lo que le diría Ismael en circunstancias parecidas. Le recomendaría ser más paciente y tolerante con los demás, virtudes que Thierry no tenía en cuenta una vez se convencía de que una situación no valía la pena. Por otro lado, no dejaba de tener cierta gracia ese consejo, impartido por una de las personas más informales que había conocido. En todo caso, a Ismael se lo perdonaba todo, aunque todavía no sabía por qué. ¿Qué tenían en común? Apenas nada, salvo un raro respeto mutuo que estaba mucho más allá de un simple retraso.

La primera vez que se vieron fue en ese mismo bar. Ismael bebía una cerveza y leía un libro y Thierry percibió que fingía no darse cuenta de las intensas miradas de la que le hacían acreedor buena parte de los vecinos. Su llegada a la isla era la comidilla de todos ellos y sentía una profunda empatía hacia él. Era objeto de múltiples rumores. Sabía lo que era eso, también había pasado por ese peaje. Le hacía gracia. Y, salvo excepciones, se encargó de no dar luz a ninguna de las sombras que poblaban su biografía. Pasados tantos años aún continuaban especulando. Pues bien, que siguieran haciéndolo. ¿Qué más le daba?

En lo que sería una primera impresión, Ismael le pareció un chico

melancólico y un poco triste, pero con ganas de dejar de serlo. Le cayó bien. A pesar de que Thierry era un desconocido para él, al poco rato entró en materia. Le explicó la pérdida de su trabajo, la ruptura con su novia y que se encontraba en la isla con la intención de olvidar una cosa y la otra, argumento que desmontaba el rumor de que era gay. Compartieron un porro de marihuana y a las dos caladas se puso blanco, lo que tiraba por tierra que su extrema delgadez se debía al abuso de todo tipo de drogas. Como la conversación que entablaron fluyó con naturalidad, se lo llevó a su casa con la promesa de que tomaría un magnífico vino alsaciano y a las tres copas dejó de beber aduciendo que se le estaba subiendo a la cabeza, lo que desmentía las afirmaciones de aquellos que lo habían visto, a su parecer, beber demasiado. Por lo tanto, llegó a la conclusión de que solo era el típico ingenuo al que le habían dado calabazas en medio de una crisis laboral y que necesitaba con urgencia un cambio vital. Si a todo ello se le sumaba el hecho de que no tenía hijos y que se encontraba próximo a la cuarentena, el resultado daba una prematura crisis de la mediana edad de manual. Estaba en la isla como podía estar quemando suela por el Camino de Santiago. Además de ser heterosexual, antidroga y bebedor ocasional. Fin del misterio. Ismael no tenía mucho más donde rascar.

Con el tiempo le explicó su sueño de tener una librería; de vivir tranquilo, aunque fuera con poco; de tener buenos amigos, aunque no fueran muchos; y, en todo caso, conocer una buena chica a la que darle un poquito de cariño y que ella le pagara con la misma moneda. Los sueños de Ismael no eran extravagantes ni ambiciosos. Thierry se alegraba por él, porque, *a priori*, su amigo había conseguido casi todos sus objetivos.

Aunque no se llevaban demasiados años, le guardaba una sincera ternura que muchas veces hacía que se sintiera más como su padre que como su amigo.

Discutían mucho y había temporadas —insoportables— en las que Ismael se mostraba en exceso quisquilloso y le llevaba la contraría por sistema. Era la única persona a la que se lo permitía.

A ello ayudaba el hecho de tener un hijo al que no veía. Fue padre muy joven. A una edad, le gustaba decir, en la que no se es consciente de la responsabilidad que supone, pero en realidad renunció a él por todo lo contrario. Se hacía una idea muy aproximada de lo que significaba ser padre, desde luego que sí. Y no solo eso.

Tenía una imagen muy ajustada de lo que debía ser un *buen* padre. Así que, por coherencia, optó por alejarse de él. La madre de su hijo no le importó nunca demasiado. Era casi una niña cuando se quedó embarazada y nunca tuvieron mucho en común. Pero durante sus erráticos bandazos vitales siempre tuvo muy presente al niño, incluso después de conocer a Yasmina, una chilena que le hizo olvidar el mundo entero.

En sus primeros meses, trataba de verlo con cierta regularidad. Su ex

nunca se negó. No en vano, cada aparición de Thierry comportaba la entrega de sustanciosas cantidades, producto de sus atracos, para la manutención del niño. Cuando dio de bruces en la cárcel, los contactos se suspendieron. Ayudaba la distancia, desde luego, pero también el que la madre de su hijo hubiera conseguido un buen reemplazo en su lugar. Solo recibió dos cartas suyas durante sus años en prisión.

La primera para reprocharle su mala cabeza y recordarle lo cabrón que era por abandonarlos, y la segunda, para exigirle que se olvidara de ellos si alguna vez regresaba a Francia. Desde la prisión realizó múltiples intentos para volver a oír la voz del niño. Todos fueron repelidos.

Tras su puesta en libertad, lo primero que hizo fue volar a Francia para ser recibido de malos modos y prohibida su entrada al domicilio materno. La bronca con la madre de su hijo fue monumental. Su nuevo novio intercedió por ella. En ese momento, Thierry estuvo a punto de perder el control. El entrometido ni siquiera se dio cuenta de lo cerca que estuvo de la tumba ese día. Lo salvó un detalle. Durante la discusión, Thierry tuvo una fugaz visión de su hijo. Desde el fondo del pasillo miraba cómo los adultos perdían la compostura. La cara de terror de un niño de ocho años, su hijo, fue crucial para que toda la ira acumulada en sus entrañas se disolviera. No podía permitir que esa fuera la imagen que atesorara de él en su memoria. Dedicándole una última mirada, giró sobre sus talones y se fue.

Era la primera vez que actuaba como un *buen* padre. Pero ese gesto lo alejó de su hijo para siempre.

Tras salir de casa de Ismael, Leire se dirigió a la suya para cambiarse. Se puso un vestido de gasa de los que él llamaba *vaporosos* y sonrió al recordar el apelativo y la cara que ponía cada vez que la veía con uno de ellos puesto. Unas *martins* negras completaron el conjunto. Después salió con la intención de hacer unas fotografías.

Se fue caminando hacia el bosque. Quería reflejar en una serie de imágenes el cambio de las estaciones. Le faltaban las tomas de verano y otoño. Tal vez Ismael le podría ceder espacio en la librería para exhibirlas cuando tuviera la serie completa.

Llegó al final del pueblo y accedió a un camino de tierra hasta dar con una señal que indicaba que solo los vehículos autorizados podían continuar. Se internó en la arboleda con la sensación de ser devorada por ella. Continuó el recorrido durante un kilómetro y después se desvió por un sendero que llevaba a la *Fuente de los Duendes*. Cuando le quedaba poco para llegar, reconoció las voces de las niñas. Resultó una sorpresa encontrarlas allí.

Mientras se acercaba a ellas sin que se dieran cuenta, pudo verlas, sentadas con apatía sobre las rocas que se arremolinaban alrededor de la fuente natural.

Se habían escondido allí para fumar y lamentarse de lo mucho que se aburrían en el pueblo.

Leire pisó con sus botas una rama seca y el chasquido puso en alerta a las niñas, que miraron hacia el foco del sonido, al tiempo que ocultaban con disimulo los cigarros tras su costado.

—No os asustéis, que soy yo —las tranquilizó, saliendo de la espesura hacia el claro.

Sonrieron aliviadas y volvieron a aspirar los cigarrillos con una avidez de principiante.

—Hola, Leire —la saludó Silvia—. ¿De paseo o haciendo fotos?

—Trabajando —indicó Leire Amalia extendió el paquete de tabaco hacia ella.

—¿Ahora os ha dado por fumar? —preguntó, al tiempo que rechazaba con la cabeza el ofrecimiento—. Gracias, lo estoy dejando.

La niña se encogió de hombros e introdujo el tabaco en su bolso. *Ese bolso ya sirve para algo más que para guardar caramelos*, pensó Leire, divertida. Como si tratara de confirmar la evidencia, Silvia extrajo del suyo un espejito y un pintalabios.

Se sentó en una de las rocas a la espera de que alguna se decidiera a hablar. Pero ninguna parecía dispuesta.

—¿Molesto? —preguntó—. A lo mejor queríais hablar de vuestras cosas. Ya me voy.

—Quédate —le pidió Silvia, mirándose al espejo y acabando de embadurnar de forma exagerada sus labios—. Estábamos hablando de lo de siempre.

—¡De lo aburrido que puede llegar a ser este sitio! —completó Amalia, exagerando la entonación.

Leire sintió un escalofrío. Le maravillaba lo poco que variaban los sentimientos adolescentes de una época a otra. Por un momento le asaltó una imagen de ella con sus amigas, fumando a escondidas en la ermita.

—¿Ahora os escondéis aquí?

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro para aburrirse —contestó Amalia.

Las dos niñas se miraron y arrugaron los labios en un gesto de complicidad. Después estallaron en carcajadas. Leire intuyó la existencia de un chiste privado.

—Este sitio es bonito y no pasa casi nadie. Podemos fumar tranquilas —añadió Silvia.

Leire observó el entorno. *Muy aislado*, pensó.

—¿No habéis quedado con nadie?

Las chicas guardaron silencio. Silvia fue la primera en romperlo.

—Esta no quiere ver a nadie —dijo, señalando con un movimiento de

cabeza a Amalia—. Se ha peleado con Marina porque le está tirando los tejos al Toni y él se deja querer.

—¡Zorra! —opinó Amalia para completar el argumento.

La exclamación de Amalia, lanzada con agrio resentimiento, provocó en Leire una sonrisa que trató de disimular para no ofenderla. Rompió a llorar en silencio y Silvia saltó de la roca donde estaba sentada con la intención de consolarla. Leire pensó que estaba de sobras. Se levantó pero, antes de irse, se acercó a la niña.

—Amalia, ¿qué piensas de Toni?

Sorprendida por la pregunta, la niña detuvo sus sollozos y el esfuerzo por dilucidar lo que sentía por el chico se reflejó en sus facciones.

—No sé… Supongo… que es un idiota —respondió, al cabo de unos segundos.

—¿Y entonces de qué te preocupas? Yo me sentiría muy contenta si consiguiera sacarme de encima a un idiota —concluyó Leire—. Si Toni decide irse con Marina, que les den a los dos. Tú vales mucho más que ellos. Nunca lo olvides.

La niña la miró con la boca abierta mientras Leire se incorporaba para marcharse. No contaba con que el hechizo resultara duradero, pero por lo menos le había dado algo en lo que pensar y distraerse durante un buen rato.

—Bueno, me voy. Tengo prisa.

—¿Has quedado con tu novio? —preguntó Silvia.

Mi novio, pensó Leire.

—Sí —contestó.

—A ver si quedamos para hacer unas fotos.

—Os digo algo —prometió Leire. Antes de marcharse lanzó una ojeada a la profundidad del bosque. Solo el murmullo provocado por la caída del hilo de agua de la fuente rompía un silencio casi absoluto—. Os recomiendo que hagáis las paces con vuestras amigas y os vayáis con ellas. No hacéis nada aquí solas.

Cuando deshizo sus pasos tras hacer las fotos, las niñas ya no estaban allí.

Leire llegó al pueblo y se dirigió al bar. Ismael no perdonaba la hora del vermut y estaría al caer. Vio a Thierry en la terraza, sentado en una mesa, mirando el reloj con el ceño fruncido. Presintió, sonriendo, alguno de sus habituales malestares causados por su rigidez social que, más temprano que tarde, acabarían provocándole una úlcera.

Ismael hablaba siempre maravillas de él. A veces se enfadaban, pero no dejaba de ser una relación entrañable. Y aunque le encantaba picarlo, Ismael guardaba una admiración sincera hacia su amigo. *El primero que tuve en la isla*, como recordaba siempre, aunque no parecieran tener nada en común. Ella jamás había forjado amistades tan fuertes con tan poca materia prima y a veces, estando entre los dos, se sentía excluida, aunque no le importaba. Se

palpaba su complicidad al ver cómo cruzaban una mirada que solo ellos podían entender. A veces intuía que su presencia solo era valorada cuando alguna de sus discusiones acababa en tablas y necesitaban un árbitro para deshacer el empate.

En todo caso Ismael adoraba a Thierry y tenía la impresión de que por parte de Thierry el sentimiento era análogo.

Antes de conocer a Ismael nunca había tenido mucho contacto con Thierry. Lo conocía y habían coincidido con amigos comunes, pero algo la frenaba. Tal vez era la corrección extrema con la que la trataba o alguna mirada rezagada que le había dedicado y que había cazado al vuelo por casualidad…

Thierry observó cómo Leire se acercaba a la terraza con la cámara de fotos al hombro. En ese mismo momento, Ismael dobló una esquina y se materializó en la plaza pedaleando sobre su bicicleta en dirección al bar. Bufó asqueado deseando que llegara cuanto antes el maldito saxo tenor, porque cuando tenía que coincidir a solas con la pareja, el esfuerzo que le suponía fingir que disfrutaba de la compañía de Leire lo dejaba agotado.

LIBRE

LIBERTAD PARA EL ACUSADO DEL DOBLE CRIMEN DE ISLA ENCANTA
Alonso García

Isla Encanta, lunes 16/06/1998

Tras cumplir veinticinco años de condena por secuestro y asesinato.

Rafael Criado Sánchez ha cumplido su deuda con la sociedad y hoy sale de la prisión de…

Su caso fue uno de los más sonados de la historia criminal del país debido a la juventud de sus víctimas, tres niñas que fueron raptadas y violadas y dos de ellas, asesinadas, con notable crueldad.

Criado Sánchez fue el único acusado por los crímenes, aunque, en su momento, se barajó la posibilidad de que pudiera haber más implicados dado el estado en el que se encontraron los cadáveres pertenecientes a dos de las desaparecidas, Inés Ruiz Martínez y Natalia Gea Siñériz. Una de las chicas, Leire Cabrera Esquivel, fue encontrada con vida y su testimonio sirvió para detener a Rafael, quien siempre negó su participación en los hechos, a pesar de que los indicios indicaran lo contrario. Fue condenado a setenta y cinco años, de los cuales ha cumplido un poco menos de un cuarto de condena.

Rafael Criado Sánchez, en un reportaje dedicado a su persona al poco de conocerse su inminente salida de prisión, reiteró su inocencia y aseguró que, tras su puesta en libertad, dedicaría todos sus esfuerzos para que la verdad salga a la luz.

En todo caso, a parte de las fallecidas o de la única niña que logró sobrevivir, las auténticas víctimas de este triste caso siempre serán unos padres que no pudieron levantar cabeza tras el trágico final y un pueblo conmocionado que, en su fuero interno, jamás volvió a ser el mismo.

Las niñas desaparecieron el veinticinco de septiembre de…

INDIGNACIÓN

Rafael volvió a casa y Pilar lo acogió.

Durante varios días fue difícil no impregnarse con el pegajoso ambiente de excitación que se apoderó del pueblo. No se hablaba de otra cosa y el estupor y el enojo parecían ir en aumento cada hora que pasaba. Como si se tratara de un punto de peregrinación, a diario, los vecinos se concentraban bajo el balcón del *Sádico de Isla Encanta* para protestar por su puesta en libertad, hasta el punto que la Policía tuvo que hacer guardia con objeto de prevenir posibles altercados.

Al vivir frente a la casa asediada, Ismael fue testigo de las continuas discusiones —la mayoría subidas de tono— entre los vecinos y los agentes que, con dificultad, conseguían dispersar las protestas. Solo entonces los manifestantes marchaban distribuidos en grupos para desaparecer, como los afluentes de un río, en distintas direcciones. Así, un día tras otro.

Con la indignación también llegó el periodismo sin contrastes que, en su búsqueda de carnaza, lo único que hacía era empeorar la situación. Fueron muchos los que buscaron el minuto de gloria que las cámaras concedían. Cualquier chisme era tomado en consideración, envuelto en un aura de verdad absoluta.

Esta situación duró varios días. No parecía suceder nada más en el mundo. Se hablaba en el bar, se hablaba en los comercios, se hablaba en las calles. Incluso se hablaba en la iglesia. Todo bajo la mirada atenta de Ismael, sorprendido por aquel clamor que se elevaba hacia el cielo impidiendo que oyera el rumor de las olas por primera vez desde que llegó a la isla.

Leire, en cambio, parecía ajena a todo lo que pasaba y su actitud preocupó a Ismael. La gran noticia de los últimos veinticinco años había merecido para ella un par de comentarios desapasionados, una negación de la realidad, un aislamiento inconsciente. *La Sombra* había regresado, sumiéndola en un estado, en apariencia contemplativo, del que solo salía para mostrarse apática, y durante los días más intensos no se dejó ver demasiado. Ismael no le pidió

jamás explicaciones. Trató de entenderla. Se esforzó lo que pudo en espera de que cambiara la situación. Lo malo es que cada día que pasaba era evidente que esta no tenía visos de mejorar.

Leire parecía condenada a permanecer sumergida en su introspección.

La atmósfera era espesa, casi pastosa. Allá donde estuviera, Ismael solo veía rostros enfurruñados, cada uno con la solución definitiva para atajar el problema. Y todas estas soluciones solían ir en contra de la integridad personal de Rafael y su familia.

Preocupado por Adrián, decidió pasar una tarde por la peluquería. Lo encontró a punto de cerrar.

—No te preocupes por mí, Ismael. Ya he pasado antes por esto y sobreviví —lo tranquilizó mientras jugaba con el llavero que sostenía entre las manos.

—La verdad, Adrián, me preocupa lo que estoy oyendo estos días.

—Por eso he decidido desaparecer y cambiar de aires.

—¿Te marchas?

—Sí, un tiempo —apuntó divertido al ver su cara de estupor—. No te preocupes. La cosa se tranquilizará y la gente volverá a su aburrimiento habitual.

—¿A dónde vas?

—A casa de un amigo. Esta misma tarde tomaré el *ferry*.

—¿Cuantos días vas a estar fuera?

—Por lo menos hasta que la tele deje de hablar de mi familia. Pasado eso, ya veremos.

—Me sabe muy mal todo por lo que estás pasando.

—No te preocupes por mí. Yo estoy bien —lo tranquilizó. Ismael entendió a quién hacía velada referencia ese «yo».

—¿Tu madre cómo está?

Adrián esbozó una sonrisa triste, resignada.

—Ella es la que me preocupa. Hemos hablado y no quiere salir de aquí. Y la verdad, tal y como están las cosas en este sitio y encerrada en casa con ese animal…

No sé cómo estará. Le he pedido que venga conmigo, pero se niega. Es muy terca y no quiere dejar su casa.

—Me parece increíble lo que está pasando.

—Ya —añadió Adrián con una sonrisa que desmentía la molestia que traslucía el tono de sus palabras—. Ismael, como quien dice, eres un recién llegado y sé que no sabes de la misa la mitad, pero tampoco deja de maravillarme lo cándido que puedes llegar a ser. Esto es un pueblo pequeño y hay rencores —sentenció mientras cerraba la persiana—. Todas las alfombras ocultan algún cadáver pudriéndose bajo ellas.

Adrián se marchó, dejándolo ante la persiana de la peluquería, manchada por varios impactos de pintura.

Unas horas después leía un libro sentado en el balcón. La calle, por fin sin protestas, se encontraba desierta. Sin policía. Sin cámaras. Pero el rugido de las olas, en ese momento, le recordaba el fragor de aquella tormenta.

En el balcón de Pilar alguien levantó la persiana. La mano de un hombre apartó con timidez la cortina, lo justo para que su dueño pudiera escrutar la acera.

Después, la persiana volvió a bajar.

CAMBIOS

«¡ASESINOS FUERA DEL PUEBLO!». La frase, pintada sobre la fachada de la casa de Pilar, parecía advertir de la existencia en su interior de un virus contagioso.

Desde el regreso de Rafael, Pilar salía a comprar más a menudo obligada como estaba a alimentar una boca más. Pero en los comercios que pisaba, la atendían con reparos y resultaba una experiencia más desagradable de lo que venía siendo habitual. La frialdad de sus vecinos se le metía en los huesos y vivía en un estado de congelación perpetuo. Ya no se dejaba guiar por sus pies, acostumbrados desde hacía muchos años a llevarla a las afueras del pueblo durante sus solitarios paseos diarios. Se le antojaba peligroso. Sentía vértigo y se le licuaba la sangre en las venas las raras ocasiones en que alguien se cruzaba con ella, dedicándole por todo saludo una mirada hosca. Al pasar de largo echaba de menos tener ojos en la nuca.

Durante los días posteriores a la llegada de Rafael, los medios de comunicación habían hecho guardia ante su casa hasta que la noticia perdió relevancia. Luego desaparecieron, concentrando su interés en nuevas noticias que serían enterradas a los pocos días por otras que, a su vez, también estarían condenadas al olvido. El mundo funcionaba así. Pero, por mucho que el mundo pareciera olvidar, la pena y el miedo de Pilar, así como el rencor y la rabia de sus vecinos, permanecieron arraigados en la memoria.

El pueblo ni olvidaba ni perdonaba. Pilar y Rafael vivían en una oscuridad permanente con las persianas semicerradas para evitar ser vistos. También ellos evitaban ver. Pero el dejar de ver no significaba que los problemas desaparecieran. Vivían enclaustrados tras un muro de silencio, cada uno purgando su pena; el permanente rechazo por el crimen cometido y la penitencia por haber traído al mundo a un criminal. Pasada la fiebre inicial, cada vez con menos frecuencia se oía el exabrupto de alguien que pasaba bajo su balcón anunciando que en esa casa vivía un asesino. Ese grito repentino y aislado, rompiendo la calma recién recuperada, resultaba más ominoso que las continuas protestas iniciales. Era mucho peor a sus oídos por lo inesperado, por todo lo que tenía de lamento, de brusco y emboscado recordatorio de la

condición venenosa de madre e hijo.

Rafael sentía un secreto placer cuando salía de la habitación a la hora acostumbrada y veía a su madre seguir cada uno de sus movimientos con la tensión reflejada en la mirada. La mesa siempre estaba preparada, como si ese plato lamentable que le había dejado fuese el tributo diario que se otorga al monstruo surgido del interior de una jungla para aplacar su ira. Su vida siempre había sido un recordatorio constante de su condición monstruosa hasta el punto de asimilar el concepto con plena consciencia. No dejaba de darle vueltas a la idea mientras, encerrado en su cubil, veía la tele contemplando en cadena una serie tras otra sin entender nada de lo que veía. Era un monstruo y esa mujer, su madre, había contribuido a que lo fuera. Bien estaba que sintiera ese terror ante su presencia. Él lo sintió durante muchos años por culpa de su resignación.

Pilar observaba con frecuencia la puerta de la habitación cerrada donde su hijo pasaba las horas. Rafael interrumpía su aislamiento para sentarse ante la mesa del comedor y solo abría la boca para degustar sin pasión los platos insulsos que cocinaba con tristeza.

Lo veía acercarse, avanzando por el pasillo, y se encogía como el niño que espera la bofetada de un adulto demasiado estricto. Con la vana esperanza de aliviar la tensión anunciaba a voces, con falsa alegría, sin saber por qué, el plato que había preparado. Rafael se sentaba a la mesa sin dirigirle la palabra. Ni tan solo un gruñido que le indicara que la había escuchado, que no hacía falta que gritara.

No esperaba que se mostrara agradecido por haberlo acogido. Sentía que se lo debía, porque en su interior sospechaba que podría haber sido una persona diferente si ella hubiera tenido el valor de enfrentarse a Goyo cuando aún estaba a tiempo. Mientras el hijo daba cuenta de la comida, Pilar echaba un vistazo por enésima vez a la foto de familia donde la postura de Rafael ya auguraba la ceñuda presencia sentada a la mesa y sentía una pena infinita que la penumbra ayudaba a ocultar. Miraba al hijo en movimiento que sustituía a aquel otro de la fotografía.

Conocía muy bien a esos dos hijos que, en realidad, eran uno solo. Con su regreso, su vida había cambiado, pero todo permanecía igual, como en esa película de Burt Lancaster. Rafael estaba en casa, ya no vivía sola, pero la amedrentadora presencia del hijo le hacía tomar consciencia de su absoluta soledad y la tensa y calculada prudencia del trato que le otorgaba le hacía volver a los tiempos con Goyo, en los que cualquier error podía ser castigado con una paliza. La amenaza, siempre presente. Flotando, enrareciendo el ambiente.

A Rafael le gustaba contaminar la atmósfera de la casa porque a eso se había acostumbrado durante los años que estuvo en la cárcel; a crear un aura de peligro a su alrededor, la única manera de sobrevivir allí dentro. Adquirió esa habilidad entre aquellas cuatro paredes, aprendida gracias a la pedagogía de cinturón en mano y patada a tiempo de su padre. Y cuando se sintió preparado, la puso en práctica. El temor que acabó sintiendo Goyo hacia él provocó un respeto enfermizo hacia el hijo. Y Rafael sonreía al pensar que ese respeto que Goyo le tenía fue lo más parecido al cariño paterno que logró sentir el viejo en toda su vida.

En las raras ocasiones en las que Pilar, si lo veía desganado, se atrevía a preguntar si quería otra cosa para comer, le dedicaba una mirada acerada por respuesta y experimentaba un secreto deleite al ver temblar su mentón.

Cuando Rafael la miraba, Pilar sentía una necesidad imperiosa de levantarse del sillón para dirigirse a la cocina con el anhelo de perder de vista el perfil de su hijo y huir de su silencio amenazante que no le dejaba respirar. Pero en la cocina tampoco se sentía segura porque desde ahí no podía leer los pensamientos de Goyo, —*de Rafa*, se corregía—, ni prever sus movimientos, porque en cualquier momento podría entrar a buscarla y, con la excusa de alguna falta cometida por su parte, recibir unas bofetadas sin que ella acabara de entender el porqué. Si se ponía a cocinar ni siquiera sentía el aceite sobre su brazo al saltar de la sartén porque nunca dejaba de mirar de reojo hacia la puerta, esperando ver entrar a Rafael que, sin mediar palabra, le daría una paliza. Y tal vez con suerte, las explicaciones vendrían después. Pero esa paliza nunca llegaba y ella se acercaba al umbral de la puerta y miraba hacia el comedor solo para ver su espalda apoyada en el respaldo de la silla.

Sentado a la mesa, Rafael imaginaba a su madre asustada en la cocina, esperando que en cualquier momento estallara su ira, provocando una pelea donde solo discutiría él. En el pasado la vio infinidad de veces en circunstancias parecidas, cuando su padre o él podían hacer saltar por los aires una calma tensa.

Reconocía esas miradas y sus cautelosos pero perceptibles movimientos de presa que intenta pasar desapercibida y por un momento fabulaba con entrar en la cocina solo para divertirse, para verla dar un saltito mal disimulado y verla aferrarse inconsciente al mármol como quien agarra un arbusto cuando cae de un precipicio. Decidía dejarlo correr. Él también sintió miedo en el pasado y aún seguía teniéndolo. Miedo al porvenir, a vivir para siempre en esas condiciones, consciente de su inadaptación, miedo a sí mismo y a la gente del pueblo que esperaba agazapada el momento para abalanzarse y acabar con él.

Porque de sobras sabía que lo harían si se presentaba la oportunidad.

Por eso decidió salir a la calle solo cuando cayera la noche. Oculto. Escondido. A la hora de los monstruos.

PEDRO

Pedro tomaba una cerveza en el bar, acompañado por medio consistorio. Como todos los viernes, a no ser que se encontraran en fiestas, invitaba a su equipo para celebrar que el trabajo semanal había terminado. Era una tradición que había impuesto en su mandato. Y es que la tradición lo había acompañado siempre. Pertenecía a la tercera generación que había llegado a la alcaldía. Su padre había sido alcalde, siguiendo los pasos de su abuelo. Todos compartían el mismo nombre. Y como su padre, Pedro había cursado la carrera de Ingeniería Química. La tradición era un valor para su familia y un aval para aquellos que le habían dado su voto.

Siempre tuvo claro que su destino estaba atado al de sus vecinos; se podría decir que había sido preparado desde la infancia. Su vida política no había resultado complicada porque en cierta forma sus electores tenían interiorizada la idea de que alguien que había crecido entre alcaldes, por fuerza, debía conocer el oficio. De ideas más bien conservadoras —porque no se puede ser tradicional sin ser conservador—, Pedro, no obstante, había implementado un estilo que, a ojos inexpertos, se podría confundir con un talante progresista al que el pueblo no estaba acostumbrado teniendo en cuenta sus orígenes. Pero, en realidad su *progresismo* solo era estético, inofensivo. Ese tipo de progresismo que se caracterizaba por contratar la actuación de alguna *drag queen* en las fiestas patronales o por contar en su equipo con alguna mujer, detalle que resaltaba cada vez que tenía la oportunidad, enfatizando con insistencia la inestimable valía de su género a imagen y semejanza de políticos de más enjundia. Una táctica propagandística urdida para captar ese voto femenino que no se daba cuenta del profundo machismo que comportaba destacar hasta la saciedad que las mujeres podían ser válidas en tareas de gobierno. Algo que le echaba en cara, siempre que se presentaba la ocasión, Alicia, su esposa, a la que conocía desde que eran niños y que gracias a que había crecido también entre los entresijos del poder, detectaba por instinto sus costuras.

Dentro de los límites de lo que podía dar de sí una comunidad tan pequeña, los dos pertenecían a las familias más influyentes del pueblo y se

podría decir que estaban destinados el uno para la otra desde la cuna. El hecho que, de jovencitos, facilitaran la tarea al enamorarse, hizo que sus padres respiraran aliviados. Todo se torció entre ellos cuando Pedro consiguió la alcaldía. Era ambicioso y se integró sin dificultad en los engranajes del partido hasta el punto de fijar sus miras en cotas más elevadas. Eso lo llevaba a pasar largas horas fuera de casa, a salir de la isla con asiduidad, a alternar con empresarios y gerifaltes del partido… Si quería prosperar, tenía que hacerse ver. Y aunque los dos recibieron una educación que los convirtió en meros estereotipos, pronto Alicia sintió que la persona de la que se había enamorado se transformaba poco a poco en otra muy diferente que no le gustaba. Las discusiones en casa eran frecuentes pero su formación los había preparado para no reflejarlo en público. Ante todo, se tenía que evitar el escándalo.

Y, desde luego, por parte de Pedro, ciertas actitudes de las que hacía gala fuera de la isla y de su radio de acción podían considerarse poco menos que inapropiadas.

Él era consciente de ello; la política era así. Tenía que mimetizarse con el ambiente y hacer lo que veía. *Allá donde fueres haz lo que vieres*, decía siempre su padre. Y cuando ella le reprochaba que había cambiado, él replicaba que lo que había hecho era evolucionar. De ahí no salían.

Hasta que al final, agotados, dejaron de discutir, salvo alguna chanza malintencionada que, de vez en cuando, se dedicaban.

Sus hijos eran pequeños y de momento ni se planteaban la idea del divorcio.

Con ellos guardaban también las formas y los niños nunca fueron testigos de una palabra más alta que otra. En casa todo era muy civilizado y los educaron lo mejor que pudieron. Crecían sin darle ninguna importancia a la frialdad con la que se trataban sus padres porque pensaban que era lo normal.

Tal vez, por esa misma frialdad que reinaba en su casa, de cara al exterior Pedro se mostraba expansivo. Por regla general, se llevaba bien con la mayoría de sus vecinos y siempre dedicaba una sonrisa a los pocos que le mostraban antipatía —a estos, incluso, les sonreía mucho más—. Pero, por regla general, se sentía querido y respetado.

En todo caso, se encontraba en el segundo año correspondiente a su segundo mandato y tenía que asegurar su reelección en los próximos comicios, y aunque en ese momento se encontraba descansando, nunca acababa del todo de hacer política. Siempre intentaba afianzar apoyos de cara al futuro. En la terraza del bar, en el club social e incluso por la calle, sabía que una charla distendida podía significar la diferencia entre ganar o perder y tenía asumida esta realidad. No es que fuera falso con la gente aunque no era del todo sincero con todo el mundo —¿qué político lo era?—, pero tenía muy claro que todo aquel con el que trataba podía ser un elector en potencia, y a los que ya lo eran, tenía la obligación de conservarlos. Era algo que aprendió en casa; «*un político*

debe estar siempre de campaña». Y nunca se sabía cuándo podía surgir un rival inesperado.

Tenía entre ceja y ceja incentivar un turismo de calidad en la isla, prescindiendo del perfil de mochilero que menudeaba a duras penas durante los meses de verano y otoño. Estaba harto de ver a los cuatro *hippies* que se paseaban por las colinas rebuscando entre los excrementos de vaca los hongos con los que supuestamente podrían comunicarse con el más allá una vez hervidos. Aunque de pequeño tamaño, la isla era rica en rincones de gran belleza y no entendía que a esas alturas los hoteles, los campos de golf y los *resorts* no proliferaran con el mismo vigor que los hongos de la mierda de vaca que ansiaban los *hippies*. Se encargó de tantear la opinión de los vecinos esgrimiendo buena parte de su encanto personal y, salvo excepciones, resultaron bastante receptivos. Por supuesto, había quien se negaba por completo a su proyecto desarrollista —sobre todo los no nacidos en la isla— y en ese momento, sentado entre sus compañeros de consistorio observaba a algunos de ellos —Ismael, Thierry y algún otro— que ocupaban la mesa contigua a la suya. Durante un momento desconectó de la conversación que se desarrollaba a su alrededor, lamentando su incapacidad para convencer a todo el mundo. Su padre siempre le decía que un buen político debía ser como un junco, que se dobla ante los envites del viento sin partirse. Pero por muchos tópicos y sabiduría que el viejo le hubiera intentado inculcar, él no encajaba bien las frustraciones. Siempre había conseguido, con más o menos esfuerzo, todo aquello de lo que se había encaprichado, y le costaba asimilar ciertas realidades. Comprendía que era inevitable que la gente hablara, aunque le fastidiaba, y mientras dirigía la mirada hacia la mesa donde se sentaban esos que nunca le votarían, hacía un cálculo mental y el resultado que le daba la suma de ese pequeño grupúsculo de disidentes comportaba cuarenta o cincuenta personas más que los frecuentaban que, estaba seguro, compartían su opinión y jamás le votarían. Y en un pueblo pequeño ese número podía suponer la diferencia entre el éxito o el fracaso.

Su vejiga le hizo volver a la realidad y las voces y las risas de sus compañeros de consistorio se volvieron claras de nuevo. Se levantó de la mesa anunciando sus intenciones. Con el objetivo de ser cercano, a veces, no tenía que importar mostrarse un poco vulgar.

Una vez en el lavabo, frente al urinario, notó cómo se abría la puerta. Era Ismael, que, al verlo, arqueó las cejas al tiempo que daba un teatral paso hacia atrás dándole a entender que era la última persona que esperaba encontrar en ese lugar y se preguntó si no lo habría estado vigilando para tratar de aprovechar la oportunidad de hacerse el encontradizo en una zona más discreta.

—Señor alcalde, pensaba que una persona de su posición no iría al meadero sin un guardaespaldas que cuidara de la tranquila realización de su

actividad mingitoria.

—Descuida, siempre llevo una sobaquera con un .38 en previsión de posibles atentados. Prescindo de guardaespaldas. Hay que ser muy cuidadoso a la hora de malgastar el dinero del contribuyente.

Ismael esbozó una sonrisa al tiempo que se bajaba la bragueta dejando un urinario vacío entre ambos.

—Sí, supongo que no debes ser demasiado descarado en tus malversaciones.

Pedro respondió a la impertinencia con otra sonrisa, y mientras se sacudía se preguntó cuánto había de verdad en las socarronas invectivas de Ismael. A veces se pasaba y le costaba mucho mantener el tono cuando lo ofendía. Los dos permanecieron en silencio hasta que Pedro se dirigió a la pila para lavarse las manos.

—Ya que estamos, me gustaría hablar contigo de algo —dijo Ismael, confirmando sus sospechas de que el encuentro no había sido casual.

—Tú dirás… —se interesó, girándose para mirarlo mientras se frotaba las manos con el jabón.

—Estoy un poco preocupado por el ambiente que se respira estos días en el pueblo.

—Te entiendo. Han sido unas jornadas tensas.

—Me preocupa sobre todo Adrián.

—¿Sabes algo de él? —preguntó, mirándose al espejo mientras trataba de domar un remolino con los dedos mojados.

—No. Pero no veo normal que tuviera que abandonar el pueblo.

Contempló con cierta consternación a Ismael. Mudó el gesto con rapidez. Resultaba demasiado afectado. Demasiado político. Con suma facilidad, sus rasgos adoptaron un genuino gesto de preocupación.

—Sí —dijo, arrastrando con fingido agotamiento las palabras—. Parece que la presión de la llegada de su hermano pudo con él.

—Creo que lo que pudo con él fueron los dos cubos de pintura que alguien le volcó sobre la persiana del negocio. Yo habría hecho las maletas también. —Ismael presionó el botón de la cisterna del urinario y el agua que cayó provocó que la pastilla de jabón bailara sobre el sumidero—. Pero no veo normal que alguien tenga que dejar su casa porque lo presionan para que se marche —añadió mientras vertía jabón en sus manos.

—Me parece un poco exagerado, la verdad —observó Pedro, hablando al reflejo de Ismael.

—¿Exagerado? A mí lo que me parece exagerado es que le lancen pintura en la persiana —replicó—. Tampoco me gusta ver pintadas amenazantes en la fachada de la casa de su madre.

—Ismael, no voy a justificar jamás esas actitudes, pero también debes comprenderlas. Rafael hizo algo horrible que dejó marcada a toda la

comunidad.

—Pero ¿tú no puedes hacer nada por el resto de la familia?

—Ya tuvimos a la Policía protegiendo unos días la casa en los peores momentos. No podemos hacer mucho más…

—¿No puedes usar de alguna manera tu influencia?

—Creo que me sobrevaloras —apuntó, con una carcajada—. Yo no tengo tanta influencia sobre la gente.

—Cuando la cordura se pierde, alguien debe hacer algo. Eso es todo. En lo que concierne a Adrián, tengo entendido que su vida no ha sido fácil. Sería lo natural ser justos con él.

—La naturaleza no tiene nada de justa. En todo caso —reflexionó—, es cierto que Adrián no tiene la culpa de nada de lo que ocurrió aquí. Pero yo no me preocuparía demasiado. Una vez pasado el tiempo, las aguas regresarán a su cauce y volverá a ser aceptado en el pueblo si es que alguna vez ha dejado de serlo. Lo de la pintura es cosa de cuatro exaltados que no representan en ningún caso al global de los vecinos. Además —añadió—, su condición da la nota de color que necesitamos.

Ante la ocurrencia, sus labios dibujaron una sonrisita fatua que se diluyó al ver la expresión que lucía en el espejo el reflejo de Ismael.

—No esperaba que fueras un cínico —dijo Ismael.

—Está bien —bufó Pedro, conciliador—, eso ha sido incorrecto. Veré lo que puedo hacer por Adrián —dijo, después de reflexionar unos segundos—. En todo caso, por su madre dudo que pueda hacer algo. Lo mejor que podría hacer esa mujer es marcharse del pueblo. Por supuesto, con el criminal de su hijo mayor metido en la maleta. El odio que siente la gente hacia ella está muy arraigado. No es tarea del consistorio reeducar a la gente.

—Pero sí podrían evitarse las pintadas.

—Supongo que sí podría hacer algo con eso.

—Como vecino creo que tengo derecho a denunciar que me ofenden.

—Lo tienes.

Pedro acabó de secarse las manos, lanzó la toalla de papel a la papelera y se dirigió a la puerta. Antes de abrirla, se volvió hacia Ismael.

—¿Sabes lo que pasó aquí hace unos años?

—Sé que dos niñas aparecieron muertas y sé que Leire estuvo implicada —confirmó Ismael, dejando ver que entendía la velada alusión a Leire.

—Entonces deberías centrar tu interés en alguien que necesita mucho más de tu apoyo que unos indeseables.

Pedro salió del lavabo e indicó a Dimas, el camarero, que él pagaría la siguiente copa que pidiera Ismael.

PASEO NOCTURNO

Mediaba agosto la noche que Ismael paseaba por la alameda vacía. Tras el intenso calor del día agradecía deambular con la perra. Le gustaban el sonido que producían sus pies sobre la gravilla y la ansiosa respiración del animal, sustituida de vez en cuando por un olisqueo selectivo que finalizaba con un bufido al concluir sus análisis con la firmeza de un notario dando fe. Los árboles circundaban el paseo y sus ramas filtraban la luz de la luna y el perezoso ronquido de las olas. La ferruginosa negrura de los bancos en sombra destacaba aún más gracias a la plateada estela que los iluminaba con timidez. Ismael sentía en su piel un amable presagio del otoño que estaba por llegar.

La perra, renqueante durante toda la caminata, aceleró el paso. Adelantó a su dueño en un amago de vitalidad que a duras penas servía para rememorar una juventud perdida. Unos metros más allá se frenó y al hacerlo el sonido de las uñas de una de sus patas, arrastrada por la gravilla, recordó a Ismael la realidad de una artrosis que solo podía ir a peor. Para que pudiera descansar, decidió sentarse en la rambla y fumar un cigarro. Emitió un tenue silbido para avisarle de sus intenciones. La perra dio media vuelta en dirección al banco donde la esperaba. Con una mirada acusatoria, acentuó su desacuerdo piafando con desdén y se tumbó a los pies de su amo a la espera de que este decidiera retomar de nuevo el camino.

Ismael observó la figura que se acercaba por la avenida. Se esforzó por identificar el paso, pero entre sus conocidos no recordaba a nadie de andares tan pesados. El animal alzó la cabeza, alerta.

Cuando el hombre se puso a su altura lo reconoció. Había visto su foto en los periódicos. La perra se levantó con dificultad y se acercó a él con cautela, empujada por su inevitable curiosidad ante la presencia de nuevos olores. Le olisqueó la pernera del pantalón guardando las distancias, estirando el cuello con la prudencia de quien se asoma a un abismo.

—¿Qué pasa, bonito? ¿Huelo bien? —preguntó el recién llegado apoyándole la mano sobre la base del cráneo con la rigidez propia del recelo.

—Bonita —aclaró Ismael, intentando disimular su estupor.

El hombre lo miró por primera vez, como si se hubiera dado cuenta en ese

momento de su presencia. Se dirigió de nuevo a la perra y rectificó.

—Bonita, ¿cómo estás?

Ismael sonrió, consciente de que su expresión delataba que había reconocido a la persona que tenía delante.

—Es muy buena, ¿verdad? —quiso saber.

Temió que el formulismo diera pie a una conversación que no le apetecía entablar.

—Muy buena —confirmó, desviando la mirada con rapidez con la esperanza de que ese gesto abortara cualquier conato de charla.

—Sí —suspiró el hombre, acariciando a Ziggy con más confianza—. De los únicos de los que te puedes fiar en este mundo es de los animales. ¿Verdad que sí, bonita?

La perra perdió interés por el recién llegado. Le dio la espalda para volver a tumbarse a los pies de Ismael, apoyando la cabeza sobre las patas delanteras.

—¡Hala, ya está! ¡Ya se ha cansado! —Rio el hombre.

Ismael forzó una sonrisa, deseoso de que la comunicación se diera por concluida.

—¿Tienes fuego? —preguntó el extraño, al tiempo que extraía un paquete de tabaco del bolsillo de su camisa.

Ismael exploró los bolsillos de sus bermudas maldiciendo al fabricante por incluir tantos en un trozo de tela tan exiguo y a sí mismo por no saber nunca dónde dejaba el mechero después de usarlo. Al fin lo encontró y se lo pasó. El hombre encendió el cigarro ahuecando la llama entre las manos. Los pequeños tatuajes grabados en sus nudillos se iluminaron. Exhalando la primera bocanada, le devolvió el mechero.

—Gracias.

—Nada, hombre…

—Tú eres nuevo, ¿no? No te recuerdo de antes.

—Bueno, llevo aquí unos años ya.

El hombre asintió en silencio, sin dejar de observarlo.

—Soy Rafael —dijo, ofreciéndole su mano.

—Ismael —se presentó, estrechándosela.

—Tú vives delante de mi casa.

No logró precisar si era una pregunta o una afirmación.

—Sí —reconoció.

—Vives frente a mi casa. Te he visto a veces mirando mi balcón. ¿Puedo sentarme?

Se le ocurrieron en pocos segundos cien motivos para ser descortés, pero no se atrevió a exponer ninguno. Por contra, desplazó su cuerpo dejando un hueco en el banco. No le pasó por alto la observación que parecía acusarlo de fisgón.

—Gracias —gruñó Rafael, sentándose a su lado. Estaba próximo a la

cincuentena y se notaba en sus movimientos. No podía decirse que estuviera gordo pero su complexión era gruesa. Tampoco era muy alto y tenía las manos demasiado grandes para unos brazos tan cortos.

—He visto que has abierto una librería donde tienes el piso. Eso está bien. No tendrás que madrugar para ir a currar, claro que tampoco es que la abras muy temprano.

Ismael guardó silencio, extrañado por todo lo que Rafael parecía saber de él.

—Tienes esta perrita tan guapa —dijo, inclinándose por encima de sus rodillas para acariciar a la perra— que se llama… ¿Cómo se llama la perra?

—Ziggy —respondió, sorprendido por su imperativo tono de voz. *Está acostumbrado a que le obedezcan*, pensó.

—Ziggy. ¿De Ziggy Marley?

—Stardust.

—¡Ah! —exclamó. Ismael se dio cuenta de que no había captado la referencia a David Bowie.

—Parece que sabes mucho de mí —se atrevió a insinuar.

—Bueno, tampoco tengo mucho que hacer. A veces te he visto por el hueco de persiana que tengo abierto. Tú también lo haces, aunque desde tu balcón no puedas ver mucho de lo que ocurre en mi casa —soltó un bufido—. Estoy harto de vivir a oscuras. Hasta en la cárcel disfrutaba de más luz natural.

Los dos permanecieron en silencio el uno al lado del otro. En ese momento Ismael se dio cuenta, con cierta sorpresa y un poco de remordimiento, de que no se encontraba a disgusto a su lado. Su silencio resultaba cómodo.

—Pero paso la mayor parte del día encerrado en mi habitación viendo la tele. Me he acostumbrado a los espacios pequeños. A diferencia de mi celda, mi habitación no la comparto con nadie. No está mal…

Tras un nuevo silencio, se volvió hacia Ismael.

—Tú no vienes mucho por esta zona. Por lo menos a esta hora.

—No. Suelo pasear a la perra por la playa.

—Ya me lo parecía. Chico, la de porros que he debido de fumar en este sitio —dijo, dedicando una evocadora mirada que paseó por cada uno de los bancos que se extendían frente a ellos—. Al estar a las afueras del pueblo el viejo no solía llegar hasta aquí. Ni él ni los vecinos —rio con ganas—. Hubo una época en que el paseo se llenaba de gente joven cada noche. Era nuestro territorio. Ahora mira cómo está. En mis tiempos, a esta hora, estaría lleno de chavales hablándose de un banco a otro, vacilándose —cerró los ojos, como si pudiera oír un coro de voces.

A Ismael lo sorprendió la profunda melancolía que emanaba de ese hombre. Impregnaba el ambiente.

—¿Sales siempre a esta hora? —le preguntó.

—¿Es que puedo hacerlo a otra?

—Supongo que no… —aceptó, asombrado por la naturalidad de la conversación. *Hace cinco minutos quería que pasara de largo*, pensó.

—Me matarían si me vieran por la calle —apuntó, conteniendo una carcajada afónica y rugosa que le recordó a la del perro Patán.

—¿Por qué has vuelto?

—Soy libre de vivir donde me dé la gana —contestó, sin mirarlo.

—Pero aquí no estás seguro.

—Pues se van a joder, porque tengo más derecho a vivir aquí que muchos de los que están roncando ahora mismo en sus camas —dijo, señalando con un índice camuflado por los tatuajes.

—Tal vez tu madre o tu hermano vivirían más tranquilos si no hubieras vuelto. ¿Te lo has planteado? —observó Ismael, sorprendido por su descaro.

—A la mierda mi madre y mi hermano. Por mí los pueden joder también.

—¿No te das cuenta de que aquí no tienes ningún futuro?

—Pues claro que me doy cuenta.

—¿Y qué vas a hacer, vivir enclaustrado con tu madre en esas cuatro paredes?

—Esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión?

Se volvió sonriendo. Ismael se estremeció al avistar su lobuna dentadura.

—Tío, de verdad, ya echaba de menos hablar con alguien. Con mi madre solo gruño y como me tiene tanto miedo no abre la boca, no le vaya a dar una paliza.

Ismael disimuló lo que pudo el asco que le produjo esa observación y, por primera vez, logró sentir hacia Pilar algo muy parecido a la compasión.

—En la cárcel tampoco hablaba demasiado. Podía estar semanas sin hablar con nadie hasta el punto que, cuando lo hacía, no reconocía mi propia voz. Tengo que recuperar el tiempo perdido. Desde que llegué esta es la conversación más larga que he tenido. ¿Me dejas contarte algo?

RAFAEL (primera noche)

A veces en la cárcel, tumbado en la litera, me pasaba noches enteras pensando cómo fui a parar allí. De verdad que sería para escribir un libro de esos que vendes en tu librería.

Supongo que todo comenzó con una paliza de mi padre que me obligó a salir de casa corriendo.

Pasaba muchas horas en la calle para evitar todo lo posible estar junto a él. ¡Vaya hostias daba el viejo! Claro que tarde o temprano tenía que volver a casa y eso era paliza segura por haber huido. Y que no se te ocurriera acojonarte por los palos que ibas a recibir al llegar, porque eso se penalizaba poco menos que con la muerte. Y sabías que el viejo iba a estar en forma cuando llegaras porque se había pasado todo el puto día practicando con la vieja y el mocoso. Hostias, hostias, hostias y más hostias. Algo tenía que hacer para entretenerse.

En este pueblo de mierda, más o menos, todo el mundo sabía lo que pasaba en mi casa. ¡Joder, para no saberlo si cuando salíamos a comprar parecíamos osos panda! Eso sí, aunque por lo general éramos unos apestados, durante un tiempo bastante largo mi viejo fue tolerado en el pueblo porque se encargaba de cobrar los seguros de vida y los muertos a la gente. Se ganaba bien la vida el cabrón del viejo. Fuimos de los primeros en tener televisión, fíjate. Era muy aficionado a la tele. Casi tanto como a calentar a la familia.

Yo envidiaba a mis amigos cuando íbamos a sus casas porque la forma en que los trataban era muy diferente a como me recibía a mí mi padre. Llegué a pensar que el darme cuatro puñetazos era su manera de mostrar su alegría al verme subir de la calle.

Y a veces todavía lo sigo pensando. A lo mejor no sabía expresar mejor su cariño.

Una vez, en el colegio, me recuerdo que la profesora me pilló llorando porque me había puesto mala nota en un examen. «¿Por qué lloras?», me preguntó y yo le dije que mi padre, cuando viera la nota me iba a pegar una paliza. La profesora era nueva en el pueblo y no sabía todavía del pie que cojeaba cada uno y me dice, «No será para tanto»; y yo me levanto la camiseta y le enseño los zurriagazos que me dejaba su cinturón en la piel y la tía se quedó blanca.

Total, que he sido toda mi vida un niño muy callejero. Me pasaba el día

jugando con los colegas. Hasta que llega un día que cambias la bola de fútbol por el hachís culero. Y luego pruebas más cosas, porque no nos engañemos, cuando te has fumado un porro has dado el primer paso para probar otras cosas. Y te vas envalentonando y acelerando y te va cayendo mierda en las manos que no tienes ninguna duda de que te vas a meter esa noche con los colegas. Y de pronto te vas dando cuenta que muchos de los que considerabas tus amigos se han evaporado y ya no quedan contigo en la alameda y miras a tu alrededor y siempre ves las mismas caras y entonces dices vale, esto es crecer y estos de aquí son mis amigos: el Rojo, el Nino, el Charlín… Bueno, la gente de la banda. Y miras a tu alrededor y muchos con los que tratabas, de repente, te miran como yo miraba a mi padre y dices ¡tío, esto mola un huevo! Y aunque no lo quieras empiezas a hacer maldades, porque es lo único que consigue la gente que tiene miedo de alguien que esa persona se cebe con ellos.

Ser malo no es difícil y más aún si en tu casa te han estado preparando para serlo un día sí y otro también. Empezamos a robar a los que antes habían sido nuestros colegas o a los niños. Al principio eran robos tontos. Helados, golosinas, cigarrillos… Después nos atrevíamos con más y robábamos relojes o dinero. Empezaron a quejarse de nosotros a nuestros padres.

En esa época, al llegar a casa, me daba cuenta de lo mierda que era, porque mi padre me daba palizas todavía más salvajes y yo acababa llorando y vomitando por los nervios. Y cada paliza que recibía era una mala noticia para el resto de los chavales porque yo salía de casa con una rabia que no me podía aguantar y claro, lo pagaba con el primero que me se cruzaba.

Me recuerdo que un buen día estábamos todo el grupo hablando en estos mismos bancos de lo hartos que estábamos de la isla, del futuro negro que teníamos por delante sin dinero ni objetivos. De lo mucho que nos aburríamos. Y uno de los chavales más mayores, el Ruben, que venía siempre a la isla para pasarnos el hachís, nos comentó que en el Continente podíamos tener más oportunidades. Claro, tú lo veías con su rollo liberal y pasando de todo, viajando del Continente a la isla y de la isla al Continente y te das cuenta que estás perdiendo el tiempo. Así que comenzamos a colarnos en el «ferry»*, que total, era hora y media de viaje y si te sabías esconder podías escapar de la isla ni que fuera alguna tarde. Y el Ruben, nos presentó gente del Continente que nos hizo ver que podíamos hacer negocio.*

La primera vez que pusimos un pie en el Continente, el Ruben, el muy cabronazo, ya nos estaba esperando con otro tío y nos llevaron a un bar que se encontraba cerca del atracadero. Era un bar muy diferente de las tascas del pueblo. De primeras ponían una música alucinante que es que, ¡te lo juro!, ¡era una música que no llegaba al pueblo! De verdad que no llegaba. Era un bar muy oscuro, lleno de

unos pavos y unas tiparracas que no nos imaginábamos que pudieran existir. Eran gente interesante, ¿sabes? Muy diferentes de los vecinos y del ambiente del pueblo, con sus putas fiestas patronales y sus rancias historias de pesca. Fue como si hubiese pasado de un siglo a otro de un salto.

Me quedé alucinao. Era un bar amplio y oscuro y veías gente apoyada en la barra que sin decirte nada, te hablaban. No sé si me entiendes. Y había tías que no estaban allí bebiendo una Fanta *de una cañita acompañada de sus padres, ¿sabes? Este pueblo logró cambiar un poco antes de que me metieran en la cárcel, pero en esa época el ambiente era muy paleto. No sé si logro explicarme. Por tanto, cuando ves por primera vez algo así, alucinas y lo único que se te ocurre es que estás desperdiciando tu vida entre palizas de tu padre y un aburrimiento de muerte.*

El Ruben ya nos contaba cosas así y todos teníamos unas ganas locas de ir al otro lado porque de joven no te preguntas si te estarán engañando, te fías y ya está. Y quieres coger el barco y verlo todo con tus propios ojos. Pero cuando llegamos allí, yo por lo menos, llegué a la conclusión de que las descripciones se habían quedado muy cortas.

Así que siempre que cogíamos el ferry *era para ir a ese bar, porque podías beber sin que nadie te preguntara la edad y te vendían tabaco sin problema y jugabas al billar y bailabas en la pista que tenían al fondo… Y de pronto no te das cuenta y te has convertido en un habitual y la gente te acepta y te saluda como si fuera de tu familia, ¡qué coño, mejor que si fueran de tu familia! Porque a mí, ni mi madre ni mi hermano me saludaban al llegar a casa, preocupados por hacer el mínimo ruido posible, no fuera a ser que mi padre se diera cuenta de su existencia y la liara. Esa gente se convirtió en lo más parecido a una familia que haya podido tener jamás. Cuando llegaba el fin de semana y ponías el pie allí no podías ni cruzar la puerta, ¡es que no te dejaban! Al momento había alguien dándote la bienvenida, con los brazos abiertos para abrazarte.*

¡Joder, si es que te estaban esperando! Era como si te hubieran echado de menos toda la semana, como si hubieran estado contando los días que quedaban para verte. Por lo menos yo los contaba.

Y los polvos que echabas, que esa era otra… Total, que era un mundo nuevo donde yo encajaba perfecto. Y de no haber encajado habría hecho todo lo posible por hacerlo. No tuve que esforzarme demasiado.

El Ruben se encargó de hacernos de relaciones públicas. Nos hubiera costado más que nos tomaran en serio si hubiéramos llegado a aquel sitio sin su compañía. Nos presentó a la mayoría de la gente y la verdad es que el tío estaba bien relacionado. Nos llevaba unos seis o siete años y lo conocíamos porque un buen día apareció por la alameda vendiendo hachís. Conocerlo fue un acontecimiento. Tenía contactos en la isla y era como un tío muy mítico, ¿sabes? Hacía lo que le venía en gana. A veces aparecía con su tienda de campaña y todos los fumetas pasábamos por donde estaba acampado para pillar algo. ¡Menudo cabrón! Había noches que su tienda parecía un supermercado.

Comenzaban los setenta y el tío tenía un aire como muy suelto, ¿sabes? Y eso, claro, lo cegaba a uno.

Los adultos lo tenían calao. Hablaban de él y de nosotros. Porque la cosa funciona así en los pueblos. Todos hablan de ti si no sigues las convenciones. Yo era un chaval que lo que más quería es que me dejaran en paz, porque, aunque te aparten, la gente sigue muy pendiente de ti, créeme. Por lo de «a ver lo que haces…». Y de los que yo quería un poco de atención solo conseguía indiferencia o palizas.

Entonces cruzas el charco, recaes en ese sitio, todos te conocen y te aprecian y te sientes integrado en un mundo que sientes tuyo porque en un principio, te parece flexible, ¿sabes? Lo has moldeado tú, se adapta a uno ¿sabes? Todo el mundo te quiere, pero nadie te agobia, te dejan a tu aire y si te vas, te vas y si vuelves… pues qué bien, ¿no?

No sé si me explico.

En el Continente también tienes la ventaja de pasar desapercibido. Y llegas a una ciudad, que a su lado tu pueblo te parece una puta caja de zapatos. ¿Qué digo una caja de zapatos? Una caja de cerillas. Y te mueves por donde quieres y puedes hacer lo que quieras porque no te conoce nadie, ¿sabes? Al final, no dejas de ser un aldeano que está flipando porque ha logrado encontrar el mundo con el que había soñado y lo tenía a la vuelta de la esquina.

Y un día el Ruben nos dice que ya no va a volver a la isla para vender. Y nos ofrece su «business». Tenía el monopolio de la venta de hachís en el pueblo. No era millonario pero se ganaba bien la vida. Nos dijo que se iba a encargar de una mayor distribución en el Continente pero que quería seguir introduciendo material en la isla. Era una época que aquí había mucha gente joven y todos fumaban. Todos ¿eh? Del más golfo al más deportista. Para todos ellos existían los fines de semana. Y es que aquí no se podía vivir sin encegarse un poco, porque no había mucho más que hacer. Le dijimos que sí, claro.

¡Por fin nos llegaba la oportunidad de ganar algún dinero! ¿Le íbamos a decir que no?

Cuando aceptamos, quedamos en un bar. Estábamos yo, el Rojo y el Charlín, y allí nos recogió un tío en coche que no habíamos visto nunca. Nos llevó a un polígono que estaba cerca y en un almacén nos esperaban sus socios. Hablamos de negocios. Eran buenos tíos. Fueron muy amables. Nada de lo que se ve en las películas con tiparracos armaos y cabreaos que si dices algo que no les gusta te vuelan la cabeza. Como era la primera vez y no nos conocían decidieron cedernos una pequeña cantidad que debíamos abonar una vez vendido el producto. Esa primera vez lo transportamos a cuestas en el «ferry». *Pagamos el billete, claro. ¡Solo faltaba que nos descubrieran por colarnos y nos encontraran lo que llevábamos encima! Me recuerdo de ese primer viaje, tío. Madre mía qué miedo pasamos. Por lo menos, yo me pasé el viaje rezando. Total, que allí estábamos, acojonaos y con tres cuartos de hachís, un cuarto que nos encargaríamos de abonar cada uno, metidos en la mochila del Rojo. ¡Qué alivio cuando llegamos a la isla!*

Casi estaba deseando recibir la paliza que me iba a dar mi padre en cuanto me viera cruzar la puerta.

Vendimos los primeros setecientos cincuenta gramos de nuestra vida en un tiempo récord y nuestros socios empezaron a confiarnos su negocio, ampliado a otros productos.

No teníamos una especialidad concreta, pasábamos de todo: maría, LSD, anfetas… La cartera de clientes era extensa. Llegó un momento en el que llegué a pensar que todo el mundo en el pueblo era adicto a alguna sustancia.

Lo malo de montar un negocio de esas características en un lugar tan pequeño como este es que resulta difícil mantenerlo en secreto y en poco tiempo todo el mundo sabía quiénes se encargaban de la distribución del material. Desaparecido el Ruben de la escena, supongo que no fue difícil atar cabos. En todo caso, aunque la patrulla siempre se paraba donde solíamos vaguear, nunca nos encontraron droga encima.

Teníamos todo el dinero del mundo. O eso creíamos ¿sabes? Nada que ver con las cantidades que llegamos a manejar pasados unos años. Como teníamos a todo el mundo mosqueado, a la Policía, a nuestros padres y a todas las fuerzas vivas del pueblo, ya te puedes imaginar, guardábamos los alijos en sitios seguros repartidos por toda la isla. Éramos como los herederos de los piratas que rondaron por aquí en los siglos de otra época.

Los veranos ampliábamos la clientela con los mochileros que caían por la isla que aunque ya llegaban del Continente con su provisión de drogas, no era difícil colocarles un extra. Este sitio era como un imán para los colgaos, sobre todo en los tiempos de los que te hablo, que había gente mucho más espiritual que ahora, influida por el rollo psicodélico que estaba de moda y por la película esa de los moteros. En mi vida he visto tanto hippy *junto diciendo tonterías y todos del rollo poeta inspirados por las energías y esas chorradas que soltaban con la única intención de follarse a todas aquellas chiquitas que les acompañaban vestidas con ropas de flores… ¡Vendíamos drogas hasta en la salida del cine de la sacristía! ¡Pues no llegué a vender en esa época en la puerta del cine!*

Salía la chavalería y tú allí estabas, esperándolos. Les soltabas cuatro rollos místicos y a los diez minutos te vaciaban los bolsillos de hachís y tripis y te los llenaban de dinero Pero en casa las cosas seguían igual. Es curioso ser el rey en la calle y una mierda en tu casa. Mi padre se encargaba de recordármelo cada día. Y cuando me encerraba en la habitación después de la paliza de turno, escuchando la somanta de palos que después de mí recibían mi madre o mi hermano —porque el viejo no podía dejar las manos quietas después de arrearte—, golpeaba mi almohada imaginando que reventaba la cabeza del viejo hasta matarlo y luego me tiraba llorando sobre ella y lloraba y le daba besos pidiéndole perdón, «perdón hijoputa, perdón…». Así me tiré mucho tiempo, con ese rollo tan raro y tan moñas, hasta la noche en que el viejo violó por primera vez a mi hermano.

Te has quedado con la boca abierta. Pues espérate que ahora es donde la historia se pone rara de cojones.

Esa noche, al llegar a casa, ya veía que alguna cosa le rondaba por la cabeza, porque cuando entré, le vi con la mirada fija en la tele y no se dio cuenta de mi presencia para nada. Hacía tres días que no pasaba por casa y eso era paliza segura. En cuanto alguien cruzaba la puerta ya veías que él movía la cabeza sin mirarte, delante de la tele la mayoría de las veces, pero te dabas cuenta que notaba tu presencia, ¿cómo se dice?

Percibir… eso…, nada más entrar por la puerta percibía tu presencia, aunque no saludara. Como un perro guardián.

Pero aquella noche no movió ni un músculo. Yo me lo quedé mirando de reojo porque me sorprendió su falta de reacción y solo le veía de perfil, delante de la tele. Me di cuenta de que no se estaba enterando de nada de lo que veía, como si estuviera muy lejos de la tele, del comedor, de nosotros, pero a la vez muy cerca y a punto de saltarnos encima. Mi madre y mi hermano estaban sentados en la mesa de la cocina y vi en sus caras que algo se estaba preparando y que la tarde había sido especialmente tensa porque no había habido ni un insulto, ni un grito… Esa calma significaba problemas y de los graves. Visto el plan que había, les dije que me iba a mi habitación y ahí les dejé asustados. Yo también lo estaba porque la actitud del viejo no era la habitual y sabías que algo gordo estaba barruntando.

Me tumbé con un tebeo, sin dejar de mirar la puerta, esperando que de un momento a otro el lobo soplara y la tumbara… hasta que me quedé medio dormido. Me despertaron los gritos y los golpes. Me quedé helado, intentando calcular el nivel de la paliza que estaba recibiendo mi madre por la velocidad y contundencia de los golpes. Era alto.

Nunca supe cuál fue la excusa para que empezara a darle de aquella manera, pero lo que oí me dejó acojonao. Tarde o temprano en una de esas palizas alguien se quedaría por el camino. Pasados diez minutos de golpes oí gritar a mi hermano diciéndole al viejo que, si no dejaba a mi madre, lo mataría. Medio abrí la puerta para ver lo que estaba pasando. Pero la bronca era en la cocina y desde mi habitación no veía el interior.

Sin hacer ruido me acerqué. Con cuidado, no fuera a recibir yo también. Pero no hacía falta ser tan cuidadoso. Yo era invisible en ese momento porque ¡tenían liada una…!

Me asomé y pude ver a mi madre tirada en el suelo, arrastrándose a un rincón, tapándose con una mano la nariz que le sangraba y la sangre le salía de entre los dedos. El viejo estaba apoyado en el mármol y mi hermano lo amenazaba con un cuchillo. No dejaba de decirle que lo mataba, «¡cabrón, que te mato como toques más a la mama!», y mi padre callado mirando al tontolculo estudiando por qué lado atacar.

Donde la cagó Adrián es que siguió hablando y no actuó. Mi padre se lanzó, cogiéndole por la muñeca y dándole una hostia de canto que, si no llega a encontrarse la mesa por el camino, se come el suelo. Entonces lo coge por el cuello y por la cintura y lo levanta y el cabrón le mete la mano por el pantalón y comienza a sobarlo,

llamándole maricón y que se va a enterar de quién es su padre y no sé qué más y lo saca de la cocina y se van directos a la habitación, pasando los dos por mi lado como si yo no existiera. Cerró la puerta y luego fueron veinte minutos de mi hermano gritando y mi padre gruñendo hasta que los dos se quedaron en silencio.

Mientras mi padre se follaba a mi hermano, me senté en la mesa de la cocina alucinando, oyendo los gritos y los gruñidos. Vi a mi madre arrastrarse y levantar la silla que estaba volcada. Se sentó a mi lado y echó la cabeza hacia atrás para parar la hemorragia que le salía por la nariz.

Durante mucho tiempo me pregunté en qué momento de su existencia mi padre decidió que se iba a follar a mi hermano. Supongo que la calma tensa que reinó ese día en mi casa la causó esa idea que ya tenía en mente y que la paliza que le propinó a mi madre era para provocar alguna reacción en Adrián que pudiera justificar sus malos pensamientos. Sigo pensando que el viejo tenía que justificar, de alguna manera, lo que le hizo al niño esa primera noche. Tenía que tener argumentos para los años siguientes.

Lo que no entendí es que mi madre se quedara sentada en la cocina y que no tuviera los cojones suficientes para parar al viejo. Aunque la matara. Tampoco yo moví un dedo.

Supongo que debe ser cosa de los genes.

ALGO EN EL AIRE

Ismael no podía creer lo que acababa de escuchar. No podía ser cierto. Sin embargo, bien mirado, resultaba creíble. Adrián emanaba tragedia. Se percibía a la legua. Sintió una necesidad imperiosa de hablar con él para decirle que se quedara donde estuviera. Que no se le ocurriera volver. En Rafael vislumbró, oculta, una pátina de burla autoconsciente por el efecto que había causado su historia.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió—. Es solo que no esperaba escuchar lo que has contado.

—¿Conoces a mi hermano?

Estuvo a punto de decir que conocía muy bien a Adrián, pero lo pensó mejor.

No, no lo conocía muy bien, era evidente.

—Siento haberte hecho pasar este mal rato, Ismael; en serio.

—No pasa nada.

—A veces necesito hablar y no me doy cuenta de lo que puedo llegar a decir.

Con mi madre solo puedo hablar de gachas y tortillas de patata.

Asintió con desgana y buscó, inquieto, a la perra. Tenía ganas de irse corriendo.

—Ziggy, vámonos.

La perra interrumpió el estudio de un olor sugerente y nauseabundo, se giró al oír su nombre, con un brillo de indignación que atravesó la cortinilla opaca de la catarata de su único ojo y a regañadientes se acercó. Ismael agradeció que, en contra de lo que estaba siendo habitual en su vejez, no se hiciera de rogar.

—Bueno —titubeó—, ya nos veremos.

—Sí. Ya sabes dónde encontrarme.

Asintió, engañándose a sí mismo al decirse que nunca más volvería a cruzar una palabra con Rafael. Algo le decía que tarde o temprano sus pies lo volverían a traer a la alameda. La despedida resultó fría y apresurada, desmintiendo el hecho de que no hacía ni media hora estaban charlando como

si se conocieran de toda la vida.

En el momento de separarse, cada uno en dirección contraria, el viento se levantó, sacudiendo las copas de los plataneros que circundaban el paseo. Ismael se detuvo y observó a Rafael perderse en la lejanía para ser engullido por la oscuridad.

Emprendió el camino hacia su casa. Una ráfaga de viento le abofeteó la cara y consiguió despejarlo un poco. Recibió la ayuda con gratitud.

Sentía una lástima inmensa por Adrián. Rememoró la última conversación que mantuvo con él antes de que dejara la isla. «*Esto es un pueblo pequeño, y todas las alfombras ocultan algún cadáver pudriéndose bajo ellas*».

Se sentía ingenuo y ridículo. En realidad, por muchos años que llevara instalado allí, su actitud seguía siendo la de un turista, cegado por un concepto que nada tenía de real. Adrián lo sabía. Lo tenía calado. *Has idealizado la isla hasta perder de vista la realidad. Y la realidad suele ser fea*, pensó. *Eres un idiota*, se regañó. De repente, la isla y el pueblo ya no le parecían tan hermosos. Situaciones para que dejaran de serlo no habían escaseado los últimos días. Había visto a los vecinos enloquecer, hasta el punto de asediar la casa de Rafael a su regreso, y a Adrián, obligado a dejarlo todo por el mero hecho de ser su hermano. El alcalde, de forma velada, apoyaba el acoso. Conocer la historia que Leire arrastraba tampoco ayudaba a ver las cosas de otro color. Y lo más sorprendente es que todo había brotado de improviso, como si siempre hubiera estado latente. Antes de que Rafael saliera de la cárcel reinaba el mutismo más absoluto. Pero su llegada al pueblo resultó lo más parecido a una catarsis. ¿Podían las tragedias dejar un poso allí donde ocurrían? Creía que sí. Aunque no sintió una negatividad especial cuando decidió instalarse en la isla, había sido testigo del trato que Pilar recibía por parte de sus vecinos. De hecho, él mismo aceptó y se sumó al desprecio general sin apenas darse cuenta. Lo que resultaba un ejemplo perfecto de cómo el odio podía llegar a ser aprendido.

Cuando ya estaba al final de la alameda se dio cuenta de que Ziggy no caminaba a su lado. Se había detenido a un centenar de metros. La llamó, pero no le hizo caso. Algo al final del paseo, por donde minutos antes había desaparecido Rafael, parecía llamar su atención.

El paseo estaba desierto. El viento fustigaba las copas de los árboles y los arbustos. La perra bajó la cabeza, dejando el hocico a un palmo del suelo sin dejar de escrutar el final de la rambla. Ismael siguió la línea de su mirada y enfocó mejor la vista. Seguía sin ver nada. Volvió a llamarla. Olisqueaba el aire sin reaccionar a su orden. De nuevo, trató de vislumbrar lo que fuera que el animal percibiese, pero lo único que tenía delante era una rambla vacía envuelta en sombras.

—Ziggy, vamos a casa —ordenó, a punto de perder la paciencia.

Ziggy se mostró dubitativa. Se volvió hacia él. Se detuvo de nuevo. Giró el cuello para mirar por encima de su espalda. Encaró de nuevo el paseo, adoptando una tensa postura, doblando en el aire una de las patas delanteras, inclinando la cabeza hacia un lado, como si escuchara. Intrigado por su actitud, Ismael volvió a mirar más allá de la perra. Ni un alma. Por un momento temió que echara a correr hacia lo que él no lograba ver, tal vez otro perro o Rafael, que volvía. O alguien más…

Durante unos segundos, Ziggy continuó en esa posición y, cuando decidió ceñirle la correa, soltando un bufido, se dejó llevar, volviendo de vez en cuando la cabeza.

Cuando llegaron a la siguiente calle la soltó y lanzando esporádicas miradas a su espalda, emprendieron el camino a casa un poco más rápido de lo habitual.

MIRANDO POR EL BIEN AJENO

Pedro no podía dormir. Observó, impresas en el techo y las paredes de la habitación, las agitadas sombras de los árboles. A su lado, Alicia emitía un ronquido que era casi un ronroneo. Se giró para observar la espalda de su mujer y rememoró los tiempos, ya lejanos, en los que se moría por acariciarla. El viento redobló su fuerza. La persiana a medio bajar se sacudía en sus guías. Cuando estuvo convencido de que no saldría volando, volvió a concentrarse en las paredes, intentando dejar la mente en blanco con el objeto de alcanzar el sueño, pero resultaba inútil.

Las siluetas de los árboles azotados por el viento le recordaban sombras chinas escenificando una revuelta.

Escuchó un silbido. Empujado por la curiosidad, resignado a la idea de que esa noche tampoco podría pegar ojo, se levantó y se acercó a la ventana con sigilo para no despertar a su mujer. Alicia cambió de costado, refunfuñando, todavía dentro del sueño. Miró al exterior. Ismael estaba parado en la encrucijada de cuatro calles haciendo aspavientos. Al poco tiempo, apareció la perra. Se inclinó hacia ella para reprenderla. «*¿No oyes cómo te llamo? Ya no te vuelvo a soltar*», le oyó decir, y le propinó un cachete al animal en las ancas traseras a modo de guía con el fin de indicarle el camino correcto. *Esa perra ya no se entera de nada*, —pensó—, *Ismael debería tomar una decisión*. Cuando desaparecieron calle arriba, tomó conciencia de la presión de su vejiga.

Entró en el baño. Orinó mientras pensaba en el motivo de su desvelo. Los inversores ya habían valorado la viabilidad de su plan. Estaba seguro de que lo aceptarían, ya se habían puesto en contacto con él y lo que empezaban a insinuar era un mero preámbulo de lo que estaba por llegar. Al mismo tiempo que estudiaban su inversión también lo empezaron a tantear, sopesando su nivel de lealtad. Lo que le preocupaba era lo que exigirían a cambio de dar luz verde definitiva al proyecto. En política, raro era el trato que salía gratis. Siempre existían los peajes, los *quid pro quo*. Su plan era ambicioso. Y estaba seguro de que las exigencias igualarían su ambición. Y aunque estaba convencido de que todo lo que pensaba hacer era por el bien del pueblo, no

dejó de sentir cierta ansiedad ante el silencio que habían guardado sus potenciales socios. Todavía no sabía lo que acabarían pidiendo. Y el suspense lo estaba matando. Casi era un alivio saber que la incógnita se despejaría en unas pocas horas.

Su padre le formó bien y le había explicado cómo funcionaban las cosas. El que algo quería, algo tenía que dar. Y si hacía falta cerrar los ojos, se cerraban. Y si valía la pena ayudar para que un plan acabara bien, pues se ayudaba. Se sentía al borde de un abismo cuyo fondo no intuía. Descartó ese pensamiento. No debía tener remordimientos cuando todavía no conocía los términos del acuerdo. Era estúpido.

Hacerse mala sangre por algo que todavía no había pasado era un signo de debilidad. Además, la maquinaria ya estaba en marcha. Tenía que ser firme. La vida de todos mejoraría, ya no de forma ostensible, sino de manera espectacular.

Pedro tiró de la cadena y se zambulló en la oscuridad del cuarto. Vio el bulto bien definido que era su mujer, cubierta por la sábana. Estaba enterada de sus proyectos, pero no mostraba mucho interés por ellos. Le parecía extraño que, viniendo de la familia de la que descendía, se hubiera mantenido al margen de la política y de todo lo que comportaba con la única excepción de su oropel. Se preguntó qué pensaría si le transmitiera sus temores. Seguro que le pediría que diera marcha atrás. Que estaba condenando su alma. Era el típico pensamiento ingenuo de su mujer. Sonrió al pensar en el gran número de isleños que, como él, estaban condenados. Incluido, en su día, el padre de Alicia. O su propio padre.

Isla Encanta nunca había dejado de ser una isla de piratas. Y como los tesoros, los secretos también se enterraban. Solo unos cuantos sabían dónde encontrarlos.

Otros, como Alicia, vivirían toda su vida en la inopia. O quizá se sentían más cómodos adoptando la actitud de los tres monos; no oír, no ver y callar.

Se acercó de nuevo a la ventana para asomarse a través de los cristales asqueado porque el sueño no llegaba. Se planteó hacer una visita de emergencia al botiquín de Alicia y tomar uno de sus somníferos. Como buena hija de la *Jet*, aunque fuera provinciana, había asimilado todos sus vicios y guardaba un arsenal. Descartó la idea. Tenía una importante reunión al día siguiente y no podía arriesgarse a presentarse grogui.

Una figura se materializó en la misma encrucijada donde minutos antes había visto a Ismael. Identificó a Rafael al momento. Había engordado, pero reconoció los andares del matón que tanto lo había asustado de niño. No lo sorprendió verlo pasear a esas horas. A la luz del sol, lo más probable es que no llegara ni a la esquina de su casa. Lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista. Le chocó que tanto Ismael como él vinieran por el mismo camino.

Pensando en ello volvió a acostarse. Ya tumbado volvió a notar una

presión en la vejiga. Se hizo la promesa de ir al médico para hacerse un chequeo. Tantas visitas al lavabo no eran normales.

NIGHT CLUB

En el Continente, *el Rojo* llevaba varias horas esperando que alguien apareciera por ese antro. Esa misma tarde recibió la llamada que llevaba meses esperando. *Club Purgatorio, a la una*, le indicaron. Saltó sobre su moto y se puso en marcha. Hizo tiempo en un bar donde cenó un bocadillo marinado con varias cervezas. Alrededor de las once y media se dirigió hasta el destino estipulado.

El *Purgatorio* era un agujero infecto situado al pie de la colina que dominaba la ciudad. Hacía veinte años, la montaña había estado plagada de bares de moda. El local era el único superviviente de aquella época dorada, pero no hacía falta echar un vistazo demasiado atento a su clientela para darse cuenta de que el término no era del todo correcto. Más que sobrevivir, parecía que el bar estaba sufriendo una lenta agonía. El local era estrecho en su entrada. A la izquierda, una angosta barra culminaba en una pequeña pista salpicada por luces estroboscópicas. La barra estaba ocupada por cinco personas atendidas por una camarera de edad indeterminada. Los clientes parecían estar acompañados solo por su derrota. Sonrió al pensar que, como en una sala especial en el infierno, todos esos tipos solitarios tenían el aspecto de haber sido condenados a permanecer soldados a esa barra para toda la eternidad en penitencia por sus pecados. Unas risas hicieron que su atención se dirigiera hacia la pista, donde un par de gallinas viejas cloqueaban bailando de manera arrítmica un éxito de su juventud que habría horrorizado a sus nietas.

Se sentó y pidió un *Cutty Sark* con *Ginger Ale* a la indiferente camarera que pasaba un trapo por la barra sin percatarse del rastro de suciedad dejado en la zona que pretendía sanear. Las dos gallinas de la pista detuvieron un momento sus epilépticos movimientos para observar al recién llegado con interés. *El Rojo* notó subir la bilis por su garganta. Se dijeron algo la una a la otra y estallaron en una carcajada al unísono, como dos repetidoras redomadas en una fiesta de instituto, para continuar bailando con un efecto robótico provocado por los *flashes* de luz intermitente que caía escupida del techo.

Durante las tres horas que estuvo pendiente de la puerta, vio entrar y salir

personajes de pelaje similar. Cuarentones que estaban a punto de dejar de serlo y cincuentones que parecían cargar sobre sus espaldas diez años más y que en algún momento de sus vidas perdieron el brillo de la juventud por el sumidero de alguna alcantarilla. Parecían geranios marchitos. Se preguntó si él mismo tendría ese aspecto. Al tercer cubata se animó a comprobarlo y se dirigió al váter a orinar con la vanidosa intención de mirarse en el espejo después.

El váter, un poco más iluminado que el resto del bar, apestaba a orín rancio y mierda deshecha por el alcohol expulsada a través de tumores rectales, como bien indicaba el color de los rastros dejados en los bordes del inodoro. No tuvo valor de acercarse y decidió que mearía fuera, entre los árboles que poblaban la montaña. Se alegró al comprobar que, sobre el lavamanos, sin agua corriente, no había ningún espejo. *Si un día lo hubo seguro que fue utilizado por alguna de esas ruinas para abrirse las venas*, pensó. Salió del lavabo, mirando el reloj. Pasaban dos horas de la hora estipulada y nadie se había acercado a hablar con él. No conocía a sus interlocutores, pero no dudaba de que ellos estarían bien informados de su aspecto. El local estaría a punto de cerrar. Asqueado, decidió tomar el último *Cutty*, mear donde pudiera y acabar la noche en otro sitio más alegre.

Los clientes habían ido desapareciendo en un goteo apenas perceptible, propio de las personas a las que a nadie importa perder de vista. En el mayor pico de visitantes, el local había llegado a estar ocupado por unos quince clientes, todos tan grises y solitarios como los parroquianos de primera hora. Por fin, se quedó solo en el local. El *DJ*, que se encontraba suspendido en una cabina sobre la barra, continuaba pinchando música trasnochada para una audiencia inexistente. Alzó la mirada para observarlo. Permanecía inmóvil sobre los platos. La cabina era oscura y solo podía ver su silueta. Al igual que sus clientes, no había parecido disfrutar de la música en ningún momento, con la única excepción de las viejas gallinas, que habían logrado consolidar la noche saliendo acompañadas por dos borrachos que abandonaron el local colgados de sus hombros.

Le dio el último trago a la bebida y se dispuso a marchar sin despedirse de la camarera cuya piel lucía una extraña tonalidad verdosa, producto de todos los chupitos tristes que se había ventilado y que, seguro, acabarían vertidos en su totalidad a sus pies, tras la barra.

Cuando estaba a punto de salir, el gorila de la entrada se lo impidió, apoyándole la mano en el pecho. Antes de que acabara de protestar y de que se diera cuenta de que la música había dejado de sonar, una voz reverberó en la sala.

—No tan rápido. Antes de que se vaya tenemos que hablar.

El Rojo, se dio la vuelta, dirigiendo la mirada hacia la cabina del *DJ*.

Seguía a oscuras, pero podía ver su inalterable silueta, con un micro en la mano.

—Por favor, vuelva al taburete y siéntese. Usted ha venido aquí por algo.

Se dirigió hacia el taburete mientras la camarera servía otro *Cutty* antes de abandonar la barra.

El Rojo se encontraba en inferioridad de condiciones, acompañado por la tenue presencia del *DJ* y del gorila de la puerta, que la había cerrado tras salir la camarera y permanecía de pie en la pista sin quitarle la vista de encima.

—Supongo que sabe por qué se le ha citado. ¿Necesita algún tipo de explicación previa o podemos abordar el asunto como personas bien informadas? —La voz del *DJ* atronó desde los bafles de la pista.

El Rojo mantenía la vista erguida hacia la cabina. Se sentía como Santa Teresa hablando con el Señor. Le encantaban las puestas en escena de La Organización.

—Lo puedo imaginar.

El *DJ* guardó silencio durante unos segundos.

—Bien. Evitemos pues los preámbulos. Nuestros clientes quieren volver a disponer de sus servicios. ¿Le supone algún problema?

—Ninguno.

—Sabemos que usted desea tomar medidas con el elemento discordante.

—Sí, lo deseo.

—Y la Organización le está muy agradecida que haya sabido esperar el momento idóneo. Valoramos mucho la paciencia.

—Gracias.

—Los clientes necesitan que usted aporte de nuevo su experiencia para poder cubrir sus necesidades. Por supuesto, confiamos en que no haya perdido su don, hace mucho tiempo que la Organización no le encomienda una tarea parecida.

¿Cree que ha perdido facultades? Por favor, sea sincero.

—Bueno, doce años son muchos… Pero creo que seré capaz de llevar a buen término sus exigencias.

El *DJ* dejó pasar unos segundos antes de hablar, segundos que *el Rojo* aprovechó para dar cuenta de buena parte de su bebida.

—Bebe muy rápido, ¿está nervioso?

Se preguntó si su vida podría depender de su respuesta.

—¿Sabe? Le voy a decir una cosa, y me gustaría que informara a la Organización de este tema, para futuros contratos, digo… La próxima vez que quieran verme, se lo pido por favor, hagan que limpien los lavabos. Estoy deseando salir de aquí y mear en un árbol, porque no hay un puto ser humano capaz de mear en esos agujeros. —*El Rojo* esperó la respuesta de su interlocutor. Confiaba que su voz hubiera mantenido la firmeza de los años en que era más inconsciente y arrogante.

—¿Le han parecido seres humanos todos esos individuos con los que ha compartido la noche?

—Tienen en la puerta un cartel donde avisan que el derecho de admisión está reservado —replicó—. Ustedes sabrán qué tipo de clientela desean para su local.

Yo solo quiero que limpien más a menudo el lavabo.

Le pareció escuchar una risita contenida, lo que indicaba que había pasado la prueba. No sabía cómo, pero la había pasado. Se relajó.

—Mire a su espalda.

El *DJ* manipuló un proyector situado a su lado y una imagen se reflejó en una de las paredes que limitaban la zona de baile. Una chica muy joven, casi una niña, con una camiseta de Mickey Mouse y unos tejanos cortos y ajustados sonreía mirando a un punto indeterminado fuera de foco. La fotografía había sido tomada desde lejos.

—Este es el material que desean nuestros clientes.

—¿Cuándo?

—El acto está previsto para dentro de una semana, tal vez diez días. Nuestro contacto en la isla, conocedor de las preferencias de nuestros clientes, se encargó de buscar el material idóneo. Ellos dieron el visto bueno y quieren disfrutarlo cuanto antes.

—Sin problemas.

—Todo está preparado. En cuanto disponga de la mercancía solo tiene que llamar a este número que le facilitamos.

El gorila se adelantó y le pasó un papel con el número de teléfono.

—Por favor, memorícelo —exigió el *DJ*.

El Rojo necesitó un minuto para memorizar el teléfono. Pertenecía a la isla.

—¿Y qué hay del *elemento discordante*? —preguntó, una vez estuvo seguro de haber retenido el número.

—Puede estar tranquilo. La Organización se ha asegurado la posibilidad de poder matar dos pájaros de un tiro. Su erradicación está incluida en el plan.

—¿Podré ocuparme yo?

—Su paciencia y su sentido común nos han impresionado. Haremos lo que podamos. Eso es todo, puede irse. Mikel, acompáñalo a la puerta.

El gorila llamado Mikel le anunció que la reunión había concluido con un delicado golpecito sobre el hombro que relativizaba la amenaza procedente de sus manazas. Lo acompañó y le hizo salir del local, cerrando la puerta tras él.

Una vez fuera, corrió hacia el árbol más próximo. Había estado a punto de hacérselo encima. Estaba agotado por culpa de la contención y el esfuerzo que le había supuesto controlar su vocabulario para ser lo más correcto posible. Mientras se vaciaba pensó en la chica. Era una preciosidad. Casi sintió lástima al imaginar su cadáver destrozado, dentro de unos días.

REGRESO A CASA

Ismael leía un libro tras el mostrador, con un ojo pegado a la puerta. En toda la mañana nadie había visitado la librería. Le resultaba extraño. No nadaba en la abundancia, pero el negocio siempre había funcionado bastante bien, y era inusual que a esas horas nadie hubiera pasado ni tan siquiera para curiosear. Se reclinó en el asiento y bostezó, mirando por enésima vez el reloj. Podía dar por perdida la mañana. La perra se revolvió a sus pies. Enroscada, lo miró a través de la catarata y liberó un bufido. Estaba tan aburrida como él.

La puerta se abrió. El inesperado visitante casi le hizo volcar de la silla.

—¡Adrián!

—Veo que estás ocupadísimo.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta misma mañana. Supongo que ya es hora de acabar las vacaciones.

—¿Dónde has estado?

—Estuve en casa de un amigo unos días, y luego salimos de viaje.

—¿Quieres tomar algo? ¿Vamos al bar?

—No, no tengo tiempo. Debería pasar a ver a la familia.

Ismael trajo del hueco de la escalera una silla plegable que guardaba para las visitas.

—¿Así que todo vuelve a la normalidad? —preguntó.

—Depende. Si vuelve el sentido común al pueblo… ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Bueno… Parece que la gente ya no encuentra motivaciones suficientes para pasar el día bajo el balcón de tu madre. Y desde que el ayuntamiento limpió las pintadas, ningún artista callejero ha intentado ninguna obra nueva.

—Eres el primero al que visito. Me he cruzado con alguien viniendo para acá y me ha dado la impresión de que me miraban *raro*.

—Bueno, a lo mejor no esperaban que volvieras.

—A lo mejor no querían que lo hiciera.

—Todo mejorará —auguró Ismael—. ¿Tú cómo te encuentras?

Adrián meditó la respuesta.

—Supongo que un poco asustado.

—No creo que vuelvan a molestarte. La gente se puso un poco loca, por la novedad. Ahora están más tranquilos. Ya sabes cómo somos, nos aburrimos y necesitamos algo que nos saque de nuestra rutina y, cuando por fin lo encontramos, no tardamos en volver a aburrirnos.

—Que se aburran sí sería una sorpresa. Mi familia ha proporcionado montañas de diversión en los últimos treinta años y creo que lo seguirá haciendo.

—Hablé con el alcalde sobre todo lo que se montó —dijo Ismael, que, sin darse cuenta, había bajado la voz, como si tratara una confidencia.

—¿Sí? ¿Y qué lectura hizo de los acontecimientos? Estoy deseando saberlo —preguntó, sin disimular el escepticismo que le provocaba Pedro.

—Bueno, no le dio demasiada importancia a todo lo ocurrido.

—¿Te sorprendió su actitud?

—Pues tengo que confesarte que sí.

—Ya te dije que eras un ingenuo.

—No puedes imaginar cuánto.

—Si te sirve para que puedas abrir por fin los ojos…

—Por lo que se refiere a Pedro me estoy empezando a quitar las legañas. El señor alcalde me mandó a freír espárragos invitándome a que no me inmiscuyera en los asuntos del pueblo.

—La verdad es que no me sorprende —se resignó Adrián.

—Puedo entender que la gente perciba a tu hermano como un peligro. Lo que no entiendo es la agresividad hacia tu madre o hacia ti.

—Siempre han sido unos apestados. Hasta el momento la gente me mantuvo al margen. Supongo que las cosas han cambiado.

—Pedro dijo que lo tuyo fue cosa de cuatro exaltados. Él te exime de toda culpa.

—Muy generoso por su parte.

—En su descargo debo admitir que después de nuestra charla el *soufflé* bajó bastante. Tal vez haya movido algunos hilos.

—De eso estoy seguro.

—Bueno, ahora lo que tienes que hacer es abrir tu negocio y caminar por la calle con la cabeza bien alta.

—Para eso he venido —aseguró. Después se levantó de la silla—. Bueno, me voy a pasar por casa de *La Familia Feliz*, a ver qué es lo que se cuentan.

Ismael se despidió de Adrián con un abrazo. Notó su rigidez. No estaba acostumbrado a las muestras de cariño. Antes de que saliera a la calle le recordó que podía pasarse por la librería siempre que quisiera. Estuvo a punto de confesarle lo que Rafael le había contado, pero dio marcha atrás. No lo encontró prudente. Le parecía una falta de respeto ya que Adrián nunca había tenido la necesidad de explicarlo. Por lo menos a él. Tampoco consideró necesario decirle que había conocido a su hermano.

Sumergido como siempre en su vigilia durmiente, Lucas se cruzó con Adrián. Se giró para ver cómo se alejaba y su necia sonrisa se borró de sus labios. «Morirás en diez días», masculló. Después retomó la marcha, adonde quiera que fuese.

HOGAR, DULCE HOGAR

—¡Hijo! ¿Por qué no me has avisado de que vendrías?

Pilar le dio un beso a Adrián, que accedió al piso sorprendido por la oscuridad que reinaba en él, más acusada de lo que era habitual. La puerta cerrada de la habitación donde se escondía su hermano atrajo su mirada. Pasó al comedor. El televisor estaba encendido. Su madre tenía el volumen al mínimo, con la precaución del que no quiere despertar al ogro. Un arañazo de luz que se colaba por la persiana entreabierta rasgaba a duras penas la oscuridad. La casa parecía una cueva.

Le entraron ganas de salir corriendo.

—¿Todavía no se ha levantado el Hijo Pródigo?

Pilar golpeó el aire como si espantara moscas, indicando que no quería discusiones.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó.

—Esta misma mañana. En cuanto he desembarcado he venido a verte —mintió.

—¿Te quedarás a comer?

Adrián torció el gesto. No podía creer que su madre aún guardara la esperanza de que un día sería capaz de sentarse en una mesa al lado de su hermano.

—¿Ahora vamos de familia ejemplar?

Pilar se reclinó sobre el sillón con gesto agotado.

—¡Ay, Adrián, no empieces!

En el televisor, un hombre hacía girar una ruleta y el público a su espalda aplaudía con forzado entusiasmo.

—¿Cómo estás, madre?

—Pues ya me ves. Aquí sentada esperando que tu hermano se levante para empezar a comer.

—No te pregunto eso, mama. Quiero saber cómo estás de verdad.

—Pues la verdad es que lo estamos llevando muy bien. Tu hermano parece otro.

Creo que en la cárcel ha tenido tiempo para pensar. Lo veo mucho más

tranquilo.

Se está portando muy bien.

No, tú te estás portando muy bien, pensó Adrián.

—¿Me estás diciendo la verdad? —acertó a preguntar.

—Pues claro, hijo. Tu hermano ya no es el que era. Y me gustaría que hablarais.

Y que os llevarais bien de una vez.

—No sé, mama…

Pilar se reclinó para posar una mano sobre el brazo de su hijo.

—Hazlo por mí. ¿No crees que ya hemos sufrido bastante en esta casa?

Sí. Sobre todo, tú y yo, quiso decirle.

—¿Y qué horas son estas de levantarse? ¿Lo has llamado a ver si está despierto?

—Al instante, Adrián se arrepintió de haber hecho una pregunta tan estúpida.

Como si no supiera que esa simple comprobación podría comportar una merecida paliza…

—Ya se levantará. Tu hermano no sale en todo el día. Solo lo hace por la noche.

Es natural.

Adrián se mostró de acuerdo en lo natural que resultaba que su hermano saliera de noche, como las cucarachas.

—Yo me siento a comer la primera y él lo hace cuando se despierta. Nos hemos acostumbrado a ese ritmo.

—¿Por qué ha vuelto aquí si no puede llevar una vida normal? Es idiota.

—Esta es su casa. Siempre lo será. Y nadie tiene por qué impedir a tu hermano vivir donde a él le plazca.

—Pero mama, ¿tú no vivirías más tranquila si se fuera?

—Adrián, ya hemos hablado de eso. Muchas veces. Te pediría por favor que no vuelvas a repetirlo. Cada vez te pareces más a tu padre.

Adrián dio un respingo. Ella le acarició la mejilla en un gesto de disculpa.

—Solo te pareces a tu padre en eso. Te repites mucho, hijo.

No se dieron cuenta de que Rafael había salido de la habitación hasta que estuvo sobre ellos.

—Qué bonita imagen de una madre y su hijo.

—Hola, Rafael —saludó Adrián, masticando las sílabas.

—Hola, Niño Bonito, ¿ya has vuelto de tus vacaciones?

—Eso parece.

—¿Te quedarás a comer?

—No lo creo.

—Vamos, ¿vas a hacerle este feo a tu madre? —le reprochó, retorciendo la mejilla de Pilar. Su piel lució una marca enrojecida cuando la soltó.

—¿Qué hay de comer? —preguntó.

—He hecho albóndigas.

—¡Las putas albóndigas! ¡Estoy hasta los huevos de albóndigas!

Rafael alcanzó el mando a distancia, se sentó en la mesa y cambió de canal. No encontró nada de su agrado y volvió al concurso.

—Bueno, que vengan esas albóndigas.

Pilar saltó del asiento como un muelle y se dirigió a la cocina. Rafael no pudo contener la risa.

—Apuesto lo que quieras a que ahora mismo está pegada a la puerta de la cocina intentando oír lo que hablamos. ¿Recuerdas cuando papá la sorprendía siempre escuchando? ¡No se ganó hostias por culpa de ese vicio de mierda!

Adrián no encontró una réplica adecuada a los desagradables recuerdos que a su hermano parecían traerle tan buenas sensaciones. Optó por morderse la lengua y mirar el televisor. El presentador hacía aspavientos y animaba al público a que jaleara al concursante, que se encontraba en serias dificultades para completar la frase «*más vale pájaro en mano que ciento volando*» a falta de dos vocales y tres consonantes. Pilar entró en el comedor con el plato de albóndigas. Lo dejó sobre la mesa y volvió a la cocina.

—Si no te piensas quedar, me gustaría que te largaras. Me molesta mucho que me vean comer —exigió Rafael sin dejar de mirar el televisor.

—Hazte a la idea de que no estoy.

—¿Qué dices? Desde aquí puedo oler tu culo de maricón.

Adrián se levantó del sillón de un salto y hundió la cara de su hermano en el plato. Cuando Rafael se incorporó, tenía media albóndiga dentro de la fosa izquierda de su nariz. La imagen le resultó graciosa pero no podía arriesgarse a bajar la guardia echándose a reír, por muchas ganas que tuviera. Con la cara llena de salsa de tomate Rafael saltó sobre él, agarrándolo por el cuello de la camiseta y rasgándolo cuando Adrián lanzó el cuerpo hacia atrás para esquivar sus garras. Después, aprovechó la inestabilidad de Rafael para empujarlo hacia la mesa. Desde la puerta del comedor Pilar gritaba que dejaran de pelearse: «*¡Por favor dejad de pelearos, dejadlo de una vez! ¿Es que no puede haber paz en esta casa una vez en la vida*?».

Rafael lo miró, con un brillo de ira rasgando la cortina de salsa de tomate que tenía sobre los párpados. Adrián comenzó una apresurada retirada. Nunca antes había tratado así a su hermano y las consecuencias podrían ser desastrosas para su integridad física. Pero su reacción no fue la esperada.

—Ten mucho cuidado, Niño Bonito. El día menos pensado no lo cuentas —dijo, limpiándose con el dorso de la mano su rostro embadurnado.

Adrián le dedicó a Pilar una mirada de reproche mientras alcanzaba su mochila, dispuesto a salir corriendo de esa cueva.

—Sí, veo que ha cambiado mucho —le dijo, avanzando hacia la puerta con largas zancadas.

Salió a la calle dando un portazo, preguntándose hasta qué punto había forzado la pelea para salir de allí cuanto antes. También lo sorprendió la falta de una respuesta contundente por parte de Rafael.

Antes de alejarse oyó a su hermano gritarle a su madre: «*¿Qué miras, vieja de los cojones? ¡Tráeme otro plato*!».

REFLEJOS

Leire estudiaba su desnudez ante el espejo. Alcanzó la cámara y accionó el percutor. La fotografía se llamaría «*Autorretrato*». Tal vez una foto más de la nueva serie que estaba confeccionando. Quería reflejar escenas cotidianas. No era una idea muy original, de sobras lo sabía, pero en su conjunto le gustaba la espontaneidad que transmitía ese tipo de imágenes. En el tocadiscos sonaban los Cranes.

Bajó la cámara y continuó mirando su reflejo meciendo su cuerpo al ritmo de la música.

Después se acercó a la cama para seleccionar las fotografías esparcidas sobre la sábana. Algunas le parecían buenas de verdad: dos viejas sentadas en un banco, a la fresca; los ancianos jugando al dominó y la niña mirándolos; Lucas, sentado en una silla delante de su casa y sonriendo, sumergido en un buen sueño; Ismael en la prueba de sonido de un grupo en la librería; Thierry chocando el puño con Carlos; Pedro hablando con el señor Andrés…

Dejó de mirar las fotos al darse cuenta de que Mauricio la miraba desde la ventana de enfrente. Se puso una camiseta que con dificultad le cubría los muslos y se asomó.

—¡Mauricio, como vuelva a pillarte mirándome se lo voy a decir a tu mujer!

—Te juro que ha sido sin querer —se justificó el vecino—. Es que he mirado y te he visto así…

—¡Depravado!

—Vamos, Leire, no te pongas así. Si no es la primera vez…

Cerró la ventana riéndose, aunque Mauricio no supo que lo hacía. No le importaba su indiscreción. Acababa de hacerse una foto desnuda y si superaba la criba, cualquier día podía terminar expuesta.

Llamaron a la puerta. Había quedado con Ismael para enseñarle las fotos de esa serie. Al verla lanzó un silbido de admiración. Se besaron. Ismael deslizó las manos por sus muslos para detenerse en las nalgas. Lo hizo entrar y lo acercó a la cama.

—Uh, oh, veo que vas al grano —observó Ismael.

—No te hagas ilusiones, al menos hasta que no hayas visto todas las fotos.

Ismael miró con interés las fotos repartidas sobre la sábana, tomó un puñado y se sentó, ocupando el hueco que habían dejado. Las estudió con atención. Resaltó la calidad de varias de ellas. Su criterio coincidía con el de Leire.

—¿Qué te parecería exponerlas en la librería?

—Por mí no hay problema —concedió.

—Había pensado para las fiestas.

—Quedan pocos días, ¿las tendrás preparadas?

—No creo que haya problema. Elegiré quince y compraré marcos baratos. Solo me queda el visto bueno de mi mecenas.

—Tu mecenas te da el visto bueno.

Leire recogió la cincuentena de fotografías derramadas sobre la cama, mirándolas una a una.

—A ver si puedo aprovechar quince, al menos.

—No seas modesta, son más de quince las que valen la pena.

Se besaron de nuevo.

—Hablando de las fiestas. Estoy pensando en apuntarme al comité. Creo que me irá bien.

A Ismael le encantó la idea. *Vete Sombra, vete…*

—¿Te quedarás a dormir?

—Si me dejas, sí. Podemos follar con la ventana abierta para alegrarle la noche a ese pervertido que tienes enfrente.

—Te has enterado, ¿eh?

—He escuchado los gritos mientras subía por la escalera. Hija, ¿qué quieres?

¿Quién va a resistir colgarse de un balcón si te pilla como Dios te trajo al mundo?

Retozaban en la cama después de hacer el amor. Leire se sentía a gusto. Lo besó en una tetilla. Él le acarició el cabello agradecido de que *La Sombra*, poco a poco, diera paso a un resquicio de claridad. Se durmieron, agotados por el esfuerzo, para despertarse una hora después. El sol comenzaba a declinar azafranando las paredes del dormitorio. El primero en despertar fue Ismael. Unos minutos después, a pesar del relajado silencio de Leire, notó por su respiración que también estaba despierta.

—¿Sabes quién ha pasado por la librería esta mañana?

Leire dio un brinco.

—¡La librería! ¡No la has abierto esta tarde!

—Tranquila, por cómo ha ido la mañana me sale más barato tenerla cerrada.

Leire volvió a recostarse sobre la almohada.

—¿A quién has visto?

—A Adrián.

—¿Cuándo ha llegado?

—Me ha dicho que esta misma mañana. Pero con Adrián nunca se sabe.

—¿Cómo está?

Ismael lanzó un suspiro.

—Igual de taciturno que siempre. Dice que ha venido para quedarse. Supongo que mañana mismo volverá a abrir la peluquería.

—Me pasaré a verlo.

—¿Tú sabes algo de su vida? Cuando vivía su padre, quiero decir…

—Bueno, lo que sabe más o menos todo el mundo. Ese hombre no era bueno.

—¿No te parece… que le hayan pasado más cosas de las que se cuentan?

—¿Es que te ha contado algo más?

—No.

—¿Alguien que no sea él te ha dicho algo?

Ismael se arrepintió de la conversación que él mismo había empezado. Lanzó balones fuera.

—No. Es solo la impresión que me da. Intenta dar una imagen, pero cuando hablas con él… No sé, es como si fuera una persona diferente a la que te imaginas. Si ya de por sí es un poco tristón, a veces me da la impresión de que aguanta una carga más pesada de la que puede asimilar. Estuve hablando con él antes de que se fuera y me habló del pueblo. Dice que no es lo que parece. Y esta mañana ha vuelto a insistir en la idea.

—¿Has leído *A través del espejo*?

—Lo tengo pendiente.

—Deberías leerlo. Alicia está en el salón de su casa leyendo y mira el espejo que tiene delante. En el reflejo se ve a sí misma, ve el salón, ve el libro que tiene entre las manos… Todo es igual pero diferente, porque en el salón que refleja el espejo todo está del revés. Desde que leí el libro, a veces, cuando estoy frente a un espejo juego a preguntarme cuál es la Leire verdadera. Solo hace falta un empujón para que todo se ponga patas arriba. ¿Qué es real? ¿Qué no lo es? ¿Cuál es la imagen correcta? ¿En qué lado del espejo nos encontramos?

Ismael se incorporó y le pasó un brazo por la cintura mordisqueándole un hombro.

—Eso es un pensamiento muy profundo, niña *Alisia.…¡Felís, felís no cumpleaños… te doy… a tú!* —exclamó, fingiendo el acento sudamericano de la película de Walt Disney—. ¡Déjeme buscar en la caverna del conejo blanco!

—Fuera, bicho —rio Leire, dándole con la almohada. Se besaron, reiniciando el ritual.

Al terminar, Ismael se levantó y se dirigió al lavabo al tiempo que se quitaba el preservativo. Al lanzarlo al cubo, vio una foto quemada donde lo único que se distinguía era el rostro a medio consumir de Pilar.

VISITA NOCTURNA

Anochecía. Thierry escribía una canción sobre la mesa de la terraza de su piso. La ceniza de su cigarrillo de marihuana cayó sobre el papel y la sacudió con aire distraído mientras tarareaba los versos del que sería un nuevo tema de *Enjoy*. Quería darle un giro de ciento ochenta grados al grupo y derivarlo hacia la rumba *blues* de la que hacía poco se había aficionado. El timbre lo distrajo de lo que estaba haciendo. No esperaba a nadie y sopesó abrir o no. Decidió seguir escribiendo. Algunos de los versos le parecían pueriles. Podía esforzarse mucho más. Pero quien fuera que llamara no dejaba de insistir. Por fin, se levantó de la silla maldiciendo.

Cuando abrió la puerta se encontró con el pálido rostro y los imposibles ojos negros de Ricardo *el Rojo*.

—Tenemos que hablar —masculló *el Rojo*.

Thierry le dejó entrar.

PARÁLISIS (II)

El agudo silbido se abrió paso a través de sus oídos. Quiso reaccionar, pero ya era tarde. Volvía a estar paralizado. Abrió los ojos. Estaba de costado, de cara a la puerta de la habitación en penumbra. Su piel reaccionó al conocido escalofrío. El vello erizado. Se esforzó por mantener la calma. Lo ayudaba a racionalizar la experiencia.

El cuerpo cálido de Leire a su lado. Se preguntaba si la sensación formaba parte de un sueño. No se sentía acompañado por ella. Como si la presencia amenazadora se la hubiera llevado para sustituirla. Un sonido en el salón, surgido de su sueño despierto. Pequeñas tazas de café temblando sobre sus platillos. Nadie más podía escucharlo, estaba seguro. Para tratar de convencerse, volvió los ojos hacia la perra, tumbada cerca de la cama, ajena a todo, lamiéndose una pata. Un movimiento en el salón. Intentó sacudir el cuerpo. Era inútil. Lo dominó el pánico. La presencia se hizo tangible en la habitación. La perra dejó de lamerse la pezuña y lo miró con atención. Con el cuello erguido, alerta. Se alarmó. Intentó de nuevo ser racional. Era normal que notara que su estado no era el habitual (¿o sí lo era?).

Tenía el hocico desdibujado y las facciones difuminadas. La luz de una farola taladró la catarata de su ojo.

No sabía si estaba despierto o se encontraba consciente dentro de un sueño.

Con renovadas fuerzas trató de despertar su cuerpo del letargo observando la silueta inmóvil bajo el marco de la puerta, como un vampiro que no se atreviera a entrar en la estancia hasta ser invitado, pero sintiendo su ansia por caer sobre él.

El grito de Ismael despertó a Leire. Se incorporó sabiendo lo que pasaba. Lo abrazó, lo besó. Él no parecía notarlo. Daba la impresión de que no sabía dónde estaba. Lo tomó de las mejillas con ambas manos.

Ismael sintió el cálido contacto de las manos de Leire. Cuando abrió los ojos para mirarla se encontró con el huesudo rostro de Lucas, lo que provocó

que renovara sus gritos, incapaz de dilucidar si estaba despierto o atrapado en una pesadilla.

AMANECER

Ismael se encontraba inmerso en esa morosa inercia que precede al despertar escuchando los primeros sonidos de la mañana que indicaban que el pueblo, poco a poco, se desperezaba. El barrendero arrancaba de los adoquines una cadencia de *jazz* al pasar la escoba sobre ellos. Los más madrugadores se dedicaban saludos masculllados entre dientes. Escuchó el piar de los pájaros y el golpeteo de abanico de sus alas. La lejana campana de la iglesia anunció las siete y, como respondiendo a un reto, un gallo elevó su canto insolente.

Sintió a Leire agitarse a su lado. Su cama era ancha y apenas se rozaban, pero sabía que estaba despierta. También sabía que ella sabía que él también lo estaba.

La notó hundirse bajo las sábanas y fingió que seguía dormido. Sabía lo que significaba esa inmersión y adecuó su posición para facilitarle el trabajo. Bajo las sábanas oyó el sordo rumor de una risa contenida. Entonces notó el calor húmedo de su lengua sobre sus testículos y él se dejó hacer. Sintió sus labios cerrándose, bordeando el diámetro de su pene con la firmeza de un cepo y los notó ascender, deslizándose hacia el glande para volverse a hundir con suavidad y a ascender y a hundir y a ascender y a hundir y a ascender ayudados por sus manos. Presintiendo el final, se cubrió la cara con la almohada y se derramó en su boca hasta quedar vacío.

Pasados unos segundos, retiró la almohada para ver el rostro de Leire sobre el suyo, muy cerca. Ella sonrió y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Buenos días —dijo.

—Muy buenos días —respondió él y, al tiempo que lo hacía, recordó la fotografía de Pilar quemada en la papelera. Enterró la imagen lo más hondo que pudo.

Le resultó difícil.

Leire se recostó sobre su lado de la cama manteniendo una mano en el muslo caliente de Ismael, que conservaba aún la carne de gallina producto del orgasmo.

Se quedaron así hasta que él apoyó la cabeza sobre uno de sus pechos, pasándole la mano por la cadera, rozándole al hacerlo el incipiente vello

púbico que comenzaba a crecer. Leire sostenía que la tendencia actual exigía su desaparición y entre bromas aseguraba que su sueño era convertirse en una correcta mujer del siglo veintiuno, que ya llamaba a la puerta. Insistía que él tendría que hacer lo mismo tarde o temprano. Tener una amazonia entre las piernas ya no se estilaba. Disfrutaron unos minutos del silencio de la habitación y de los sonidos soñolientos de la calle. La perra se incorporó, sacudió su cuerpo de la cabeza a la cola y los miró con desinterés. Decidió que ya los había visto en esa actitud demasiadas veces.

Sabía lo que significaba. Volvió a tumbarse. Todavía no había llegado la hora del primer paseo del día.

—Vaya nochecita has pasado hoy —dijo por fin Leire.

—Bueno, ya estoy acostumbrado.

—Pues qué quieres que te diga. Yo no. Me acojonas.

—Si te hubiera contado alguna vez lo que me ocurre cuando duermo, ¿habrías llegado a acostarte conmigo?

Leire meditó en silencio. A pesar del tono jocoso de la pregunta, durante un momento se planteó la respuesta.

—La verdad es que no —dijo, por fin—. Me pones los pelos de punta.

Ismael se incorporó para hundir su cara en los pechos desnudos de Leire.

—¡Soy un loco! ¡Un alma torturada!

Ella rio, fingiendo que luchaba por apartarlo de sus pechos, pero dejándoselos lamer. Los pezones se le erizaron como signos de exclamación.

—Deberías hacértelo mirar —le recomendó.

—¿Y qué van a hacer? ¿Me van a mejorar? Ya hemos hablado de eso.

—No es broma. La parálisis del sueño puede ser un síntoma de algo grave.

—La parálisis del sueño es un trastorno normal y estudiado.

—No es normal tenerla cinco veces a la semana. Deberías ir a que te analicen esos sueños que tienes.

—No exageres, no la sufro cinco veces a la semana. Y he aprendido a controlarla.

—Pues menos mal que la controlas. No quiero ni imaginarte cuando no lo hacías. Además, ahora te despiertas gritando.

Ismael apoyó su cabeza contra la almohada rememorando la cara de Lucas sobre él. Por la mañana todas sus pesadillas parecían lejanas e inofensivas pero esta vez sintió un escalofrío.

—Sí, ha empeorado un poco, tengo que reconocerlo.

—¿En qué sentido ha empeorado?

—Bueno, no sé si puede decirse que haya empeorado. Lo que está claro es que algo ha cambiado.

Se volvió hacia Leire. Su mirada exigía una explicación.

—Verás, la parálisis empieza igual, ya sabes, con un pitidito en los oídos. Si en el duermevela me doy cuenta de ese pitidito, como todavía estoy

consciente, me sacudo en la cama para despertar a mi cuerpo. Pero hay veces que no llego a tiempo, porque no se puede decir que esté despierto. ¿Entiendes?

—Bueno…

—Es un estado extraño, me doy cuenta de todo en pocos segundos, porque en realidad no estoy dormido, solo aletargado.

—¿Y qué es lo que está ocurriendo ahora?

—Bueno, siempre había sufrido alucinaciones auditivas que me asustaban mucho porque tienes la sensación de no estar solo. Se siente uno muy vulnerable.

Ni siquiera puedes gritar pidiendo ayuda porque no te sale ningún sonido de la garganta. Solo puedes mover los ojos. Después de tropecientas experiencias, me armaba de paciencia y esperaba a que pasara. Ahora en cambio no solo oigo sonidos; estoy empezando a ver cosas. La experiencia difiere de lo que era en origen. Ya no la sufro durante el duermevela que precede al sueño profundo, sino que la tengo *durante* el sueño. Me despierto paralizado y consciente de ello, veo la habitación, te veo a ti, veo a la perra… Pero también veo sombras o figuras que no están ahí. Y la impresión es que me he traído el sueño a la vigilia o algo así…

Leire se estremeció.

—Suena a película de Freddy.

—Sí —admitió Ismael—. Acojona bastante.

—Vuelvo a decirte que deberías ir al médico. Por tu bien. Además —añadió, apretándole la punta de la nariz y apartándolo de sus pezones que Ismael volvía a trabajar—, repercutirá en nuestra relación. Te digo en serio que estoy planteándome que cada uno duerma en su cama. Me pegas unos sustos de muerte.

Ismael deslizó con suavidad una mano en dirección a la entrepierna de Leire.

—Bueno, pues déjame hacer una última cosa antes de que me encierren.

Se introdujo bajo las sábanas, como un espeleólogo deslizándose por un atractivo socavón.

Ella abrió los muslos, facilitándole el trabajo. Mientras empezaba a lamer, Ismael pensó que la situación que había provocado en el pueblo el regreso de Rafael lo había puesto un poco nervioso. En épocas de tensión sus crisis nocturnas solían agudizarse. Y las masas enfurecidas, desde luego, no despertaban en él la menor simpatía. También recordó la fotografía quemada de Pilar, surgida de la tumba de su subconsciente donde la había enterrado un rato antes. Cuando el tubo de acero que tenía entre las piernas empezó a levitar, pensó en Henry Miller y se obligó a centrarse en lo importante si quería mantenerlo en ese estado el tiempo necesario.

IMPRESIONES EXTRAÑAS

Después de ducharse se despidió de Leire y, acompañado por la perra, salió de su casa. Se cruzó con Rosa. Esta masculló un apagado saludo, pasando por su lado como si el hecho de hacerlo supusiera un duro trámite. Decidió que la mujer se habría levantado con el pie torcido y siguió su camino. Todo el mundo podía tener un mal día.

Jaime barría la entrada de la frutería. Le pareció advertir una ligera turbación reflejada en su rostro. El frutero fingió no verlo con cierta torpeza y abandonando su empeño por conseguir la porción de acera más limpia de la zona comercial, entró en la tienda antes de que llegara a su altura.

Al girar la esquina vio a Carmen, la dueña de la mercería, que seguía su misma trayectoria. Notó que sus ojos se abrían por la sorpresa al darse cuenta de que caminaba en su dirección. Para convencerse de lo equivocado que estaba decidió pararla esgrimiendo cualquier excusa. Mientras se aproximaban se preguntó hasta qué punto las sensaciones de esa mañana eran reales. Se planteó con sorna si serían razonables los temores de Leire referente a sus parálisis y la relación que pudieran tener con algún tipo de incipiente enfermedad mental.

—Buenos días Carmen.

La mujer estuvo a punto de pasar de largo, pero el hecho de que Ismael se detuviera con la evidente intención de charlar, la obligó a parar.

—Buenos días Ismael —lo saludó, dedicándole una mueca disfrazada de sonrisa.

Le pareció el tipo de sonrisa con la que se obsequia a los que se quiere perder de vista cuanto antes. Parecía incómoda.

Consciente de que la había parado sin tener gran cosa que decir, soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—Creo que hoy me llegará una remesa de libros de Stephen King —mintió—, pásate este mediodía por la tienda y les echas un vistazo.

—Muy bien Ismael, me pasaré —prometió Carmen, que parecía haber adoptado una postura más natural y una sonrisa más franca. Aun así, no sabía qué pensar. El mero hecho de que hubiese repetido su nombre en las dos

frases que le dedicó, le parecía un signo de impostura. Como esos negociadores de las películas que tratan con familiaridad a los secuestradores repitiendo su nombre con el fin de calmarlos. No podía quitarse de encima esa repentina impresión de ser tratado como alguien *evitable*.

—Bueno, pues cuando quieras te pasas. Hoy va a hacer calor, pero sabes que en la librería se está fresco y podemos charlar un rato, que hace tiempo que no lo hacemos.

—Vale, Ismael, sí, me pasaré esta misma mañana en cuanto pueda.

Algo le dijo que Carmen no cumpliría su promesa. Se despidió de ella dándole un toquecito en el hombro. *¿Es posible que haya movido el hombro hacia atrás, ni que sea un poquito*?

Ante lo absurda que estaba resultando la atmósfera esa mañana, con la intención de seguir calibrando el ambiente pasó por el bar antes de abrir la librería.

Al entrar en el bar, Dimas levantó la mirada de un vaso que acababa de sacar del lavavajillas.

—Hola, Ismael, ¿qué va a ser?

Dimas conocía de sobras lo que tomaba en su primera visita de la mañana: café con leche y una tostada. Muchas veces, incluso, si no tenía dinero suelto, apuntaba sus consumiciones en una cuenta particular. Demasiados años abonando cafés con leche y tostadas como para que le hiciera una pregunta tan absurda.

—Pues… lo de siempre, ¿no? —titubeó Ismael.

—Sí, claro —reconoció el camarero—; perdona, no sé dónde tengo la cabeza hoy.

—Nada, hombre —concedió, cogiendo el periódico mientras esperaba que dejara el café con leche sobre la barra para llevárselo a una mesa. También lo sorprendió el mutismo con el que el camarero preparó la bebida.

Fingió leer los titulares mientras detectaba miradas esquineras por parte de algún que otro parroquiano. Intercambió sonrisas que solo se quedaban en eso, en simples sonrisas que no conducían a nada más. Por suerte, no todo el mundo actuaba igual; Enrique le dio un toque amistoso en la espalda de camino a la salida y Begoña, dejando su acostumbrada y extinta leche con cacao sobre la barra, le lanzó un beso antes de salir corriendo hacia el banco.

—Aquí tienes. Ahora te saco la tostada —le dijo Dimas, abandonando el café con leche sobre la barra y huyendo hacia el interior de la cocina con un apresuramiento impropio en él. Ismael cogió la taza y salió a la terraza. La perra estaba de pie ante una mesa vacía, como si ya hubiera elegido el sitio idóneo. Se sentó en la silla observando lo que ocurría a su alrededor. La calle se había llenado de transeúntes que se dirigían al trabajo o de mujeres mayores con carritos de la compra.

Recibió unos cuantos saludos y alguien, incluso, cruzó alguna palabra con

él.

Centró su interés en aquellos que no actuaban así.

La señora Julia pasó por su lado muy rápido sin considerar necesario recordarle su delgadez ni hacerle ver que se estaba quedando en el chasis.

Andrés, al llegar a su altura, simuló leer el prospecto de un medicamento y pasó de largo sin saludar.

Solo cuando él le dio los buenos días, Rocío se dignó a inclinar la cabeza para después apretar el paso…

La perra, suelta por la plaza, saludaba a todo aquel que reconocía e incluso las caricias que recibía le parecieron más tibias y esporádicas.

Contempló la plaza con el absurdo convencimiento de que una buena parte de sus vecinos lo miraba —la mayoría, tratando que no se notara— de una manera extraña. Lo que más le molestaba era la poca fiabilidad de sus sensaciones. A todas luces, resultaba absurdo que un pueblo entero hubiese cambiado de la noche a la mañana. Pero entonces recordó el páramo desierto que había sido la librería el día anterior.

Se preguntó con temor supersticioso si unas vainas del espacio no habrían caído a la Tierra para convertir a sus vecinos en réplicas exactas de sí mismos.

Por primera vez desde que llegó a la isla, se sintió un auténtico extraño.

MAGIA

Salvo por la visita de un par de curiosos despistados, la mañana estaba resultando igual de desastrosa que la del día anterior. Ismael contemplaba las abigarradas estanterías con inquietud. Llevaba horas escribiendo lo que resultaba ser un proyecto de novela inacabable. Tenía que reconocer que, debido a la inquietante tranquilidad de los dos últimos días, había avanzado más en su construcción que en los dos últimos años. La perra lo observaba con una serenidad que Ismael envidiaba en sí mismo al contemplar, con una lástima inmensa, la infinidad de libros que atiborraban las estanterías. Trató de quitarle hierro a la situación diciéndose que dos días sin clientes no significaban gran cosa y que no era la primera vez que pasaba por un bache. Era pronto para empezar a pensar en el inicio de una mala racha. Pero sentía flotar algo en el ambiente. Y eso sí que resultaba algo inédito.

Desde que llegó, siempre fue bien recibido. Principal motivo que lo convenció para echar raíces en aquel trozo de roca varado en medio del mar.

Por los altavoces que tenía instalados en la tienda se escurrían los suaves acordes de *Caroline Says*. Decidió concentrarse en su serena melancolía para ahuyentar los malos pensamientos, pero fue el sonido de la puerta al abrirse lo único que lo consiguió. Sintió una punzada de optimismo y agradeció al visitante que le diera un motivo para abandonar la escritura pomposa que escupía su bolígrafo. Al comprobar quién había entrado sintió una ligera decepción. Thierry no se caracterizaba por su amor a la lectura y la persona que lo acompañaba —Jorge, creía que se llamaba— nunca había puesto los pies en la librería hasta ese momento. Aunque no perdió la esperanza, tal vez antes de que se fueran les podría colocar algo.

—¿Qué pasa, gilipollas? —saludó Thierry.

—¡Hombre, gabacho de los cojones! ¿Dónde te has metido estos días?

Se fundieron en un abrazo. Thierry echó un vistazo alrededor, buscando dónde sentarse, señal de que la visita sería larga. Ismael fue a buscar un par de sillas plegables del montón que guardaba bajo el hueco de la escalera. Thierry señaló a su acompañante.

—¿Conoces a Jorge?

—Creo que nos hemos visto alguna vez por ahí.

Ismael y Jorge se saludaron con un apretón de manos.

—Me está dando clases de guitarra. Es un guitarrista de la hostia —anunció Thierry.

Jorge se liberó del peso de la guitarra, amortajada en su funda, y la sostuvo ante Ismael.

—Es chulo este sitio —aprobó, mirando a su alrededor, como si una librería le pareciera el más pintoresco de los lugares.

—Tienes que escuchar cómo toca la guitarra. Queremos hacer algo juntos.

—¿No querrás dejar *Enjoy*?

—No, pero me gustaría estar en un proyecto paralelo. Más mío. Algo personal —señaló un punto indeterminado en el aire—. Muy bien ese Lou Reed.

Ismael asintió. Pese a que lo normal era que se enzarzaran en largas y estériles discusiones sobre sus gustos musicales, sentía un secreto placer cada vez que Thierry le daba su visto bueno. Debido a su perpetuo enfrentamiento, aceptaba sus aprobaciones como si fueran una rendición. Esa mañana ya iban uno a cero.

—¿Tienes el Necronomicón? —le preguntó Jorge a bocajarro. Ismael se sintió descolocado por la pregunta. Sonrió para sus adentros. *Thierry siempre rodeado de gente peculiar*, pensó, planteándose que, quizá, eso lo convertía también a él en alguien peculiar.

—Pues… la verdad es que no.

—Qué lástima, siempre lo he querido leer.

—De momento no trabajo material encuadernado con carne humana. Tal vez en la carnicería tengan algún ejemplar.

Ismael rio su propia ocurrencia, sorprendido al ver que Jorge asentía sin dar señales de haber captado la ironía.

—¿Qué te cuentas? —preguntó Thierry, justo cuando la conversación se ponía interesante.

—Poca cosa, parece que el sector librero está un poco parado.

—¿Cómo está la princesa pirata? —Thierry dirigió la pregunta a la perra, que se levantó de su cama al notar que la interpelaban y apoyó la cabeza sobre una de sus rodillas. La acarició, bisbiseándole una cantinela. Su tono agradó al animal y lo demostró lamiéndole las manos y moviendo la cola, fustigando el aire con brío—. *Oui, Oui la fifis… Et alors la Ziggy* —canturreó mientras rascaba sus ancas traseras.

Ziggy tamborileó el suelo con una pata, aprobando el masaje.

—Más vieja cada día —sentenció Ismael, acariciando el afilado hueso occipital de la perra, que sobresalía de la base de su cráneo.

—Mañana estaremos en mi casa ensayando, pásate si quieres. Tengo algunas canciones que escribí en la cárcel y las quiero desempolvar, a ver qué te

parecen.

A Ismael le pareció bien la propuesta. Tal vez una sesión de guitarras, cervezas y cantes era la receta adecuada para ahuyentar sus malas sensaciones. Lo necesitaba.

—¿Mañana? Vale, me pasaré. Así me olvido un poco de esta mierda.

—¿Te preocupa no tener clientes? Son días tontos. Verás cómo en una semana vuelves a arrancar.

—No sé si son tan tontos. Noto un ambiente raro en el pueblo.

Thierry dedicó una mueca a Jorge, los dos sonrieron. Ismael paseó la mirada de uno y a otro, sin comprender.

—¿Ambiente raro? —Thierry aplaudió la ocurrencia—. ¡Bienvenido a Isla Encanta! Si el ambiente ya suele ser raro, cada diez años más o menos hay un pico de *rarismo*.

Jorge certificó sus palabras asintiendo, con la mirada fija en Ismael. Sus ojos brillantes delataban la afición al cannabis que compartía con el francés. *Ya, y tú me has traído al más raro de toda la isla*, pensó.

—Esta isla era propiedad de los piratas ya en el siglo XVIII. Sus rocas han visto de todo. Este mismo pueblo era su retiro. Apuesto lo que quieras que el primer alcalde fue un pirata. —Thierry lanzó una carcajada, Jorge lo secundó, celebrando con estrépito la ocurrencia—. Y viendo la *tradición* no me extrañaría nada que fuera un antepasado de nuestro actual alcalde. No, no me extrañaría nada que vieran en el filón de la política un medio más lucrativo que la piratería. Ya los veo, amasando dinero y acumulando concubinas secuestradas para no perder la costumbre. Jorge lanzó un bufido contenido causado por la hilaridad que le provocó la ocurrencia de Thierry. Ismael los miraba sin entender demasiado. En definitiva, todo parecía confabularse para enrarecer el ambiente.

—También es tierra de brujas. Muchos de los chamizos olvidados que pueblan la isla pertenecieron a ellas. Entiendo que te quedaras aquí, porque yo también lo hice. Pero no te engañes. No te quedaste porque te pareciera un sitio mejor que cualquier otro. Te quedaste, igual que yo, porque este lugar te atrapa y no te suelta.

Por lo menos si eres receptivo a su energía.

—Sí, sí, energía —aprobó Jorge.

—¿Ya estamos con las energías?

Cada vez que Thierry —que entre sus aficiones también barajaba la creencia por las civilizaciones extinguidas, los OVNIS y las tecnologías apócrifas de la prehistoria— sacaba el tema de las energías, despertaba los recelos de Ismael, que ya intuía una larga perorata sobre sus creencias pseudocientíficas.

—Por supuesto que sí, cabezón. Tú no crees en ellas, pero es lo que te hicieron decidir a quedarte en esta isla.

—Sí que creo en ellas, pero no te engañes, el principal motivo que hizo que me quedara aquí fue la gente y que la isla es preciosa.

—No lo pongo en duda. Pero también por las energías —concluyó Thierry, resistiéndose en dar su brazo a torcer.

—Y no todas las energías son buenas —completó Jorge.

—Ahí, ahí —aprobó Thierry.

—Ahora vais a venir con bobadas de que las energías de esta isla son de las malas.

Thierry se enderezó sobre la silla, adoptando un tono grave.

—¡Ya estamos! ¡Di que para ti son bobadas! Aquí tienes el ejemplo de dos personas que llevan bastante más tiempo que tú en la isla y te están diciendo que en este sitio siempre ha habido algo en el ambiente. No sé si son fuerzas telúricas, la proximidad de un continente o si hay un volcán sumergido, pero algo hay.

—¿Así que *haberlas haylas*?

—Por supuesto que hay algo.

—Mi abuela fue bruja —añadió Jorge.

—¡Ahí lo tienes, su abuela fue bruja!

—Mirad, ya tengo bastante de este tema. Es que no puedo con las supersticiones. Leire, por ejemplo… Ayer vi algo en su papelera que me dejó con el culo torcido.

Jorge y Thierry se reclinaron sobre sus asientos, expectantes. Al ver sus caras Ismael tuvo la repentina impresión de haber hablado de más. No tenía ningún derecho a contar lo que había visto en la papelera de Leire. Sería traicionar su privacidad. Pero su actitud, como la de dos niños ante una hoguera interesados por la historia de terror que contara su monitor, le hizo pensar que tampoco era algo tan grave. Espoleado por su curiosidad, decidió hacerlos partícipes de su hallazgo. Tal vez el punto de vista local lo ayudaría a comprender el significado del acto.

—Ayer vi en la papelera de su lavabo la foto quemada de una persona —expuso, evitando decir quién era la propietaria de la efigie carbonizada.

—Es un claro caso de magia homeopática, también conocida como simpatética —concluyó Jorge con un tono ceremonial.

Tú sí que eres patético, pensó Ismael. Le pidió que fuera más claro.

—Un mago cree que la causa produce el efecto. Con una ceremonia adecuada, acompañada de los conjuros correspondientes, se suceden los resultados deseados. A menos, claro está, que el encantamiento sea desbaratado y contrarrestado por los conjuros más potentes de otro hechicero.

—Y eso, traducido, ¿qué significa?

—Tu novia le desea todo el mal de este mundo a la persona representada en la fotografía.

—Hazle caso, Ismael, hazle caso, que este tío sabe un montón.

Vaya dos taraos, pensó Ismael, al ver su loco entusiasmo, pero en su fuero interno, sentía cierta desazón al recordar las miradas que Leire le dedicaba a Pilar, como si fueran males de ojo. *Así que ahora me estoy acostando con una bruja*.

Manda cojones. Pues sí que están raras las cosas, sí.

EL PACTO

Mientras Ismael, Thierry y Jorge hablaban de brujas, a Pedro negocios más mundanos lo habían traído al Continente. Esperaba sentado en un sillón de piel mientras observaba la sólida puerta, cerrada ante él. De madera, labrada con delicadas marqueterías, con un copete en la parte superior y detalles en pan de plata, le resultaba excesiva. Igual de excesiva que la secretaria que lo llevó en volandas a esa sala de espera con su blusa blanca a juego con el collar de perlas y su falda negra tubular. Tan distante comparada con Marga, su secretaria, siempre vestida con camiseta, tejanos y una sonrisa de oreja a oreja.

Tenía la impresión de que llevaba horas esperando y para hacer tiempo volvió a abrir la cartera de cuero donde guardaba los planos del bosque colindante al llano donde iría el campo de golf. En el momento de extraerlos, un montón de fotografías realizadas a la playa, cuyo futuro, si todo iba bien, sería el de acabar rodeada por apartamentos e inmensos complejos hoteleros, cayeron al suelo. Mientras recogía las fotos desperdigadas, la pomposa secretaria volvió a entrar en la sala de espera y, sonriéndole con aire profesional, le anunció que en breves instantes sería recibido. Con sus nudillos de esqueleto perfumado golpeó la puerta con suavidad antes de ser engullida por ella. De nuevo estaba a solas, envuelto por un silencio enmoquetado. Esa gente debía de sentir cierto placer por la situación; hacerle esperar sentado en ese butacón de piel, mendigando el honor de poder ser recibido.

Estaba nervioso. Era la primera vez que llevaba a cabo un negocio de semejante calado y la exigencia de comparecer en solitario, sin testigos, le hizo pensar, de nuevo, en tratos con el diablo. Por enésima vez se dijo que, si tenía que hacerlos, no lo dudaría ni un instante. Su familia podía escribir un libro sobre sus tratos con Satanás. Seguía la tradición.

Ante la promesa de una inminente audiencia, ordenó los papeles y los introdujo de nuevo en el maletín. No había terminado de hacerlo cuando la secretaria abrió la puerta, y con una sonrisa que a Pedro se le antojó la de una meretriz de lujo, le indicó que podía entrar en el despacho. Embutió los últimos papeles de cualquier manera; no era aconsejable hacer esperar al Señor del Averno. Con torpeza se alzó del asiento y, mientras se encaminaba hacia el

despacho, adecuó su aspecto.

Estiró su americana, planchó con una mano sus pantalones, enderezó su corbata y cruzó el umbral de la puerta.

Tras una lujosa mesa de caoba esperaba un hombre calvo, sentado ante un gran ventanal que daba a un edificio modernista. El anciano jugueteaba con sus gafas al tiempo que le dedicaba una afilada sonrisa. Notó cierto desprecio en ella. Se levantó y extendió un brazo, invitándolo a sentarse en uno de los dos butacones colocados ante el inmenso escritorio. Se estrecharon las manos y, una vez acomodado, se dio cuenta de la presencia de dos hombres más, sentados en dos sillones a su derecha, ante una gran biblioteca con libros de dorados lomos apiñados.

Siempre se había preguntado si existía algún lector en el mundo para libros de esa clase, anclados en las estanterías, condenados a un sopor milenario.

Durante unos segundos reinó el silencio, acentuado por las mudas sonrisas que se dedicaban él y su interlocutor. Dirigió una mirada a los otros dos, que permanecían atentos respetando el silencio general y, por un momento, se preguntó a cuál de los tres hombres tenía que esforzarse por convencer. El que estaba sentado frente a él no consideró necesario presentarlos. Fue el primero que habló.

—Bueno. Mis socios y yo hemos estudiado con atención su proyecto y nos parece viable.

Pedro asintió y, por instinto, miró a los otros dos. Sin saber por qué, les dedicó un gesto de agradecimiento con la cabeza. Sospechaba que les debía mucho.

—Así que —prosiguió el hombre sentado tras la mesa, sin dar muestras de haberse dado cuenta del significativo reconocimiento de Pedro a las dos estatuas sentadas frente a la biblioteca— podemos proceder cuanto antes a la creación del club de golf y del complejo vacacional. Una vez realicemos los trámites, el dinero para las concesiones de obra será ingresado a la cuenta que usted nos facilite. Por supuesto, habrá una parte… extra, para usted y sus socios, entregada en negro.

—Les agradezco que hayan estudiado el proyecto con el cariño que merece.

—Sí —contestó el hombre, ajustándose las gafas que llevaba en la mano —, lo hemos estudiado con mucho interés. Sin duda será un negocio lucrativo para todos. A su vez, espero que valore lo que le solicitamos.

Pedro se encogió de hombros, quitándole importancia a lo que ya sabía que le reclamarían.

—Antes de esta reunión he sido informado de la exigencia. Por mi parte, no hay ningún problema. Si ustedes cumplen su parte del trato, yo cumpliré la mía.

—¿Podremos disponer del producto en las fechas en que lo necesitaremos?

—Me pondré en contacto con el… ¿cómo diría?, suministrador. En breve todo estará en marcha.

Al hombre le centellearon los cristales de las gafas con un brillo codicioso.

—Me alegra escuchar eso. No dudo de que usted será un hombre tan serio como lo fue su padre en su día, Dios lo tenga en su gloria.

—No lo dude.

—Muy bien. Creo que ya está todo dicho, así que…

—Disculpe una pregunta. —Pedro cortó la precipitada despedida cuando su anfitrión ya se levantaba para acompañarlo a la puerta.

—Usted dirá —dijo, revelando cierta molestia en el tono.

—Me preocupa un poco la situación una vez ustedes hayan recibido lo que desean.

—Explíquese.

—Bueno… La verdad es que mi padre tenía mucha más experiencia que yo en sus negocios con ustedes…

El hombre se levantó de la silla con una agilidad que desmentía su volumen y se paseó con las manos enlazadas en la espalda frente a la enorme cristalera. Se le notaba a la legua su experiencia en el trato con socios díscolos o enlaces sindicales.

—No dé tantos rodeos y explíquese. Si tiene algún tipo de duda o temor, es en este momento cuando debe ser aclarado. No deseamos sorpresas ni malos entendidos.

—Si les facilito el producto, ¿cómo sé yo si…?

—¿Necesita algún tipo de aval para quedarse tranquilo?

—Quisiera asegurarme de no estar corriendo un riesgo innecesario.

El orondo anciano cruzó una mirada con los dos hombres. Pedro miró a uno y a los otros con la expectación de un niño reflejada en el rostro.

—Bueno…, le podemos adelantar una pequeña parte del dinero a modo de paga y señal e incluso, en deferencia a su padre, si lo desea, y para que vea que el riesgo es nulo, le puedo extender una invitación cuando tengamos el producto en nuestro poder. Puede ser una oportunidad para estrechar lazos y hacerlos más férreos y duraderos.

Pedro se levantó de la silla y le ofreció al hombre la mano.

—Sería un placer *estrechar lazos* con usted y sus socios. Muchas gracias.

El hombre rodeó la mesa y estrechó su mano sonriendo. Casi parecía un filántropo orgulloso de poder ayudar en una buena causa.

—El placer es mío, amigo mío. En cuanto tengamos el material, nos pondremos en contacto con usted para celebrar juntos el acto. El lugar donde se llevará a cabo no lo sabremos hasta ese mismo día.

El anciano lo acompañó a la puerta. Los otros dos, sin levantarse de sus asientos, inclinaron la cabeza a modo de despedida, luciendo una sonrisa de cortesía sin mediar palabra. Cuando salió del despacho y la puerta se cerró tras

él, la secretaria ya lo esperaba en la lujosa sala anexa. Le sonrió, —*aquí todo son sonrisas*, pensó Pedro—, mostrándole la salida con una mano, indicándole que la siguiera.

—Espero que la reunión haya ido bien.

—Muy bien, guapa. ¡Oh, sí, ha ido muy bien!

La secretaria de lujo lo acompañó hasta la salida. Tenía la boca seca. Hacer tratos con el diablo daba mucha sed.

LA PRESA

20 de agosto,

«Querido diario:

No sé por qué tengo que encabezar mis impresiones escribiendo "Querido diario", me parece muy cursi. ¿Soy cursi? Supongo que sí.

Hoy la mama y el papa se han vuelto a pelear. Estoy harta de tantos gritos. La mama se pasa el día llorando y el papa no está casi nada en casa. Esta mañana creo que se han puesto a discutir porque la mama le ha dicho que sabe que está con otra. Él lo niega, pero, aunque lo quiero mucho, creo que la está engañando.

El otro día me atreví a preguntárselo y ni siquiera se atreve a mirarme. Ya son muchos meses de peleas. Mi padre viene y va. Al pasar por la habitación pequeña he visto que esta noche ha dormido ahí. Y he visto su maleta. Supongo que volverá a marcharse. Que lo haga, estoy harta de ellos.

Por fin Amalia tiene el contacto que nos sacará a las dos de aquí. Esta isla se nos ha hecho pequeña. Tengo preparado el book que me hizo. Yo creo que las fotos son muy buenas. De profesional. Aunque creo que no debería ser yo quien dijera esto estoy guapísima en todas.

Dentro de unos días, saldremos al Continente. Tengo aquí mismo la tarjeta de la empresa que está interesada en conocerme.

Amalia me ha dicho que prefieren que el primer contacto sea en sus oficinas.

Quieren verme arreglada para no "contaminar" sus impresiones. Creo que fue esa la palabra que utilizó.

¡Por fin cumpliré mi sueño de ser modelo! ¡Cómo Naomi o Claudia! ¿Y quién sabe si después de hacer de modelo el siguiente paso no será la televisión o el cine? ¡Conocida en todo el mundo!

No les he dicho nada a mis padres. Me soltarían un sermón, seguro. Que tengo que estudiar, que sin preparación no seré nada en la vida, que tengo la cabeza llena de pájaros… No saben lo que es tener un sueño. Yo no quiero ser como ellos, que nunca han tenido ambiciones y se han quedado en este pueblo toda la vida. Y aquí se morirán, seguro. Pero yo no soy así. Yo espero algo de la vida. Y no me voy a quedar sentada en mi habitación esperando a que llegue. ¿No dicen siempre que tumbada en

la cama nadie va a llamar a la puerta? Bueno, pues, por una vez, les estoy haciendo caso, supongo que estarán contentos conmigo, je, je, je.

Estoy deseando ver la cara de mis primos cuando me vean por la tele en los programas del corazón. Hablarán de mí. Seré famosa. Y le demostraré a todo el mundo que estoy hecha de otra pasta.

Y cuando haga películas, entonces ya será la hostia. ¿Quién sabe? ¿No está Toni Bogarde haciendo películas en Holiwud? Empezó haciendo películas aquí y ahora está haciéndolas en América. Yo seré igual. O mejor.

Y ¿quién sabe? A lo mejor el mismo día que me conozcan me ofrecen trabajo y ya no vuelvo más a este pueblo tan aburrido. Los chicos son tontísimos y aquí nunca pasa nada. Yo no quiero eso. Me niego a aceptarlo. Yo quiero que me pasen cosas».

ATRAÍDO

Otro día flojo en la librería. Ismael salió con la perra de madrugada. Como había imaginado, sus pasos lo llevaron a la alameda.

En la temperatura nocturna se atisbaba el final del verano y los pantalones cortos resultaban una prenda insuficiente. La piel de gallina de sus piernas lo atestiguaba.

Ni siquiera el paseo le estaba sirviendo para entrar en calor. La perra no ayudaba.

Iba tras él, incapaz de aguantar el ritmo, con lentitud y la cabeza gacha. Tuvo que parar varias veces para esperarla. Su artrosis parecía estar pasando por una mala fase. Tal vez debería haber optado por una caminata más corta.

Pero necesitaba ir a la alameda, aunque la intuición le decía que era un error. Estuvo a punto de girar sobre sus talones para tomar el camino acostumbrado, pero no lo hizo.

A esas horas las calles estaban desiertas y sus pisadas reverberaban por las aceras empedradas. Todo el pueblo parecía dormir.

Vio a Rafael sentado en un banco. Parecía que lo estuviera esperando. La lumbre del cigarrillo, como la luz de un faro, iluminaba su rostro.

Cuando llegaron a su altura, la perra se adelantó para saludarlo. Fingió sorpresa al ver a Ismael y extendió un brazo hacia Ziggy, que se lanzó sobre él para dejarse acariciar y lamerle los dedos.

—Vaya —exclamó—, has venido.

—Sí, dejo a la perra que decida el camino y hoy me ha traído por aquí —mintió.

—Se está bien aquí. Todavía no hace frío —dijo, alzando la cabeza con aire afectado.

—Sí —coincidió Ismael sin convicción, comprobando sin que Rafael lo advirtiera en qué condiciones se encontraban sus piernas. La piel de gallina seguía ahí.

—¿Quieres un cigarro?

Aceptó el cigarro, que sobresalía del paquete como un dedo señalando al cielo, y alcanzó el mechero que le ofrecía Rafael.

—Qué suerte tienes de tener a esta —dijo Rafael, dándole unos cachetes a la perra en el costado. El animal elevó la cabeza con evidente placer.

—Si quieres te la doy.

Rafael lo miró como si pensara que hablaba en serio. Por un momento, se imaginó tratando de hacerle entender que no era así.

—No, mi madre no me deja tener animales en casa.

Se rio, celebrando el presunto ingenio de la frase, propinando a Ismael, que se había sentado a su lado, un tenue codazo en las costillas.

—Oh, tío. Menuda mierda. No sabes lo que es volver con tu madre. Te sientes un crío.

—Tal vez deberías intentar buscar otra cosa fuera del pueblo.

—Lo estoy pensando, no creas.

—¿Estás buscando algo?

—Todavía no. Por lo menos hasta que tú y yo no hayamos acabado con lo nuestro.

—¿Lo nuestro?

Rafael soltó una carcajada.

—Vamos, Isma. No me digas que no te interesa oír más historias.

Ante la evidente familiaridad que se había instaurado entre ellos, Ismael se sintió autorizado a tratarlo de la misma manera.

—La verdad es que nuestro primer encuentro resultó desagradable.

—Y, aun así, aquí estás.

No supo qué contestar a eso. Decidió ser sincero.

—Supongo que sí.

—¿No te preocupa que te vean conmigo? Ten en cuenta que soy un apestado.

Ismael miró a su alrededor.

—¿Quién nos ve?

—El pueblo tiene sus formas de ver.

—Últimamente todo el mundo trata de convencerme de que este pueblo es algo más de lo que aparenta.

—Puede que tengan razón.

—En todo caso, como en todas partes. Este pueblo no es más especial que cualquier otro.

—Mi experiencia me ha demostrado que todo el mundo se pone una máscara de vez en cuando. Pero los hay que viven en carnaval todo el puto año. Tú mismo finges que te resulto desagradable, y aquí estás, esperando tu dosis de realidad. Tú tampoco aparentas lo que eres.

—¿Y qué se supone que soy?

Rafael le dio la última calada a su cigarrillo y lo lanzó, impulsándolo con sus dedos pulgar y corazón.

—Tú también tienes tu lado oculto.

—Parece que a todo el mundo le ha dado por el cripticismo.

—No sé lo que significa eso. Pero deja de fingir que no me soportas. Yo a los que no soporto es a los hipócritas. Joder, me dan ganas de *ahostiarte* como hacía mi padre conmigo.

Ismael se quedó callado. Acabó de consumir el cigarro y lo tiró al suelo. Al pisarlo, unas pocas hebras se esparcieron sobre el empedrado. Se quedó mirando la colilla despanzurrada pensando en cucarachas reventadas con las tripas rezumando.

RAFAEL (segunda noche)

¿Dónde nos habíamos quedado? Creo que cuando mi padre se folló a mi hermano por primera vez… Pues, después de esa primera noche lo hizo siempre que quiso. ¡Qué le vamos a hacer! Le cogió afición al mocoso. Una cosa buena es que, emperrado como estaba en descargar en su culo, a mí me dejó en paz. Mi madre tuvo un momento de rebeldía, creo recordar. Si no me equivoco fue en la época en la que el viejo le rompió la muñeca. Después de eso, no dijo esta boca es mía. Yo no te voy a engañar, al principio aluciné un poco. Luego acabó siendo normal. En esa casa siempre hubo mucha franqueza y no existía ningún secreto. ¿Que mi padre tenía ganas de amor? ¡Oye, ahí tenía al niño a mano! A mi madre también le daba, pero el niño debía ser espectacular porque lo cogió con unas ganas… Creo que al final ella no acabó sirviéndole para nada.

Bueno sí, para hacerle la comida y tenerlo bien limpito. Porque eso sí, mi padre iba siempre como un pincel. Y eso se lo debía a mi madre. Todo hay que decirlo.

En todo caso, en esos tiempos yo pasaba de la locura que había en mi casa y la mayoría de días estaba al otro lado del charco. ¿Cómo era el título de esa película?

¿Días de vino y rosas? La vi en la trena. Era muy buena. En mi caso fueron días de birra y anfetas. La heroína llegó un poco más tarde. No nos gustaba. Éramos muy de anfetas.

Consumíamos lo que nos caía en las manos. Con cabeza. No sirve de nada un camello que está enganchao al producto que vende, y si lo estás tienes que tener la azotea muy bien amueblada. Y no es por fardar, pero nosotros teníamos la cabeza muy, muy, muy bien amueblada. De lujo, vamos. Empezamos a tener bastante dinero. ¡Me cago en la puta, qué buena época!

Entre los atracos, los palos a otros traficantes, tres chicas que chuleábamos… Bueno hasta tres o cuatro bancos nos hicimos. En ciertos sitios se hablaba mucho de nosotros.

Un día el Ruben nos presentó a un tío que nos iba a cambiar la vida. Nosotros ya habíamos logrado hacernos un nombre. El Rojo, el Nino, el Charlín y el Rafi, ¡menuda banda éramos! Dábamos unos palos de la hostia y, claro, había una gente que nos quería conocer. Así que viene el Ruben y nos presenta a uno que se llama Alberto. El Alberto era un delincuente conocido como el Suco y el tío era una leyenda,

o sea que te puedes imaginar cómo nos gustó que una celebridad se interesara por nosotros. Era un honor, vaya.

Así que quedamos en una disco y estamos ahí esperando y al cabo de media hora de estar allí, que ya nos habíamos tomado todas las anfetas, aburridos de esperar, aparece el Ruben con el Suco y nos dice el pavo que nos quiere presentar a una gente que hace cosas realmente grandes y nosotros flipamos porque es como el que está viviendo una de esas películas de gánster es que molan tanto, ¿sabes? Y es que estas cosas van así, no es que fuera el Suco el que quisiera conocernos, sino que fue él el que oyó hablar de nosotros y pensó que podíamos encajar con lo que otra gente necesitaba. Esto es como un avispero donde todas las habitacioncitas están conectadas, ¿sabes? Y esta gente le dijo al Suco, pues bueno, vale, tráelos a ver qué podemos hacer con ellos.

Nos tiramos toda la noche de fiesta, conociéndonos y eso, y el tío al final de la noche nos dice que nos va a llevar a un sitio donde nos están esperando. El Ruben acabó con una chavalilla y el resto cogemos el coche del Suco volaos de la cabeza y en el viaje nos dice que molamos un huevo y que somos gente legal y se tira todo el rato regalándonos los oídos, que, oye, es que al final es que te lo crees. Y alucina, nos lleva al campo, a una casa en ruinas, y nos abre la puerta un tío encorbatado y entramos y todo era de lujo aunque por el aspecto de la casa jamás lo dirías. Por fuera daba pena. Pero por dentro…

Había muebles con tiras doradas y muchos espejos y una escalera enorme y más espejos y lámparas de cristal, que eso era una locura. Te juro que mirabas la casa por fuera y no te esperabas lo que ibas a encontrar dentro. Así que nos hacen entrar allí y está todo lleno de mujeres desnudas subiendo y bajando la escalera y nosotros alucinando, pero no nos dejan ni pararnos a mirar. El que nos abrió la puerta nos dice que lo sigamos y el Suco nos pide por favor que no nos detengamos y sigamos caminando siguiendo al de la corbata.

Vamos a la parte trasera de la casa y nos llevan a un jardín con una piscina, iluminado con esas lamparitas chinas que tienen velas dentro y alucinamos.

Y vemos a un tío sentado en un sofá de terraza, tomando un café y alrededor de él varias personas de pie. Y eso nos impresionó porque esa gente no era la que solíamos tratar, ¿sabes? Esa gente eran palabras mayores. Lo notamos y ellos querían que lo notáramos.

Entonces el que está sentado en el sofá nos dice que nos sentemos con él y que si queremos café u otra cosa más fuerte, que nos servirán lo que queramos porque en esa casa no se estaban de nada. Por no hacerle un feo, el Rojo y yo nos pedimos un café y el Charlín y el Nino se piden un cubata. Y el tío nos empieza a hablar. Que si ha oído hablar muy bien de nosotros, que si se han estado informando de lo último que hemos hecho… ¡Y lo sabían todo, oye, todo! Nos vende que son una organización seria, que tienen grandes clientes y que están dispuestos a hacernos una propuesta porque nuestros actos nos avalan. Y nosotros con cara de alelaos diciéndole que sí a todo y flipando con que alguien así se haya fijado en nosotros. Así que en un momento de la conversación nos pregunta si estamos interesados en su propuesta, ¡y

qué íbamos a decir! Pues claro que sí que queremos trabajar para ustedes, sería un honor, y estas cosas que se dicen. El tío dice que, si deseamos trabajar para ellos, pues nada, que desde ese mismo momento ya nos podemos dar por contratados. Yo tenía a mi lado al Rojo y no podía estarse quieto, me pasó un brazo por detrás del cuello y me abrazó de lo contento que estaba. Y yo abrazándolo también. Porque ese era nuestro pasaporte para montarnos en el dólar tío. Imagínate, en casoplones de lujo, tomando exquisiteces, trabajando con una cobertura… Y si las jais que podíamos tener en esa época ya estaban buenas, imagínate lo que vimos subir por esa escalera cuando nos hicieron entrar. No había color. Nos íbamos a hartar de follar.

De repente el tipo nos dice que antes tiene que hablar muy en serio de algo que habíamos hecho y nos cuenta que, al parecer, les dimos un palo a unos camellos que trabajaban para ellos y que esto lo teníamos que solucionar de alguna manera. En ese momento nos acojonamos porque pensamos que todo ha sido un paripé y que ese es el verdadero motivo de que estemos ahí. Y nos deshacemos. Le pedimos perdón. Los cuatro, cagaos. Y el tío, mientras le suplicamos, riéndose. Se lo estaba pasando de coña.

Viniendo desde la casa vemos a un pavo con un bolsón lleno de palos de golf y el del sofá nos dice que si nos gusta jugar al golf y la pregunta nos deja desubicados. Yo no sé los demás, pero a mí no se me ocurría qué decirle porque imaginaba que la pregunta iba con trampa.

Entonces cuatro de los gorilas se nos echan encima y nos hacen levantar. Nosotros protestamos, el Nino se arrastra hacia el tío que está sentado muy tranquilo, mirándonos, y lo coge de las rodillas y le suplica que le perdone, que no lo volverá a hacer. Y me recuerdo muy bien del charco que se formó a sus pies. Y el tío mira a los gorilas y les dice, «empezad con este». Se le tiran encima, cuatro torres así de altas, cada uno con un palo de golf y le empiezan a dar una somanta de golpes que me duele de solo recordarlo. El Nino, mientras recibía, encogido como un puto feto, solo pedía perdón y llamaba a su madre. Y tenías que ver los palos salpicando sangre cada vez que cortaban el aire.

Perdimos el interés por el Nino cuando vimos a tres gorilas, sacando más palos de la bolsa, uno para cada uno de nosotros. Ahí yo dije «Bueno, pues ya está. Ya la hemos cagao por pasarnos de listos». Y tuve tiempo de ver mi cuerpo desmembrado y metido en varias maletas, ¿sabes? No sé si alguna vez has estado en una situación así.

No sé cómo se sentirían los demás, pero una vez te tragas el miedo, porque no tiene ningún sentido tener miedo cuando no puedes hacer nada por evitar lo que se te viene encima, lo único que puedes pedir es que pase pronto y mostrarte digno. Recuerdo que apreté bien el estómago, las nalgas, encogí el cuerpo y me cubrí todo lo que pude la cabeza para evitar en lo posible que los ojos me se salieran de las cuencas.

Aguanté la paliza y me concentré todo lo que pude en los berridos que escuchaba, diciéndome a mí mismo que yo no les iba a dar la satisfacción de que me vieran llorar como un mocoso. Me puse a competir contra esos gritos, como si fuera una

prueba de fuerza, ¿sabes? Supongo que ahí tuve que destacar de alguna manera. ¡Con las hostias que me había dado mi padre, como para ponerme a llorar en ese momento!

Al final dejaron de pegarnos, supongo que se apiadaron de nosotros. Nos quedamos en el suelo, retorciéndonos. Al que recuerdo en peor estado es al Charlín, que no lo veía moverse, como si estuviera muerto. Y el tío les dice a los gorilas que lleven al Charlín y al Nino a un hospital y que los tiren por las cercanías, que ya llegarán ellos a Urgencias a pie si saben lo que les conviene. Y los cogen a los dos y se los llevan. Y ahí ya estoy convencido de que al Rojo y a mí nos dan pasaporte. Y me la pela. Y supongo que al Rojo también, porque lo veo levantarse, con dos cojones, insulta al tío y le dice que se caga en su puta madre y que, si nos quiere matar que lo haga, pero no antes de que él se cague en todos sus muertos.

Entonces todos se ríen. Se ríen mucho, ¿eh? Un buen rato. Y el del sofá se levanta, se dirige hacia él, se le agacha delante y tocándole el hombro con dos deditos para no mancharse de sangre, le dice: «No juegues con tu suerte, chaval». Y después nos dice que, si tenemos huevos para levantarnos, podemos hablar de negocios, pero que no nos sentemos de nuevo en el sofá porque no tiene ganas de pagar un tapicero.

Nos levantamos como podemos y nos dice que ninguno de los dos hemos gritado, ni pedido clemencia, ni nos hemos arrastrado ni hemos llamado a nuestra mamá y eso le gusta, que somos la clase de colaboradores que estaba buscando y que el Nino y el Charlín sobran porque lo han decepcionado.

Nos cuenta que forma parte de una organización que se dedica a los negocios grandes. Grandes de verdad, no lo que habíamos estado haciendo nosotros hasta ese momento, que, aunque tiene mucho mérito por la edad que tenemos y eso, pues que tenemos que poner nuestras miras en objetivos más altos, y que ellos nos los pueden proporcionar. Nos dice que su organización dispone de clientes que recurren a ellos cuando necesitan algo, que se ocupan de cubrir sus necesidades. Que si queremos trabajar para ellos, estarán encantados de tenernos en sus filas y que un coordinador se encargará de formarnos. Que, por primera vez, tendremos dinero para vivir bien de verdad, pero que debemos ser muy prudentes a la hora de hablar de ellos, porque si lo hacemos ya nos podemos dar por muertos, nosotros y nuestras familias. A mí, mi familia me la pelaba pero tenía bastante mejor opinión de mí mismo, y le prometimos que no tenía que preocuparse por nosotros, que jamás hablaríamos.

El Rojo le preguntó por el Nino y el Charlín, si no les preocupaba que hablaran en el hospital. Dijo que ahí teníamos mucha razón y le pidió a uno de los gorilas que trajeran al Alberto el Suco y que ya que estaban pusieran en el hilo musical el disco de Julio Iglesias que tanto le gustaba. El gorila se fue a cumplir con el recado y mientras esperábamos, hablamos de tonterías como si estuviéramos en la barra de un bar. Una cosa más rara… Después apareció el Suco por la puerta del jardín, mientras de fondo sonaba Julio Iglesias, «siempre hay por qué vivir, por qué luchar», no voy a poder quitarme de la cabeza esa letra en mi puta vida. Recuerdo que, desde lejos, pude verle los ojos vidriosos y pensé con envidia que mientras nosotros

estábamos recibiendo la paliza de nuestra vida, el cabrón se lo estaba pasando de puta madre, puede que esnifando cocaína que ya se conocía en esa época, pero que era cosa de ricos, y a lo mejor con alguna rubia comiéndole el manubrio. Se dirige a nosotros como muy complaciente y simpático, y le dice al tío si desea algo de él, «¿Puedo ayudarle en algo jefe?». Y cuando llega a nuestra altura, uno de los gorilas saca una pipa y le vuela la cabeza. Aquello sí nos dejó al Rojo y a mí con la boca abierta. Por supuesto, al Suco dejé de tenerle envidia al momento. Y el tío nos dice que ya no se tienen que preocupar por el Nino y el Charlín porque acaban de hacer desaparecer al único eslabón de la cadena que los conectaba con ellos. Y si les daba por hablar de quién les había dado semejante paliza, ¿quién iba a hacer caso a dos robaperas?

Después retiraron el cadáver. Esa fue la última vez que vimos al Suco. Triste destino para una leyenda.

El tío les dice a los gorilas que nos lleven al segundo piso, que se ocuparán de nuestras heridas. Nos felicita y nos dice que ya formamos parte de la Organización. Y pensé que lo decía con la «O» bien grande, te lo juro. Se notaba.

Antes de que nos subieran a una habitación para curarnos, el Rojo me abrazó y me dijo al oído, «hemos triunfado, colega, hemos triunfado», yo le devolví el abrazo y me sacudí de mi hombro un colmillo que se le cayó.

Estuvimos cinco o seis días en cama, sin aparecer por casa. No estuvo mal. Nos trataron bien, curaron nuestras heridas y cada noche alguna golfa subía para trabajarnos bien. Tanto el Rojo como yo estábamos en habitaciones individuales, no nos vimos durante esos días, pero la estancia fue igual tanto para el uno como para el otro. Y con Julio Iglesias siempre de fondo. En los peores momentos lo oía como un rumor lejano detrás de unos cristales muy gruesos, en el piso de abajo.

Un día apareció un tío con gafas que parecía un contable y nos dijo que ya era hora de que nos fuésemos. Me vestí, todavía un poco dolorido y cuando salí al pasillo ya está el Rojo esperándonos. ¿Y te puedes creer que el interior de la casa había cambiado? Se lo habían llevado todo. Los muebles, las lámparas, los espejos. La escalera, sin luz, se veía apagada y medio en ruinas… Miré por la puerta que daba al jardín y hasta el agua de la piscina se llevaron.

Un coche nos esperaba. Nos acercaron al puerto, nos dieron dos billetes de vuelta a la isla y ahí nos dejaron.

MIEDO

—Considérate un privilegiado —concluyó Rafael—. Poca gente conoce la existencia de La Organización. Poca gente que conserve la vida, quiero decir.

Ismael se incorporó. La perra, tumbada a su lado, dio un respingo.

—¡Tío, no sé por qué me cuentas esto!

—No levantes la voz.

Ismael percibió un atisbo de la mirada del tirano que tenía atemorizada a Pilar.

Bajó la voz, escupiendo las palabras.

—No quiero escuchar más mierda.

—Necesito contarlo. Y tú quieres escucharlo. Ya te he dicho que no soporto a los hipócritas.

—Escribe un libro.

Rafael esbozó una sonrisa.

—Si lo hiciera no creo que llegara vivo a la firma de ejemplares.

—Por eso mismo yo no tengo por qué enterarme de todo esto. De acuerdo, has tenido una vida muy interesante, pero yo no quiero escuchar más.

—No lo entiendes, Ismael, necesito ayuda. Por eso he vuelto aquí. Para contarlo todo.

—¿Es que hay mucho más?

—Queda lo peor. Todavía no sabes nada.

—Olvídame, no quiero oírlo. Busca ayuda en otro sitio.

Le dio a la perra un cachete en el lomo. Esta se levantó con dificultad y comenzó a caminar de vuelta a casa con evidente satisfacción. Al irse, oyó mascullar a Rafael entre dientes que ya volvería.

Emprendió el camino de la librería enfadado por permitir que un miserable volcase toda su basura sobre él.

Tenía la impresión de estar adentrándose en terreno pantanoso. Si esas historias eran reales, si no eran fábulas o exageraciones, él no debía volver a escucharlas.

¿Una sociedad secreta de criminales? Intentó convencerse de que esa historia no podía ser cierta, que debía de estar ante los delirios de un mentiroso patológico.

Lo único seguro es que Rafael, en el pasado, había sido un delincuente. Un delincuente que acababa de cumplir una condena por ser el responsable de la caída en desgracia de Leire y sus amigas. Estaba claro que no debían volver a encontrarse.

No estaba bien. Al menos por respeto a Leire. Era un cuentista. ¿Qué palabra había empleado? *Robaperas*. Eso es lo que era, un vulgar robaperas acusado de violación múltiple. No le extrañaba que el pueblo sintiera un rechazo visceral hacia él. Gente de esa calaña era lo que menos falta hacía en una comunidad. Era una basura.

Pero si fuera verdad lo que contaba, un tipo que era la caja fuerte donde se guardaban ciertos secretos, ¿no estaría vigilado? Pensó en la reacción de la perra la noche que se conocieron. Había detectado algo en el aire. Recordó la inquietud que le había provocado su comportamiento. Inquietud que, a esas horas de la noche, caminando casi a oscuras, regresaba con fuerza. ¿Y si lo vigilaban? ¿Y si lo habían visto con él? Y ese pensamiento lo llevó aún más lejos: ¿a qué se debía el cambio de actitud que había notado en buena parte de sus vecinos?

Te estás emparanoiando —se dijo—. *Ziggy es una ruina. Ni ve, ni oye… y su olfato ya no es el que era. ¡Por Dios, si ni siquiera te ve cuando estás a más de cuatro metros!*

Desde luego, cualquiera que la conociera aprobaría esa impresión. Había mostrado indicios que evidenciaban su senectud. No podía construir argumentaciones en torno a la actitud de una perra que, a veces, actuaba de forma errática y contradictoria.

Pero pronto volvieron los temores. Si la historia era cierta y esa organización resultaba ser tan poderosa, tal y como Rafael aseguraba, ¿podían arriesgarse a que su existencia fuera revelada por cualquier miembro potencialmente resentido?

Caminó con rapidez con la insistente impresión de ser observado y un par de veces creyó detectar por el rabillo del ojo sombras en movimiento que resultaron no ser tales. *Oh, venga* —se regañó— , *¿ahora vas a venir con alucinaciones? ¿Vas a empezar a ver sombras amenazantes por todas partes? Siempre has sido un cobarde Isma. Violaciones múltiples, delincuencia, sociedades secretas, brujería… Como sigas así acabarás escupiendo al paso de un gato negro*.

Dobló la esquina de su calle. Ya estaba en casa… Mientras se acercaba a la librería dirigió la mirada al balcón de Pilar. Tras las cortinas, vislumbró su silueta sentada. Estaba despierta. Tal vez esperando el regreso de Rafael. Lo sobresaltó un ruido que creyó oír a su espalda y se volvió. La calle estaba vacía. Amenazaba tormenta y el aire se había levantado. Todas las noches igual.

Como en una novela gótica. En la isla, agosto solía recibir a septiembre con relámpagos. Las sombras de los árboles, proyectadas en los muros de las casas, se le antojaron dibujos realizados por un demente. Alcanzó la persiana de la librería, la levantó y, dedicándole un último vistazo a la bifurcación de la calle, la volvió a bajar.

A LO MEJOR LAS COSAS NO ESTÁN TAN MAL

Al despertar, se sentía descansado. Esa noche, contra pronóstico, no sufrió ninguna parálisis. Frunció el ceño, con la cabeza hundida sobre la almohada. Miró hacia la ventana. Amanecía.

La perra se levantó. Su instinto le hizo saber que ya estaba despierto. Sacudió su cuerpo de la cabeza a la cola y se estiró, bostezando. Después se acercó a él y le lamió la cara. Ismael la acarició tras las orejas y pasó la mano por su pecho, besándola después.

Se levantó y se dirigió hacia el baño perseguido por el alegre trote del animal cuyos dañados huesos solo respondían con eficiencia en trayectos cortos. Orinó y al acabar se limpió las manos y remojó su rostro borrando cualquier atisbo de legaña. Se miró al espejo. Reflejado en él pudo ver los cristales de la ventana por los que se colaban los primeros rayos de sol. Lo inundó un optimismo que llevaba días sin sentir.

Fue a la cocina para hacerse un café con leche. Descongeló en el microondas un bollo de pan y lo introdujo en la tostadora. Hirvió café en la cafetera y vertió en un cazo una buena cantidad de leche, poniéndolo al fuego. Le encantaba calentar la leche al fuego. Salió al balcón para recibir una bofetada de frescor matinal que acabó por llevarse las sensaciones negativas de los últimos días.

No debía preocuparse por ese chalado de Rafael nunca más. ¿A quién le importaba lo que tuviera que decir? Podía entender que necesitara hablar con alguien más que no fuera su madre. Pero si lo había elegido a él, estaba equivocado. Se prometió a sí mismo que nunca más volvería a pasear por la alameda para no coincidir con ese indeseable. Al menos, por respeto a Leire. En medio de aquel bienestar matinal, sintió una punzada de remordimiento.

Observó la calle, vacía de transeúntes a esa hora. El sol todavía no llegaba a calentar el empedrado de las aceras, pero al sentir su tibia caricia sobre la piel, auguró que en un par de horas lo haría con fuerza. El súbito gorjeo de la cafetera le hizo regresar al presente. Las rebanadas de pan saltaron de las entrañas de la tostadora como respondiendo al toque de rebato de la cafetera y

el humo que surgía del cazo indicaba que la leche estaba en su punto de cocción. Sonrió. De momento todo se confabulaba para que la mañana fuera perfecta. Y para que lo siguiera siendo, decidió desayunar sentado en la pequeña mesita redonda que apenas cabía en su balcón, incrustada con calzador sobre seis baldosas.

Cogió un tomate y lo restregó sobre las dos tostadas como era tradición en su tierra. Las regó con unos hilos de aceite y puso sobre ellas un par de lonchas de mortadela. Las emplató y las llevó a la mesa. Después volvió para verter en una taza la leche, que se tiznó con el café, volcó un par de cucharadas de azúcar y comprobó que estaba demasiado caliente. Se dirigió hacia el balcón soplando al interior de la taza. Las espirales de humo le hicieron recordar helicópteros descendiendo sobre campos vietnamitas bombardeados con napalm. *El olor del café con leche por las mañanas…* pensó.

Desayunó escuchando al pueblo despertar poco a poco. Un coche pasó bajo su balcón en dirección al paseo marítimo. El motor ronroneaba con timidez, como si tratara de evitar molestar más de lo necesario. El rumor de las olas, amortiguado.

El sol calentando su rostro con moderación. El ambiente desprendía una amable suavidad.

Poco a poco y en silencio, los primeros madrugadores tomaban las calles. Pensó en su negocio. Dos días malos no eran señal de nada. La experiencia le decía que el consumidor funcionaba a rachas.

Se había dejado llevar por el ambiente enrarecido. No era para menos, teniendo en cuenta quién había regresado al pueblo. Lo entendía, aunque no aprobara ciertas actitudes. Pero de ahí a que sus vecinos sintieran también desconfianza hacia él… *Nadie te tiene ojeriza. El ambiente es raro, pero nada tiene que ver contigo*, reflexionó.

Cuando acabó de desayunar encendió un cigarro admirando cómo el sol se elevaba de forma casi imperceptible sobre el cielo, tiñendo las pocas nubes de púrpura. Cuando terminó, recogió el plato y la taza y los dejó en el fregadero remojándolos con un chorro de agua para que costara menos esfuerzo lavarlos después.

Se dirigió hacia el baño perseguido por la perra, que se acomodó en una esquina, bajo el lavabo, observando con desinterés cómo se desnudaba y se metía en la ducha. Se enjabonó el pelo y el cuerpo, aspirando la agradable fragancia del gel.

Tarareó una canción de la que no recordaba el autor.

Se secó y eligió, casi sin mirar, la ropa que se pondría. En la calle ya se oían las voces de los madrugadores de segunda hornada, mucho más despiertos que los de la primera, deseándose los buenos días.

Acompañado por la perra, bajó las escaleras que conducían a la librería. Antes de abrir el local, salió al patio. Este, equipado con un sofá construido

por *pallets*, cubierto con un toldo para evitar que se mojara, tenía el suelo brillante debido al rocío de la noche. Advirtió el aroma húmedo de las madreselvas que ascendían por los muros, fronteros con otros patios interiores que, a su vez, también estaban invadidos por la planta trepadora. El perfume era intenso. Por un momento lo asaltó la tentación de tomar otro café sentado en el sofá para disfrutar del silencio que impregnaba ese espacio aislado. Desestimó la idea. Era hora de ponerse a trabajar.

Era el primer día posterior a su minicrisis comercial. No podía retrasar, ni que fuera unos minutos, la abertura del local.

Silbando la canción que tenía incrustada en el cerebro desde que se duchara y de muy buen humor se dirigió hasta la puerta y subió la persiana metálica. Aurora, la dependienta de la ferretería, estaba abriendo el negocio. La saludó, preguntándose por qué lo miraba con el aspecto del que ha visto un fantasma.

Notó que algo se quebraba a sus pies. Miró al suelo.

Alrededor de dos docenas de huevos se encontraban, rotos, ante la puerta de su librería. Volvió a bajar la persiana para comprobar, perplejo, que habían sido lanzados contra ella.

Y en ese preciso momento la idílica sensación de vivir en un anuncio se fue a la mierda.

RECUERDOS

Mientras Ismael borraba de la persiana y de la acera todo rastro de irracionalidad, Adrián esperaba a Pilar sentado en un banco de piedra frente al mirador. Ante él se abría el mar, infinito y hambriento. Se estremeció. Por encima de su hombro lanzó una mirada al pueblo. La iglesia sobre el montículo, las casas blancas apiladas en torno a él… Casi podía escuchar lo que se murmuraba en el interior de esas casas.

Siempre igual, siempre murmurando. Siempre su familia, dando motivos para ello.

Se preguntó si había hecho bien en volver. Tal vez le saldría más a cuenta soltar lastre y salir volando.

Desde su regreso no había vuelto a abrir la peluquería. A excepción de algún cliente fiel, no creía que al resto de vecinos les supusiera un problema estético. Raquel, la dueña de la otra peluquería del pueblo, estaría contenta.

No tenía ganas de ver a nadie y se preguntó si no estaría incubando una depresión. Lo pensó así, como si se tratara de un resfriado. No en vano para él las depresiones eran como los constipados; siempre había alguna acechando.

Pese a que guardaba un semiostracismo autoconsciente, se sentía solo y angustiado por ello. No tenía grandes amigos. Nunca los tuvo. No culpaba a nadie vivo.

Desde luego, si alguien ostentaba la exclusividad de la culpa era su asqueroso viejo, que quince años atrás se despeñó por ese mismo acantilado. Y él, claro. Él tenía buena parte de culpa de todo lo que había pasado.

Fantaseó con seguir los pasos de su padre. Era cuestión de cubrir unos escasos veinte metros. Se levantó y se dirigió a la valla de seguridad cuya existencia era consecuencia directa y recordatorio de la caída de Goyo por esos peñascos. Se inclinó sobre ella. Treinta metros de caída libre que se abría bajo las raíces de los arbustos que ejercían de barrera natural entre la tierra y el mar. El mar estaba tranquilo, al contrario que el día en que el monstruo se precipitó al vacío. Se encontraba revuelto entonces y las olas chocaban contra las rocas

como leones esperando ansiosos el traspié de una presa que se hubiera encaramado a las ramas de un árbol. Al apoyarse sobre la barandilla, lo asaltó el vértigo. Por instinto, echó el cuerpo atrás. Nunca tendría valor para hacerlo. Por lo menos, de ese modo.

No recordaba haber sido feliz ni un solo día en toda su vida. Maldijo su suerte por pertenecer a su familia. Maldijo la suerte que le hizo nacer.

Volvió a sentarse en el banco. El sol empezaba a calentar, pero sentía la espalda fría y tenía las manos congeladas. Apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. Después las abrió y observó las marcas sobre la piel enrojecida. Recordó las autolesiones. Los cortes que se hacía en los brazos. ¿Por qué lo hacía? Tal vez para que las heridas que tenía en su interior, que eran las que más dolían, dejaran de hacerlo. Al mismo tiempo, las heridas externas le impedían olvidar, si tal cosa era posible. Se lo debía a su propia culpa. Se lo merecía.

Dejó de lesionarse gracias a la ayuda de Óscar. La última vez que tuvo en sus manos una cuchilla fue uno de esos días en los que veía a escondidas a su madre a instancias de su padre. Donde se encontraban siempre. En ese mismo mirador.

Pilar le había contado sus planes. Le había prometido que, en un breve espacio de tiempo, si así lo quería, podría volver a casa. Que había decidido tomar medidas.

Él trató de disuadirla. Era una locura. A pesar de todo, mientras la escuchaba, sintió un inmenso agradecimiento lastrado por las lágrimas que le caían mientras tomaba conciencia de hasta dónde habían llegado las cosas. Por su culpa. Por no haber sabido parar a tiempo los abusos de Goyo.

Tras su huida, había tardado mucho en perdonar a su madre. Ella tampoco hizo nada por evitar los maltratos. El día que le expuso su propósito —ese día —, la perdonó.

Después de que Pilar lo informara de lo que se había propuesto, se fue a la casa que compartía con Óscar, se encerró en el lavabo, corrió el pestillo y buscó las cuchillas. Siempre tenía alguna escondida en algún lugar. Óscar abrió la puerta de una patada haciendo saltar el pasador y le arrancó la cuchilla de la mano cuando ya se estaba haciendo el primer corte sobre otro ya cerrado. Los relieves de sus cicatrices eran como impregnaciones en una casa embrujada.

Óscar ya estaba harto de esa actitud. Se le derrumbaba la mirada cada vez que veía la sangre corriendo por sus muñecas. Cuando trató de impedir que siguiera haciéndose daño, Adrián luchó por recuperar la cuchilla que había caído al suelo hasta el extremo de golpearlo. Este lo aferró por los hombros e hizo que se encarara con él. Pero él no podía dejar de mirar la cuchilla, tirada en el suelo y cubierta con la sangre que había manado del surco que había empezado a abrir en su piel.

Forcejeó. Y solo dejó de hacerlo cuando recibió una bofetada que le hizo caer de bruces al suelo y a la realidad. Se quedó mudo mirándolo. Y las lágrimas, pugnando por salir, le escocían en los ojos. Estalló cuando Óscar lo abrazó y le susurró que no podía continuar con esa actitud que no solo le hacía daño a él. Siempre conseguía hacerle llorar. Óscar era un gran desatascador.

Vio a Pilar subir por la colina. Las lágrimas convertían la figura de su madre en un borrón de andares cansados y tristes. El amor que sentía por ella le iba a reventar el pecho.

Pilar, sin mediar palabra, le acarició la cabeza y se sentó a su lado. Tomó su mano izquierda, mirando el mar. Adrián observó su perfil. Un mechón de pelo, aventado por la brisa, bailaba sobre su frente. Pilar rompió el silencio.

—Qué bien se está aquí —dijo, con el tono claro y sosegado de alguien que solo consiguiera cierta serenidad donde se encontraba en ese momento.

—Sí.

—¿No vas a trabajar hoy?

—Sigo de vacaciones —no consideró necesario decirle que hacía semanas que nadie aparecía por el local.

Pilar se giró para mirarlo.

—Adrián, quiero que vuelvas a casa. No te veo bien. Quiero cuidarte.

—¿Tu hijo y yo juntos, bajo el mismo techo? No, gracias.

—¿Y qué vas a hacer?

—De momento, seguir de vacaciones.

Pilar volvió a mirar la inmensidad que se abría ante ellos.

—No sé qué es lo que quiere tu hermano de nosotros.

—¿No estabas contenta de tenerlo en casa?

—Claro que sí. Aunque os pelearais el otro día, me puedes creer si te digo que está más calmado. Tal vez la cárcel le ha hecho madurar algo más. Pero aun así…

—Aun así ¿qué?

—Solo sale de su habitación para comer o ir al baño. También sale a pasear por las noches, claro. No se puede decir que tengamos un trato muy fluido, aunque estoy segura de que mejorará.

—Veo que os lleváis muy bien —observó, sarcástico.

—A lo mejor si me dejara hablar con él podríamos llevarnos mejor. —Pilar había captado la ironía, pero decidió obviarla.

—Mama, parece mentira que no conozcas a tu hijo. Después de salir de la cárcel, las pocas veces que os he visto juntos, no te trata lo que se dice con demasiado respeto.

—Es muy orgulloso. Pero te digo yo que ha cambiado. Y si tú das tu brazo a torcer a lo mejor entre los tres podemos hacer que las cosas cambien.

—Mama, olvídate de que yo vuelva a esa casa, al menos mientras él siga ahí.

Vio una lágrima deslizarse por la mejilla de su madre. Solo una.

—Si yo pudiera hacer algo para conseguir que os llevéis bien…

—Perderías el tiempo. No puedes conseguir que dos personas se lleven bien si una de ellas no quiere, y yo no quiero. De todas formas, en lo que respecta a tu hijo, tampoco creo que él esté por la labor.

—Es que no te veo bien, Adrián. No te veo bien. Y tampoco puedo dejar de cuidar a tu hermano. Entonces, ¿qué hago?

Soltó la mano de su madre y se apoyó contra el respaldo del banco.

—Vaya dos hijos que te han tocado.

—No es culpa vuestra. La culpa siempre la tuvo tu padre que os crio de esa manera suya.

—No creo que lo que hizo conmigo fuera *criar* a alguien.

Pilar adoptó una mirada dura.

—No seas sarcástico conmigo.

—A veces hablas de mi padre como si lo que hizo no tuviera ninguna importancia. O no te importara.

Pilar lo abofeteó. La miró sorprendido, como un niño otra vez.

—No vuelvas a decirme eso. Sabes que no es cierto.

—Lo siento.

—A veces dices unas cosas, Adrián…

—Lo sé. Soy un bocazas. No pienso cuando hablo.

—Pues deberías hacerlo. Haces daño.

—Perdona.

Los dos volvieron a quedarse callados. En el lugar donde, una mañana, asesinaron a Goyo.

El último día que Adrián se pasó una cuchilla por el brazo, Pilar le había explicado sus planes. Habían quedado a escondidas porque Goyo le había prohibido cualquier contacto con él.

Meses atrás Adrián se había ido de casa y su padre intentó, sin conseguirlo, hacerle volver. Visto el fracaso, vetó al resto de la familia el trato con el hijo díscolo.

Días antes Pilar había pasado por casa de Óscar. Quería saber cómo estaba. Que la escuchara. No quería recibirla, y al final lo hizo a regañadientes. Fue una conversación dura. Y, viendo que no conseguía lo que pretendía, su madre llegó al extremo de llorar abrazada a sus piernas, implorando su perdón. En ningún momento le pidió que volviera a casa. Acabó echándola a la calle.

Óscar tuvo mucho que ver en su reconciliación. Aunque al principio él mismo lo instó a que cortara cualquier vínculo con su familia, después de la

visita de Pilar, consideró que todo el mundo tenía derecho a ser escuchado y se encargó de ablandarlo y de convencerlo para que le diera una nueva oportunidad.

Por fin, accedió a quedar con ella en el mirador.

—*Voy a matar a tu padre*.

Adrián miró el acantilado. Siempre que visitaba ese lugar lanzaba fugaces vistazos a los arbustos que circundaban el borde del barranco. Veía a Goyo perdiendo pie en ellos. Cuando su madre le dijo lo que pensaba hacer estaban sentados en ese mismo banco de piedra.

—Voy a decirle a tu padre que quieres hacer las paces con él. Pero que necesitas hablar en otro sitio que no sea en nuestra casa o en la tuya. Lo traeré aquí.

Él trató con todas sus fuerzas de hacerle desistir de sus pretensiones. Quitarle de la cabeza esa loca idea. Algo podría salir mal. Intentó hacerle ver que podría resultar peligroso, que las tornas podían cambiar y podría ser Goyo el que acabara matándola a ella.

—Hijo, ¿crees que lo que yo hago es vivir? —le preguntó Pilar, sin esperar su respuesta.

Le dijo que lo haría el martes siguiente a primera hora para evitar posibles testigos y se despidieron.

Después Adrián se fue directo a casa de Óscar, desesperado, con la idea de encerrarse en el baño y cortarse con la cuchilla por última vez, aunque todavía no era consciente de ello.

La semana previa fue presa de la ansiedad, convencido como estaba de que su madre no tenía madera de asesina. No le dijo nada a Óscar de los planes de Pilar, pero acostumbrado como estaba a sus crisis de ansiedad, él notó la virulencia de su estado anímico durante esos días. *Pobre Óscar, lo que llegó a aguantar*.

El martes se decidió a esperar a sus padres al borde del acantilado. Vio a Pilar y a Goyo subir la loma cogidos del brazo, como un matrimonio bien avenido. Cuando Pilar vio que su hijo los esperaba, de pie, al filo del abismo, palideció. Madre e hijo se hablaron con los ojos. *Vete de aquí*, le dijo Pilar. *Lo haremos juntos*, le respondió Adrián. Por un momento Adrián pensó que su madre iba a cambiar de opinión, que obligaría a Goyo a dar media vuelta y volverían al pueblo. Fue Goyo el que obligó a Pilar a seguir adelante, asida del brazo como la tenía y sin quitar la vista de encima al hijo que esperaba al

borde de lo que acabaría siendo su tumba. Pilar caminaba un paso por detrás de él, como si se sintiera tentada a revocar la pena máxima del esposo, renuencia que provocó las protestas de Goyo, que soltó lastre y se dirigió adonde estaba Adrián, ansioso por recuperar lo que consideraba su propiedad más preciada.

—Me alegra verte —le dijo sonriendo y adoptando un tono que parecía sincero.

A Adrián le costó hablar. Siempre le costaba hablar cuando tenía a su padre delante.

—Y a mí —le respondió en un susurro.

—Vuelve a casa, hijo —le pidió, tras permanecer unos segundos en silencio pensando lo que le quería decir. No hacía falta que hubiera invertido tanto tiempo.

Como era habitual en él, lo que escapó de sus labios fue una exigencia. Intentó abrazarlo. Adrián dio un paso atrás. Estuvo a punto de olvidar dónde se encontraba y uno de sus talones rozó el borde del acantilado.

—Hijo, lo siento. No sé lo que me ocurrió. Sé que te he hecho mucho daño.

Mientras hablaba, Pilar se colocó entre el padre y el hijo.

—Tu madre tiene el corazón destrozado desde que te fuiste. No querrás hacerla una desgraciada, ¿verdad?

Adrián sintió ganas de vomitar. No supo qué decir. Mientras tanto, Goyo esperaba alguna respuesta con la expectación reflejada en los ojos. Con esfuerzo, logró escupir su amargura.

—¿Cómo tienes el cuajo de pedirme que vuelva a casa después de lo que has hecho conmigo? ¿Crees que haciéndome responsable de la pena de mi madre lo vas a conseguir?

Goyo hundió la cabeza entre los hombros, avergonzado.

—¿Qué puedo hacer, hijo, para que me perdones?

—Me va a costar mucho darte la solución, padre.

—Te quiero, Adrián. De verdad que te quiero. Sé que te he destrozado la vida, que no merezco ni que me mires a la cara. Me miro en el espejo y me doy asco. No te pido que me perdones, pero sí que me des una oportunidad para demostrarte lo arrepentido que estoy.

—Palabras. De tu boca solo salen palabras. Quiero hechos. Quiero evidencias.

—Estoy enfermo, hijo. Muy enfermo. Lo que hago contigo, con todos vosotros —reconoció Goyo, mirando a Pilar—, es lo que toda la vida hizo mi padre conmigo. No es excusa suficiente, lo sé, pero no he conocido otra cosa. Cuando te fuiste de casa, enloquecí, Adrián. Te fui a buscar y no sirvió de nada. Aprendí la lección. Y, después de eso, no sabes cómo te he echado de menos.

Goyo se acercó a Pilar.

—Cariño, te tengo que dar las gracias. Sabes lo que me ha costado tragarme el orgullo y venir aquí. Y ahora estoy contento. Gracias por traerme hasta mi hijo y darme la oportunidad de pedirle perdón. Sé que no he hecho nada para merecerlo.

Me has demostrado algo que ya sabía: lo generosa que eres. Tengo un grave problema, lo sé. Tal vez haya llegado el momento de pedir ayuda a alguien, intentar cambiar de una vez. Y con el tiempo, quizá, pueda compensar de alguna manera todo el mal que os he hecho. Perdonadme los dos, por favor. Por favor os lo pido.

A Pilar le temblaron las piernas al oír esas palabras, surgidas de los morosos labios de su marido. Fue la primera y última vez que Goyo le dio las gracias por algo.

—¿De verdad estás arrepentido de lo que hiciste? —preguntó Adrián.

—Mucho, hijo. No sé qué tenía en la cabeza. Pero ya estoy bien. Estoy muy bien.

Y tu madre y yo queremos que vuelvas a casa.

En ese momento quiso creerlo. Volver a casa. Empezar de cero. Ser una familia normal. Incluso creyó ver una lágrima deslizarse por las pestañas de su padre.

Entonces, Goyo lo abrazó y él le dejó que lo hiciera. Con el cuerpo rígido. Después, se derrumbó. Lloró, y sintió que su padre lloraba con él.

—Nunca más tendrás que dejarnos, hijo. Te lo prometo. Lo siento, lo siento mucho.

Pilar abrazó al hijo y al marido. Y así se quedaron los tres. Uno de los pocos momentos que la memoria de Adrián conservaba donde casi llegó a creer que otra vida era posible. Esa misma esperanza creyó ver reflejada en los ojos de su madre.

—¿Qué me dices, hijo? ¿Podrás perdonarme? —preguntó Goyo.

Adrián asintió, reticente. El nudo que tenía en la garganta no le dejaba hablar.

Goyo sonrió, alzando la vista al cielo y cerrando los ojos.

—Vámonos a casa —dijo, por fin, conminando al hijo a pasar delante de él.

Pero cometió un error.

Le propinó a Adrián un cachete en las nalgas.

Adrián nunca olvidaría la cara de su madre al contemplar ese gesto.

Lo trata como a su fulana, pensó Pilar.

El gesto de Goyo rompió aquel encanto artificial. Horrorizada, Pilar se dio cuenta de que había estado a punto de dejarse engatusar por una artimaña

chocarrera que le había hecho olvidar lo que había venido a hacer. Gritando, se lanzó contra su marido, arrastrándolo hacia el borde del abismo. Goyo, con los talones, frenó en seco el envite de su mujer que le gritaba a Adrián que la ayudara. ¡*Ayúdame ayúdame*!, le pedía a su hijo. Adrián observaba la escena, paralizado. Goyo se puso de costado, pasando un brazo por detrás de los hombros de su mujer, agarrándola por la nuca, hundiendo su cuello hacia el suelo. Pilar sintió un latigazo en las cervicales. La tenía sujeta con un brazo mientras con el otro se ayudaba a mantener el equilibrio, precario debido a las sacudidas de Pilar. Con la mano que mantenía asida a su nuca, comenzó a arrastrarla hacia el acantilado. En ese momento, recibió un golpe en la frente. Y otro, y otro, y otro. Adrián golpeaba a su padre con una piedra una y otra vez. Pero no sucumbía. Los golpes no parecían afectarle y no soltaba a Pilar. Con la otra mano, agarró al hijo por el cuello. Adrián sintió esa zarpa, convertida en una prensa. Perdía el aire, se sentía enloquecer. Goyo recibió un nuevo golpe en la cara. Adrián notó cómo perdía fuerza. Tenía ante él su cara ensangrentada. Había algo raro en ella. Solo le veía los ojos y la boca. Mientras su padre soltaba a Pilar y trastabillaba hacia el acantilado, pudo observar en qué consistía la anomalía gracias a la lentitud con la que se desarrollaba la escena. No tenía nariz. La última pedrada le había hundido el tabique, rompiéndoselo en pedazos. Un hueso atravesaba el cartílago donde una vez había estado el puente de la nariz. Vio a su padre pisotear los arbustos que circundaban el acantilado y a Pilar lanzarse contra él, gritando para darse fuerzas. El vacío se tragó a Goyo, que cayó a las rocas para ser engullido por el mar.

Madre e hijo se miraron en silencio. Respiraban como si no encontraran el oxígeno para hacerlo. Después Adrián cayó de rodillas y se puso a gritar al abismo, herido de revancha, ¡*cabrón, cabrón, cabrón*!

Ese mismo sitio lo ocupaba ahora una valla de seguridad. Adrián miró a su madre, sumergida a su vez en recuerdos que, sospechaba, serían muy parecidos a los suyos.

Le tomó una mano y apoyó la cabeza sobre su hombro. Los dos en silencio. Mirando el mar.

LUCAS NO NECESITA LIBROS

Lucas caminaba como un sonámbulo. Los vecinos lo saludaban al cruzarse con él.

Los miraba con sus ojos opacos —aunque nadie podría asegurar que viera nada— y se limitaba a sonreír. A pesar de sus andares, en apariencia erráticos, un buen observador se habría dado cuenta de que tenían algo que desmentía esa condición.

Existía cierto determinismo en sus cortas zancadas.

En la Plaza Mayor, un grupo de niños olvidaron el balón y le rodearon. *Lucas Lucas, ¿dónde has estado hoy en tus sueños?* Se abrió paso entre ellos acariciando algunas cabezas. Pasó por delante del entelado que serviría de punto de reunión durante las fiestas y por debajo de los carteles que colgaban de las farolas, que anunciaban su inminencia. En su camino encontró a Jaime, el cartero. *Tu mujer acaba de romper aguas y está sola*, le dijo, esgrimiendo su sonrisa boba. Jaime corrigió el rumbo de su bicicleta y voló en dirección a su casa, esquivando a las mujeres que se dirigían al mercado y que no juzgaron con severidad su imprudencia.

Lucas le había dicho algo, por lo tanto, su reacción estaría justificada.

Siguió caminando hasta llegar a la calle de la librería, se dirigió al local y, bajo la mirada curiosa de los que se encontraban cerca, desapareció tras la puerta.

Ismael estaba deprimido. El episodio de los huevos había acabado en un instante con el buen humor con el que había despertado. Toda la mañana estuvo esperando clientes. No apareció nadie. Intentaba leer para pasar el rato, pero no entendía ni una línea. La música que tenía de fondo le resultaba ininteligible. No distinguía lo que escupían los altavoces.

Sospechaba que tenía ante él la bancarrota. Ese parón tan brusco… Se cuestionó que el freno en las ventas se debiera a *causas naturales*. Tenía que existir alguna otra razón. Empezaba a plantearse la posibilidad de hacer las maletas. Ya lo había hecho antes. Pero imaginar lo que comportaba lo dejaba agotado. Se sentía viejo para empezar de nuevo en otro sitio. Para según qué, ser joven era una ventaja. Su edad no era la misma que la que tenía cuando

decidió embarcarse en su actual negocio. Y si decidía irse, ¿le diría a Leire que se fuera con él? Ni siquiera sabía si estaba dispuesto a pedírselo. En todo caso, si no lograba revertir la situación, el futuro en la isla se le presentaba negro.

Oyó la puerta. Un cliente había entrado. Cuando vio a Lucas de pie en la entrada, sus ánimos volvieron a decaer. No era el tipo de cliente que hubiera esperado ese día.

Dejó boca abajo, sobre el mostrador, el libro que estaba leyendo.

—Hola, Lucas. ¿Te puedo ayudar en algo?

Lucas lo miraba en silencio. Actitud que acabó por exasperarlo. No se sentía con ánimos de interpretar escenas perturbadoras con el vecino pintoresco del pueblo.

—¿Quieres algún libro? —preguntó, sin esperanza alguna. Lucas seguía parado frente a él sin abrir la boca.

—Mira, Lucas, si no te importa, estoy un poco liado esta mañana —la excusa casi le hizo reír—. Si no deseas comprar un libro, no entiendo qué haces aquí.

—Te veo cada noche.

Ismael, descolocado como siempre cuando Lucas decidía dirigirle la palabra, no supo qué decirle. Pero recordó su última parálisis cuando *¿soñó?* con él, a su lado en la cama.

—Ya… —fue lo único que se le ocurrió—. Lucas, si me disculpas, tengo trabajo.

—Por la noche tu cuerpo no te hace caso. Te quieres mover y no puedes.

Se lo quedó mirando con la boca abierta, preguntándose cómo aquel hombre, con aspecto de vivir en un mundo que no estaba en este, podía saber eso.

—Yo lo sé. Te he visto. Y tú también me has visto a mí.

Joder —pensó—, *ahora sucesos paranormales. ¿Cuándo se acabará esta locura?*

Por el contrario, preguntó:

—¿Cómo sabes eso?

—Tú quieres ver. Como yo quise ver antes.

Se le ocurrió una idea inquietante. ¿Había soñado con Lucas o lo había visto, en realidad?

—¿Es que has estado en mi casa? —quiso saber, molesto, saliendo del mostrador, convencido de que si lo expulsaba de su negocio no sería una acción que ayudara a aumentar su popularidad. Era una celebridad local intocable.

Lucas se mantuvo impertérrito. Pese a la rudeza de Ismael, no se movió un ápice de la baldosa donde permanecía anclado.

—Contéstame, Lucas, ¿has entrado en mi casa? —preguntó, a pocos centímetros de su rostro.

—Siempre estoy contigo. Y tú conmigo.

Ismael lo miró, derrotado. Su enfado no era razonable. De sobras sabía que no había entrado en su casa. Lo había visto en sueños. Esa era la única verdad. ¿Por qué no iba a ser posible que Lucas lo viera a él en los suyos? No tenía tendencia a creer en esas cosas, pero las continuas parálisis, las alucinaciones auditivas e incluso las visuales, ¿no podían tener algún tipo de significado fuera de las leyes naturales conocidas? Se acercó con precaución al anciano. Sus ojos parecían mirar algún punto a través de él. Pasó una mano ante sus ojos. Lucas siguió mirando el pozo profundo al que estuviera asomado, sin pestañear siquiera.

—Ten cuidado, Ismael. Te he visto en la nada, flotando. Debes irte de aquí.

—¿Cómo…?

Los ojos de Lucas regresaron del infinito y lo miró como si reparara en él por primera vez. Ismael dio un paso atrás.

—Debes irte. Te he visto. Te he visto flotando. Si te quedas en la isla, vendré a buscarte.

Sonrió, dio media vuelta y salió a la calle.

Volvió al mostrador. Reparó en el libro, abierto boca abajo, y de un manotazo lo lanzó al suelo. Solo faltaba el vidente del pueblo haciendo predicciones crípticas.

Ya estaban todos… Asqueado, se giró hacia la puerta al detectar movimiento. A través de sus cristales vio a tres personas. Apenas hablaban entre sí. Solo estaban ahí. De pie frente a la librería. Mirando. Caminó hasta la puerta. Cuando vieron sus intenciones, se incorporaron al trasiego callejero. Reconoció a Carlos, Luís y Andrea. Tres vecinos que hacía menos de un mes nunca le habían dado miedo.

¿ES QUE HAN LLOVIDO SEMILLAS DEL ESPACIO?

Ismael, en el bar, comía solo en una de las mesas de la terraza. No era la primera vez. Le gustaba comer a solas ante un libro abierto. La temperatura, ese final de agosto, no era agobiante y aquel mediodía era perfecta. En otras circunstancias habría disfrutado de ese momento con placer.

La fría cordialidad de los últimos días se había transformado en una clara hostilidad, hasta el punto de convencerse de que había perdido la simpatía del camarero y de los dueños del bar. Los clientes acodados en la barra no mostraron indicio alguno de detectar su presencia cuando entró a pedir la carta y solo cuando él saludó fue correspondido con aparente desgana. Disimuló todo lo que pudo su consternación y salió a la terraza.

Mientras esperaba a que el camarero le tomara nota, sin cerrar el libro, estudió el ambiente de la calle por encima de sus páginas. La mayoría de los vecinos evitaban cruzar su mirada con él. Se imaginó protagonizando una película de invasiones extraterrestres donde se duplicaba a la gente. Se sentía una rareza en un mundo dominado por la falta de empatía.

Dimas salió para tomarle nota.

—Y, por favor, no le echéis veneno a la comida —se permitió bromear, cuando acabó de pedir, y aunque no era el mejor de los chistes, le pareció que el camarero solo consiguió dibujar una mueca de desprecio cuando intentó forzar una sonrisa.

Veía a la gente caminar de un lado a otro. Los imaginó, conscientes de que estaba ahí mismo, sentado en una silla de plástico ante una mesa de aluminio, pensando que no era de los suyos. Un cuerpo extraño en un organismo, que debía ser extirpado.

Una vez más se preguntó quién había sido el responsable del lanzamiento de huevos contra su persiana. *Te vas a volver loco, Ismael*, concluyó. Retomó la lectura, intentando evadirse. No lo consiguió.

Apartó los ojos del libro al escuchar el saludo que alguien le dirigió a Pedro.

Caminaba por la acera de enfrente, en dirección al ayuntamiento. El

alcalde reparó en su presencia y levantó un brazo para saludarlo; en contra de su costumbre, no se paró para hablar con él. Lo siguió con la mirada hasta que llegó a la esquina. En ese momento Leire doblaba la calle y estuvieron a punto de chocar. Se pararon a hablar. La actitud de ambos le resultó extraña. No se podía decir, ni mucho menos, que fuera una charla espontánea. Por el contrario, los gestos, la posición de los cuerpos y la expresión de Leire indicaban cierta gravedad. No podía ver el rostro de Pedro porque estaba de espaldas, pero quedaba claro que llevaba todo el peso de la conversación. Se preguntó si los había visto hablar alguna vez con esa reservada familiaridad. Decidió que, por lo menos delante de él, jamás habían guardado tal grado de intimidad. La escena le hizo sentir incómodo. Se conocían de toda la vida, desde luego, y tenían una edad similar, pero nunca le dio la impresión de que fueran grandes amigos. Ni tan siquiera amigos a secas.

Dimas le trajo la bebida y le lanzó el plato sobre la mesa con tal virulencia que lo sobresaltó. *Disculpa, se me ha escapado*, se excusó, sin atisbo alguno de arrepentimiento real, en su opinión. No tuvo tiempo de decirle que no tenía importancia ni de darle las gracias. Cuando lo intentó, el camarero ya había vuelto al interior del local. Mientras tanto, la conversación entre Pedro y Leire continuaba. Ella desvió su atención hacia Ismael. Sintiéndose descubierto, simuló interés por lo que contenía el plato que le acababan de servir. Pinchó un macarrón y mientras lo masticaba sin apetito volvió a mirarlos. Leire ya no lo miraba y le decía algo a Pedro.

Después, el alcalde se inclinó para darle un beso en la mejilla y se despidieron.

Leire cruzó la calle en dirección al bar.

—¿Me puedo sentar caballero? —bromeó.

Sin dejar de masticar, Ismael se encogió de hombros y la invitó a sentarse indicándole una de las sillas libres con un gesto de cabeza. Los macarrones estaban resecos y le estaban haciendo una bola en la garganta imposible de tragar.

—¡Qué buena pinta tiene eso! —exclamó.

Ismael examinó los macarrones bañados en una salsa reseca y cuarteada. El aspecto de la comida era horrible. La exclamación de Leire le resultó tan forzada y falsa como el tono empleado al hacerla.

Tras un instante de incómodo silencio, Leire decidió reseñar la noticia del día.

—Ya me he enterado del incidente de los huevos.

Ismael asintió, sin dejar de masticar.

—Veo que no tienes ganas de hablar.

Por supuesto que tengo ganas de hablar. Y de cagarme en lo más sagrado. Pero tengo que seguir masticando para no soltar todo lo que pienso porque si empiezo no voy a poder parar, pensó.

—Ya sabes cómo son los niños —concluyó Leire, mirando hacia la librería, como si hablara con ella.

—¿Crees que es cosa de niños?

—¿Qué otra cosa puede ser?

Ismael se recostó contra el respaldo de la silla, dando por finalizado el plato. Un buen montón de macarrones quedaron incrustados en la salsa reseca como cadáveres de una matanza sembrados entre sangre coagulada.

—Yo no sé nada. A lo mejor tú me lo podrías explicar.

—¿Crees que yo sé algo de todo eso? ¿Acaso insinúas que he sido yo?

—Yo no estoy diciendo eso.

—Entonces, ¿por qué crees que debería saber algo?

Dimas apareció de improviso, lo que provocó otro respingo de Ismael sobre la silla.

—¿Me lo llevo? —preguntó con abandono, tomando el plato a medio consumir sin esperar confirmación—. Hola, Leire.

—Hola —sonrió Leire.

Cuando el camarero desapareció, Ismael se inclinó hacia ella.

—¿Has visto?

Leire mostró en su rostro la extrañeza que le provocó la pregunta.

—¿Si he visto qué?

—¿Has visto cómo me habla a mí y cómo te habla a ti?

—Ismael, no sé a qué te refieres y me estás empezando a asustar.

—Me trata como a un extraño. ¡Coño, si cuando me ha traído la mierda de los macarrones me ha tirado el plato contra la mesa!

—Ismael…

—Observa cuando vuelva con el segundo plato.

Dimas volvió con otro plato y lo colocó ante Ismael sin atisbo de brusquedad.

—¿Cómo se supone que tenía que servir ese plato? —preguntó Leire cuando se retiró.

—El cabrón lo ha servido bien porque estás sentada conmigo.

Ella lo miró con el ceño fruncido y una mirada de preocupación.

—Pero ¿qué te ha hecho el chaval? ¿Crees que ha sido él el que ha lanzado los huevos contra la persiana?

—Desde luego, en la cocina, munición no le falta…

—Por favor, Ismael…

—Bueno, pues alguien habrá sido, ¿no?

—¡Ha sido una chiquillada! ¿Es que te has peleado alguna vez con él? ¿Habéis tenido algún malentendido?

—No, pero…

—Pero nada. A ver si ahora me vas a salir un paranoico…

—Hace tres días que nadie pasa por la librería. No gano ni un céntimo.

—Siempre hay días malos.

—Nunca he tenido tres seguidos sin una puta venta.

—Bueno, pues ya sabes cómo es.

—La gente no actúa igual que antes, Leire. Lo noto. No me saludan *igual* ni me tratan como *antes*.

—Ismael, la gente tiene problemas, incluso en esta isla, aunque te cueste tanto imaginarlo. La has idealizado de tal modo que no eres capaz de asumir que la gente pueda tener días malos.

—¡Estoy harto de que todos me tratéis como a un idealista cegado por un… puto concepto de mierda! —gritó Ismael, sintiendo que el torrente de ira que intentaba contener ya había resquebrajado el dique.

—No grites, por favor…

Ismael bajó la voz.

—La gente no actúa igual. Lo noto. Y cada día hay más señales. He intentado convencerme de lo contrario, pero lo de los huevos ha sido definitivo. ¿Y qué pasa con tu amigo?

Leire se irguió sobre la silla, a la defensiva.

—¿De qué amigo hablas?

—Del señor alcalde. ¿Desde cuándo sois tan amigos?

—¿A qué viene esto, Ismael?

—Parecía que te estaba diciendo algo muy importante. Nunca os he visto hablar tanto rato.

Leire suspiró mostrando la lástima que le inspiraban sus reproches.

—¡Hola! —tarareó— Te recuerdo que dentro de unos días son las fiestas del pueblo y que formo parte del comité.

Ismael enmudeció. Se recostó de nuevo contra el asiento mientras Leire se levantaba de la silla dispuesta a marcharse.

—Ismael, siento mucho lo que ha pasado con los huevos, siento mucho que no vendas ningún libro y siento mucho, *muchísimo*, que tu querida isla no sea perfecta. Pero jamás vuelvas a dudar de mí ni a hablarme como lo has hecho hoy. Porque entonces seré yo la que nunca más vuelva a saludarte cuando se cruce contigo.

La observó atravesar la calle y desaparecer tras una esquina.

Dimas volvió a materializarse de súbito por su costado.

—¿Quieres pan para la salsa?

—¿Cómo? —preguntó Ismael con la cara de quien acaba de recibir un sartenazo.

—Que si quieres pan. Para mojar en la salsa. Del conejo.

Asintió. El camarero entró en el bar. Todavía seguía aturdido cuando reapareció para lanzarle la cesta del pan sobre la mesa, con tanta energía que chocó con los cubiertos, tirándolos al suelo.

EL BOSQUE

Decidió cerrar la librería por la tarde. Necesitaba airearse. Le apetecía dar un buen paseo por el campo con la perra, el tiempo suficiente que sus patas dieran de sí.

Después llamaría a Thierry para comprobar si la invitación del día anterior seguía en pie y atestiguar el nacimiento de su nuevo proyecto musical.

Se había equivocado con Leire. Su marcha, enfadada, le hizo plantearse una vez más la posibilidad de que todo estuviera en su cabeza; que la ausencia de clientes se debiera a un brusco ataque de prudencia económica por su parte o que el lanzamiento de huevos se tratara de la chiquillada propia de unos críos aburridos en las postrimerías de un verano que ya duraba demasiado. Pero cada vez que pisaba la calle sentía que el ambiente a su paso se congelaba. No podía quitarse de encima esa sensación. De camino a las afueras, las gélidas miradas y los parcos saludos que recibió reforzaron su impresión de los últimos días. Algo ocurría, era evidente Al llegar a la salida del pueblo encontró a Lucas sentado en una banqueta junto a la puerta de su casa. Con la mirada perdida y su sonrisa perenne, Ismael no pudo evitar compararlo con Zacarías, el personaje de Delibes. Lo saludó. Lucas correspondió con un movimiento de cabeza mientras Ismael tomaba el camino hacia el bosque.

Precedido por la perra, caminó bajo las ramas de árboles que poco a poco se fueron espesando. Cuando perdió de vista el pueblo, tomó un camino ascendente que el animal había elegido. Las hojas secas crujían al pisarlas y durante buena parte del camino se concentró en su sonido. Las densas copas de los árboles apenas dejaban penetrar los rayos del sol. A esa hora, la luz empezaba a ser tenue, el primer aviso de la llegada del otoño junto al tono ocre que empezaba a adquirir el follaje.

La perra caminaba con pesadez, deteniéndose a menudo para olisquear la frondosa vegetación y arañar el suelo cuando detectaba algún rastro oculto, sepultado bajo la tierra húmeda o entre las hojas muertas.

Caminaron un largo trecho hasta encontrar un cartel que anunciaba un coto privado. Decidió bordearlo, pero un muro de matorrales que ni siquiera la perra podía atravesar cortó abruptamente el camino. Comprobó en el reloj que

ya había pasado más de una hora desde que entraran en el bosque. Era el momento de regresar a casa. A su derecha encontró un difuminado camino descendente. Reanudó la marcha. Ziggy resopló y lo siguió.

Llegaron a un claro donde dieron con una pequeña caseta abandonada y un montón de troncos apilados. Ismael calibró el estado de la perra. Respiraba con dificultad. Decidió sentarse sobre los troncos para darle tiempo a recuperarse.

Sobre su cabeza oyó un crujido. Una gran rama cayó de un árbol. La perra se levantó, alerta. Le palmeó el lomo para calmarla. La sordera le hacía dudar de la procedencia de lo que escuchaba. Movía la cabeza de forma errática en todas direcciones. Lo único que le quedaba era el olfato, aunque no creía que lo tuviera como el primer día. Acarició su testa, tratando de atenuar su temor, dedicándole suaves palabras. Pasados unos minutos, Ziggy volvió a tumbarse a sus pies.

La caseta se encontraba en un estado ruinoso. La parte trasera se había derrumbado. Observó el frontal, que aguantaba en pie. La puerta, de madera astillada, tenía una cadena con un candado en la maneta. Sonrió ante lo absurdo de la medida. Después contempló la posibilidad de que tal vez el derrumbe —que exponía el interior a la vista de cualquiera— pudiera ser reciente.

Le entraron ganas de fumar. Recordó, frustrado, que había olvidado el tabaco en casa. Rememoró con nostalgia la imagen del paquete, abandonado sobre la encimera de la cocina.

Le pareció oír el motor de un coche. No estaba lejos. Poco a poco, su intensidad fue en aumento. Sintió una repentina punzada de inquietud. Miró a su derecha y vio un camino lo bastante ancho como para permitir la circulación de un vehículo.

Acababa en el claro, frente a la caseta. Un cosquilleo en la columna le forzó a levantarse. Algo le decía que el vehículo terminaría su recorrido donde se encontraba. El sonido aumentó. Se acercaba. En pocos segundos lo tendría encima.

Lo asaltó una brusca y absurda necesidad de esfumarse de ahí. Con urgencia, sujetó a la perra con el pistón de la correa, ajustándolo en el aro del collar y se levantó, volviendo por donde había venido. La perra, sorprendida por las prisas, casi no tuvo tiempo de levantarse y la correa se tensó, lanzando a Ismael hacia atrás.

—Vamos, Ziggy, levántate —la azuzó, pendiente de la intensidad del sonido, que seguía aumentando.

Asqueada, Ziggy se irguió con la poca agilidad que le permitía la artrosis. La ayudó a levantarse, empujando su trasero con una mano. Una vez en pie, corrieron hacia el camino que los había conducido al claro. Ascendieron por un pequeño terraplén cubierto por arbustos hasta alcanzar una distancia

suficiente entre los árboles para que su presencia no fuera detectada. Meditó tomar el camino de vuelta, pero la curiosidad lo obligó a comprobar quién se acercaba a esa caseta ruinosa en medio del bosque. Obligó a la perra a que se tumbara en el suelo echándose, a su vez, junto a ella. Desde donde estaban, ocultos en la maleza y rodeados de árboles, era imposible que los descubrieran y podía ver con claridad la caseta derruida. Un coche accedió al claro, circulando con prudencia. Su temor fue superado por la sorpresa. Sabía a quién pertenecía el Citroën Xsara gris que se había materializado entre los árboles.

El coche paró. Por un momento el motor continuó en marcha. El conductor paseó la mirada por el claro. Por fin, detuvo el motor y tras unos segundos salió del coche.

Thierry caminó hasta rodear la caseta, después se apoyó sobre el capó y sacó del paquete de tabaco su habitual porro de marihuana. La perra detectó el conocido aroma y trató de levantarse. Ismael la trabó con el brazo. Le acarició la cabeza intentando tranquilizarla. Ella le devolvió el maquinal afecto lamiéndole la mejilla.

¿Qué coño hace aquí?, se preguntó. Era el último detalle para acabar de redondear aquella semana tan rara. Se sintió culpable por estar espiando a su amigo. *Pero tienes que saber qué es lo que ha venido a hacer aquí. Tienes que quedarte*, se dijo.

Siguió tumbado junto a la perra durante unos minutos que se le hicieron eternos. No sabía cuánto rato llevaba escondido cuando escuchó con claridad el rugido de una moto que, segundos después, apareció en el claro y se detuvo junto al Citroën. Cuando se quitó el casco, la encarnada pelambrera delató al motorista.

Thierry se acercó al *Rojo* y los dos se estrecharon las manos. Desde donde se encontraba no podía escuchar lo que se decían. *El Rojo* hablaba y Thierry negaba con la cabeza. Igual que discutían, parecían llegar a acuerdos. *¿De qué coño tendrán que hablar esos dos*?, se preguntó.

Entonces ocurrió lo que había temido. Tumbada a su lado, la perra siguió aspirando los olores que ascendían a su hocico y algo, una astilla tal vez o una hoja reseca, se le introdujo por la nariz, provocando un perfecto remedo de estornudo humano. Los dos hombres se volvieron hacia el bosque. Desde donde se encontraba era imposible que lo descubrieran, pero si se les ocurría investigar acabarían dando con él. Con la dificultad que suponía sostener los veinte kilos de la perra en los brazos, se incorporó y en cuclillas comenzó la retirada. Se detuvo unos metros más atrás para descansar las rodillas. Vio a Thierry y al *Rojo* intercambiar impresiones y a este último adelantarse para indagar. Se puso de nuevo en marcha y cuando estuvo a una prudente distancia dejó a Ziggy en el suelo y, tirando de ella, corrió todo lo que pudo. Dudaba de que *el Rojo* lo viera huir hacia el camino que conducía al pueblo.

Lo único que tenía claro es que por la noche iría a casa de Thierry y que no saldría de allí hasta conocer el motivo de esa cita.

UN MOMENTO DE CALMA

Una vez en casa esperó un par de horas para telefonear a Thierry. Marcó su número y, llegado al sexto tono, ya estaba a punto de colgar cuando su voz apresurada resonó al otro lado de la línea. Le dijo que lo había pillado en el lavabo. Ismael le preguntó si podía pasar por su casa.

—Jorge debe de estar al caer. Trae unas cervezas, casi no me quedan —sugirió.

A las nueve pasó por el colmado para comprar unas latas. Entró receloso en la tienda. Amaya lo trató con la misma cordialidad de siempre. Se sintió un poco más animado, lo que no era decir mucho. En todo momento tuvo presente la conversación pendiente con Thierry.

Al llegar a su casa, empujó la puerta de la calle, cuya cerradura estaba rota a perpetuidad y subió la escalera del pequeño edificio de tres plantas. Cuando llegó al ático, inhaló y exhaló y apretó el timbre. Thierry abrió la puerta y le hizo entrar.

Chocaron los puños a modo de saludo. De alguna manera, se sintió amenazado por ese puño. Nunca antes le había pasado. Estaba convencido de que, si las cosas se torcieran entre ellos, un solo roce de esa manaza sería suficiente para tumbarlo.

Thierry lo miró con extrañeza.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

Después lo condujo al pequeño salón contiguo a la entrada, empujándolo con suavidad por los hombros. Se vio obligado a seguir la dirección que le indicaba.

Echó un último vistazo a la puerta, consciente de que se alejaba de ella.

Thierry quiso tomar la bolsa que contenía las cervezas, pero Ismael la sostenía con firmeza. Ismael se preguntó por qué lo miraba con tanta atención. Dándose cuenta del motivo, soltó la bolsa.

—¿Seguro que estás bien? —volvió a preguntarle. Después entró en la cocina para guardar las cervezas en la nevera.

—Hoy no tengo un buen día —expuso a la puerta de la cocina. Oía las

evoluciones de Thierry trasegando en su interior. Tradujo los sonidos: *Ahora saca las cervezas de la bolsa. Ahora abre la nevera. Ahora guarda las cervezas*. Oyó cómo abría un cajón. Escuchó un estrépito de cubertería. *En el cajón de los cubiertos están los cuchillos*, concluyó. Desde el salón podía ver la imponente sombra de su amigo reflejada en la pared de la cocina. Un instante después salió con una cerveza en una mano y un abridor en la otra. *El abridor lo tenía en el cajón de los cubiertos*, pensó aliviado. El cristal de la botella lucía escarchado, provocativo. Una cerveza bien fría. Algo que Ismael agradeció. Tragó saliva. El miedo le había secado la garganta.

—Ya veo que no tienes un buen día. Me he enterado de lo que ha pasado en la librería.

Ismael asintió con un movimiento de cabeza, le dio un generoso trago a la cerveza y se sentó en el viejo sillón ubicado en el centro del salón. Siempre le había gustado ese sillón. Era mullido y confortable, pero esta vez sintió que la tapicería se aferraba a su cuerpo, cerrándose en torno a él. Se separó del respaldo, agobiado. Thierry, desde el sofá, lo miró extrañado. Ismael fue consciente de la postura poco natural que adoptó, propia de alguien dispuesto a salir corriendo a la mínima ocasión.

—Por tercera vez, te lo pregunto, ¿estás bien?

Ismael impostó un tono tranquilo.

—Estoy bien. Un poco tenso por lo que ha ocurrido hoy.

—¿Tienes idea de quién ha podido ser?

—La verdad es que no. Leire cree que han sido unos chiquillos aburridos.

Thierry se encogió de hombros. A Ismael le pareció detectar una sutil muestra de desagrado en su rostro al oír el nombre de Leire. *Basta, ¿ahora también tienes miedo por ella?* Pero ¿no había visto su boca fruncida durante un fugaz segundo?

—Puede que tenga razón. Aunque yo apostaría más por un vecino molesto por los conciertos que das en el local.

Ismael rememoró con tristeza las «*veladas arty*», término pretencioso que acuñó para referirse a los conciertos que organizaba en la librería y que de tanto usar había acabado institucionalizado. Pensó con nostalgia que, tal y como estaban las cosas, esas veladas estaban condenadas a la extinción.

—He pasado esta tarde por la librería y he visto que no has abierto.

Ismael intentó vislumbrar algún indicio que le indicara que el francés sabía dónde había estado esa tarde. Su rostro resultó inescrutable.

—¿Para qué voy a abrir? No tengo ni un cliente. Me sale más a cuenta mantenerla cerrada.

—¿Y qué has hecho esta tarde? ¿Pasear con la perra?

Propinó un buen trago a la cerveza, intentando ganar tiempo para pensar.

—Sí, he estado por ahí.

—Ya. En cuanto me he enterado de lo de los huevos he ido a hablar

contigo y al ver la persiana cerrada te he llamado desde la calle. Como no salías al balcón he supuesto que estaríais paseando.

Los dos guardaron un incómodo silencio mientras daban buena cuenta de las cervezas.

—Luego he ido a la playa a buscarte, pero no te he visto.

Empezaba a sentir picores por todo el cuerpo. Se contentó con rascarse una ceja.

—Bueno, he estado en el campo. Poco rato, la perra no aguanta los paseos largos.

Thierry se reclinó en el sofá y le puso una mano en la rodilla. Ismael observó la manaza que cubría su rótula imaginando con qué facilidad su amigo podría hacerla añicos.

—No te veo bien. Si tienes algún problema, sabes que puedes contármelo, ¿verdad?

Ismael asintió con un movimiento de cabeza. El timbrazo del telefonillo casi le hizo caer del asiento.

—Debe de ser Jorge —anunció Thierry, levantándose para abrir—. El capullo todavía no se ha enterado de que la puerta de la calle está rota desde hace treinta años… Oye, estate tranquilo que te veo muy tenso —añadió.

La irrupción de Jorge en el piso, con la guitarra a la espalda, relajó a Ismael.

Volvió a interesarse por el Necronomicón, preguntándole si tenía idea de cómo conseguirlo. *Para uno que quiere un libro…*, pensó Ismael con una amargura divertida. Jorge desenfundó la guitarra y comenzó a rasgarla. Para su sorpresa, no lo hacía nada mal. Después Thierry extrajo de una carpeta unos papeles amarillentos y casi transparentes, como sábanas viejas. Eran poemas que había escrito en la cárcel. Le preguntó a Jorge si los podía musicar. Con uno de ellos sobre su rodilla, Jorge acarició las cuerdas de la guitarra, leyendo el texto. Empezó a improvisar con soltura. Mientras tanto, Ismael releía el resto de poemas. Algunos eran buenos, otros, voluntariosos. Después de quince minutos Jorge gritó entusiasmado: *¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo*! y, para sorpresa de su audiencia, cantó el poema, al que había puesto música en un tiempo récord. Thierry, emocionado, fue a la cocina en busca de más cervezas y sugirió que salieran a la terraza. Era noche cerrada pero la temperatura era agradable. Jorge reinició la canción, demostrando un talento insólito para la composición. Cuando acabó, se alegró al ver la cara risueña del francés.

Estuvieron cantando hasta bien entrada la madrugada. Cuando el vecino de abajo subió para quejarse de que no podía dormir, dejaron de hacerlo, emplazándose a continuar con el proyecto musical que había visto la luz esa noche.

Discutieron sobre antiguas civilizaciones extraterrestres. Thierry y Jorge estaban convencidos de su existencia. Aseguraban que *los hermanos del cosmos*

llegaron a la Tierra hacía millones de años, que el ser humano era resultado de sus experimentos y que le habían enseñado a construir las pirámides. Después se enzarzaron en una discusión sobre la desaparición de los mayas, jurando que fueron los inventores de los primeros ordenadores y que colapsaron por un problema análogo al futuro *efecto 2000* del que tanto se hablaba y que prometía ser tan cataclísmico para la civilización actual como lo fue para ellos. Ismael, más escéptico, pero menos ducho en la materia, acabó perdiendo el debate. Sus argumentos científicos fueron refutados con ferocidad y decidió hondear la bandera blanca.

Entre insultos y risas fue consumiéndose la noche. Solo de vez en cuando la certeza de que la velada acabaría con una seria conversación ensombrecía su ánimo.

CÓDIGO DE HONOR

Jorge guardó su guitarra, lanzó una última broma sobre extraterrestres que Thierry consideró muy graciosa pero que a Ismael le costó entender y se marchó.

—¿Quieres otra cerveza? —preguntó Thierry.

Ismael tomó conciencia del agrio sabor de boca que tenía.

—No, creo que por hoy ya vale. He tomado las suficientes como para sufrir un buen dolor de cabeza mañana.

Ismael esperaba lo inevitable recostado en el sillón, con una pierna en uno de sus brazos. El francés se tumbó en el sofá.

—Bueno, ¿empiezas tú o empiezo yo? —preguntó, realzando su marcado acento.

—Empieza tú.

Ya no había marcha atrás.

—Estabas en el bosque esta tarde, ¿no?

—¿Qué hacías con ese tío?

Thierry se incorporó. Abrió la cajita donde guardaba su kit de porrero de donde extrajo papel y una bolsita de marihuana.

—Conocí al *Rojo* en la cárcel. Oye, ¿ese ruido lo hiciste tú? Sonó a estornudo.

—Fue Ziggy; se le metió algo en la nariz.

—Oh, la Fifí. *Cette fille*… —Rio al saber quién era el dueño del estornudo que los había alertado.

Acabó de liar el cigarro y lo encendió. De las fosas de su nariz surgieron dos columnas de humo, espeso y aromático. Tosió y volvió a tumbarse, colocando un cenicero sobre su pecho.

—Me pillaron con cien quilos de hash y me cayeron siete años.

Conocía esa historia.

—Nunca me dijiste que habías coincidido con *el Rojo* en la cárcel. Me extraña, porque me has explicado muchas cosas.

—No todas —apuntó, volviendo a toser—. Me pasó de todo durante esa época.

Ismael asintió con la cabeza. Con su silencio lo invitó a continuar.

—En la cárcel yo seguía pasando chocolate y tuve un problema con un tipo. Un gordo cabrón que quería parte de la tajada.

—¿Te pidió entrar en el negocio?

—Digamos que el negocio seguiría siendo mío, pero él quería una parte.

—Extorsión.

—Se podría llamar así —aceptó, apagando el cigarro a medio fumar. Lo apoyó en el borde del cenicero, que dejó sobre la mesa que tenían delante—. Ese cabrón me amenazó con irles a los funcionarios con el cuento. Algo que podría agravar mi pena. *El Rojo* cumplía condena desde hacía unos años. Nos llevábamos bien. Le conté el asunto y él me echó una mano.

—¿Cómo?

—Me ayudaron a deshacerme del problema.

—¿Te ayudaron?

—*El Rojo* estaba muy bien relacionado. En la cárcel y fuera de ella.

—¿Alguien habló con el que te extorsionaba?

Thierry rio con ganas al oír la pregunta.

—*En un clin d'oeil*! Ya lo creo que hablaron con él. Lo encontraron en el área de recreo con la pata de una silla incrustada en la cabeza. Se acabó el problema.

—¿Lo mató él?

—Nunca supe quién lo hizo. Tengo mis sospechas, pero jamás logré averiguarlo. Dudo de que lo hiciera él.

—¿No culparon a nadie?

—No. Ya te he dicho que estaba muy bien relacionado. Nunca se encontró al culpable. Podría haber sido cualquiera. Tampoco se esforzaron demasiado. Se consideró una trifulca entre presos. Aquel hijoputa le hacía la vida imposible a todo el mundo. En realidad, tanto para los presos como para los funcionarios, resultó ser un problema menos.

—El caso es que no fue cualquiera…

—No, no lo fue. Y así me lo hizo saber *el Rojo*.

—Entiendo que después de eso estabas en deuda con él.

Thierry chasqueó los dedos y guiñó un ojo.

—¡Ahí le has dado! Después de eso seguí con mi negocio haciéndole precio a él y a su gente. Nos hicimos amigos. Por entonces yo era un cabrón. Malo de verdad.

Tampoco *el Rojo* era una persona recomendable que digamos. Él no me juzgaba a mí ni yo le juzgaba a él. En la cárcel aprendes a no juzgar a los demás. Los que no habéis tenido nunca ningún problema con la ley no os podéis imaginar cómo la casualidad puede influir en los destinos de la gente —señaló a la calle—. Cualquiera de los de ahí fuera, ya sea por mala suerte o una decisión equivocada, puede acabar donde yo acabé.

Se incorporó de nuevo para alcanzar el cenicero y encender el cigarro que había dejado por la mitad.

—Después de eso, tanto él como yo sabíamos que, después del favor que me hicieron, había adquirido una deuda. Me habló de Isla Encanta. Siempre me dijo que, si quisiera instalarme aquí, encajaría a la perfección.

»Mientras cumplía condena me enteré de que la chilena con la que salía había vuelto a su país. Yo no quería reincidir ni por casualidad. Tenía que evitar las tentaciones, y no se me ocurrió nada mejor para hacerlo que ir a buscarla cuando salí.

Naïve! Volé a Chile, pero no salió bien. *Putain de Dieu*! Volví hecho una mierda, ¿cómo se dice? ¿Con el rabo entre las piernas? Total, que mientras me planteaba algún sitio donde quedarme recordé esta isla y me pareció tan buen destino como cualquier otro. Aquí rehíce mi vida.

—Pero *el Rojo* salió de la cárcel.

—Y aquí nos volvimos a encontrar —concluyó Thierry.

—¿Y?

—Sabes que en la cárcel me trataron de un tumor cervical.

—Sí.

—Lo pasé muy mal. Me operaron en un par de ocasiones. Me pusieron quimio…

Durante un tiempo creí que moriría entre rejas. Fue una mala época. Pero… me curé. Durante la enfermedad me planteé muchas cosas. Empecé a estudiar. Quería dejar la vida que había llevado, si sobrevivía. Cuando salí… Bueno, lo de Chile salió mal… Me quedé en esta isla, pero ya tenía claro que no quería vivir encerrado nunca más. Conseguí este pisito, conocí gente con vidas normales… No quería volver a implicarme en malos asuntos. Ahora ya lo tengo bastante olvidado, pero durante un tiempo me moría de miedo al pensar que el cáncer volvería. Y estaba convencido de que lo haría. Si tenía que morir, sería estando libre. No me morí.

Por lo tanto, llegué a la conclusión de que algo, no sé el qué, *llámalo Dios llámalo energía*, me había dado otra oportunidad. No la desperdiciaría encerrado entre cuatro paredes.

Sonrió al rememorar su promesa, apagando el cigarro consumido contra la base del cenicero, que volvió a dejar sobre la mesa.

—Cuando *el Rojo* volvió, mi vida había cambiado. Trató de tentarme en varios asuntos. Los rechacé todos. Ahora vuelve a insistir.

—¿Qué es lo que quiere?

—Me ha dicho que necesita mi ayuda, sin entrar en detalles. Me ha sondeado.

—¿Para qué te necesita? ¿No me has dicho que está bien relacionado?

—Mucha de la gente de su época está muerta o encerrada. No sé por qué ha recurrido a mí, pensaba que habría entendido que quería estar lo más

alejado posible de los asuntos turbios… Hace unos días vino a mi casa. No quise saber ni de qué trataba el asunto, pero como se puso pesado, le dije que me dejara pensarlo.

—¿Lo vas a ayudar?

—¿Qué dices? Solo le estuve dando largas. Ayer lo llamé. Le dije que lo había meditado y que teníamos que vernos. No quise que pasara por casa otra vez.

Quedé con él en el bosque, delante de la caseta donde nos viste. Le agradecí que hubiera pensado en mí, pero rechacé su propuesta, cualquiera que fuera.

—¿Cómo se lo tomó?

—*El Rojo* no es una persona que acepte con facilidad una negativa. No se lo tomó bien. De hecho, cuando oímos a la perra estornudar tuvisteis suerte de que no os encontrara porque llevaba un cabreo monumental. Si te hubiera descubierto no sé lo que os habría hecho. A ti y a la perra.

—Salí corriendo. Estaba bastante alejado. No creo que me viera.

—Espero que no. Después de eso la reunión no duró mucho más. Nos separamos cinco minutos después.

Alcanzó la lata que flotaba en un surco de líquido sobre el cristal de la mesita. Le dio un generoso trago.

—Está caliente —protestó—. Ismael, por lo que respecta al *Rojo*, he roto el código de honor. En nuestros tiempos era algo imperdonable. Yo sigo siendo fiel a esos códigos, pero con los años he aprendido a aceptar excepciones. Gente como *el Rojo* es incapaz de hacerlo. De momento no me preocupa demasiado, pero… —Thierry introdujo una mano bajo el asiento del sofá— he desempolvado mi. 38.

Mostró una pistola que tenía oculta. Ismael sintió un hormigueo en la columna.

—¿Crees que es necesaria?

—Con un tipo como ese nunca se sabe.

Guardaron silencio mirando el arma. Después Thierry volvió a ocultarla.

—¿Te conté alguna vez la historia del gitano que quería mandar a su hermano una carta desde la cárcel?

Ismael hizo un esfuerzo por recordar esa anécdota entre el millar que le había contado.

—No.

—Un gitano me pidió si podía escribir una carta para su hermano, pero por esa época yo solo hablaba y escribía en francés. El castellano lo tenía muy olvidado.

Pero el gitano insistía en que le escribiera una carta a su hermano, y por mucho que me negara, el tío no entraba en razones, «*escríbela payo, escríbela*». Todo el puto día así. Hasta que al final se lo dije, lo más claro que pude, para

que lo entendiera de una vez. «*Tío* —le dije—, *que solo sé escribir en francés*»; y el gitano me responde: «*Ya, bueno, pero mi hermano sabe leer*».

Los dos estallaron en carcajadas. Y así estuvieron un buen rato mientras Ismael se culpaba por haber sentido, durante buena parte de la noche, un miedo irracional hacia su amigo.

VISITA DE DORMITORIO

Emergió de la pesadilla de forma abrupta. La imagen que tanto le había aterrado desapareció como la emisión de un televisor que hubiera perdido la señal. Intentó gritar. No pudo. Como peces en una pecera, sus ojos daban vueltas en círculo. Por un momento no supo dónde estaba. Tenía la impresión de haber aterrizado en algún lugar desde muy lejos. Por fin se dio cuenta de que estaba en su habitación.

La misma habitación de siempre. Pensó, de forma absurda, que tal vez eran esas cuatro paredes las causantes de las continuas parálisis. Empezaba a tenerle manía a la isla, al pueblo, a su casa…

Sintió cómo se le erizaba la piel ante el conocido escalofrío. Intentó serenarse.

Rememoró haber salido despedido de la pesadilla envuelto en un remolino. Después se había despertado. Las imágenes se disiparon como el humo, hasta el punto de olvidar en qué había consistido el sueño. Solo quedaba de él su resaca.

El silencio era absoluto. Miró a la perra, medio incorporada de cara a la puerta.

Siguió su mirada. La puerta se abrió. Un cosquilleo, originado en el escroto. Vio la figura erguida en la entrada. Cerró los ojos. Intentó sacudir su cuerpo. La forma traspasó el umbral y la perdió de vista cuando se colocó a su espalda. La perra salió corriendo. Notaba la presencia tras él. Amanecía. Vio la sombra de lo que tuviera a su espalda proyectada en la pared. Se elevó. Por el rabillo del ojo detectó su ascenso. La sombra pasó por encima de su cama. Descendió ante él. *Va a ponerse ante mí. Está bajando y la voy a tener delante y voy a ver su cara y no voy a poder hacer nada para defenderme, no voy a podernovoyapodernopuedomoverme…* La figura, física, palpable y antropomórfica, quedó de rodillas ante él. Apoyó las manos en el suelo y se desplazó a gatas. A medida que lo hacía, como surgidas de una espesa niebla, sus facciones se aclaraban. Cerró los ojos con fuerza y realizó un último esfuerzo por romper las cadenas. Notó un pie moverse y duplicó sus esfuerzos.

Abrió los ojos. Vio el rostro de Lucas pero, de algún modo, no era Lucas.

Este alargó una mano hasta ponerla frente a él. La habitación se borró.

Lo rodeaba el agua por todas partes. Sintió cómo se diluía la pesadez de sus músculos. Lograba mover las piernas y los brazos. Flotaba, pero había algo ominoso en esa inercia.

Se liberó, gritando. La figura había desaparecido. La perra entró en la habitación con un trote nervioso, como si huyera de algo, y cayó como un peso muerto sobre su cama.

Inquieto y sudando, encendió la luz de la mesilla y, encogido, volvió a dormirse como un niño asustado.

OTRAS VISIONES

Fueron varias las personas que vieron a Lucas en sueños o en situaciones que el sentido común sugería como imposibles.

Adrián llevaba soñando con él desde mucho antes de abandonar el pueblo. No eran buenos sueños. Atribuyó su incremento a la situación provocada por la salida de su hermano de la cárcel y, aunque trataba de restarles importancia, todos ellos dejaban un poso de inquietud y tristeza que tardaba en diluirse. La mayoría resultaron ser pesadillas amargas y en varias ocasiones había despertado con un desagradable mal sabor de boca, como si hubiera pasado la noche entera bebiendo combinados de *whisky* barato sin soltar el cigarrillo de los labios. Por otro lado, no entendía la recurrencia de las apariciones de Lucas ni porqué su presencia le generaba un terror que en los momentos de vigilia era incapaz de describir.

Rafael lo vio a menudo durante sus paseos nocturnos, sentado a la puerta de su casa, como si lo estuviera esperando. Siempre que lo veía, un escalofrío involuntario recorría su espalda. Nunca lo saludó. Pasaba por su lado como si no lo viera.

Eso no impedía que este le sonriera inclinando la cabeza cada vez que se cruzaban.

Algunas veces cambiaba de ruta sin importarle seguir un itinerario más largo hacia la alameda con el fin de evitar esos encuentros. Pero por mucho que tomara caminos alternativos, acababan topando. Así que dejó de hacerlo. A diferencia de su hermano, Rafael guardaba en su interior un temor supersticioso hacia Lucas.

Había algo desagradable en su sonrisa mansa. Como si bajo su aparente idiotez, supiera algo que él desconocía.

Varias fueron las noches en que a Pilar le pareció vislumbrar su característica silueta ocupando el sillón favorito de Goyo. Desde el pasillo percibía su figura por el rabillo del ojo y, al fijar la vista, extrañada, solo veía el asiento vacío. En varias ocasiones, asustada y encendiendo todas las luces, se atrevió a entrar al comedor y al aproximarse al sillón veía los cojines hundidos, como si hubieran aguantado sobre su mullida superficie el peso de un cuerpo. Cada vez que esto ocurría, la piel de los brazos se le erizaba.

Thierry lo vio varias noches en su habitación, sentado en una silla que le servía de almacén para la ropa sucia. Levantaba sus párpados desmayados por los efluvios de la marihuana y ahí estaba, haciendo extraños ruiditos con la nariz al sonreír. Convencido de que su presencia allí era un producto de su mente intoxicada, le devolvía la sonrisa. A veces, incluso, rompía a carcajadas. Entonces, el inesperado visitante lo secundaba, demostrando que podía existir un Lucas nunca visto por sus paisanos, activo y lúcido… y también amenazador. El brillo de sus ojos asustaba a Thierry, que decidía ignorarlo y continuar, inquieto, su sueño cannábico.

Amalia lo vio dos veces en sus pesadillas. Siempre acostumbraba a tener la misma. Alguien la perseguía por casa, pero nunca lograba saber quién era. La pesadilla parecía tener un patrón y cada vez que la sufría se alargaba un poco más. Una noche soñó que bajaba por la escalera que daba al patio de su casa y, cuando se giró para mirar, vio con claridad a Lucas parado en el descansillo del piso de arriba. El sueño se cortó de forma abrupta al despertar sobresaltada. La noche siguiente la pesadilla se repitió. Amalia bajaba la escalera corriendo y llegaba al patio, después se giraba para descubrir a Lucas en el descansillo, pero esta vez ella le sonrió al tiempo que asía el pomo de la puerta que la conduciría a la calle. Al girarlo, Lucas alcanzó de un salto la planta baja y la agarró por la muñeca, impidiéndole huir. Esa noche sus gritos despertaron a toda la familia.

Silvia, a la que le quedaban pocos días para ser secuestrada, violada y torturada, también lo vio. Solo una vez, en el camino que iba hacia el bosque. Estaba con tres amigas más, un poco aburrida, guardando para sí el anhelo de abandonar un pueblo y una isla a los que consideraba muertos. Creyó ver algo de soslayo. Un movimiento apenas perceptible. Cuando se giró vio a Lucas escondido tras un árbol. La saludaba con la mano y le sacaba la lengua. Nunca lo había visto actuar así. Le dio miedo esa actitud lasciva en alguien al que consideraba poco más que el tonto del pueblo y se sintió asqueada. Alertó a

sus amigas, pero cuando estas se giraron, se había volatilizado.

Solo Ziggy, atrapada en los sueños de su dueño, era consciente de la presencia constante de Lucas en los mismos. Pero ella no podía hablar. Aunque un observador atento se habría fijado en la rara costumbre que había adoptado de entrar en la habitación con la cola encajada entre las patas a la hora de irse a dormir.

El resto, a excepción de Silvia, pensó que era cosa de su imaginación. «*Como le cuente esto a alguien va a pensar que estoy loco*», se decían. El principal problema del ser humano: se cree único y especial.

… Y AL FINAL, TODO SE TORCIÓ

Habían vuelto al bosque. «*Coto de caza*». Leyó la advertencia y un instinto protector lo obligó a comprobar que la perra seguía a su lado. El animal se encontraba a escasos metros, sin prestarle demasiada atención. En cuanto Ismael se apartó del camino que los habría introducido en el coto, dejó de olisquear un excremento de jabalí y fue tras él. Llevaban catorce años juntos, formaban una unidad. A veces no hacía falta más que una mirada entre ellos para entenderse.

Ziggy era el resultado del capricho de una antigua novia. La perra de unos amigos parió una camada. Fueron a ver a los cachorros a los pocos días. El parto había sido espectacular, trece perros. Solo uno nació muerto. Pasado el tiempo, le hacía gracia pensar que una de aquellas doce ratitas que se arrastraban hacia las mamas de su madre era ella, aunque en ese momento no reparara en su existencia.

Ismael y su novia todavía no habían decidido adoptar. Él no quería. Sus amigos, conscientes de que debían deshacerse a toda costa del grueso de la camada, llevaron a cabo una labor de acoso y derribo con el fin de que se quedaran con un cachorro. Él se resistía, por lo tanto, la primera en su punto de mira fue la exnovia, que parecía bastante receptiva. Hicieron bien su trabajo. Luego, ella se encargó de erosionar su voluntad.

Ziggy también ayudó. Durante una cena a la que fueron invitados, cuando los perros ya tenían un par de meses, uno escaló la pernera de su pantalón y acabó dormido en su regazo. Era ella. En ese instante cada uno se dio cuenta de la existencia del otro. *Te ha elegido*, le dijeron sus amigos. Ismael maldijo a la cachorrita por ser tan *irresistible*, como dijo alguien. Las horas posteriores no pudo sacarse de la cabeza la imagen de la perrita durmiendo sobre su barriga. Pero debía mantener el tipo y, aunque no le desagradaba la idea de quedarse con ella, se mostró reticente. Un perro comportaba responsabilidad. Cuando comenzó a hacer las preguntas de rigor a su ex: *¿Sabes que un perro no es un juguete?*; *¿Sabes que hay que pasearlo por lo menos tres veces al día*?, ella supo que tenía la partida ganada. Cuando se cansó de hacerla sufrir, accedió a quedarse con el cachorro. *¿Sabes que el perro es tuyo y que tendrás que ocuparte de él?;*

¿Sabes que un perro es una enorme responsabilidad? Aunque se hacía el duro, en su fuero interno sabía que todas esas obviedades paternalistas se las estaba diciendo a sí mismo.

Seis meses después de adoptar a la perra, rompieron la relación. Durante los días que condujeron a la ruptura definitiva, que fue dura, entre otros reproches de más enjundia, también tuvieron tiempo de simular que peleaban por ella. A falta de hijos, su exnovia decidió que eso le haría daño. Fingió creer sus amenazas de llevársela. No en vano, cuando abandonó la casa, ella tenía una copia de las llaves y él trabajaba muchas horas fuera. Podría habérsela llevado. Nunca lo hizo. Al final, su ex se fue y Ziggy se quedó.

Se encargó de educarla. No fue fácil, se meaba por todas partes y acabó con los cables de todos los electrodomésticos. Pero, al contrario de su relación extinta, las peleas con el animal fueron de más a menos.

Llegaron al claro donde había visto a Thierry y al *Rojo*. Seguido por la perra, bajó la pequeña loma, resbalando al pisar las hojas húmedas. Rodeó la maltrecha estructura de la caseta en ruinas y caminó entre los cascotes esparcidos que una vez habían sido paredes. Lo único que quedaba en pie en su interior era una columna embaldosada con una pila para frotar la ropa. No era la primera vez que veía algo así en una casa en ruinas. Por una extraña razón, las pilas para la ropa sucia parecían ser muy firmes. Ziggy lo observaba desde fuera, remisa a pisotear una superficie tan irregular y poco recomendable para sus pezuñas.

No había nada especialmente interesante que albergara ese Partenón a pequeña escala. Se acercó a la montonera de troncos volcados y, como la vez anterior, decidió descansar para dar tiempo a la perra a recuperarse del paseo. Encendió un cigarrillo y Ziggy se tumbó a sus pies respirando como el caballo ganador del Derby de Ascot. A través de las serpenteantes volutas de humo vio, a medio borrar, pero evidentes aún, las huellas del coche de Thierry y de la moto del *Rojo*. De nuevo sintió el aguijonazo de la duda. ¿Thierry le habría dicho la verdad? ¿Qué sabía de él? Lo cierto es que unas pocas historias no demasiado recomendables.

Drogas, delincuencia, atracos… ¿Qué podía saber él de alguien que procedía de un mundo así? Thierry parecía una persona por completo reformada, tenía inocentes aficiones y buenos amigos. Pero ¿qué ocurriría si un pasado de esas características irrumpiera de nuevo en su vida? ¿Se le decía que girara en redondo y desapareciera sin más? Él mismo había dicho que resultaba difícil hacerlo. ¿*El Rojo* se habría conformado con un simple «*no, gracias*»? Era evidente que no porque, según aseguraba, a partir de su encuentro decidió ir armado. Tenía miedo. Pero ¿de verdad había desempolvado esa pistola como quien desentierra un antiguo fósil? Solo contaba con su palabra. Por lo que a él concernía podría haberla llevado encima de forma habitual. No había manera de saberlo. En definitiva, ¿alguien

con semejante periplo vital no estaría acostumbrado a mentir?

Cualquiera con el que hablara aseguraba que el pueblo tenía secretos enterrados como las raíces de un árbol. ¿Esa aseveración se extendía a Thierry? ¿Le convenía apartar la tierra para ver lo que ocultaba? ¿Era él la persona indicada para llevarlo a cabo? ¿Tenía lo que hay que tener? En conclusión, en el caso de que alguna vez su relación con Thierry se torciera, ¿se atrevería a enfrentarse a él?

Casi había consumido el cigarro cuando ocurrió. Más tarde, al ser preguntado, explicaría que todo había pasado con una rapidez y una virulencia asombrosas, como si el mundo hubiera enloquecido de forma súbita. Escuchó la detonación y al instante oyó un gemido a sus pies. Un gemido de asombro más que de dolor.

Vio un enorme agujero en el costado de Ziggy, del tamaño de un puño. Por un momento no supo cómo reaccionar. Intentaba procesar lo que estaba viendo. Después, sin pensar en guarecerse, se lanzó hacia ella, con la sensación —y el deseo— de encontrarse inmerso en una de sus pesadillas. La perra aullaba de dolor. La intentó levantar. En una reacción instintiva, le mordió la muñeca. La primera vez en toda su vida que le había mordido. Luego dejó caer la cabeza, que chocó contra el suelo, y escupió un reguero de sangre, empapando la tierra y las hojas que su cuerpo caliente había secado. Cogió aire para después soltarlo, vomitando de nuevo una baba sanguinolenta. Lo miró con su único ojo saliendo de su órbita y, al fin, dejó de respirar de forma repentina.

No podía creer lo que estaba pasando. Se quedó con su cadáver en los brazos, intentando comprender. Después alzó la vista hacia la espesura dilucidando de dónde había surgido el disparo. La sangre de Ziggy le había salpicado la cara y le caía por los ojos. Se los frotó con el brazo. Después sintió ascender el grito desde su estómago, desgarrando su garganta. ¡*Hijo de puta, hijo de puta*!, fue lo único que acertó a decir. La abrazó e intentó que reaccionara. Fue en vano. Estaba muerta. Después dejó con suavidad el cadáver en el suelo y subió corriendo la pequeña loma.

Pasó horas en el bosque buscando al asesino. Cualquiera que lo hubiera visto, habría dado media vuelta. Parecía un loco furioso, gritando, con la camiseta y el rostro embadurnados de sangre. No sirvió de nada. No vio a nadie.

Mientras bajaba hacia el pueblo con el cuerpo de Ziggy en los brazos, los recuerdos de su vida en común se agolpaban, pidiendo paso. El día que se la entregaron y la llevó a casa, la dejó un momento en el comedor mientras él se encerraba en el lavabo. La oyó lloriquear. En cuanto acabó, salió deprisa para tranquilizarla. A su niña nunca le gustó estar sola.

SOLO

La persiana metálica de la librería estaba echada. Ese día, como venía siendo habitual, no se vendió ni un solo libro en el pueblo. Esta vez la causa estaba justificada.

En el piso anexo, Ismael, catatónico, sentado al borde de la cama, observaba la camita vacía de Ziggy. Hacía unas horas que el veterinario certificó su muerte, solicitando después la recogida del cadáver para incinerarlo.

Lo había acompañado Leire, con la que se encontró a la entrada del pueblo, cubierto de sangre, con el cadáver de la perra en los brazos. Quería ir solo. No le apetecía estar con nadie. Pero ella insistió. Después lo acompañó a casa. Él no le dirigió la palabra. La oía hablar, pero no la escuchaba. Se limitó a observar las caras con las que se cruzaban intentando descifrar en ellas posibles signos de culpabilidad o, peor aún, de regocijo. Porque el asesino era alguien del pueblo, de eso no cabía duda.

Adrián los vio pasar por delante de la peluquería y salió corriendo, asustado al ver su ropa cubierta de sangre. Leire le explicó lo que había pasado y, después de abrazarlo y darle un beso, volvió al local llorando. Ismael pudo oír cómo maldecía al pueblo entero antes de cerrar la puerta.

Cuando llegaron a la librería buscó con abulia las llaves en sus bolsillos. Estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices a Leire. Ella insistió que la dejara entrar.

Con la mirada vacía, le permitió el acceso.

Una vez en el piso, Leire quiso saber si tenía infusiones; que le haría una. No respondió porque no estaba seguro de haberla escuchado. Su voz sonaba lejana.

Después la oyó trastear por los armarios de la cocina. Se sentó en el sofá frente al televisor apagado. En la pantalla, su imagen silueteada le recordó la figura oscura que se había convertido en Lucas la última noche de pesadillas. Leire se acercó y en cuclillas y acariciándole una mano le sugirió con suavidad que se quitara la ropa ensangrentada y se duchara. Ismael miró su camiseta. La enorme salpicadura había adquirido un tono achocolatado. Se incorporó y, casi

arrastrando los pies, se dirigió al baño.

Se desnudó con una lentitud abotargada. Su ropa había adquirido la rigidez del cartón. Entró en la ducha. Permaneció largo rato con el chorro sobre la coronilla con la esperanza de que el agua a presión se llevara por el sumidero aquel espesor de cabeza. Casi lo consiguió porque oyó con claridad cómo Leire golpeaba con ritmo medroso la puerta. La abrió con prudencia y le anunció que la infusión se estaba enfriando. Tuvo ganas de gritarle que le importaba un bledo la maldita infusión. Que lo que quería era que lo dejara en paz y que su perra siguiera viva. Se mordió la lengua. Salió de la ducha. Leire esperaba con una toalla en las manos. Le intentó secar, pero no se lo permitió. Con una comprensiva sonrisa —que lo irritó aún más— ella le entregó la toalla y salió del lavabo. Se secó, se vistió y recogió la ropa manchada. Pasó de largo el cubo de la ropa sucia y la tiró al de la basura.

Después se sentó en el sofá y ella le pasó la taza tibia. La llevó a sus labios de forma mecánica y sus ojos toparon con un objeto que se encontraba bajo la mesa del comedor. Una barrita para perros. Ziggy la había abandonado, olvidándola después. La visión de la chuchería provocó que los ojos se le humedecieran. Apartó la mirada para encontrar a Leire, sentada a su lado. Su expresión era triste pero, a su parecer, un tanto forzada. Notó cómo se le aceleraba el pulso. Sintiendo que en cualquier momento podía explotar, decidió consumir cuanto antes la bebida y echarla después con cualquier excusa.

—¿Tienes comida? ¿Quieres que te prepare algo? —preguntó Leire, provocándole una nueva oleada de irritación. Negó con la cabeza.

Le revolvió con suavidad el pelo húmedo. Contuvo el impulso de repeler su mano. Algo notó, porque dejó de mesarle el cabello con brusquedad y volvió a la posición del invitado a un velatorio.

—Si no te importa, preferiría estar solo —anunció con firmeza.

—¿No quieres que me quede contigo?

La miró con una mezcla de incredulidad y hastío.

—No.

—No creo que debas estar solo. Ni que tengas que tratarme así.

—¿Así? ¿Cómo se supone que te estoy tratando? —preguntó, sintiéndose a punto de perder la lucha interna contra su ira.

—Te comportas como si yo tuviera algo que ver con la muerte de Ziggy.

Ismael inspiró con fuerza en un último intento por mantener la calma. Resultó inútil; se dio cuenta al abrir la boca para contestar.

—Creo que me estoy comportando como alguien al que le han matado a su perra. Ni más ni menos. No sé qué esperas de mí. ¿Quieres que actúe como si no pasara nada para que tú te sientas mejor? ¿Abro una botella de *champagne*? ¿Lo celebramos? ¿Quieres tomar un vermut? ¿Ponemos música? ¿Vamos a la habitación y follamos? ¿Qué quieres que haga?

—No te estoy diciendo eso.

—¿Te sientes incómoda? Enhorabuena, ya somos dos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo único que quiero decir es que me respetes y te largues.

Leire enarcó las cejas y adoptó una posición erguida en el asiento. Confusa, miró a su alrededor buscando su bolso. Estaba colgado de cualquier manera sobre el respaldo de una silla y se levantó, dispuesta a marcharse. Una vez en su mano, lo dejó de nuevo sobre la mesa. Mientras la observaba, Ismael volvió a ser consciente de la barrita para perros olvidada en el suelo, muy cerca de sus sandalias. Se levantó para cogerla. Ya no le hacía falta a nadie. Su reacción sobresaltó a Leire, que dio un paso atrás. Ismael tiró la barrita al cubo de la basura.

—¿No te ibas?

Leire hizo un mohín.

—Estás siendo muy injusto.

—¿Vas a llorar?

Leire alcanzó el bolso, estrujándolo con fuerza. Ismael pudo ver cómo las yemas de sus dedos palidecían. Sintió un fogonazo de culpabilidad que acabó siendo sustituida por la convicción de que ese era *su* momento, no el de Leire. Desde el día que se conocieron había intentado llevarla entre algodones debido a ese aire de sufrimiento perenne que, a todas horas, parecía llevar a cuestas. De acuerdo, lo había pasado mal en la vida y se lo reconocía. Pero lo último que le apetecía era pedirle perdón o intentar atenuar su malestar. Que se fuera al infierno. Ziggy había muerto de una forma cruel. Se le había ido entre los brazos. Y, además —estaba convencido de ello—, su negocio había entrado en barrena. Y dudaba mucho que los dos acontecimientos no tuvieran relación. Ahora estaban uno frente al otro y no podía dejar de preguntarse de cuánto de lo que ocurría estaba enterada. No podía fiarse de nadie.

Ella lo miraba con los ojos llorosos, inmóvil ante la mesa y con el bolso en la mano. Estuvo así un rato, en silencio. Vio con claridad que esperaba un cambio de actitud. La aparición del viejo Ismael de siempre. Pero no se sentía como siempre.

Ya podía esperar sentada.

—Ni siquiera te caen las lágrimas —le dijo—. No esperes que me arrastre pidiéndote perdón por el trato *tan injusto* que estás recibiendo por mi parte. Quiero que te vayas y que me dejes solo. No quiero que estés aquí.

—Estás loco —le escupió, con un desprecio incontenible en su mirada—. No sé qué te está pasando. Estás enloqueciendo.

Ismael sintió una oleada de ardor ascender por el cuello. Había intentado mantener cierta compostura pero, al parecer, era el momento de perder los papeles.

—Muy bien —gritó a las paredes—. La señorita, que es tan normal, dice

que yo estoy loco. ¡Sois vosotros los que me estáis intentando volver loco! ¡Vosotros!

—Pero ¿de quién estás hablando? ¿Tú te escuchas?

Había tomado la directa. Con cierta sensación de fracaso, Ismael se dio cuenta de que circulaba por una rampa cuesta abajo y sin frenos.

—No te hagas la loca. ¡Sé muy bien que me vigiláis! ¡Que sabéis con quién trato y con quién dejo de hacerlo! ¡En este pueblo estoy juzgado y condenado!

—Pero ¿qué dices? Ismael, ¿tú te estás escuchando? —repitió Leire.

—¡No trates de convencerme de que estoy loco! ¡Sé muy bien que me observáis!

¡Que tenéis un puto plan para arruinarme y echarme de vuestra isla de mierda!

Bueno, alegraos porque casi, casi, estáis a punto de conseguirlo. Desde que me veo con Rafael…

—¿Qué? —gritó Leire, impidiéndole que acabara la frase. En ese instante supo que había cometido un error—. ¿Qué te estás viendo con ese asesino? ¿Con ese cerdo?

Los dos callaron. Uno frente al otro, parecían dos pistoleros calibrando las posibilidades del contrario.

—¿Y si lo estoy viendo qué?

—¿Después de lo que te conté?

Ismael sintió el impulso de apartar la mirada. Estaba perdiendo el duelo. No debía ser el de siempre. No podía olvidarlo.

—¡Eres un cerdo! —gritó, lanzándose sobre él con los brazos por delante. Se apartó para esquivar la embestida. No lo logró. Recibió varios golpes en el pecho.

Intentó retener sus brazos sin conseguirlo. Se deslizó por el salón hasta chocar contra la pared, como un púgil arrinconado contra las cuerdas.

—¿Sabes lo que ese hombre me hizo? ¿Cómo te atreves a hablar con él?

Aguantó con estoicismo la lluvia de golpes que estaba recibiendo. Era consciente del error que había cometido. *Entendía* su indignación. Su promesa de mantenerse firme se resquebrajó. El viejo Ismael siempre estaba ahí. Siempre tan comprensivo. Dando por culo. Mientras ella volcaba toda su rabia, él se cuestionó de nuevo la participación de Leire en sus desgracias. Era absurdo. El producto de una mala novela. Se arrepintió de su mal carácter, de haber perdido los estribos.

Ni siquiera podía escudarse tras la muerte de Ziggy para excusar su imperdonable comportamiento porque su contacto con Rafael había sido anterior. Había traicionado su confianza. Si existía alguna posibilidad de arreglar las cosas después de entablar *amistad* con el asesino de sus amigas y de haberla acusado de formar parte de un hipotético plan para dañarlo, ya se había extinguido.

Agotada, dejó de golpearlo, lo miró con los ojos enrojecidos, le dio la espalda y comenzó a llorar. Ismael posó una mano sobre su hombro. Ella rechazó el contacto con una sacudida.

—Eres un cerdo. Después de todo lo que te conté, has estado viendo a ese… a ese…

—Leire, perdona —masculló, con un hilo de voz.

—¿Perdona? ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Desde cuándo hablas con él?

—Solo unas semanas —admitió, agachando la cabeza.

—¿*Solo* unas semanas? —Leire asintió, incrédula, con el aire de quien acaba de despertar de un mazazo—. ¿Y me lo has ocultado?

—Leire…

—Es mejor que mantengas la boca cerrada, Ismael. No me interesa nada de lo que puedas decir —dijo, subrayando sus palabras con las palmas de las manos alzadas—. Ahora soy yo la que no quiere volver a verte nunca más —aseguró, ajustando la correa del bolso alrededor de sus hombros y dirigiéndose hacia la escalera—. ¿Te has dado cuenta de lo curiosas que resultan las cosas? —dijo, volviéndose una última vez—. Has empezado diciéndome que te engañaba, que formaba parte de un absurdo plan… Creo que incluso habrías llegado a culparme por lo que le ha pasado a la perra… Y resulta que el único embustero que hay aquí eres tú… Gilipollas… —le escupió, mientras emprendía el descenso por las escaleras.

La oyó atravesar la librería con pasos rápidos. Después, un portazo.

Se quedó apoyado contra la pared. El silencio resultaba extraño, irreal. No fue consciente del tiempo que estuvo así. Bajó a la librería y salió a la calle. Los pocos vecinos que pasaban por delante del local se lo quedaron mirando. Él les devolvió la mirada. Nadie habló. No hubo saludos ni palabras de consuelo. ¿Se habrá oído la discusión desde la calle?, se preguntó. Después bajó la persiana para fundirse con las sombras de su ruinoso negocio.

Hacía horas de su pelea con Leire. Sentado en el borde de la cama, la mirada clavada en la camita vacía de Ziggy, colocada a sus pies. Una buena cantidad de pelos blancos cubría su superficie. Lo único tangible que atestiguaba que la perra había existido.

Ahí estaba, solo, por segunda vez en su vida. La evidencia de este hecho lo acabó de hundir. Se deslizó por el borde del colchón hasta caer al suelo. Llorando, se arrastró hasta la camita cubierta de pelos y pasó sus manos por la tela, acariciando a una perra invisible.

ISMAEL Y THIERRY

Llevaba varias horas tumbado en el sofá, con la persiana del balcón apenas levantada para dejar pasar una rendija de luz que se había ido debilitando. Un silbido lo sacó de su sopor. Se planteó ignorarlo. Ante la insistencia, se incorporó en el sofá con una pesadez depresiva, arrastró los pies hasta el balcón, levantó la persiana y salió al exterior, aunque no necesitaba comprobar quién había silbado. Thierry le indicó por señas que bajara a abrir la puerta. Bajó las escaleras, descalzo, atravesó la librería en penumbra y levantó la persiana para permitirle la entrada. Al hacerlo, la tenue claridad de la tarde lo golpeó y tuvo que pestañear varias veces para acostumbrarse a ella. Vio a Thierry dibujado bajo el marco de la puerta. Por un momento tuvo la impresión de que su imponente figura iba a lanzarse sobre él para estrecharlo entre sus brazos. Antes de que pudiera hacerlo, le franqueó la entrada y volvió a bajar la persiana. Sumidos en la oscuridad, se dirigieron hacia el foco de luz que se filtraba a través del cristal esmerilado de la puerta que daba al patio y salieron fuera. Se sentaron en los *pallets* que Ismael había acondicionado como asientos.

—¿Cómo estás? —se interesó Thierry. Encaramado sobre el minúsculo bancal, sus piernas parecían las pinzas de una mantis.

—Ya te puedes imaginar…

Thierry asintió sin saber qué añadir.

—Me han matado a la perra Thierry —añadió, con los ojos bañados en lágrimas.

Su amigo posó una mano sobre su hombro. Para su sorpresa, sintió un repentino consuelo.

—¿No pudiste ver al que lo hizo?

—No. Estuve un buen rato buscando, pero no vi a nadie. Dispararon y se fueron.

—Hijo de puta…

—¿Cómo te has enterado?

—Venía de ensayar y me he encontrado con Adrián. He venido corriendo. Esperaba encontrar a Leire aquí. ¿Te ha dejado solo?

—Creo que la he cagado con Leire.

—Ahora no te preocupes por eso. Es normal que estés nervioso.

—No estoy preocupado. Lo nuestro no funcionaba. Pero eso no quita que me haya pasado de la raya.

La mirada que percibió en su amigo llamó su atención. Sus ojos parecieron sonreír. El arqueo de sus cejas duró un segundo.

—Bueno, pues si tenéis que arreglarlo siempre estaréis a tiempo en otro momento —observó, quitándole importancia a su disputa—. Ahora hay que centrarse en otras cosas. ¿Has tenido algún problema con alguien últimamente?

Negó con la cabeza, intentando en vano olvidar la expresión de su rostro.

—¿Estás seguro? —volvió a insistir.

—Sí. Otra cosa es la impresión que tengo de que se me está haciendo un vacío.

Hace demasiados días que no recibo ni una triste visita en la tienda. Y creo que el trato que recibo por parte de la gente es más frío de lo habitual. Por no decir el episodio de los huevos…

—¿Tienes alguna idea de por qué te está pasando todo esto?

Estuvo a punto de contarle sus sospechas. Controló el impulso. No podía decirle que había hablado con Rafael. Thierry detectó su reserva.

—Escucha, sé que no estás bien. Ya hemos hablado de este asunto en otras ocasiones. Tengo que confesarte que te creía un poco paranoico estos días, pero lo que está claro es que le han pegado un tiro a la perra y eso hace que me replantee las cosas. Sé que piensas que estás siendo víctima, no sé… de una conspiración… y que parece que todo el mundo está en el ajo. Pero si crees que todo el mundo está en el ajo, eso significa que yo también lo estoy. Mírame, Ismael. ¿Crees que estoy en el ajo?

Los dos se miraron en silencio. No sabía qué responder. ¿Podía confiar en él?

¿Le había dicho la verdad en relación a su extraño encuentro con *el Rojo* en el mismo lugar donde habían asesinado después a Ziggy? No sabía qué pensar. Sus impresiones variaban día a día. Al fin, Thierry verbalizó lo que Ismael deseaba oír con todas sus fuerzas.

—Ismael —dijo, posando de nuevo una de sus manazas sobre su hombro decaído—, tienes que confiar en alguien.

Se encogió bajo el peso de su mano. Se frotó los ojos hasta hacerse daño y suspiró, cansado.

—No sé si he hecho algo que haya podido ofender a alguien. ¿Nadie te ha dicho nada?

—Si alguien está pensando en joderte, nadie ha confiado en mí para decírmelo, hazme caso. No sé nada. Y si es cierto lo que crees, no me lo dirán, porque saben que soy tu amigo. El mejor que puedas tener, te lo aseguro.

—¿Crees lo que te digo?

—Como te he dicho antes, lo único que tengo claro es que alguien ha matado a la perra. No creo que el motivo sea la existencia de una *conspiración* contra ti, como pareces pensar, pero lo que es seguro es que ese hecho no ayuda para que te convenzas de lo contrario. Ten en cuenta que existe una excusa razonable para que el ambiente esté cargado. Conozco este pueblo. Tienen grabado a fuego lo que hizo Rafael. Nunca lo olvidarán. Me sorprende que no hayan quemado la casa de esa gente cuando ese gilipollas tuvo la idea de volver aquí. Están afectados, de mal humor…

—¿No crees que ese hombre ha pagado por sus crímenes?

—Hay crímenes que no prescriben.

—Tú has estado en la cárcel. ¿Y si todo el mundo pensara como tú? ¿Qué sería de ti?

—Mis crímenes no tienen nada que ver con lo que hizo ese tío. Hay cosas que no pueden perdonarse. Ni siquiera entre presos se perdonan ciertos delitos. Imagino que su estancia allí no tuvo que ser agradable. Si fuera por mí estaría chupando condena aún, o algo mucho peor.

Las últimas palabras de Thierry quedaron flotando en el aire. Ismael le ofreció una cerveza que su amigo aceptó y subió al piso a buscarla, dejándolo solo en el patio.

Tal vez Thierry tuviera razón en torno al ambiente y todo fueran imaginaciones suyas…

Poco a poco otra idea fue abriéndose camino. ¿Por qué había sacado a Rafael a colación? Se sentó en una de las sillas del comedor. ¿Habría visto a Leire? ¿Sabía de sus encuentros con Rafael? ¿Estaba intentando avisarlo de algo? ¿Podía actuar instigado por terceras personas?

¿Acaso no había sido testigo de una faceta oculta en Thierry? ¿Debía olvidarlo todo? ¿Se alegraba de que las cosas con Leire no fueran bien? Con todo lo que decía querer a la perra no parecía demasiado afectado.

—¿Vienen esas cervezas o no? —preguntó Thierry desde el piso de abajo.

Se levantó con parsimonia del asiento, cogió las copas y las cervezas y bajó las escaleras encomendándose a ser más precavido, ya había metido la pata confesándole a Leire que se había encontrado con Rafael. No debía cometer más errores.

Cuando volvió al patio, el francés caminaba alrededor de la tapia, observando las enredaderas. Volvieron a sentarse, volcando el contenido de las botellas en los vasos. Dieron el primer trago al unísono y saborearon en silencio las bebidas.

—¿Qué me dijiste que preparaba *el Rojo*?

Thierry se detuvo a mitad del segundo trago.

—¿A qué viene eso ahora? No te dije nada porque no lo sé.

Ismael se encogió de hombros.

—Es raro, ¿no?

—No me interesan los asuntos del *Rojo*.

—¿Qué crees que pueda estar planeando?

—Yo qué sé… Un atraco, una venta de drogas, un secuestro… Quién sabe lo que maneja ese tío…

—¿Crees que está preparando algo en la isla?

—Lo dudo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Mira, tío, de lo único que estoy seguro es que vuelves otra vez a desconfiar de mí. No sé si en algún momento has dejado de hacerlo, pero si quieres conservar a un amigo, deja de interrogarme con ese tonillo de investigador privado cutre. Eres muy malo disimulando. Me ofende que no me creas. De verdad que me ofende.

Primero, porque he luchado mucho para demostrar que soy una persona que nada tiene que ver con la que era hace veinte años. Y en segundo lugar porque me estás tratando como a un idiota y eso no te lo consiento ni a ti. Te podría dejar pensar lo que quisieras, pero la verdad es que me importa lo que piensas porque tú para mí eres como un hermano. Y no te parto la cara ahora mismo porque estás de luto por la perra y quiero creer que un poco desquiciado. Después de salir de la cárcel me prometí a mí mismo que jamás volvería a entrar. Y la única forma de evitar que me vuelvan a encerrar es dejar de delinquir, tal y como he hecho hasta ahora. Y lo que me estás demostrando es que a la mínima sospecha que tienes de mí, me condenas. ¿De qué coño vas, tío? ¿Para ti sigo siendo un delincuente? Eso no te deja en buen lugar porque estás demostrando que eres un prejuicioso y que todos estos años me has estado mintiendo. Porque si no confías en mí después de todo lo que creo que nos conocemos y de las explicaciones que te he dado, entonces estás muy lejos de ser mi amigo. ¡No me toques los cojones, Ismael!

—Lo siento, Thierry, no quería ofenderte —se disculpó, avergonzado. Thierry le dio otro sorbo a la cerveza.

—Mira, hace años era una persona diferente. No se podía hablar conmigo. *Ne pas y aller par quatre chemins*. No me andaba por las ramas. Iba por el mundo perdonando la vida y, aun así, pocas veces lo hacía. Era muy agresivo. Son actitudes que adquirimos… En realidad, yo no era así. El ambiente donde me movía me arrastró y me convirtió en eso. Me bastó conocer gente normal, entre los que te incluyo, para darme cuenta. En mi caso, la mala leche no estaba en mis genes.

¿Recuerdas la primera vez que tú y yo cruzamos unas palabras?

—Sí —recordó, sonriendo—. Me dijiste que habías sido un atracador de bancos.

—Exacto, y te llamó la atención —apuntó Thierry, sonriendo a su vez.

—Sí, me llamó la atención, ¿por qué negarlo?

—Bueno, pues te recuerdo que ya no lo soy. A veces, las personas, cuando les cuentas algo así, se asustan. Tú no lo hiciste. Nunca me juzgaste.

—No lo hice —admitió.

—Pues, por favor, deja de hacerlo ahora —le pidió lanzando una mirada severa que Ismael no pudo aguantar. Thierry le propinó un pescozón en la cabeza—. Tú mismo me dijiste, el día que nos conocimos, que todo el mundo merece una segunda oportunidad.

—¿Rafael no?

—No. Ese asqueroso no merece nada. Lo de ese tío es rollo duro. *C'est un pervers*.

—Parece como si lo conocieras muy bien.

—Llevo más tiempo que tú viviendo aquí. He oído muchas cosas de Rafael. No es buena gente. Además, te recuerdo que pasé una buena parte de mi condena con *el Rojo*. Sé muchas cosas de esos dos. Y yo no soy como ellos.

—Lo siento, Thierry, lo siento de verdad. Sé que estoy insoportable y desconfío de todo. Hoy he tocado fondo. No creo que lo que le ha pasado a Ziggy sea casualidad y después de este día de mierda no sé en quién puedo confiar.

—Da por hecho que como descubra quién mató a Ziggy lo va a pasar muy mal.

Pero tal vez el que mataran a la perra no quiere decir nada. La gente se aburre. Y hay personas muy malas en este mundo. ¿Quién sabe? Podría tratarse de un cazador frustrado con ansias por cobrarse cualquier pieza antes de acabar un mal día y lo que tú piensas que es una conspiración no sea más que un hecho aislado.

Acaba de empezar la veda, no es raro encontrar cazadores por el bosque en estas fechas. Antes de pensar en conspiraciones deberías descartar posibilidades más lógicas.

—Tal vez tengas razón.

—Y no te encierres en casa. Por la hora que es no creo que vayas a abrir la librería. Vamos a tomar la última y a animarte. Tienes que ver gente y quitarte esas ideas obsesivas de la cabeza.

—No me apetece tomar nada.

—*Ne touché pas mes couilles*, te vienes conmigo, aunque sea a rastras.

—No te pongas nervioso que te domina el francés.

—¡Nos vamos ahora mismo! Ponte unos zapatos, te espero aquí. Tienes que distraerte, en casa no haces nada.

Se levantó y lo obligó a incorporarse agarrándolo por un brazo. Su mano se cerró en torno a él, abarcando todo su diámetro.

—¿Y cuántas veces te he dicho que hagas pesas o deporte o algo? No tienes ni un puto músculo en los brazos. Están blandos.

Lo empujó hacia la puerta.

—Aquí te espero.

Sumiso, subió las escaleras con los pies descalzos. Entró en su habitación y se calzó las sandalias. Al salir, vio algo en el suelo, junto al marco del balcón abierto.

Era un papel sujeto con una pinza de tender. Ya sabía de dónde había salido. Miró al edificio de enfrente y distinguió la figura de Rafael en la penumbra del comedor de su casa, donde nunca parecía entrar el sol. Desdobló el papel. «*Tenemos que hablar. Te interesa*».

Temblando, volvió a doblar la nota y la introdujo en el bolsillo del pantalón.

Como si fuera la capa de un mago, bajó la persiana, y la figura de Rafael, en la casa de enfrente, desapareció de su vista.

ELUCUBRACIONES

Acaban de matar a mi perra y aquí estoy, tomando una copa con los «colegas». No tiene ningún sentido. Malditas las ganas que tengo de estar aquí. ¿Qué dice Thierry?

¿De qué se ríe? No tengo ni puta idea de lo que está contando. Lleva media hora hablando, pero solo le veo mover los labios. Todo el mundo se ríe. Debe de ser muy gracioso.

Todos los que se han sentado en nuestra mesa me han dado el pésame. Las noticias corren como la pólvora. Están fingiendo. Nadie demuestra un sentimiento auténtico.

Me han preguntado cómo ha sido, cómo me encuentro… No les importa. Finalizado el trámite se han puesto a beber y la muerte de Ziggy ha pasado a un segundo plano. Y mañana ya nadie se acordará. Total, era solo una perra.

Veo sus caras. Me miran de reojo. Aunque disimulen, están pendientes de mí. ¿Qué coño están mirando? ¿Se supone que tengo que reírme por las tonterías que dicen?

¿Tengo que mostrarme alegre? ¿Contento? ¿Feliz?

El mismo Thierry me sorprende. Siempre acariciando a Ziggy. Que si «Fifís olalá» por aquí, que si «la princesa pirata» por allá… Pero a la hora de la verdad está demostrando que su muerte le importa una puta mierda.

Ahora, incluso, se atreve a darme un codazo y cogerme de la nuca y me dice que me anime. Y me lo dice al oído. Como los grandes amigos que somos. Todavía pensará que me creo que lo hace por mí. Lo hace por él. Porque tener a una plañidera sentada en la mesa siempre es un incordio. Puto egoísta… El hecho de que me haya traído aquí demuestra lo que le ha importado siempre la perra. O sea, nada. Soy gilipollas por dejarme arrastrar.

¿Estará aquí el que ha disparado? ¿En esta mesa? ¿En las otras?

Estoy seguro de que alguno de ellos es el culpable y que se está regodeando con mi dolor. Porque sé que lo llevo impreso. Me he dejado convencer para venir aquí y ahora mismo esa mierda de tío está viendo mi cara. Está viendo mi dolor.

¿Podría ser Leandro? Lo he visto mirarme varias veces y girarse cuando lo miro. ¿Roberto? Es cazador. Siempre se acercaba para acariciar a Ziggy y me decía que era

un pointer de pura raza. Que lo sabía por el hueso que tenía en el cráneo. Puto falso de mierda. Ziggy no era un pointer de raza. Su madre era un chucho. ¡Era mi perra! ¡Mi perra! Sin más pero suficiente. ¿Has sido tú, Roberto? También te he visto mirar de reojo, no me digas que no.

¿Y qué coño está mirando el gilipollas de Rodrigo? ¿Acaso tengo monos en la cara?

Nunca le he caído bien y hasta ahora no me había importado. Tiene derecho a que le caiga mal, pero ¿y si siente hacia mí algo más fuerte que la antipatía?

¿Qué coño mira Thierry? Debería centrarse en sus putas anécdotas y dejarme en paz.

¿Me está vigilando? ¿Ha sido él? ¡Por supuesto que no ha sido él! Pero si sabe lo que le conviene debería dedicarse a contar sus putos cuentos y dejar de observarme con su jodida cara de hermano mayor. Siempre pendiente de mí, ¿eh Thierry? ¡Déjame en paz coño! El culpable no está lejos y estoy seguro de que alguno de estos hijos de puta sabe quién es.

Martín me ha mirado y se ríe. Lo he visto. Y mientras sigue riendo, vuelve a mirarme.

Le dice algo al que tiene al lado. Mierda, no recuerdo su nombre. ¿Están hablando de mí? Seguro que lo hacen. Seguro que se están diciendo «mira ese subnormal, le hacen el vacío, le tiran huevos, nadie entra en su tienda, le matan a la perra… y aquí está entre nosotros, sin enterarse de nada. Actuando como el gilipollas que es». Pues te equivocas Martín, porque sé muy bien lo que estás pensando. ¿Has sido tú? Y ahora me vuelves a mirar y te quedas callado y te pones serio, ¿consternado, tal vez? Y me saludas con la cabeza, pero lo estoy viendo en tus ojos. Hablan por sí solos. No sé si has apretado el gatillo, cabrón, me cago en tu puta madre, pero tú sabes algo, y desde luego que te lo voy a sacar ni que sea a hostias.

Ismael saltó de la silla ante la sorpresa de todos los que estaban sentados en su mesa. Cuando Thierry quiso reaccionar, ya se encontraba delante de Martín. Este se quedó mudo cuando, de un manotazo, hizo volar su copa de cerveza, que cayó a los pies de otro cliente, haciéndose añicos. Los ocupantes de otras mesas cercanas se levantaron, alarmados.

—¡¿Qué estás mirando, hijo de puta?!

—¿Qué? —fue lo único que acertó a decir Martín.

—¡¿Que qué coño miras?! ¡¿Tengo monos en la cara?!

Martín, confuso, cruzó con sus amigos una mirada de incredulidad. Uno de ellos le puso una mano en el pecho a Ismael.

—¡Mira, gilipollas, más vale que le pagues la cerveza a Martín y que vuelvas a tu mesa!

Ismael se volvió hacia el espontáneo, que ya tenía preparado el puño,

dispuesto a dispararlo.

—¿Acaso estoy hablando contigo? ¿O es que eres su puto cómplice?

Cuando estaba a punto de recibir un puñetazo, Thierry saltó sobre los contendientes, tratando de separarlos.

—¿Qué coño haces, Ismael? —preguntó. Lo empujó, alejándolo con sutileza del radio de acción del puño que, estaba seguro, iba a impactar en el rostro de su amigo en pocos instantes.

—¡Solo quiero saber por qué coño me mira y se ríe!

—¡¿Qué coño estás diciendo, puto tarado?! —bramó Martín, avanzando hacia él.

Thierry se interpuso entre ellos.

—Martín —dijo, conciliador—, no le hagas caso. Está nervioso porque le han matado a la perra y ha bebido demasiado.

—¡No lo defiendas! ¡No hay excusa para hacer lo que ha hecho!

—¡Pues deja de reírte de mí, hijo de puta! Tú sabes quién lo ha hecho, ¿verdad?

¡Dímelo, me cago en Dios!

Martín volvió a la carga. Thierry lo frenó, apoyando los dedos con suavidad en su pecho.

—Martín, hazme caso, pasa de él. Llevamos toda la tarde juntos y está hecho mierda. ¡Y la está cagando! —dijo, volviéndose hacia Ismael y dedicándole la última frase.

—¡¿Que la estoy cagando?! —exclamó Ismael, barriendo la terraza con la vista.

Todos los presentes lo observaban. Rostros de indignación, de sorpresa. —Incluso alguno de lástima—. ¿Quién de vosotros ha sido? ¡¿Quién ha sido?!

La única respuesta que recibió fue el silencio. Frustrado, golpeó el aire con los puños, se dio la vuelta y regresó a la librería.

Se apoyó contra una de las estanterías. El nudo que sentía en la garganta le impedía llorar. Le faltaba el aire. Intentó llenar sus pulmones. Lo único que consiguió fue marearse.

Hacía muchos años que no se sentía así. Recordó el envase de *Clozaril* que guardaba en el botiquín. Estuvo tentado de tomar una pastilla. Desestimó la idea. Necesitaba mantenerse despierto las próximas horas. Tenía una cita.

TRES AMIGAS

Leire estaba sentada en uno de los bancos de piedra que menudeaban a lo largo del *Paseo de los Acantilados* cuando vio aparecer a las dos niñas.

Amalia tenía colgada de una de sus muñecas la cámara que le habían regalado sus padres, una Nikon EF300, funcional y manejable. Hacía buenas fotos a pesar de no ser una maravilla. Pero era suficiente para cualquiera que empezara a aficionarse a la fotografía.

Silvia corrió hacia la valla protectora que se interponía entre ellas y el abismo y sugirió a su amiga que desde ahí se podía hacer una buena toma. Amalia estudió el entorno con el gesto de una experta para acabar dando el visto bueno. Silvia se encaramó a la barrera y empezó a encadenar posturas con soltura, tratando de emular las muecas de desprecio que lucían sus ídolos en las revistas de moda y los anuncios. Mientras tanto Amalia imitaba, a su vez, lo que consideraba la actitud de una fotógrafa profesional, clavando una rodilla en tierra y exhortando a su amiga a cambiar de postura cada vez que apretaba el disparador.

Leire reía con ganas mientras contemplaba la sesión. Las niñas estaban tan enfrascadas en lo que hacían que no repararon en ella. No quería interrumpirlas. Si se daban cuenta de su presencia, las fotos podrían perder frescura. No era un arte envarado.

Estuvo contemplando sus evoluciones hasta que Silvia, que en ese momento se estaba jugando el tipo colgando a horcajadas sobre la valla, la vio. Las dos niñas dejaron la sesión y fueron a su encuentro.

—¿Llevas mucho rato mirando? —preguntó Silvia.

—El suficiente para imaginarte desfilando para *Gucci*.

La niña sonrió, halagada. Leire pudo ver cómo se ruborizaba.

—Dios te oiga —contestó.

—Lo digo en serio. Lo hacéis muy bien. Las dos.

—¿Yo lo he hecho bien? Si ni siquiera has visto las fotos —dijo Amalia.

—No me hace falta verlas. Has elegido un buen escenario y viendo cómo te colocas, puedo imaginarlas. Tenéis mucho talento.

—¿Qué haces aquí? —se interesó Silvia.

Leire suspiró.

—La verdad es que no lo sé. He salido de casa, me he puesto a andar y aquí estoy.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Amalia.

—Sí, ¿estás bien? No tienes buena cara.

Leire no respondió. Las niñas la miraban como a una amiga de su edad que sufriera mal de amores.

—Déjala —aconsejó Amalia, que era la más intuitiva de las dos—, seguro que se ha peleado con su novio.

—¿Es cierto eso, Leire? ¿Te has peleado con el novio?

—Pues la verdad es que sí —reconoció.

Amalia saltó sobre el banco donde estaba sentada, la abrazó desde atrás y le dijo al oído, aunque lo suficientemente alto como para que la oyera Silvia:

—¿Sabes qué te digo? ¡A tu novio, que le den por saco!

Las tres estallaron en carcajadas. Por un breve momento, Leire imaginó que Inés y Natalia habían vuelto de la tumba.

—Venga, seguid con la sesión.

—Quédate con nosotras, no te vayas —le pidió Silvia.

—Si me quedo mirando a lo mejor te cortas, y estabas siendo muy natural delante de la cámara.

—No me voy a cortar. Pues menuda soy yo, ¡si me gusta más una cámara que a un tonto un lápiz!

Leire accedió a presenciar la sesión fotográfica.

—Pero acéptame un consejo.

—Dime.

—Quítate esos pendientes de aro.

—¿Por qué? —preguntó Silvia, llevándose la mano a uno de los pendientes.

—Quedan un poco… chabacanos —opinó, arrugando los labios.

Silvia corrió de nuevo a la valla de contención y, antes de volver a encaramarse a ella, dejó los pendientes sobre una roca, a sus pies.

—No los dejes ahí. Ya te los guardo yo.

Leire se adelantó antes de que Amalia apretara el disparador y guardó los pendientes en el bolsillo de su pantalón.

BUSCANDO RESPUESTAS

Ismael estaba sentado en la silla del balcón. Poco a poco, la actividad de la calle había ido menguando, trasladándose al interior de las casas. Un coro de voces vomitadas a través de los televisores y que llegaban a sus oídos como psicofonías, anunciaba el final de la jornada.

Las horas iban pasando mientras esperaba, impaciente. Poco a poco el pueblo se fue quedando en silencio. En el interior de las casas las luces se fueron apagando.

Las farolas iluminaban las ventanas a oscuras. Todo el pueblo parecía dormir salvo Pilar, sentada incansable ante el televisor, ajena a su vigilancia.

Ismael entró en el piso y apagó la lamparita del comedor. Sumergido en la oscuridad, se sentó en el sillón, convencido de que, después de todo, Rafael no saldría esa noche. Estuvo así veinte minutos más. El reloj marcaba la una y media pasadas. Por fin, en el edificio de enfrente, escuchó cómo se abría y se cerraba la puerta de la calle. Rafael había salido.

Se levantó, evitando las prisas, y buscó una chaqueta en el armario. De noche el calor se había acabado. Aun así, no habría podido asegurar que la piel de gallina de sus brazos se debiera al frío.

Bajó a la librería y levantó con sumo cuidado la persiana del local. Debido al silencio reinante el ruido le resultó atronador. Le pareció ridículo extremar tanto las precauciones. Estaba convencido de que la mayor parte de sus vecinos conocían sus encuentros con Rafael. En todo caso, la alzó lo justo para poder deslizarse en cuclillas y luego la volvió a bajar con el mismo cuidado.

No había un alma en la acera. Escrutó los balcones. Vacíos. Cuando estuvo seguro de que nadie lo observaba, tomó el camino hacia la alameda. Oyó las pezuñas de la perra arañar el empedrado. Se giró para cerciorarse de que no se entretenía por el camino. Pero Ziggy ya no estaba. La garganta se le encogió al constatar que solo tenía el aire a su espalda.

Diez minutos después llegó a la alameda. Al final del paseo pudo ver la brasa del cigarro. A pesar de su necesidad de escuchar lo que Rafael tuviera que contarle, la intuición de que al final de su historia lo esperaba una desagradable revelación, lo asustaba. Avanzó con el titubeante aplomo de un

condenado a la pena de muerte.

—Siento mucho lo de tu perra. Hay mucho cabronazo suelto por este pueblo.

Ismael le agradeció las condolencias. Para su sorpresa, el tono de la frase le resultó sincero.

—Gracias. Supongo que te habrás enterado por Adrián.

—Sí, el Niño Bonito llamó a casa para hablar con la vieja. A mi madre también le ha sabido muy mal, aunque no tenga ningún trato contigo. Me ha dicho que la perra se le había acercado de vez en cuando.

No consiguió recordar momento alguno en que Ziggy se acercara a Pilar. Supuso que era probable. Había sido un animal muy sociable.

—Es curioso cómo los animales pueden llegar a ser mucho mejores que los humanos —añadió Rafael, mostrando una rara habilidad para completar y verbalizar pensamientos ajenos—. Estoy seguro de que ni siquiera tú te has acercado en tu vida a mi madre —concluyó, continuando con su faceta de lector de mentes.

—No —admitió.

—Bueno, tampoco te pierdes gran cosa.

—¿Cómo puedes hablar así de ella?

—Venga, Ismael, ya te dije que no hay nada peor en este mundo que un hipócrita. Reconoce que no eres mucho mejor que todos esos hijos de puta que están durmiendo en sus camitas. La has despreciado como cualquier hijo de vecino.

Ignorando la puya, Ismael extrajo del bolsillo la nota.

—¿Qué significa esto?

—Que tienes que acabar de escuchar mi historia. Y cuando me he enterado de que ya no tenías motivos para pasear por las noches he pensado que necesitabas un incentivo. ¡Escúchame!, *incentivo*, ¡joder si no aprendí a hablar bien en la cárcel! Leí mucho, ¿sabes? A lo mejor no tanto como tú, que tienes una librería. ¡Pero vaya si leí! Si un día me atrevo a escribir mis memorias, tú las podrías vender, ¿qué te parece? Si es que logras que alguien entre en la librería, porque me he estado fijando y no veo mucho movimiento por ahí —rio su propia ocurrencia. Ismael volvió a sentir el impulso de levantarse de noches anteriores.

—¿Estamos aquí para que te burles de mí?

—Estamos aquí para que sepas la verdad de todo.

—¿Por qué se supone que tengo que escucharte?

—Esa pregunta te la deberías hacer a ti mismo, no a mí. Así que, pregúntate:

«¿Qué hago aquí?».

Semejante lógica selló sus labios. Deseaba que Rafael retomara la historia y

acabara cuanto antes lo que tuviera que decir. Ese hombre le repelía con tanta intensidad como le atraía. En cuanto vio la nota, supo que acudiría a la cita. Aunque siempre que lo tenía delante, su primer impulso era el de echar a correr.

—Y si tú no te haces la pregunta, no pasa nada, Isma. ¿Te puedo llamar Isma? —No esperó a que le diera permiso—. Si tú no te haces la pregunta —insistió—, entonces te la hago yo. ¿Por qué se supone que tienes que escucharme? Yo no te obligo a nada. Estás aquí por propia voluntad, tío.

—¿Esto de qué trata? ¿De sincerarnos? ¿De ser amigos? Entérate, tú y yo no seremos nunca amigos. Y, con franqueza, como persona me resultas repugnante.

—Bueno…, veo que esta vez cogemos el toro por los cuernos. Intuyo que esta va a ser una noche a corazón abierto.

Ismael obvió el comentario.

—Creo que, de alguna manera, el primero de nuestros encuentros no fue casual.

Me da la impresión de que maquinas algo y yo formo parte de tus planes. Eso es lo que pienso, Rafa. Yo no tenía ninguna necesidad de escucharte. Por desgracia, creo que el relacionarme contigo ha traído consecuencias en mi vida y ahora es tarde para dejarlo. Tienes algo que decir, no sé si es porque estás muy solo o porque no sabes a quién recurrir, y me has elegido a mí. Pues muy bien, te escucho. Y cuando hayas acabado, no volveremos a vernos. Nunca más.

—¡Bien hablado, coño! No te equivocas. Tengo algo que decir. He estado muchos años callado y creo que ya es suficiente. Tampoco estás equivocado en eso de que estoy muy solo. En la actualidad todos mis conocidos o están muertos o me quieren matar. Y eso de que soy una persona repugnante, pues, ¿qué quieres que te diga? Supongo que me lo he trabajado a pulso para serlo. Y creo que te quedas corto, señal de que me ves con buenos ojos. Lo que seguro que nunca se podrá decir de mí es que no soy sincero. Durante muchos años no he podido serlo y estoy harto, qué joder…

»Nunca he sido buena persona, eso tengo que admitirlo. Pero me he comido marrones en mi vida que no me tocaba comer. Necesito contarlo, y creo que tú eres tan bueno como cualquier otro para escucharlo y, además, pareces ser el único dispuesto a hacerlo. Comprende que no puedo despreciar la oportunidad.

No queda mucho por contar. Y no te preocupes, si todo va como espero, no creo que disfrutemos de muchas más ocasiones para volvernos a ver…

RAFAEL (tercera noche)

… si quieren acabar conmigo, lo pueden hacer sin problemas. Piensa que habíamos conocido a una gente que podían convertir un chalet de lujo en una tumba en ruinas en poco menos de una semana. Cuando después de la primera toma de contacto, al Rojo y a mí nos dejaron volver a la isla, los dos alucinábamos. Estábamos tratando con un poder de cojones, capaz de hacer desaparecer de la faz de la Tierra a cualquiera, sin dejar rastro.

Cuando llegamos al pueblo, ¿sabes?, pues lo típico, ya me esperaba el viejo con el puño cerrado por haber estado cinco días sin aparecer por casa. Se llevó una buena sorpresa, porque me planté ante él y le dije que como se le ocurriera zurrarme, le quitaría el cinturón y acabaría con él metido en el culo. «¡Maricón de mierda!», le solté, y se quedó blanco y después se puso rojo y al final lila y se me tiró encima con sus putas manazas por delante. Lo agarré y le crucé la cara de un puñetazo. Al principio tanto él como yo nos quedamos congelados. Él se sujetaba la mandíbula, no se podía creer lo que acababa de pasar. Y yo estaba parado, delante de él, todavía con el puño apretado en la misma posición como me había quedado después de haberle cruzado la cara. El primero en reaccionar fui yo. Ese era mi momento y no podía dejar perder la ocasión.

Eso es algo que aprendes después de mucho callejear, ¿sabes? Si le has hecho daño a un rival que no lo espera, aprovecha la sorpresa antes de que reaccione y te mate. Así que ya me ves a mí tirándome sobre el viejo con todo lo que podía, brazos, piernas… Estábamos en la cocina y tiré a patadas las sillas de la mesita mientras avanzaba hacia mi padre, que, ante la embestida, se encogió, ¿te lo puedes creer? Entonces ahí voy yo y ¡pam!, patada en las costillas y ¡bum!, puñetazo en la boca. Y así una vez y otra y otra… Desde luego, la paliza fue de órdago. Recuerdo a mi madre diciéndonos que parásemos, que dejásemos de pelear, sin darse cuenta de que el pedazo de carne al que tenía tanto miedo estaba tirado en el suelo sin hacer nada más que ensuciarlo de sangre. Le quité el cinturón y le di con él. Se lo había prometido.

El repaso que le di fue tan grande que después de eso no se atrevió a decirme, nunca más «esta boca es mía». Hasta el Niño Bonito estuvo un tiempo viviendo tranquilo sin las visitas de mi padre. Después de esa paliza tardó un tiempo en que

se le pusiera dura.

Yo me sentía importante, ¿sabes? Importante y muy fuerte. Por primera vez alguien se había fijado en mí. Y me valoraban, al igual que al Rojo. ¡Estaba hinchao como un globo! El viejo me importaba un carajo. Fue la última vez que intentó tocarme. Yo lo había hecho muy bien. Con una vez bastó para que entendiera que era mejor no jugar conmigo.

Poco a poco todo fue volviendo a la normalidad en casa. Como el viejo estaba jodido por no poder echarme la bronca, las folladas al Niño Bonito fueron en aumento, supongo que le desestresaban. Y mientras, mi madre fingía no darse cuenta de nada mientras se distraía friendo patatas. Me daba asco el vicio de mi padre pero desde luego la actitud de mi jodida vieja nunca la entendí, ¿sabes? Durante esa época recibió también alguna paliza bastante dura por mi parte. Nunca me arrepentí. Ella era la única causante de mi desprecio, por lo tanto, la responsable de las palizas que yo le daba. Y no es que mi hermano me importara demasiado, no te equivoques. No lo hacía por él.

Por mi parte lo que tenía que hacer Adrián era buscarse la vida como me la había buscado yo. Y tenía que aprender a defenderse. A lo mejor si yo lo hubiera tratado de impedir, habrían dejado de violarlo. Supongo que no era un buen hermano mayor. No tenía ningún instinto de protección hacia el pequeño de la casa, ¿sabes? Lo que yo pensaba era que lo que Adrián tenía que hacer era agarrar un cuchillo, guardárselo en los pantalones y esparcir las tripas del viejo cuando intentara sacárselos. Tengo que reconocer como detalle de amor a mi hermano, que cada vez que el viejo lo empujaba a la habitación, esperaba que lo hiciera. Y si nunca lo hizo, por algo sería. A lo mejor hasta le gustaba.

Yo y el Rojo estuvimos un tiempo sin saber nada de esa gente. El Nino y el Charlín, cuando salieron del hospital, volvieron al pueblo y los cuatro hicimos cosas pequeñas.

Por supuesto, por la cuenta que les traía, nunca les dijeron a los médicos quién les había dado semejante paliza y, aunque en sus casas o en el propio pueblo les preguntaron nunca abrieron la boca.

Un día, estando en el Continente en una discoteca a la que íbamos mucho, el Ruben nos presentó a un viejo que venía de parte de la Organización. Quería hablar conmigo y con el Rojo de una entrega de diamantes a una joyería. Nos sopló el día y la hora en que un furgón iba a hacer la entrega y nos encargó el trabajito.

Me dolió decirles al Nino y al Charlín que no contábamos con ellos para nuestro siguiente trabajo. Para compensarles les cedimos el control de las tres prostitutas que chuleábamos. Después de eso, poco a poco fuimos dejando de trabajar con ellos.

Con todos los datos en la mano planificamos el palo. Nos agenciamos con dos recortadas y el día fijado esperamos en la puerta de la joyería que apareciera el furgón. Fue un golpe matemático. Entramos detrás de los dos gilipollas que entregaban el material.

El Rojo dejó KO a uno de ellos con un golpe de culata en la cabeza. En tres

minutos habíamos salido de allí con las joyas. Después se las entregamos al viejo en una nave industrial donde nos estaba esperando sentado a una mesa con una lamparita y uno de esos aparatitos con un cristal que se colocan en el ojo para ver el interior de los diamantes, ¿sabes? Dos torres estaban detrás de él, con las manos cruzadas sin quitarnos el ojo de encima. El viejo dio el visto bueno y nos entregaron un maletín con dinero. Ese fue el primer golpe que dimos para la Organización. Desconozco el destino que les dieron a las joyas y sospecho que podríamos haber ganado mucho más dinero del que nos dieron. Pero yo sabía que teníamos que ganarnos su confianza poco a poco, ¿sabes? El golpe había sido perfecto. Salió en los papeles y todo. Por eso sé que no nos dieron todo el dinero que nos merecíamos porque por los periódicos me enteré que había sido una especie de robo del siglo. Así lo llamaron. El Rojo se cabreó más que yo. Siempre ha sido más impaciente. A mí, para meter el cuello y que se hablara de nosotros, ya me valía. A día de hoy todavía no se sabe quién robó esas joyas. Si me da tiempo, algún día lo confesaré. Total, el delito ya ha prescrito.

Después de nuestro primer trabajo con esa gente, el Rojo alquiló un piso en el Continente. Yo me planteé irme de casa, pero allí era el rey. Hacía lo que me salía de los cojones, entraba y salía cuando quería y tenía sirvientes en todos los rincones. Hasta mi padre acabó tratándome con respeto. Fue toda una sorpresa cuando un día Adrián salió por la puerta y ya nunca volvió. Mi padre se volvió loco. Se entiende que estaba encoñao con el Niño Bonito y su marcha le sentó muy mal. El pequeño de la casa se fue a vivir con un maricón. Supongo que había cogido afición. Mi padre se fue a buscarlo varias veces y siempre volvía con las manos vacías. El viejo no volvió a ser el mismo nunca más, ¿sabes? Supongo que, a su manera enferma, echaba de menos a mi hermano.

Amor de padre que se dice. El niño cortó el trato con toda la familia. A veces lo veía caminando por el pueblo y el gilipollas más de una vez cruzaba la calle para no tener que saludarme. Yo le gritaba que mi lado de la acera era mejor.

Tiempo después volvió a tratar con mis padres. No sé cómo se lo montaron para entenderse porque yo ya estaba cumpliendo condena. Pero la recuperada armonía familiar se rompió cuando mi padre cayó por un acantilado. Parece que cuando tuvo el accidente, los tres estaban pasando un bonito día de campo o algo así. Supongo que le fallaron las piernas. Sé que a la Policía le pareció raro aquel tropezón. Bueno…, su trabajo es sospechar. Al final llegaron a la conclusión de que fue un accidente. Se podrían haber ahorrado el esfuerzo. La teoría del asesinato era absurda. Me moría de la risa pensando en la vieja y el Niño Bonito pelando al viejo. Estaban condenados a ser dos víctimas toda su puta vida. En casa eran como dos conejos asustados. Ni siquiera se tenían el uno al otro. No tienen madera de verdugos, la verdad. Mi padre los tenía anulados. En la cárcel podría haberme beneficiado de un permiso cuando lo enterraron, pero pasé de ir al funeral. El primer recuerdo que tengo de él es del día que me pegó una somanta de palos por abrirle un cajón donde guardaba lo recaudado de los seguros que cobraba y el último, su cara de satisfacción

cuando me condenaron. Entre medio, solo me recuerdo del miedo que le tenía antes de que comenzara a faltarle al respeto cuando me di cuenta de que era tan cobarde como la mayoría de los idiotas a los que choraba.

Mucho peor en su caso, porque le gustaba dárselas de gran hombre. Hasta que se descubrió el pastel, claro. Hasta que le tuve que reventar a palos para que me dejara en paz de una puta vez.

Decidí quedarme en casa de los viejos porque me propuse joderles la vida tal y como ellos me la habían jodido a mí. No sé, a lo mejor soy un poco rencoroso…

Sí que tuvieron que quedarse descansados cuando me cayeron todos esos años por el puto secuestro de las niñas…

Se pusieron en contacto con nosotros para que realizáramos el encargo. A primera vista no tenía ninguna complicación. Unos clientes solicitaron la entrega de dos niñas para usarlas. Ya me entiendes. Cuando hablaron con nosotros ya lo tenían todo medio organizado. Desde la isla ya tenían un contacto con el que acordaron el encuentro.

Nosotros solo teníamos que pasar a recogerlas. Se encontraban en la ermita, tal y como el contacto había asegurado. Primero aparecí yo solo. No era cuestión de asustarlas y provocar una desbandada, ¿sabes? Una vez me puse a hablar con ellas, todo fue rodado. Es muy fácil embaucar a adolescentes. El Ruben tenía preparada una furgoneta con la que apareció un rato después. Entre risas y bromas subimos a la furgoneta.

Empezaba a anochecer y era la mejor hora para sacarlas de la isla como se había acordado. Habíamos quedado en otro punto con el Rojo, que nos esperaba en otra furgoneta. Por si acaso, pensamos en utilizar dos vehículos; por la historia de jugar al despiste. Durante el camino hasta la segunda furgoneta empezaron a ponerse nerviosas y para mi sorpresa, el Ruben enloqueció. Pasó de su asiento a la parte de atrás donde las niñas, llorando, nos preguntaban dónde las llevábamos, porque no eran tontas y se dieron cuenta de que, al pueblo desde luego, no íbamos. El chalao empezó a abofetearlas y a decirles barbaridades hasta que frené y tuve que apuntarle con la pipa para que las dejara en paz. Solo me gusta ver el miedo en la cara del que se lo merece. Bastante tenían esas tontas del culo con pasar por lo que estaban pasando. A regañadientes, el Ruben pasó al asiento del copiloto, no sin antes lamerle un pezón a una de ellas. Era un puto cerdo el cabrón. A punto estuve de pegarle un tiro ahí mismo. Pero me habría cargado la operación. Y con esa gente no se jugaba. Me tuve que tragar las ganas de reventarlo. Total, que volvimos a ponernos en marcha para llegar al punto donde nos esperaba el Rojo. Fue lo más duro, porque dándose cuenta de que yo podía ser su única oportunidad, las dos niñas empezaron a decirme que yo no era tan malo, que las soltara, que no dirían nada. Y yo venga aguantar la jodía musiquilla de sus ruegos y sus lloriqueos. Me estaban poniendo nervioso. Al final tuve que frenar, pasé a la parte de atrás y les propiné un par de guantadas mientras el Ruben se moría de risa sentado en su asiento. Tenía que hacerlas callar de alguna forma. Ya habíamos llegado demasiado lejos. No había

vuelta atrás. Y eran ellas o yo. Y sintiéndolo mucho, tenía muy claro de qué parte me encontraba. Se les atragantaron las súplicas cuando les enseñé la pipa como minutos antes se la había enseñado al Ruben.

En relativo silencio, porque las niñas seguían lloriqueando, pero guardándose mucho de hacerlo a un volumen que no me crispara los nervios, llegamos al punto donde habíamos quedado con el Rojo. Cambiamos a las niñas de vehículo y una vez dentro el Ruben les inyectó midazolam para dormirlas. Las tuvimos que reducir porque cuando vieron las agujas se volvieron locas. Se durmieron a los pocos minutos y el Rojo y yo nos dirigimos en la segunda furgoneta con la carga al puerto para coger el «ferry». *El Ruben volvió al Continente con la primera furgoneta en el último del día. Para cuando él cruzó el charco nosotros ya habíamos entregado a las niñas. Su desaparición provocó un lío de tres pares de cojones en todas partes.*

Ni el Rojo ni yo y sospecho que ni siquiera el Ruben sabíamos cuál iba a ser su destino. Yo miraba las noticias y es que no me lo podía creer, ¿sabes? No creas que soy un ingenuo. Sabía que, quien las hubiera pedido, no iba a utilizarlas para hacer nada bueno con ellas. Y me sorprendió mucho cuando iban pasando los días y las niñas no aparecían. Siempre pensé que algún día lo harían. De cualquier manera, de acuerdo.

Tal vez tan drogadas que nunca habrían tenido la oportunidad de saber lo que les había pasado. Yo no las tenía todas conmigo porque, cuando aparecieran, podían identificarnos. Nunca quise hacer ese trabajo. Cuando se las entregamos, la Organización insistió en que no debíamos preocuparnos por nada. Que todo estaba planificado a la perfección. A veces me arrepiento de no haber sido más listo, visto lo que ocurrió después.

No debí confiar en ellos. Pero ya era tarde. Estaba metido en el asunto hasta las trancas.

Tres semanas después se volvieron a poner en contacto con nosotros. Querían volver a vernos. Nos citaron en una especie de aeropuerto abandonado. Cuando llegamos, nos esperaban cuatro tíos armados hasta los dientes en una especie de hangar donde se encontraba una avioneta. De ella bajaron un par de tipos con un bulto envuelto en una manta. Nos hicieron abrir la parte trasera de la furgoneta y metieron el bulto en su interior. Después salió un hombre del avión que no habíamos visto nunca. Nos dijo que envueltos en la manta había dos cadáveres. Que teníamos que volver con ellos a la isla y enterrarlos en una zona muy concreta. Insistió mucho en ello. No podíamos enterrar los cadáveres donde se nos antojara. Sacó un plano de la isla y nos indicó el lugar exacto donde debíamos dejar los cuerpos. El Rojo y yo nos miramos. Sabíamos de sobra quién estaba envuelto en esa manta. Protestamos todo lo que pudimos hasta que nos entregó un maletín, mientras los otros cuatro nos apuntaban con sus armas. Lo tomáis o lo dejáis, nos dijo. En ese momento dejamos de protestar. Cogimos el maletín y salimos de allí a toda hostia. Imagínate lo que nos hubieran hecho si les decimos que lo dejamos…

En un momento del recorrido nos paramos para mirar lo que había dentro del

maletín y nos quedamos alucinaos. En mi vida había visto semejante montón de pasta toda junta. De camino al puerto nos adentramos en un polígono y paramos en una de sus calles desiertas para asimilar toda esa mierda. Éramos ricos, pero ¿a qué precio? El Rojo aceptó la situación mucho mejor que yo. Pareció conformarse después de todo. Yo le dije que no me había unido a esa gente para matar niñas. Él contestó que ya era tarde para echarse atrás. Yo le dije que éramos unos simples recaderos de mierda y él contestó que en cualquier trabajo siempre se empieza desde abajo. ¿Quién iba a pensar que iba a oír eso de su boca? Me cagué en todo. Para cualquier protesta mía, él tenía una respuesta.

«Me cago en Dios», le dije y pasé a la parte de atrás. Desenvolví la manta y le mostré los dos cadáveres que ocultaba. Eran las niñas, claro. Y lo que vi me heló la sangre. No te puedes imaginar lo que es sentir auténtico horror. Te pilla por el cuello un calambre que te baja por el cuerpo hasta que te agarra de los huevos y te los estruja. No podía creer que aquel revoltijo retorcido hubieran sido alguna vez las niñas. Te juro de verdad que nunca pensé que llegaría a ver algún día un cadáver en esas condiciones. Les faltaban partes del cuerpo, sus caras parecían haber sido borradas con una de esas gomas de mala calidad que utilizábamos de críos en el colegio, ¿sabes a lo que me refiero?

¿Sabes esas gomas que pasabas por encima y no borraban y que en lugar de hacerlo dejaban grandes manchurrones difuminados? En realidad, lo que me dijo que eran ellas fueron las ropas que habían llevado puestas cuando aún estaban vivas, sedadas en esa misma furgoneta donde ahora llevábamos sus cuerpos destrozados. Su muerte era reciente, porque todavía no olían a podrido. Por contra, olían al óxido de la sangre reseca y a meados. Y a algo que no pude identificar, un olor acre, que siempre relacioné con el olor del miedo que habían debido pasar, ¿sabes? «¿Para esto trabajamos con esta gente, Rojo?, ¿para esto?», le dije a mi socio, aguantándome las lágrimas, fíjate tú por dónde, yo que pocas veces lloraba y que me comportaba como un auténtico hijo de puta con todos los mierdas de mi familia. Si me hubieran visto en ese momento habrían alucinao. El Rojo, mientras tanto, me miraba con la boca abierta y luego miraba los cuerpos y pestañeaba mucho, pero no decía nada. Al final no pude soportar la visión de esos cuerpos destrozados y los volví a cubrir. Pasé adelante y volví a ponerme al volante.

«¿Qué hacemos, Rojo?», le pregunté. «¿Hacer?», me dijo. «Vamos a hacer lo que nos han dicho que hagamos. Y aquí paz y después gloria. ¿O quieres que te hagan lo mismo?». Nos quedamos los dos mirándonos, como pasmarotes. «Venga, a ver si todavía vamos a perder el "ferry" *y vamos a tener que estar toda la noche rondando por aquí con dos cadáveres, arranca», me dijo el Rojo. Y yo le hice caso sin rechistar, ¿sabes? Ese silencio me ha perseguido durante veinticinco años. Cogimos el* «ferry» *a tiempo y, al llegar aquí, enterramos a las niñas. El Rojo guardó el dinero. Dijimos que lo repartiríamos. Nunca vi un céntimo…*

TURNO DE PREGUNTAS

Rafael se llevó un cigarro a los labios y le ofreció otro a Ismael, que aceptó, buscando en uno de sus bolsillos el mechero. Le alcanzó la llama haciendo hueco con la mano y, sin apagarlo, encendió el suyo. Los dos soltaron al unísono el humo de la primera calada, que se alzó en el aire, caracoleando y enroscándose.

—¿Qué pretendes, contándome todo esto? —preguntó Ismael.

—Que sepas la verdad o, por lo menos, parte de ella.

—¿Por qué yo?

—Tú lo has dicho antes. No tengo a nadie a quien decírselo.

—¿Por qué tendría que creerte? En este pueblo todo el mundo te odia. Y estoy seguro de que te conocen mucho mejor que yo.

—He cumplido condena por secuestro, violación y asesinato, y yo mismo admití los hechos. Pero al principio, cuando me detuvieron, lo negué todo. Si miras los periódicos de la época verás que no se encontró ni una sola huella mía en los cadáveres.

—Pero después confesaste. ¿Por qué lo hiciste?

—Me obligaron.

—¿Quién te obligó?

—Ellos. La Organización.

—Pero te aseguraron que no tenías nada que temer.

—Está claro que me mintieron.

—Supongo que habría una investigación.

—Bueno, más que nada hubo coacción.

—¿Te coaccionó La Organización?

—Sí. Tienen medios para hacerlo. Por ejemplo, a través de la Policía.

—¿La Policía?

—Exacto, me dijeron lo que tenía que decir.

—¿Me estás diciendo que esa gente tiene a la Policía comprada? Venga, Rafael.

Eso no hay Dios que se lo crea.

—Pues puedes creerlo, tío. Policías, jueces, periodistas… Tienen que

proteger su tinglado. Tal vez no tengan a todos comprados, pero sí a un número lo bastante grande como para que les cubran la espalda.

—Eso es imposible.

—No, no lo es.

—¿Por qué no condenaron al *Rojo*?

—Con *el Rojo* no sé cómo se lo montaron. Estuvo imputado, pero tal vez al final llegaron a un acuerdo con él. El caso es que salió limpio del marrón. Pero tampoco tienes que olvidar que se comió otro poco tiempo después. Aunque la excusa para detenerlo fue diferente, no me extrañaría que estuviesen de alguna manera conectadas. Se supone que teníamos cobertura. No sé si algo falló o dejaron que trincaran al *Rojo* y que se comiera un marrón más pequeño.

—¿Qué pasó con Ruben?

—Ni puta idea. Desapareció o le hicieron desaparecer.

—¿Y la Organización tiene comprados a jueces y periodistas?

—Me consta que a alguien tienen en nómina en Justicia. Y periodistas, ¿qué te puedo contar? ¿Es que has visto que después de un crimen tan sonado hayan querido entrevistarme al salir de la cárcel? No interesa.

—No sé a quién le puede interesar entrevistar a un violador y asesino de niñas.

Es normal.

—También es normal que hundan reputaciones.

—Vamos, Rafael, ¿qué reputación tienes tú?

—Una vez en la cárcel, volví a negar los hechos. Se supone que los periodistas investigan, ¿no? Pero nadie se preocupó de hacerlo, ni uno solo. Se aceptó que yo era culpable, aunque no existieran pruebas en mi contra.

—Las cárceles están llenas de presos proclamando su inocencia. ¿Por qué tú ibas a ser especial?

—Te vuelvo a decir que te leas los periódicos de la época. Jamás han podido demostrar con pruebas físicas que yo sea culpable de nada.

—Pero tienen tu confesión.

—Sí, describí con todo detalle las torturas a las que fueron sometidas las niñas.

Con eso valía. Todo mentira, Isma. Me las describieron en los interrogatorios. Yo me limité a firmar un papel cuando al final me resigné al destino que tenían preparado para mí. Fui el primero al que le tomaron el pelo. Después se lo tomaron a todo el mundo. Esa gente está en todas partes, tratan con políticos, fiscales, fuerzas del orden, periodistas… Sus clientes son poderosos e influyentes. Si quieren montar una fiestecita para desestresarse, la Organización se ocupa de las drogas, de las bebidas, de las putas… y si a veces tienen algún caprichito que se salga de lo razonable, pues no pasa nada… Para eso estamos. Tienen centros de adopción, campamentos de verano,

reformatorios donde facilitan niños a quien los quiera.

Son granjas… Y no tienen prisa, a veces hacen planes para años vista. Consiguen cualquier cosa que se les encargue.

—Si tan poderosos son, ¿cómo sabes todo eso? Tú eres un don nadie.

—Me lo dijeron durante los interrogatorios. Para que entrara en razón y entendiera que podían hacer conmigo lo que se les ocurriese.

—¿Por qué arriesgarse a que supieras todo eso? Podrías acabar contándolo.

—¿Qué más da? ¿Quién me creería? ¿Me crees tú?

Ismael reconoció la lógica del razonamiento.

—¿No era más fácil no dejar ningún testigo? ¿Cómo pueden afianzar semejante tinglado dejando eslabones sueltos?

—Por lo que sé, el *Ruben* podría estar muerto. Es evidente que *el Rojo* tuvo que llegar a algún tipo de acuerdo. Y en lo que respecta a mí… En fin…, la desaparición de las niñas fue muy sonada. La gente quería encontrarlas. Durante el tiempo que estuvieron desaparecidas se alzó un clamor popular. Supongo que decidieron devolverlas a su tierra y los equipos de búsqueda, ayudados por los perros, encontraron los cadáveres. Una vez hallados los cuerpos tenían que encontrar cuanto antes a un culpable. ¿O qué sé yo? A lo mejor lo hicieron para demostrarle a alguien o a sí mismos que podían hacer lo que quisieran. A veces la explicación más simple es la correcta.

—Pero dijiste que en la isla había otro contacto. ¿Qué pasó con él? ¿Lo sabes?

—Ahí le has dado, Ismael. Eso puedes preguntárselo a ella misma. Estáis saliendo juntos.

Ismael se quedó petrificado. Se dijo que no debía de haber escuchado bien. El rostro de Rafael, que le devolvía la mirada calibrando el efecto que habían provocado sus palabras, acabó convenciéndolo de lo contrario. De nuevo la conocida ira amenazó con brotar. Se levantó de un salto.

—¡Eso es mentira!

—No lo es. Te juro que es cierto. Subimos a tres niñas en la furgoneta. La tercera fue la que atrajo a sus amigas a la trampa. Nos ayudó a atraerlas a la ermita y fue la más activa cuando se trató de convencerlas para que se fueran con nosotros.

—Eres un embustero. Ella me dijo…

—Ah… Ella te dijo… —lo interrumpió Rafael con un tono teatral.

Ismael dio un paso al frente, dispuesto a agarrarlo del cuello de la chaqueta, a zarandearlo, a pegarle un puñetazo. Se contuvo. Comprobó decepcionado que ni siquiera en esas circunstancias era capaz de golpear a nadie.

—¿Sabes que Leire es adoptada? —preguntó Rafael.

—¿Eso qué tiene que ver?

—La conozco desde que era una cría. El papel que representó en todo este

asunto es lo que tengo más claro. Había sido adoptada en la agencia que dirigía la Organización. Ese centro de adopción facilitaba presas para pederastas. Se podría decir que Leire era el resultado de un experimento porque no fue utilizada con el fin para el que estaba destinada.

Ismael volvió a sentarse, por instinto, lo más lejos que pudo de Rafael. Encorvado sobre el banco, se cubrió el rostro con las manos.

—¿Cómo sabes eso?

—Ella misma me lo explicó cuando empezó a colaborar con nosotros. La conocía de verla en el pueblo, claro. Pero después la conocí mucho más.

—¿Y cómo dispusieron de ella, según tú?

—Leire era retorcida de cojones —continuó Rafael con una sonrisa casi evocadora—. En serio, era más mala que la tiña. En el centro de adopción traía por la calle de la amargura a más de uno. Y la Organización consideró que era una pena desperdiciarla para que la reventara cualquier pederasta. Así que… la formaron.

—¿La formaron?

—Sí, de bien pequeña. Y luego la acogió una familia, aquí en la isla.

—No tiene ningún sentido. ¿Con qué objetivo hicieron eso?

—Ya te he dicho que la Organización es paciente. Sus clientes también. No tengo todos los datos, solo sé lo que me contó ella. Sé también que el centro de adopción trabajaba con un campamento de verano donde los niños hacían excursiones y sus padres la llevaban cada año. Ahí trató con empleados de la Organización que se encargaron de que no *perdiera el rumbo*.

—Pero me dijo que escapó de ti. Que la habían violado. Que la habían torturado.

—¿Torturado? Bueno, si una paliza severa para disimular lo extraño que habría resultado que sobreviviera a sus amigas se puede llamar tortura, que tortura sea. Y me consta que a Leire le encanta el dolor. En eso no me meto, cada uno tiene sus vicios.

—¿Y las violaciones?

—Por lo que sé, Leire no era virgen a los quince años, pero nunca fue violada.

Desde luego, si la examinaron comprobarían que no tenía el himen, lo que se dice, intacto. Y si una niña magullada cuyas amigas han sido masacradas te dice que la han violado… y ves que ya ha sido estrenada… Pues la han violado.

Las continuas respuestas de Rafael acabaron por agotar a Ismael. Le costaba creer todo lo que estaba escuchando. Pero, de alguna manera, una lógica interna lo cohesionaba todo.

—Me mandaron recogerla y traerla de vuelta a la isla. A mí solo. *El Rojo* fue apartado de ese servicio. Durante el viaje apenas hablé con ella. Me horrorizaba lo que había hecho, teniendo en cuenta de qué manera habían

acabado sus amigas. Leire me daba grima. Había algo muy extraño en ella. Nunca me sentí a gusto a su lado.

Volví con ella en *ferry*. Iba oculta en el maletero del coche. Cuando llegamos a la isla, tenía órdenes de que nos reuniéramos con *el Rojo* en un punto acordado. Yo no sabía para qué. En un principio temía que nos obligaran a matarla. Aunque si te soy sincero, pensaba que lo merecía. Al llegar a un camino de cabras la dejé salir del maletero y la tapé con una manta en los asientos de atrás hasta que la muy zorra me dijo que tenía que mear y que parara. Así lo hice. Ni siquiera cuando escapó fui capaz de entender que me la habían jugado. Se metió en unas cuevas.

Yo fui tras ella acojonado por lo que la Organización me pudiera llegar a hacer si la perdía. La muy puta llegó al pueblo y dio la voz de alarma. No pasaron muchas horas hasta que me detuvieron. Su testimonio fue la puntilla que sirvió para condenarme.

Rafael extrajo otro cigarro del paquete que guardaba en el interior de la chaqueta.

Le ofreció uno a Ismael, pero estaba demasiado aturdido como para darse cuenta.

Seguía encorvado sobre el asiento, con los codos apoyados sobre las rodillas; la mirada hundida. Se encogió de hombros y devolvió el tabaco al bolsillo. Encendió el cigarro y soltó una gran bocanada de humo que envolvió a ambos.

—Formé parte de un puto juego.

—No me lo puedo creer —masculló Ismael.

—Pues créetelo, lo que te he contado no es la primera vez que pasa. Ya se ha hecho otras veces —volvió a aspirar el cigarro. Observó cómo se elevaba el humo—. Me has preguntado que por qué te había elegido para contarte todo esto.

Todo lo que he dicho es cierto. Lo explico porque quiero que se sepa. Porque estoy harto de guardar silencio. Porque mi vida, cada día que pasa, vale menos. Porque hoy estoy aquí y mañana, ¿quién sabe? Pero también te lo explico para que tengas cuidado, porque te he visto con ella, porque la he visto entrar y salir de tu casa, porque os he oído follar, reír y discutir. Te cuento todo esto porque tienes que saber que este pueblo está podrido, que aquí pasan muchas cosas, que no todas son buenas y que mucha gente es responsable de ellas. Te cuento esto para que no te fíes de nadie.

BAJO LA ESCALERA

De camino a casa se sentía como si hubiera sobrevivido al impacto de una locomotora y se dirigiera confuso a su lecho para morir en él. Notaba la cabeza embotada y sus piernas se movían por la fuerza de la costumbre. Consciente de que caminaba sin rumbo, se detuvo y se apoyó en una pared. Echó la vista atrás y no vio la alameda. Se había alejado del paseo, sin apenas darse cuenta, dejando allí a Rafael.

Miró a su alrededor para ubicarse. Se encontraba delante de la farmacia. Por primera vez en su vida el simbolismo de la serpiente enroscada alrededor de la copa de Hijea se le antojó un siniestro presagio. Había algo ominoso en la serpiente que ascendía por el tallo de la copa para verter veneno sobre su cáliz. Llenó sus pulmones con el salado aire nocturno. El rumor de las olas se le antojó el ruido blanco de un televisor estropeado.

Apoyado contra una pared, se llevó las manos a las sienes. Su cabeza parecía albergar una manada de bueyes en estampida. Tenía que conseguir silenciar ese ruido. Lo confundía. No lograba concentrarse. Su respiración se aceleró, acompañada por el compás desbocado de su corazón. Empezó a marearse. Supo que estaba al borde de un ataque de pánico, si es que no había entrado ya en él. Se sentó en el suelo convencido de que si alguien lo encontraba de esa manera no sería, ni mucho menos, un motivo para que su reputación mejorara. Pero era noche cerrada —¿qué hora sería?, ¿las tres?, ¿las cuatro?—, un mal momento para ejercer el chafarderío —¿o tal vez el más adecuado?—, y no había nadie asomado a los balcones. Por lo menos nadie al que se pudiera ver. ¿Y si lo estuvieran observando desde el interior? Imaginó mil pupilas escudriñando a través de los postigos y las rendijas de las persianas. Sacó fuerzas de donde no las tenía. Se puso en pie, intentando controlar el ataque de pánico delatado por su apresurada respiración.

Retomó el camino, lanzando un último vistazo a los balcones próximos. En un par de ellos le pareció detectar movimiento, pero lo cierto era que su visión se encontraba mermada por destellos intermitentes que lo cegaban, producto de la ansiedad.

Se detuvo en la siguiente esquina, aguantando su peso con un brazo

apoyado en la pared. En esa postura parecía un borracho que llegara a casa tras el cierre del último bar y ese pensamiento le hizo alzar de nuevo la mirada. El panorama era el mismo que el de la calle anterior. Solo las barandillas de los balcones y los aleros de las casas atestiguaban su presencia. *Esto es ridículo, serénate*. Tomó una bocanada de aire y lo expulsó, intentando otorgar a su respiración un ritmo más regular. Logró contener su pecho desbocado y volvió a ponerse en marcha.

¿Podía confiar en Rafael? ¿Era verdad lo que le había contado? ¿Qué motivos tenía para mentirle? Tendría que hablar con Leire. Pero si la historia era cierta, ¿debía correr el riesgo? Se sentía caminar entre arenas movedizas. La conocida impresión de no saber lo que hacer ni por dónde tirar volvió a asaltarlo. La opción de contárselo a Thierry —«*tienes que confiar en alguien*», le había dicho— tomó fuerza.

Pero la idea de poner tierra de por medio le resultó la más atractiva. Hacer las maletas y largarse de la isla. ¿Qué lo retenía ahí? En realidad, nada. Tan solo Leire.

Acabada la relación, ¿qué le impedía dejarlo todo? La librería estaba muerta, nunca remontaría el vuelo. Y, en definitiva, el hecho de vivir en el mismo lugar donde había sido asesinada su perra invitaba a abandonarlo. Facilitaba las cosas. Pero ¿a dónde ir? ¿Volver a casa? No, no había allí nada que lo atrajese.

Las continuas dudas lo agobiaban. ¿Acaso, hasta el momento, no se había buscado la vida sin problemas? ¿Por qué tenía que ser diferente ahora? Pero estaba claro que empezar de cero comportaba una mínima planificación. No podía hacer las maletas y desaparecer de un día para otro.

Mientras caminaba hacia la librería, lo acometió la dolorosa certeza de que sería la primera noche sin Ziggy. Ese pensamiento dio paso a otro de cariz mucho más inquietante. Todo indicaba que su reciente relación con Rafael, en teoría secreta, le había perjudicado. Ismael llevaba muchos días sintiendo una agresividad inaudita hacia él. Agresividad que había pasado de ser pasiva a adquirir un tono mucho más activo desde el momento en que alguien decidió embadurnar con huevos la persiana de la librería, hasta acabar desembocando en el asesinato de la perra.

Pero ¿y si la bala no iba dirigida a ella? Cuando Ziggy recibió el disparo la tenía a su lado. De hecho, había oído el silbido de la bala. Le había ido de poco. Estaba tan cerca que su sangre embadurnó su ropa. ¿Su asesinato habría sido un mero azar? ¿Un acto de torpeza? La idea de que lo quisieran matar era estúpida. Él no había hecho nada para merecerlo. Pero ¿acaso la perra lo merecía? No encontraba motivos para que nadie quisiera acabar con él, pero ¿debía descartarlo? Tenía que largarse de allí.

Antes de doblar la esquina de su calle, se asomó con prudencia. Ni un alma.

Introdujo la llave en el candado de la persiana y la giró, tratando de hacer el menor ruido posible. La levantó con el mismo cuidado, dejándola a media altura. Abrió la puerta del local y se deslizó, como un ladrón, al interior.

Inmerso en la gris oscuridad de la librería su ataque de pánico pareció remitir.

Arropado por el espeso silencio que reinaba en el local, escuchó los sordos latidos de su corazón golpeándole los oídos. Pero su ritmo se había ralentizado. Avanzó hacia el mostrador, accedió a él y se sentó en la mullida silla de oficina desde donde tantas veces había charlado con los clientes. Estuvo sentado en la penumbra un buen rato. Con los ojos cerrados dejó que llegara la calma. Percibió el polvoriento aroma de los libros. Deseó estar así el resto de su vida.

Un sonido indeterminado le hizo abrir los ojos. Inmóvil, afinó los oídos. Trató de descifrar qué podía ser lo que le parecía haber escuchado. El sonido se repitió.

El característico susurro de la tela al rozarse. Aguantó tanto la respiración que acabó mordiendo el aire con una bocanada ansiosa. La inquietud azuzó su impresión de no estar solo. El silencio y la oscuridad le dieron visos de certeza a su sospecha. Miró a su alrededor. Podía intuir los cuerpos de las estanterías gracias al mínimo resplandor de las farolas, que se filtraba a través de los cristales de la puerta que daba acceso al patio. Su luz resultaba insuficiente. Había alguien en el local, estaba seguro. Tal vez escondido detrás de las estanterías. Lanzó una mirada al interruptor de la entrada. El miedo le impidió correr hacia él.

Volvió a escuchar el roce. El sonido venía del fondo del local. Cerca de las escaleras. Notó un cosquilleo en el escroto. Su corazón, que parecía haber recuperado el ritmo normal al llegar, volvió a dispararse. Buscó con la mirada algo que le sirviera de protección. Sobre la mesa vio una tijera. La cogió. El ruido que hizo al rozar la tabla le pareció, envuelto en ese silencio, el chirrido de las ruedas de un coche al frenar. Con ella en la mano permaneció sentado, a la espera del inevitable ataque que llegaría por la espalda. Ese ataque no llegó.

Resignado, se levantó presionando con fuerza los brazos de la silla para evitar el deslizamiento de las ruedas. Caminó, casi de puntillas. Se planteó si su silenciosa cautela podía poner en guardia al intruso. La presencia de la tijera le daba cierta seguridad y la estrujó con el fin de afirmarla en la palma de la mano.

Atravesó el umbral que separaba el negocio de la escalera. El rincón estaba iluminado por la luz que se filtraba a través del cristal de la puerta del patio. La luz no llegaba al hueco de la escalera, sumido en una oscuridad absoluta, como la entrada de una cueva. Estuvo tentado de subir la escalera y encerrarse en su habitación. Pero en caso de que hubiera alguien, habría sido un error. Las piernas apenas le aguantaban. Le habrían atrapado antes de llegar arriba.

Lanzó una mirada por encima de su hombro hacia la puerta de la calle. Tampoco le daría tiempo a levantar la persiana para salir corriendo. Estaba atrapado. Apretó con más fuerza la tijera mientras se armaba de valor para avanzar y sacar del hueco a quien fuera que se ocultara en él. Los dedales se le clavaron en la palma de la mano. Avanzó, paso a paso, sin apartar la mirada de la negrura a la que se aproximaba.

No había nadie. De forma absurda sacudió la oscuridad del hueco con las dos manos. En una de ellas, aferrada con fuerza, sostenía aún la tijera.

Se apoyó contra la pared notando cómo, por segunda vez esa noche, su corazón se desaceleraba. *Si alguien te hubiera visto*, pensó, *diría que eres todo un héroe*, se fustigó. El ridículo momento que acababa de vivir le hizo esbozar una sonrisa.

Aun así, había algo que no encajaba, que no estaba bien en ese escenario de obra mala.

Una franja de luz arañaba el umbral de la puerta del patio entreabierta. ¿*La dejé así cuando me fui*?, se preguntó. Conocía la respuesta. Nunca dejaba la puerta abierta. Siempre pasaba el pestillo. Nunca había logrado asimilar las costumbres del pueblo, tan relajadas en materia de seguridad, y todavía conservaba un poso de desconfianza urbanita. Su patio era frontero con los del resto de la manzana. Era fácil escalar las tapias y pasar de uno a otro. Siempre cerraba la puerta y corría el pestillo. Pero el pestillo no estaba. Miró al suelo. Encontró la pieza a sus pies. Habían forzado la puerta.

El enfado le brindó algo de valor y salió al exterior. El patio estaba desierto. Recorrió y observó, una a una, las paredes con acceso al resto de patios. La persona que hubiera podido entrar en su casa, a simple vista, no había dejado rastro de su presencia.

Se sentó en uno de los *pallets* sin soltar la tijera. A la mañana siguiente el sol lo sorprendió allí. No sabía a qué hora se había dormido. Estaba helado y con la chaqueta mojada.

LA DENUNCIA

Lo primero que hizo al despertar fue recorrer la casa. Intentó emplear la lógica. Las teorías conspirativas estaban muy bien. Lo tenían muy entretenido. Pero también era posible que el intruso solo hubiera entrado para robar. Los cajones no estaban revueltos ni echó de menos objeto alguno. Bajó a la librería. Abrió el armarito que tenía debajo del mostrador. La pequeña caja fuerte donde guardaba la recaudación seguía allí, sin señales de haber sido forzada. Buscó la llave, guardada en un cajón.

Ahí estaba. No abrió la caja. Desestimó que alguien la hubiera abierto y, de ser así, no se habría podido sustraer nada valioso de ella. Llevaba varios días sin utilizarla porque no tenía ingresos. No era necesario mirar en su interior.

Después prestó atención a las estanterías. En apariencia no faltaba ningún libro, ¿y quién se arriesgaría a asaltar de noche una librería para conseguir tan pírrico botín?

Se quedó de pie en medio del local, confuso. La entrada del patio había sido forzada pero, a simple vista, el allanamiento no había tenido ningún objetivo concreto. De nuevo las teorías conspirativas recuperaron su posición de privilegio.

¿Qué intereses habían movido al intruso?

Salió al patio. Estudió con atención sus muros, aprovechando la claridad. Ni una triste huella. Las enredaderas no parecían haber sufrido daños. No estaban maltrechas ni pisoteadas. Sopesó la altura de las paredes. No eran demasiado altas. Calculó sus medidas, algo que hasta ese momento nunca se había planteado. Deberían de rondar los dos metros y medio, más o menos. Alguien lo bastante ágil y medianamente en forma las podría haber escalado sin problemas y saltado al suelo desde lo alto. Dejó de investigar cuando se convenció de que ahí no encontraría rastro alguno.

Decepcionado, subió las escaleras con la intención de ducharse para quitarse el frío que se le había metido en los huesos después de pasar la noche a la intemperie. Al entrar en su habitación sus ojos se dirigieron a la cama —vacía— de la perra. Volvió a sentir un acceso de lágrimas. Decidió que esa misma mañana, sin falta, se desharía de ella y de cualquier cosa que le

recordara a Ziggy.

Mientras se movía por la casa intentó detectar la falta de algún objeto o cualquier elemento que estuviera fuera de lugar. Fue en vano. Los armarios y cajones no habían sido removidos.

Se quitó la ropa, fría y húmeda, y dejó correr el agua. Lamentó no tener un pestillo en el lavabo para poder ducharse con tranquilidad. Mantuvo un ojo avizor a través de la cortina. *Estás paranoico*, se regañó. ¿*Es que no es para estarlo*?

Mientras tomaba un café con leche se planteó la posibilidad de denunciar el allanamiento. Pero ¿qué podía hacer la Policía? No faltaba nada. No habían registrado el interior de los cajones ni los armarios. La puerta del patio no parecía dañada, aparte del cerrojo arrancado. Se podría atribuir su rotura a un mal ajuste de la pieza.

En todo caso, era la gota que colmaba el vaso. Todavía no sabía a dónde ir, pero en cuanto pusiera en orden un par de cuestiones, se marcharía. Decidió que lo mejor sería colocar un nuevo cerrojo, organizar su partida cuanto antes y, mientras tanto, dormir con la luz de la mesilla encendida. Porque lo que tenía claro es que le costaría mucho dormir con tranquilidad. Semejante cúmulo de coincidencias extrañas no podían ser fortuitas.

Por otro lado, tal vez había sorprendido al ladrón cuando acababa de forzar la puerta. Pero ¿el motivo del allanamiento era el robo? Por más vueltas que le daba, le costaba creer que esa había sido la excusa. Tal vez habían querido asustarlo. O algo peor…

Las paredes se le caían encima. Necesitaba salir a la calle; que le diera el aire.

Estirar las piernas y seguir pensando.

Pocos fueron los transeúntes que lo saludaron con cordialidad y los que lo hicieron se excusaron con rapidez, como si respondieran a algún tipo de consigna, algo a lo que empezaba a acostumbrarse. Claro que, teniendo en cuenta el numerito que había montado en el bar la tarde pasada, tampoco le extrañaba que sus vecinos lo rehuyesen. Por otro lado, no podía quitarse de encima la sensación de atraer las miradas ni que estas se le clavaran en la nuca como alfileres.

Le asaltó un mareo muy parecido al de la noche anterior. Los rostros que se cruzaban con él le parecieron difuminados. Caminó con rapidez con la intención de llegar cuanto antes a calles menos transitadas.

Llegó a una plazuela. Estaba vacía. A esa hora no habían llegado los ancianos que solían frecuentarla. Se sentó en un banco frontero a la fuente que la presidía, e intentó recuperar la calma. Se concentró en el sonido del agua que caía en cascadas intermitentes a una balsa donde se acumulaba. Un grupo

de gorriones picoteaban unas migas de pan y jugaban entre ellos como hojas sacudidas por el viento. Cinco minutos después la ansiedad remitió un poco. Una voz conocida lo sacó de su ensimismamiento.

—Ismael.

Levantó la cabeza al oír su nombre. Era Adrián.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Calibró el tono de su voz y lo que decía su mirada. Concluyó que su preocupación era genuina.

—Hola, Adrián. Sí, estoy bien. Solo un poco mareado.

—¿Quieres venir a la peluquería y tomamos un café? Iba para allá. No tienes buena cara.

—No, gracias. Tal vez más tarde. Tengo cosas que hacer —mintió.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No tendrías que estar en la librería?

Se apoyó contra el respaldo del banco, inspirando con dificultad, llevándose una mano al pecho. Adrián se alarmó un poco más de lo que ya estaba. Se sentó junto a él.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien. Creo que un poco acelerado. Solo eso.

—¿Acelerado? Vamos a la farmacia ahora mismo a que te miren la tensión —exigió, cogiéndolo de la muñeca, instándolo a que se levantara. Ismael se deshizo de la presa de su mano con suavidad.

—No, Adrián, de verdad. Ya estoy mejor.

Adrián guardó un alarmado silencio. El aspecto de su amigo, pálido, inhalando y exhalando el aire de sus pulmones, lo inquietó en extremo.

—Tienes que abrir la peluquería.

—No me pienso mover de tu lado. Que le den a la peluquería.

Ismael necesitó cinco minutos eternos para recuperar el color de cara. Adrián no recordaba haberlo visto nunca así. Se sintió culpable por no visitarlo el día anterior, después de la muerte de la perra.

—¿Estás mejor?

—Sí. —Esbozó una mueca que intentaba parecer una sonrisa.

No sirvió para que Adrián se tranquilizara.

—No estoy pasando por un buen momento. Y la muerte de Ziggy no ha ayudado, claro.

Adrián tuvo que hacer un esfuerzo para que la referencia a la perra dejara de parecerle un reproche. En todo caso, si lo era, no le importaba. Tenía todo el derecho del mundo a echarle en cara que no hubiera pasado a verlo para interesarse.

—Siento mucho lo de la pobre Ziggy.

—Ya lo sé.

—Hoy pensaba pasar a verte por la librería. ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Necesitaba salir de casa. Airearme un poco. Esta noche he tenido otra sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—Alguien forzó la entrada del patio.

Adrián se enderezó sobre el asiento.

—¿Que alguien ha entrado en tu casa? ¿Esta noche?

—Sí.

—¿Te han robado?

—En principio, no. Lo revisé todo, pero no eché en falta nada. Ni siquiera sé si vale la pena denunciarlo.

—Tienes que hacerlo.

—No creo que puedan hacer mucho. La única evidencia de la que dispongo es un cerrojo roto.

—Pero Ismael, después de lo que le han hecho a la perra, ¿no te parece mucha casualidad?

—Ya he pensado en eso.

—Pues tienes que denunciarlo.

—La Policía no puede hacer nada. Ni van a averiguar quién mató a la perra ni se van a molestar en saber quién ha entrado en la tienda cuando no parece que haya entrado nadie.

—Pero seguro que llegarán a la misma conclusión que nosotros. Esos dos hechos en menos de veinticuatro horas no pueden ser una casualidad.

—Tal vez lo sean —sugirió Ismael, sin convicción.

—Sabes igual que yo que no es así. O sea que ahora mismo te vas al cuartelillo a denunciarlo —concluyó, mientras se levantaba y tiraba de su brazo para que lo imitara—. Y después de denunciar, te pasas por la peluquería y nos tomamos un café. Tienes una cara que lo está pidiendo a gritos.

Caminaron un trecho hasta llegar a la peluquería.

—Vete al cuartelillo, Isma. Hazme caso. Cuando salgas pásate por aquí.

Adrián lo siguió con la mirada. Ismael tomó el camino del cuartel con la sonámbula inercia de un zombi haitiano.

Dudó unos instantes antes de entrar en la comisaría. En la recepción, detrás de una vieja mesa de metal, se encontraba Genaro, uno de los agentes más antiguos.

—Buenos días, Ismael.

—Buenos días.

—Qué raro verte por aquí. Bueno, en realidad, qué raro ver a nadie por aquí —Genaro sonrió ante su propia ocurrencia pero en su rostro Ismael creyó percibir un destello de contrariedad—. Tú dirás en qué te podemos ayudar.

—Quería hacer una denuncia. Nunca he abierto ninguna. No sé cómo se

procede en estos casos.

—Pasa a esa sala de espera. Ahora avisaré a Carlos, que redactará el atestado.

Genaro lo acompañó a la sala. Estaba vacía. Lo invitó a que se sentara señalándole una hilera de sillas colocadas ante la puerta de un despacho. Se sentó mientras Genaro, asegurándole que en breves momentos sería atendido, desaparecía tras ella.

Lo único que acertó a ver del interior del despacho fue un tablón de anuncios cubierto por papeles sujetos con chinchetas. Escuchó el rumor de una conversación. Le pareció que el tono era en exceso confidencial. No pudo descifrar nada de ella. Dos minutos después Genaro reapareció.

—En seguida te atienden —anunció, con una sonrisa que le pareció forzada y demasiado profesional en alguien que se paraba para hablar con él sobre perros siempre que podía. Genaro tenía tres y nunca perdía la oportunidad de cambiar impresiones y anécdotas con él aprovechando que era dueño de uno. Salió de la sala de espera alegando que tenía que volver cuanto antes al mostrador, urgencia innecesaria en un pueblo que no era conocido por su actividad criminal.

Se quedó solo. Los minutos pasaban sin que nadie se dignara acudir para atenderlo. Mientras esperaba, aguzó el oído para intentar descifrar lo que pasaba en el despacho, pero ningún sonido surgía de su interior. Quien fuera que estuviera dentro, no parecía llevar a cabo ningún tipo de actividad. Ni se oían voces, ni el crujir de un papel. Ni siquiera el repicar atropellado de una máquina de escribir.

Silencio absoluto. Trató de distraerse intentando leer las publicaciones colgadas del panel. Sus ojos no lograron descifrar su mensaje. Al final, ese silencio monacal acabó por exasperarlo y estaba a punto de irrumpir en la oficina cuando, bajo el marco de la puerta, se materializó la figura de Carlos, un agente más joven que Genaro.

—Hola, Ismael, siento la espera —se excusó, aunque a Ismael no le pareció que sintiera gran cosa.

—No importa.

—Me ha dicho Genaro que quieres hacer una denuncia. Puedes pasar —anunció, barriendo el aire con la palma de la mano, invitándolo a entrar.

Se levantó y accedió a la habitación precedido por Carlos, que se sentó tras una mesa mostrando la misma sonrisa artificial que le había dedicado Genaro.

—Me dijeron lo que le pasó a la perra. Lo siento. Supongo que es lo que quieres denunciar.

—Bueno, aprovecharé para denunciarlo también, claro.

—¿También? ¿Te ha ocurrido algo más?

—Esta noche alguien ha entrado en mi casa.

Carlos asintió. Después, giró la silla para colocarse ante una máquina de

escribir eléctrica. Introdujo un folio que fue succionado por el rodillo.

—Tú dirás.

—Bueno, antes de nada, quisiera saber tu opinión sobre una idea que me ronda la cabeza.

Carlos lo miró, delatando cierta expectación.

—¿Crees que pueda tener algo que ver con el asesinato de mi perra?

Carlos arrugó los labios. Ismael lo notó incómodo.

—¿Algo que ver? No, no lo creo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Bueno, ya sabes cómo es este pueblo. No suelen ocurrir muchas cosas. He oído que ayer tuviste un problema en el bar.

Ismael sonrió, culpable. Las noticias volaban.

—No te preocupes. —Carlos trató de tranquilizarlo, al ver su turbación—. Ayer tuviste muy mal día y la gente lo entiende. ¿Has tenido algún otro problema con alguien?

—Que yo sepa, no. Aparte de que dispararan a mi perra y entraran en mi casa en un mismo día —aclaró, esperando no sonar demasiado mordaz.

—Por la perra, no te enfades, pero creo que poco podemos hacer. Si nos dices dónde pasó, tal vez podríamos ir y mirar si encontramos algún cartucho, pero…

—¿Pero?

—Bueno, ya sabes que por esta época empieza la veda. Podría haber sido cualquiera. Pudo ser un error. Alguien la pudo confundir con otro tipo de animal y al comprobar que no lo era, o verte a ti, tal vez se asustara… Pueden ser mil cosas…

Con sinceridad, no creo que podamos hacer mucho. Te sugiero que nos centremos en el allanamiento de morada. Si los dos hechos están relacionados tal vez podamos tirar de ese hilo mejor que del otro. Ahora te voy a hacer unas preguntas y redactaremos el atestado.

Le explicó que esa mañana, al despertar, había encontrado la puerta del patio abierta y el cierre arrancado. Prefirió no referir el contexto real del descubrimiento.

No quería tener que dar explicaciones adicionales y se centró en el hecho en sí. A las preguntas del policía tuvo que admitir que no había echado de menos ningún objeto o que el piso y el negocio se encontraran revueltos o en mal estado. Carlos dejó de escribir y se reclinó contra el respaldo de la silla. Tras un momento de reflexión se giró hacia él.

—¿No te han robado nada?

—No.

—¿Estás seguro?

—En este momento, sí. A no ser que vuelva a casa y de repente me dé cuenta de lo contrario. Pensaba que tal vez podríais echar un vistazo.

—Pero según entiendo no hay ni un solo indicio de que hayan entrado en casa, aparte del pestillo roto.

—No, pero tal vez unos ojos más entrenados vean más que los míos.

—Bueno, Alfonso y Luís están con el coche dando vueltas por ahí. Vete a la librería y los mando para allá. Pero si no hay huellas que se vean a simple vista no creas que podremos hacer mucho más de lo que hayas hecho tú. Nosotros no vamos con polvos para comprobar las huellas dactilares. En casos de delitos más graves llamamos al Continente. En tu caso, y discúlpame, por lo que cuentas, que el pestillo saltara podría tener una explicación racional.

—No lo creo.

Sin dejar de mirar el atestado, Carlos soltó un bufido que a Ismael se le antojó un punto y final.

—No sé qué podemos hacer con esto, la verdad.

—Vosotros sois los policías. Creí que debía denunciar.

—Y has hecho bien. Estaremos alerta. Es posible que haya alguien colándose en las casas —se levantó de la silla y se dirigió a la centralita que tenía a su espalda—. Alfonso, Luís, ¿me oís?

Tras unos segundos de estática, de la radio surgió la voz de Alfonso.

—Dime, Carlos.

—Necesito que vayáis a la librería. Tengo aquí mismo a Ismael haciendo una denuncia. Dice que le han entrado en su casa. ¿A qué hora crees que podéis pasar?

La voz guardó silencio durante un tiempo que a Ismael le pareció excesivo. Después resonó, dubitativa.

—Estamos en la carretera del molino. Pensábamos dar la vuelta a la isla. Yo creo que en una hora o en hora y cuarto podríamos estar ahí.

—Muy bien. Ismael, ¿estarás en una hora en casa? —Ismael asintió—. Vale, Alfonso, Ismael te estará esperando en la librería.

Dejó el micro colgando de su soporte y se giró hacia Ismael, dando claros indicios de que el trámite había concluido y que lo acompañaría a la salida.

—Bueno. Vete a casa y procura no tocar nada, a ver si Alfonso y Luís pueden ver algo que hayas pasado por alto.

Ismael se levantó de la silla.

—No hace falta que te molestes en acompañarme.

—No es ninguna molestia. Me ha gustado verte, a pesar de las circunstancias.

Los dos caminaron hasta la salida. Genaro, al verlos aparecer, esbozó otra de sus sonrisas estereotipadas.

—¿Ya estáis? ¿Cómo lo ves, Carlos?

—Muy mal —admitió—. Ya le he dicho que no se haga ilusiones. Pero yo no me preocuparía. No creo que vuelva a ocurrir. No es lo común. Seguro que lo asustaste cuando te oyó llegar de la calle.

Tras un silencio en que ninguno de los tres parecía tener nada que decir, Carlos decidió volver a su oficina.

—Bueno, si no necesitas nada más.

—Nada más, muchas gracias.

—Gracias a ti. A ver si tenemos suerte y encontramos algo —dijo, estrechando su mano. Después desapareció en el interior de la sala de espera para volver a la oficina de la que había salido.

—Bueno, Ismael, me ha alegrado verte —dijo Genaro.

—Lo mismo digo. Parece que ya no tengamos tiempo para pararnos a hablar como hacíamos antes.

—La vida moderna, Ismael. La vida moderna.

—Claro —dijo, con un simulacro de sonrisa y volviéndose hacia la salida —. La vida moderna.

Cuando estaba a punto de salir, se volvió.

—Genaro, una última cosa…

—Tú dirás.

—Siempre hemos hablado de los perros, de sus costumbres, de sus travesuras, de lo trastos que pueden llegar a ser…

—Sí. Qué sería de nosotros sin ellos, ¿verdad?

—Intuyo que estoy en vías de averiguarlo. ¿Sabes? Es curioso que después de haberte parado tantas veces a acariciar a mi perra y de atiborrarla a chucherías, no me preguntes ni siquiera cómo estoy, ni que lamentes su muerte.

—Lo siento, Ismael —se excusó Genaro, con precipitación—. A veces no sabemos dónde tenemos la cabeza. Se me ha pasado. Pobre Ziggy, ¿cómo lo llevas?

—Ya —dijo Ismael—. Pobre Ziggy. En eso estamos de acuerdo — concluyó, saliendo a la calle.

A grandes zancadas, se dirigió a la peluquería; necesitaba hablar con alguien.

Necesitaba un amigo.

En la denuncia declaró que había encontrado la puerta forzada al *despertar* por la mañana, evitando cualquier alusión a su salida nocturna. ¿Cómo podía Carlos saber que el ladrón huyó cuando le *oyó llegar de la calle*?

CAMINO A LA FAMA

Mientras Ismael denunciaba en comisaría el allanamiento de su casa, Silvia esperaba con impaciencia la llamada de Amalia, que ultimaba los detalles que la llevarían directa al estrellato. Esperaba ansiosa su confirmación, aunque parecía que todo iba bastante bien. El día siguiente iba a ser importante.

Tumbada sobre la cama, evitando con todas sus fuerzas no caer en su antiguo vicio de comerse las uñas, miraba, una a una, las fotografías que su amiga le había hecho los últimos días. Tuvo ganas de saltar sobre el colchón y patearlo. No podía estar quieta de los nervios que sentía. Enlazó sus pies y los balanceó casi hasta tocarse la coronilla. Tras dar vueltas y más vueltas a las fotografías, volvió a pensar en la ropa que debía vestir para la cita. Se incorporó de un salto y se dirigió al armario. Era la tercera vez que estudiaba, con ojo crítico, el vestido elegido. Y volvió a dudar de que fuera el idóneo. Lo dejó colgado sobre el respaldo de la silla, fastidiada. Tomó varias piezas de ropa que combinó, superponiéndolas unas con otras, sobre la cama. Ninguna la convencía. La temible sombra del fracaso sobrevoló su ilusión. Con el fin de compararlo con el resto de prendas, volvió a tomar el vestido. Le pareció lo suficientemente corto como para parecer provocativa y lo bastante sobrio como para esquivar el exceso. Era la elección correcta. Lo devolvió al armario, prometiéndose a sí misma que dejaría de comparar. Estaba volviéndose loca. Se lo había probado mil veces y era perfecto. Además, le disimulaba el pecho.

Se puso de lado ante el espejo. Sus senos moldeaban la camiseta de su pijama. No eran demasiado grandes, pero cada vez que veía esas redondeces, sin poder evitarlo, sus ojos se dirigían a las múltiples revistas que yacían, abiertas y abandonadas, por toda la habitación. Todas las modelos tenían menos pecho que ella. Se llevaban los senos pequeños. Decidió que, si la rechazaban por su culpa, se los operaría. De pequeña le encantó que le crecieran. Nunca fue de ese tipo de chicas que doblaban la espalda con el fin de disimular lo evidente. Al contrario, era de las que arqueaban la espalda para resaltar con orgullo esas protuberancias que los chicos tanto parecían apreciar. Los chicos, esos idiotas… En cuanto sus tetas empezaron a destacar los tuvo comiendo de su mano… Esa actitud le había supuesto que tuviera problemas

con algunas chicas y más aún con las del tipo «*chepa en la espalda*», como le gustaba referirse a ellas cuando, con Amalia, las criticaban. Se reían tanto de esas amargadas… En todo caso, en ese momento, delante del espejo, sus pechos se le antojaban un grave problema. Tenía un par de sujetadores de deporte que disimulaban las medidas.

Se quitó la parte superior del pijama y se colocó uno de ellos. Sacó una camiseta de la cómoda y se la puso. El resultado era alentador. Los bultos se habían reducido por arte de magia, pero no tanto como para no resultar sugerentes. Decidió que llevaría ese sujetador a la entrevista. Se lo volvió a quitar y lo guardó sobre el resto de sujetadores para que no le costara encontrarlo al día siguiente.

El día siguiente… Le molestaba perderse el inicio de las fiestas. Supuso que la entrevista no le llevaría más de un par de horas y que estarían de vuelta a tiempo de ver el concierto inaugural. La esperaba una gran semana de música y calimochos.

El teléfono sonó. En lugar de descolgarlo, se podría decir que cayó sobre él.

—¿Diga? —contestó, consciente de que su voz delataba sus nervios.

—Hola, Silvia, soy Amalia.

—Hola, Chocho.

—Ya está todo arreglado. Nos esperan mañana a las seis. Nos recogerán cuando bajemos del *ferry*.

—¡Joder, tía, qué nerviosa estoy!

—No tienes por qué estarlo.

—¿Y si sale mal qué?

—Jo, tía, no tiene por qué salir mal. Tú ponte bien guapa y ya verás, se morirán al verte.

—¿Tienes los billetes?

—Ya los tengo.

—¿Y qué les digo a mis padres? Como se enteren que voy al Continente sin decirles nada…

—Ya dijimos que usaríamos la chocolatada de excusa.

—¿Y si se enteran?

—No se van a enterar. Además, a las ocho y media o a las nueve ya estaremos por aquí. Te harán una entrevista y ya estará.

—Joder, tía, me sabe un poco mal mentirles.

—Pues consuélate pensando en lo contentos que van a estar cuando abran una revista y te vean anunciado un perfume de Lancôme.

Cuando colgó el teléfono, buscó en su joyero de princesa Disney los pendientes de aro. Antes de abrirlo recordó que la última vez que estuvieron

con ella, Leire le recomendó que se los quitara. Los guardó en el bolsillo de su pantalón.

Se sintió decepcionada. Aunque Leire pensara lo contrario, ella creía que esos pendientes le favorecían. En cuanto la volviera a ver, se los pediría.

Los gritos de sus padres, que habían comenzado la enésima pelea, la distrajeron.

En su imaginación, la palabra «*divorcio*» se dibujó como un mal presagio.

TRAUMAS

Adrián ojeaba, sentado, una revista cuando Ismael entró en la peluquería. Contra pronóstico, sus rasgos lucían más demudados de lo que estaban cuando lo encontró en la plaza. Cerró la puerta con la premura del que huye de un perseguidor.

Su actitud lo alarmó. Sus ojos traslucían una desubicación absoluta. No parecía saber lo que hacía allí. Señales de una falta de control que observó con creciente preocupación.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Parecía que iba a romper a llorar. Se derrumbó sobre la silla contigua. Adrián tuvo la convicción de que sufría tal ataque de ansiedad que le hizo dudar de su salud mental.

—Creo que un café no es lo más indicado en este momento. Voy a ir a pedirte una tila al bar —dijo, lanzando la revista al suelo al tiempo que se levantaba de la silla.

—No salgas de aquí —le conminó Ismael con la voz a punto de romperse.

Volvió a sentarse esperando, asustado, que su ataque de pánico remitiera. Ismael cerró los ojos, se apoyó contra el respaldo de la silla e intentó controlar su respiración.

—Es la tercera vez que me pasa en menos de doce horas —acertó a decir.

—Intenta calmarte, no hables y concéntrate en la respiración —le aconsejó, poniéndole con suavidad una mano en el pecho—. Estoy aquí contigo. No pasa nada. Respira hondo, con calma. Estoy aquí contigo. Cálmate.

Aquel mantra pareció dar resultado. Diez minutos después estaba más calmado y su respiración dejó de reverberar en las paredes de la peluquería.

—Bueno, ahora me voy al bar a pedirte una infusión.

Ismael atrapó uno de sus brazos, impidiendo que se levantara.

—No, por favor, Adrián. No quiero una infusión. No salgas.

—Insisto, Isma —dijo, liberándose con suavidad de su anclaje—. En cinco minutos estoy aquí. Pondré el cartel de cerrado para que nadie te moleste. Aunque no es que haga mucha falta —admitió, paseando la mirada por la

peluquería desierta.

Cuando salió, Ismael se quedó sentado con una mano apoyada en la frente y los ojos cerrados. Se sentía más sereno. Se levantó y comenzó a deambular por el local. Buscó tras el mostrador algún CD con la intención de que la música acallara el silencio. Lo ponía nervioso. Todo el material del que disponía Adrián eran divas del *gaypower*. No era su música preferida, pero era mejor que nada. Descartó el primer CD que encontró. La voz de Cher lo crispaba. Sería una amenaza para su recién adquirida pero frágil serenidad. El siguiente era el inefable CD de ABBA que todo gay de manual debía ostentar. Le pareció una elección adecuada. Su música era perfecta para anular conspiraciones latentes. Colocó el disco en el lector y mientras se cargaba miró hacia la calle. Desde el mostrador disponía de una posición privilegiada para observar sin ser visto. Vio a un par de vecinos. Sus miradas parecían atraídas hacia el interior del local. Por la mueca de sus labios, uno de ellos estuvo tentado de escupir a los cristales, como poco. Experimentó una súbita solidaridad hacia Adrián. Sufrió un sobresalto cuando la puerta se abrió. Adrián accedió al local con dos tazas de las que surgía una espesa humareda.

—Chico, lo que tardan en atenderme en el bar. Cada vez van a peor.

Salió del mostrador y aceptó una de las tazas que le ofrecía.

—He pedido unas tilas. Tómatela con calma, te sentará bien.

Adrián se sentó en una de las sillas y aprobó con un movimiento de cejas la elección de ABBA como hilo musical.

Ismael se sentó a su lado y los dos sorbieron al unísono, retirando a la vez los labios del borde de las tazas. El agua estaba ardiendo.

—Tú también pasas por una *mala época*, ¿no? —preguntó Ismael, aludiendo al negocio.

—Sí. Como esto continúe así voy a tener que plantearme con seriedad la opción de cerrar.

—Yo estoy igual que tú.

Los dos volvieron a sorber con precaución.

—¿Tú qué piensas de todo esto?

—Pues que es evidente que la salida de mi hermano y mi incipiente ruina no son meras casualidades.

—Eso mismo pienso yo de la librería.

—No creo que sea el mismo caso.

—¿No?

—Para nada. Lo tuyo seguro que tiene otra explicación. Todo el mundo pasa malas rachas tarde o temprano. A ti te ha tocado. No. Tú no tienes mi problema.

Ya verás, un día u otro, remontas. Pero yo… ya ves cómo estoy. Tampoco creas que me importa demasiado. Casi puede ser lo que me fuerce a irme de aquí de una vez.

Quizá sea un golpe de suerte.

—Mi bajada de ventas también ha coincidido con la llegada de tu hermano.

—Tú no tienes nada que ver con mi hermano.

—¿Y si no fuera así?

—¿A qué te refieres?

Adrián era la única persona en quien Ismael sentía que podía confiar. Por otro lado, tenía la necesidad de hacerlo. De confiar en alguien, como le recomendó Thierry. Porque si no lo hacía, acabaría volviéndose loco.

Así que, casi sin darse cuenta, le empezó a relatar cada uno de sus encuentros con Rafael, incluyendo las acusaciones que este había vertido sobre Leire. Le expuso sus teorías sobre la muerte de Ziggy. También le confesó sus impresiones tras su reciente visita a la comisaría.

—¿Rafael te ha contado *todo* lo que ocurría en mi casa?

—Adrián…

—La pregunta es muy sencilla, Isma. Te la vuelvo a hacer, ¿te ha contado lo que ocurría en casa?

Los ojos de Ismael se derrumbaron, incapaces de sostener su mirada.

—¿Quién se cree que es ese hijo de puta? —exclamó.

Adrián se levantó y lanzó la taza contra la pared. El líquido, que durante el tiempo que estuvo escuchando a Ismael acabó frío y sin consumir, salpicó su ropa.

En la pared quedó un desconchón que permanecería meses enteros, hasta mucho después de que la peluquería se convirtiera en una copistería, al año siguiente. En dos zancadas llegó al mostrador y golpeó el equipo, enmudeciendo el estribillo de *Super trooper*.

Había llegado el turno de Ismael para intentar calmar a Adrián. Sus esfuerzos no resultaron tan efectivos.

—Tranquilízate, Adrián. No pasa nada.

—¿Que no pasa nada? ¿Quién es ese mierda para hablar de mi vida? ¿Para contársela a todo el mundo? ¡Qué vergüenza, Dios mío! —exclamó de pie en medio del local, cubriéndose el rostro. Ismael se levantó y trató de obligarlo a que se sentara, pero se revolvió.

—No me toques, Isma, porque no respondo de mí. ¡No me toques!

Ismael volvió a sentarse en la silla, sintiéndose un cero a la izquierda, un completo inútil. Había vuelto a hablar demasiado. Entendía su reacción, *pero tarde como siempre* —se dijo—. *¿Por qué se lo he tenido que contar*?

—Perdóname, Adrián. No quería que te enfadaras. Soy un estúpido.

La disculpa de Ismael pareció calmar a Adrián mucho más que sus vanos intentos previos. Se volvió a sentar y sus ojos se dirigieron a la puerta. *No he girado el cartel de «cerrado»*, pensó. Miró a Ismael y sintió una repentina descarga de compasión hacia ese individuo gemebundo y confundido que tenía

a su lado. Estaba encogido y ocultaba la cabeza bajo los brazos enlazados en su nuca. Verlo de esa manera, tan asustado, tan confuso, sirvió para aplacar el monumental enfado que sentía.

—Tranquilo, en realidad no es contigo con quien tengo que malgastar la rabia que siento ahora mismo…

—Lo siento, Adrián, de verdad. No he calculado el daño que te podía hacer. Te entiendo.

—Te repito que no es contigo con el que debo enfadarme. Me duele que ese hijo de puta te haya contado buena parte de mi asquerosa vida. Pero el daño ya está hecho. No se puede hacer nada. Lo peor es que no sé si la vergüenza que siento me permitirá mirarte a la cara nunca más.

—No tienes por qué sentirte avergonzado. Tu experiencia fue terrible, pero tú no fuiste el culpable.

—Tendría que haber matado a ese cerdo el primer día que me tocó. Sí que soy responsable de todo lo que ocurrió después.

—Eras un niño, Adrián. Hiciste lo correcto al marcharte de tu casa en cuanto se te presentó una oportunidad. No hay motivo para que te sientas avergonzado. Al contrario, sabiendo todo lo que sé, te admiro mucho más. Rompiste con todo, saliste adelante.

—No sabes a qué precio… No he tenido la vida de una persona normal. Me siento vacío por dentro. Me destrozó la vida. Soy incapaz de mantener una relación.

Ni siquiera sé qué tipo de relación debo mantener. Todo el mundo en este pueblo de mierda parece saber lo que soy mucho mejor que yo. Para mí las cosas no están tan claras, ¿sabes? Creo que no me gustan los hombres. Bueno, podría decir que estoy casi seguro. Pero es que tampoco tengo ningún interés por las mujeres. Igual que esa puta música que pongo a todas horas. Odio a la mayoría de esas cantantes berreonas, afectadas y excesivas. Salvo ABBA —aclaró, con una sonrisa triste—; ABBA sí me gustan. Pongo esa música a todas horas porque es lo que se espera de mí. Tal vez todo el mundo tenga razón, y siguiendo unas directrices marcadas conseguiré un día encontrarme a mí mismo. Pero hasta que no lo consiga, de momento seguiré sintiéndome como un boceto, ¿sabes? Como un dibujo a medio terminar.

—No necesitas demostrarle nada a nadie. La situación por la que tú has pasado… nadie puede ser capaz de imaginársela. Ni yo mismo. Aun así, saliste adelante. Nada de lo que te ocurrió fue culpa tuya.

—Agradezco tus palabras. Ahora me falta creérmelas. Ese cabrón no te debería haber contado esas cosas. Tampoco te debería haber mentido.

—¿Mentir?

—¿De verdad te crees la mierda que ha contado sobre Leire?

—¿Qué ganaba con mentir sobre eso?

—Mucho. Es hacer daño por hacerlo. Él lo necesita, se alimenta de eso. A

veces creo que, si no lo hiciera, se moriría. Como los vampiros cuando les falta la sangre. A personas como tú o como yo les cuesta entenderlo, Ismael. Pero hazme caso, es el hijo de mi madre y lo conozco. Es como un ventilador que escupe mierda. Seguro que ahora mismo se está muriendo de risa tumbado sobre sus costrosas sábanas.

—En todo caso, da lo mismo. Leire y yo no estamos juntos. Si ha querido romper algo entre nosotros, ha llegado tarde.

—Pero el cabrón ya ha esparcido la duda sobre ella. Es un auténtico hijo de puta.

Lo que debería hacer es dejarla en paz. Ese cerdo y sus amiguitos le destrozaron la vida. Y mataron a dos chicas más. ¡Y las cosas que les hicieron! Por favor, créeme, no hace falta una secta de criminales o una logia o un contubernio, o lo que sea a lo que haya responsabilizado de la tortura de esas criaturas. Rafael tuvo con mi padre, mientras vivió, una relación de pupilaje. Mi padre era un enfermo y nos enfermó a todos de distinta manera. Él fue un gran aprendiz. Es malo. Y a eso se reduce todo. Rafael y alguien más secuestraron, violaron, torturaron y mataron a las niñas. Se acabó el misterio. Lo más seguro es que se aburra, enclaustrado como está en esa casa, y cuando se cansa de mortificar a la tonta de mi madre, que todavía no sé por qué ha aceptado que vuelva, busca nuevas víctimas para que escuchen sus fantasías. Por desgracia, te ha encontrado a ti.

Cada uno se sumió en sus propias reflexiones. Adrián sentía cómo se atenuaba la vergüenza, sustituida de nuevo por una intensa ira dirigida hacia Rafael. Ismael se preguntaba si tal vez había ido demasiado lejos en su relación con él. ¿Se había dejado atrapar por las redes tejidas con las fantasías de un embaucador?

—Creo que lo que has sentido en la comisaría es producto de tu imaginación.

Tampoco te obsesiones. Seguro que lo que Carlos te ha dicho ha sido un lapsus.

Te entendió mal. Una cosa sí es cierta —añadió—, guárdate mucho de volverte a encontrar con Rafael. Te advertí que en los pueblos todo se sabe, y tal vez el descenso de las ventas de tu negocio sí tenga algo que ver con vuestros encuentros.

No me extrañaría que alguien os haya visto y se haya corrido la voz. Como pudiste comprobar cuando regresó, no es la persona más querida de la zona. Te lo pueden tener en cuenta.

—¿Hasta el punto de matar a la perra?

Intercambiaron una mirada. La cara de Adrián no dejaba lugar para la duda. Ismael oyó con claridad el zumbido de una mosca, gorda, negra y peluda, que sobrevolaba el mostrador.

LA PELEA

Hacía un rato que Ismael se había marchado. Tenía que abrir la librería, le dijo.

Adrián sabía que lo hacía por pura inercia. La fuerza de la costumbre. Lo imaginó en la librería, solo, con la esperanza de que se abriera la puerta para poder atender a un cliente. Él, en cambio, había perdido la fe, convencido como estaba de que la peluquería no lograría remontar. No valía la pena mantener el negocio abierto.

Para lo único que servía aquella inactividad era para dar vueltas una y otra vez a las mismas conclusiones.

Antes de que Ismael se fuera, el rencor hacia Rafael había pasado a un engañoso segundo plano. Pero en esos momentos lo volvía a sentir. ¿Cómo se había atrevido a contarle a un extraño lo que su padre le había hecho? En cuanto se enteró de su regreso, supo que crearía problemas. Así era Rafael. Siempre cargado con una mochila a rebosar de ellos.

Realizó un esfuerzo titánico para no romper a llorar mientras escuchaba a Ismael. Pero mientras avanzaba la mañana —la que iba a ser la última de su vida—, las ganas de llorar habían desaparecido de forma gradual. Su lugar lo había reemplazado una intensa necesidad de demostrarle a Rafael que su vida era suya y que nadie, y mucho menos él, tenía ningún derecho a inmiscuirse en ella. Y de nada servirían las palabras. Solo entendía un lenguaje.

Decidió que estaba perdiendo el tiempo. Salió a la calle, cerró la persiana y se dirigió a casa de su madre.

Cuando estuvo frente a la puerta, no vaciló ni un instante en llamar al timbre. Si lo hubiera hecho —si se hubiera parado a pensar—, tal vez las cosas habrían terminado de un modo diferente. En un mundo distinto, si Adrián hubiera tenido la oportunidad de dar marcha atrás, todavía se encontraría sentado en una silla meditando la posibilidad de abandonar el pueblo. Dejar a su madre a su suerte. Largarse de la isla. Después, una vez esbozado un plan de fuga, tal vez habría telefoneado a Óscar para solicitarle asilo una temporada, como tantas veces había hecho cuando tenía la necesidad de poner tierra de por medio. Y luego, ya vería lo que haría. Desaparecer, esta vez, de

forma definitiva.

Por desgracia, no vivía en un mundo perfecto donde menudearan las segundas oportunidades. Extendió el brazo y presionó el timbre. Y su suerte, al jugar esa carta, empeoraría sin remisión.

Estaba a punto de llamar otra vez cuando oyó los pasos cansados de su madre a lo largo del pasillo.

Pilar se alegró al ver que su hijo pequeño había decidido hacerle una visita sorpresa. Pero la sonrisa se le quedó colgando en los labios cuando vio la determinación en su rostro y supo que se avecinaban problemas. Adrián cruzó el umbral de la puerta apenas sin mirarla, dirigiéndose con paso firme hacia la habitación donde se cobijaba el hermano mayor. Fue tras él, incapaz de alcanzarlo. Adrián avanzaba a grandes zancadas y a Pilar le pareció que se encontraba en una de esas pesadillas donde el suelo se convertía en fango que impedía despegar los pies.

Pero lo que la asustó de verdad fue su silencio. Se habría sentido más tranquila si hubiera entrado en la casa a voz alzada. Al menos habría sabido los motivos de su repentina aparición y permitido construir argumentos para mitigar esa furia insólita que emanaba de él.

No llegó a tiempo para evitar la patada que le propinó a la puerta que precintaba el cubil de su hermano. Tuvo una fugaz visión de Rafael —en calzoncillos sobre la cama—, sorprendido al ver que la puerta saltaba de sus goznes. Después, el cuerpo de Adrián, que parecía haber ampliado sus hechuras, cubrió el suyo al echársele encima.

Pilar completó demasiado tarde el recorrido que la separaba de la habitación. Rafael ya estaba recibiendo una lluvia de puñetazos que le impedía alzar la cabeza de la almohada. Intentó separarlos. Le resultó imposible. Adrián bloqueaba los brazos de su hermano con las rodillas.

Rafael jamás imaginó que Adrián pudiera tener tanta fuerza y llegó a la conclusión de que algo muy grave había ocurrido para que llegara a adquirir aquel desconocido vigor.

Un puñetazo impactó en su nariz. La sangre fluyó. Se derramó por su cara, cubriendo sus facciones, un hecho que pareció animar a Adrián a seguir golpeando. Le hizo gracia. Le hizo mucha gracia.

Adrián sintió cómo su madre le agarraba el brazo derecho. Se zafó del bloqueo con facilidad y siguió descargando puñetazos. Pero algo iba mal. Rafael se reía, y la certeza de que no aplicaba toda la fuerza que era capaz de reunir para

sacárselo de encima le hizo perder confianza. Redobló los esfuerzos y golpeó con más energía para intentar borrar esa sonrisa.

—Por fin el hermanito pequeño demuestra carácter —ironizó Rafael, salpicando con su saliva la cara de Adrián, que no dejaba de golpear. Pilar tiraba de sus hombros, pero los esfuerzos de la mujer no daban ningún fruto.

—Ya estoy harto, ¿no sabes hacer nada mejor? —preguntó, burlón, al tiempo que liberaba los brazos de debajo de sus rodillas.

—¡Te voy a matar, cabrón!

—No veré yo eso Niño Bonito.

—¡Por favor, no os peleéis!

Rafael saltó del colchón, sacándose de encima el cuerpo de su hermano. Cuando lo tuvo ante él, en calzoncillos y con la nariz abierta por varios sitos, Adrián sintió cómo le abandonaban las fuerzas. Su hermano avanzaba, con lentitud, mientras él le cedía espacio al retroceder. Enloquecido, buscó algún objeto que pudiera utilizar para detenerlo, para doblegarlo, para hacerle caer a sus pies. Descubrió la vieja raqueta de tenis con las cuerdas rotas que siempre había circulado por la casa de habitación en habitación y que no recordaba haber visto usar jamás a ninguno de los miembros de la familia. La cogió, asiéndola por la empuñadura, y lo golpeó con energías renovadas. El primer impacto le alcanzó la clavícula izquierda. No sirvió para detener su avance. Sí para demorarlo.

—¿Eso es lo mejor que saber hacer, mierdecita? —le retó Rafael. Con la mano abierta, le alcanzó el rostro, mesurando la fuerza lo suficiente como para abrirle tan solo una herida en el labio.

Adrián volvió a golpear, dirigiendo la trayectoria hacia la oreja derecha. El cuello de Rafael se dobló hacia la izquierda y volvió a su posición original. La sangre brotó del lóbulo reventado.

—¡Por fin el pequeñín enseña sus cojones! Solo papá conocía bien tus cojones, ¿verdad, mariposa? ¿Te los chupaba?

Adrián le golpeó sobre la base del cráneo. Pilar vio los ojos de su hijo mayor volverse blancos. Gritó al verlo caer.

—Ese ha estado bien —dijo Rafael, dirigiéndole desde el suelo una sonrisa ensangrentada. Se quedó tumbado, incapaz de volver a levantarse. En ningún momento trató de repeler los ataques. Adrián le había dado una buena paliza, aunque se podría haber librado de él con relativa facilidad. En todo caso los golpes recibidos no habían estado nada mal. Por primera vez, sintió una ligera punzada de orgullo.

Adrián no podía parar. Un nuevo golpe de raqueta alcanzó el plexo solar de su hermano, que se encogió sobre sí mismo, como un gusano que reaccionara al contacto. Pilar se interpuso entre ambos cuando iba a descargar un nuevo golpe.

¡*Basta ya*!, gritó, casi suplicando por la vida del hijo inerme que yacía a sus

pies.

Adrián detuvo su brazo ante la madre arrodillada y, tras un titubeo, dejó caer la raqueta. Después se sentó en la cama y Pilar aprovechó para intentar reanimar a Rafael, que ya trataba de ponerse en pie. La nariz y la oreja le sangraban con profusión, el ojo izquierdo lucía un derrame y el derecho ya comenzaba a cerrarse.

Tenía sangre en la boca. Con la ayuda de su madre, Rafael acabó de incorporarse.

Después se deshizo con brusquedad del apoyo que le ofrecía Pilar. Se dirigió hacia la única silla de la habitación y se derrumbó sobre ella. La sonrisa sangrienta que dibujaban sus labios le recordó a Pilar la mueca de un payaso. Horrorizada, corrió hacia Adrián. Rafael miró el cuadro que conformaban su madre y su hermano pequeño. Pilar se encontraba de rodillas, acariciando la cabeza de Adrián, en un desesperado intento por anular su ira.

—¿Cómo has podido hacerlo? —le preguntó Adrián.

—¿Qué? —quiso saber Pilar—. ¿Qué es lo que ha hecho, hijo? ¿Qué ha pasado?

—Se sorprendió al comprobar la rapidez con la que había encogido y recuperado su tamaño normal. Lo prefería así.

Roto por la tensión y la vergüenza que sentía, Adrián rompió a llorar.

—¡Vamos, Niño Bonito, no lo jodas todo ahora! Te estaba saliendo muy bien y vuelves a ser el de siempre —se quejó Rafael, arrastrando las palabras.

Al oírlo, Adrián trató de ponerse en pie, pero el ímpetu inicial había desaparecido como demostraba el que Pilar no tuviera ningún problema para contenerlo. Al menos la invectiva de su hermano había servido para que se tragara las lágrimas.

—Eres asqueroso —dijo.

—Así soy. Ya lo sabía. No hacía ninguna falta que aparecieras tú para decírmelo.

—Pero hijo, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha hecho tu hermano?

—Le ha contado a Ismael lo que…, lo que me hizo ese cerdo.

—¿Lo que te…? —Pilar no acabó la frase al entender de improviso a lo que se refería. Pasándole una mano por la nuca acercó la cabeza del hijo pequeño a su hombro.

—¿Por qué lo ha tenido que contar, mama? ¿Por qué aceptaste que volviera?

Al escuchar la risa de Rafael, retiró la cabeza del refugio que le ofrecía su madre para volverse a mirarlo. Pilar lo imitó, estremeciéndose al ver la figura sangrante del hijo mayor, que se retorcía con una risa desesperada que parecía un lamento.

Estaba cerca de ellos, pero a la vez, como en la foto del salón, muy lejos. Sobre la silla, a duras penas sentado.

—No tienes remedio, Niño bonito —dijo, cuando logró dominarse—. Por un momento he llegado a pensar que tenías arreglo, pero veo que no. Tu vida la desperdicias llorando.

Adrián volvió a sentir un renovado impulso que lo obligó a forcejear con su madre. Pilar lo contuvo, asiéndolo de la cintura.

—Vamos a la calle, Adrián. Así te aireas. A lo mejor es un malentendido y…

—¿Un malentendido? No hay ningún malentendido. Ismael me lo ha contado esta misma mañana.

—Vaya con el bibliotecario —exclamó Rafael—. No pensaba que iba a ser tan bocazas.

—Me lo ha contado porque es mi amigo.

Rafael sonreía ante el creciente enfado de Adrián. Este, por fin, logró zafarse de los brazos de su madre y se encaró con él.

—Y lo que le has dicho sobre Leire me parece repugnante. Eres una basura.

Pilar se levantó con dificultad temiendo que sus dos hijos volvieran a enzarzarse.

Pero Adrián ya no tenía ninguna intención de pelear.

—¿Sabes lo que le ha contado a Ismael?

Pilar contuvo la respiración, dirigiendo a su hijo pequeño una mirada anegada de miedo.

—Le ha contado que estuvo relacionada con la muerte de sus amigas —continuó Adrián, señalando a Rafael. Este había renovado sus risas que, poco a poco, se habían convertido en carcajadas imposibles de contener—. ¡Le ha dicho que Leire atrajo a sus amigas a una trampa, mama! Ismael está hecho mierda por culpa de ese cabrón. ¿Ves cómo tienes que echarlo de esta casa? No te está haciendo ningún bien. ¡Solo esparce mierda allá por donde pasa! ¿No ha sufrido Leire suficiente por lo que le hizo este enfermo?

Las carcajadas de Rafael se duplicaron, bordeando el paroxismo. Adrián se volvió de nuevo hacia él y le escupió. Este no se molestó en limpiar la saliva de su rostro. Por fin, las carcajadas se convirtieron en estertores.

—Nunca pensé que el tal Ismael fuera tan bocazas. Adriancito, considera este consejo de hermano. Más vale que no airees lo que ese gilipollas te ha contado.

—Puede que hayas conseguido liar a Ismael con tus absurdas fantasías de mafias y víctimas que no lo son. Pero a mí no. Eres un violador y un asesino. Por eso te condenaron. No intentes lavar tu imagen delante de un pobre hombre al que has engañado. No te va a servir de nada. Ojalá estuvieras muerto.

—¡Adrián! —exclamó su madre, escandalizada.

—Tal vez, hermanito. Tal vez debería estar muerto —admitió Rafael.

Después se levantó y, cogiéndolos de los brazos, los arrastró fuera de la habitación con una facilidad que su aspecto no auguraba—. Ahora, si me disculpáis, quisiera estar solo.

Los empujó hacia el pasillo con la virulencia con la que se expulsa de un bar a los malos bebedores. Adrián no se explicaba cómo podía tener esa fuerza después de los golpes que había recibido. La paliza que le había propinado se tradujo en una sensación de fracaso. Una vez más, se sentía derrotado. En ningún momento había tratado de defenderse. Todo parecía darle igual. Por eso, su aparente victoria le parecía una mera ilusión. Se había dejado golpear y no lograba entender por qué.

Si hubiera querido, Rafael lo habría machacado. A pesar de la sangre, de sus ojos hinchados o de su nariz machacada, no parecía sentir dolor alguno y su fuerza estaba intacta. Para Rafael todo parecía un juego y él decidía cuándo se acababa. Se sintió manipulado. Estuvo tentado de volver a enfrentarse a él para quitarse de encima el mal sabor de boca y revertir el resultado de aquella victoria pírrica. Pero, lo que fuera que hubiera despertado en su interior esa energía desconocida, había desaparecido.

Desde el pasillo, vieron cómo entornaba la puerta lo que le permitían sus dañadas bisagras.

—Mama, no puedo más. Me voy a ir y no creo que vuelva. Tu hijo y yo no podemos estar en el mismo pueblo. Y si me apuras, ni siquiera podemos compartir la misma madre. Ese cabrón se ha burlado de mí por última vez. Y tú deberías replantearte el tenerlo bajo el mismo techo. Ya te avisé que solo te traería problemas.

Adrián se inclinó sobre su madre para besarla y salió a la calle.

Pilar lo vio salir sin decidirse a detenerlo. No sabía qué hacer. Cuando Adrián tomaba una decisión no tenía por costumbre dar marcha atrás. Y después de lo que había visto y oído no estaba en desacuerdo con él. Deseaba que se marchara. Que lo dejara todo. A ella, a Rafael… No se podía decir que hubieran sido nunca una influencia positiva. Sabía que, si no fuera por ella, haría muchos años que se habría marchado. Era el único escollo que lo retenía. Tenía que dejarlo marchar, por mucho que le doliera.

Ahora las cosas se habían complicado. Y eso le daba un nuevo argumento para dejarlo ir. Incluso para exigirle que se fuera. Tenía miedo por él. Intuía algo. Se sentía dentro de un túnel, sin poder ver las luces del tren, pero escuchando cómo se acercaba. Sintió la necesidad de advertirlo.

Decidió que no era Rafael el que la necesitaba en ese momento y corrió hacia la puerta de la calle. Debía alcanzar a Adrián.

Salió a la calle justo para verle doblar la esquina.

—¡Adrián! ¡Adrián! —gritó, sin prestar atención a los curiosos que, sorprendidos por su actitud, los miraban con mal disimulada curiosidad.

Adrián se giró y le gritó que no intentara detenerlo, que estaba decidido y

no le convencería en absoluto para hacer las paces con su hermano ni para permanecer un día más en ese pueblo que lo odiaba.

—Baja la voz, por favor —le suplicó Pilar, lanzando una mirada prudente alrededor. Lo cogió del brazo para que siguieran caminando. Adrián intentó zafarse.

—Mama, ahórrate lo que me quieras pedir. No quiero escucharlo. Estoy decidido a marcharme.

—Y yo te ayudaré a hacer las maletas —le aseguró, en un susurro—. Pero primero quiero hablarte de Leire.

¿QUIÉN ES LEIRE?

Tal y como Adrián esperaba, en la puerta de la peluquería no se agolpaban los clientes. Entró en el local seguido por Pilar y después bajó la persiana. Al dar la luz, una claridad de hospital inundó el local.

Pilar se quedó mirando los restos de la taza que Adrián había lanzado contra la pared y el desconchón provocado por el impacto. Se volvió hacia su hijo esperando una explicación.

—Cuando Ismael me contó todo lo que le había explicado Rafael, perdí los estribos —se excusó.

Pilar se encogió de hombros y se sentó en uno de los dos sillones donde los clientes guardaban turno. Manoseó, como un autómata, las revistas apiladas sobre una mesita frente a los asientos, mientras buscaba las palabras adecuadas para comenzar.

—¿Te vas a poner a leer ahora? —le preguntó Adrián con brusquedad.

—Estoy pensando lo que tengo que decirte —anunció, tomando una revista del montón.

—En la calle parecías tenerlo muy claro.

—No es fácil decir lo que quiero que sepas.

Adrián se sentó, suspirando, sobre una de las sillas de trabajo. *Vaya mierda de día*, pensó, mientras se acunaba a derecha e izquierda ayudándose con la punta del pie.

—Soy todo oídos.

Pilar soltó la revista. Adrián observó que su pulso no era firme. Las manos le temblaban. Era un movimiento leve pero evidente. Le daba miedo ese temblor.

Deseó estar a kilómetros de allí. Por fin, Pilar comenzó a hablar.

—Tu hermano ha hecho mal en contarle a Ismael lo que te hizo tu padre.

—En eso estamos de acuerdo.

—No sé qué intenciones tenía al hacerlo.

—Joder, como siempre. Lo hace todo para joder.

—No, no lo creo. Tu hermano, en apariencia, sigue siendo el mismo de siempre, no te lo voy a negar. Pero desde que salió de la cárcel, a veces, he

tenido la impresión de que ha tenido tiempo para pensar. Las pocas veces que sale de su cuarto, cuando come o se sienta un rato en el sofá, tiene una mirada… dice unas cosas… que demuestran cierta madurez.

—Lo estás justificando otra vez.

—No lo justifico, Adrián. He estado conviviendo con él y lo he visto.

—Según lo que comentas, a eso que hacéis yo no lo llamaría convivir.

—Cuando volvió a casa le tenía miedo. Ahora, no tanto. Lo creas o no, se comporta mejor que cuando vivía tu padre.

—Por el trato que te dedica, me cuesta creerlo.

—Adrián, todos mantenemos una inercia. Cuando estamos con personas conocidas cuesta mucho variar el carácter.

—Sé que es difícil escapar de los roles.

—¿Roles?

—Sí, mama, roles. Es cuando adoptamos un papel para tratar con la gente.

—Pues eso mismo, hijo. Tu hermano, en casa, tiene que comportarse como siempre lo ha hecho. Pero debajo de esa fachada, noto otras cosas que antes no veía.

—La gente no cambia.

—La gente con el tiempo… gana matices.

—¿Y qué nuevos matices se supone que tiene?

—Adrián, siento que tu hermano está muy atormentado.

Adrián hizo un gesto despectivo con la mano desestimando la opinión de su madre. El ademán molestó a Pilar.

—Escucha, mocoso, yo he parido a Rafael…

—Y mira cómo ha salido.

—… y conozco a mi hijo, mucho mejor de lo que tú lo puedas conocer —dijo Pilar, ignorando la interrupción—. No me hagas gestos y trátame con respeto.

Nunca te he dado una azotaina porque jamás he considerado que la merecieras, pero como insistas en tus impertinencias y no dejes que me explique, te aseguro que acabaré por sacarme la zapatilla para darte bien. ¿Estamos?

Hizo una pausa para remarcar su amenaza. Adrián aceptó la reprimenda con una sonrisa. Que su madre lo amenazara con la zapatilla lo transportó a una infancia jamás vivida. Sintió deseos de abrazarla, pero se contuvo. La contención era uno de los rasgos de su carácter. No le gustaba ser así.

—Tu hermano está atormentado —continuó Pilar—. Y también asustado.

—Yo tampoco viviría tranquilo si volviera al lugar del crimen.

—Puede que la gente del pueblo le de miedo. Pero no creo que los vecinos sean el principal motivo. Tengo el pálpito aquí dentro —dijo, llevándose una mano al corazón—, como si tu hermano tuviera una cuenta que saldar y esté aquí para hacerlo.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Es una impresión.

Pilar se levantó del sillón para sentarse en la silla libre al lado de Adrián y se inclinó hacia él. Pese a que estaban solos en la peluquería, con la persiana echada y la puerta cerrada, el tono que adoptó fue confidencial.

—Adrián, ¿tú crees, en serio, que tu hermano les hizo esas cosas a las niñas?

Adrián no podía creer que, después de tanto tiempo, su madre siguiera albergando alguna duda sobre la culpabilidad de su hijo.

—Fue condenado por ello.

—Sí, fue condenado. Pero ¿crees que lo hizo?

—Mama, Rafael nunca ha sido un angelito.

—Yo no he parido sádicos.

—¿Que no has parido sádicos? ¿Crees que tu hijo no es un sádico? ¿Cómo consideras el trato que hemos recibido por su parte toda la vida?

—Tu hermano ha sido un tirano, de acuerdo. Siempre ha tenido la mano suelta, de acuerdo. Pero nunca fue un sádico. Tu padre sí lo era. Rafael no. Se limitó a hacer lo que veía en casa. Y había mucho de defensa en ello. Tu hermano me odia.

Y yo le comprendo. Permití que vuestro padre hiciera demasiadas cosas feas con todos nosotros. No he sido una buena madre, eso lo sé.

—No digas eso, mama. No podías hacer nada con ese hombre en casa.

—Por supuesto que podría haber hecho algo. Tomar medidas. Aunque hubiera ido mi vida en ello. Cuando decidí hacerlo —Adrián asió la mano de su madre y se la apretó con fuerza. Pilar respondió al gesto de su hijo estrechándosela—, ya era demasiado tarde para Rafael. A ti conseguí recuperarte porque eres más puro que tu hermano. No me guardaste ningún rencor. Lo que tú tuviste conmigo fue un enfado y una decepción muy grandes. Y lo entendía. Después de la muerte de tu padre, me perdonaste y volviste. Siempre te lo he agradecido. Demostraste ser mucho mejor persona que yo. Tu hermano sigue teniéndome ese rencor. Y no se lo reprocho. Merezco todos los insultos que me dedica. Nunca os protegí de esa bestia. Y por no hacerlo, lo perdí. Y a ti casi te perdí también.

Adrián atrajo a su madre y la besó por encima de las cejas. Le acarició la mejilla y sus lágrimas le mojaron la yema de los dedos. Le sentó bien ese momento. Desde luego esa actitud valía la pena mil veces más que el desapego y la contención. Cuando Pilar dejó de llorar, cogió su mano y la besó. Cuando se serenó, continuó hablando.

—Tú crees que tu hermano se ha portado mal con nosotros. En lo que respecta a ti estoy de acuerdo contigo, ha sido un mal hermano. En lo que se refiere a mí, he recibido de él lo que merecía. Acepto su desprecio. No merezco otra cosa. Cuando me enteré de que volvía a casa, tuve miedo, no te

lo voy a negar. Pero tampoco podía decirle que no, porque dentro de mí conservo la esperanza de que todavía esté a tiempo para mejorar, para ser mejor persona. Y lo que a veces veo en sus ojos me da esperanzas. Tu hermano no es un sádico, Adrián. Es tan víctima como lo hemos sido tú y yo. Y nosotros tuvimos la oportunidad de desquitarnos.

Él nunca tuvo opciones.

—Sí que las tuvo. Pudo hacer lo que hice yo. Marcharse de esa casa. Pero estaba mejor ahí. Porque es mala persona.

—De acuerdo. Nunca se fue. Lo que indica que tú siempre has sido el hermano más fuerte, aunque él piense lo contrario. Se quedó porque necesitaba seguir castigándome. Lo he parido y lo sé.

—¿Y no crees que mereces un descanso, mama? ¿No consideras que ya es suficiente?

—No, ya te lo he dicho. Rafael no tuvo la culpa de nacer donde lo hizo. Tu hermano aprendió lo que le enseñaron y quiero que lo tengas siempre presente. Lo que más ilusión me haría es que os comportarais un día como hermanos.

—No me pidas eso. Nunca va a pasar.

—No te lo estoy pidiendo. Te comprendo. Lo único que te transmito es un deseo. No quiero obligarte a nada.

—Transmitiendo ese deseo, lo estás haciendo.

—Adrián, harás lo que creas que debes hacer. ¿Quién sabe? La vida es muy larga. A lo mejor un día tenéis la oportunidad de comportaros como los hermanos que sois.

—Mama, tu hijo torturó a unas niñas, las violó y las mató. Nunca, escúchame bien, nunca voy a tener el trato que deseas que tenga con él. Quiero que te hagas a la idea. Ahora tengo que aguantarlo porque lo tienes en tu casa. El día que tú faltes, para mí estará muerto.

—Tu hermano no tuvo nada que ver con la muerte de esas niñas.

—¿Y cómo te explicas su condena?

—Escúchame… Actuó mal. No te lo voy a negar. Hasta lo que yo sé, sí que se llevó a esas niñas.

—Y luego, les hizo lo que les hizo.

—Es ahí donde te equivocas.

—Pareces saber muchas cosas de ese asunto. Me estás asustando.

—Escúchame. Siempre he pensado que tu hermano entregó a las niñas a otras personas que fueron las responsables de hacerles todas esas cosas horribles. De acuerdo que su participación fue clave. Pero me cuesta mucho creer que supiera lo que iba a pasar. De momento, la historia que te ha contado Ismael concuerda con mis impresiones.

—En todo caso, si lo que crees es cierto, él podía imaginar que a las niñas no les iba a pasar nada bueno.

—Tal vez no tuvo otra opción. Y aquí volvemos de nuevo a lo que te decía. Ni tu padre ni yo fuimos buenos para vosotros. Rafael iba por muy mal camino y fuimos nosotros los que lo empujamos a seguirlo. No sé con qué tipo de gente llegó a mezclarse. Recuerda que fue condenado con pruebas circunstanciales. Nunca se demostró con firmeza que hubiera participado en esa matanza. Lo único que tenían era la acusación de una de las supervivientes.

—Leire.

—Sí, Leire.

—Que piensas que está implicada.

—No lo pienso. Lo sé.

—Explícate porque no entiendo nada…

—Escucha, lo que te voy a decir llevo años guardándolo para mí. Y quiero que me hagas caso. En cuanto te lo haya contado quiero que te marches de este pueblo. Y que lo hagas sin mirar atrás. Quiero que dejes de pensar en mí por una vez y que construyas otra vida en otro lugar.

—Mama, deja eso para luego. ¿Qué me quieres decir?

—Quiero que me lo prometas, Adrián. Tú quieres marcharte de aquí y yo siempre he sido un problema para que tomaras esa decisión. Sé firme como sueles serlo y olvídate por un momento de mí. Prométeme que te marcharás.

—De acuerdo, te lo prometo. Pero habla de una vez.

Tras escuchar su promesa, Pilar suspiró con alivio.

—Cuando Leire apareció, Rafael fue detenido dos días después. ¿Te acuerdas?

Lo atraparon en el Continente en un piso que *el Rojo* tenía alquilado. Leire lo había denunciado. No así al *Rojo*, que también fue detenido por sospechoso y posible colaborador, pero a los pocos días lo soltaron porque no pudieron demostrar que él estuviera implicado en la desaparición de las niñas.

»Fueron días difíciles. La gente en el pueblo nos empezó a tratar como a unos apestados.

—Lo recuerdo.

—No fue fácil convertirse de la noche a la mañana en la madre de un sádico.

Nos lanzaban piedras a las ventanas, nos atosigaban a todas horas, nos insultaban por la calle, recibíamos anónimos… La vida, si cabe, fue más infernal que antes. Tú tuviste suerte porque ya te habías marchado con ese chico. No sirvió de nada que pidiera perdón por lo que había hecho Rafael. Llegué a repudiar en público a tu hermano cuando algo en mi interior me decía que no tenía nada que ver con aquellas muertes tan horribles. Hasta ese punto llegué, lo que demostraba una vez más que ni siquiera cuando más me necesitaba fui capaz de comportarme como una buena madre. Los remordimientos y la pena me reconcomían. Mi hijo estaba en la cárcel y yo le había dado la espalda. Tu padre lo llevó bastante mejor que yo. En casa,

Rafael se había convertido en una especie de rival y creo que se sentía más cómodo sin él, a pesar del rechazo de nuestros vecinos. Tras su condena, tardé más de dos años en ir a verlo a la cárcel. Un día decidí hacerlo. Lo hice a espaldas de tu padre, claro.

»La primera vez que fui a verlo ¡me dio una pena! Estaba demacrado. Vestido con un chándal. Muy delgado. Tuve mis dudas de si aceptaría mi visita, pero lo hizo. Nos sentamos frente a frente en ese locutorio con los cristales empañados, lo que afeaba todavía más su aspecto. Esa sensación de que mi hijo estaba abandonado en un lugar frío y sucio jamás me la podré quitar de encima.

—¿Qué? —fue lo primero que dijo Rafael al ver que de la boca de su madre no salían las palabras.

—Te agradezco que hayas aceptado mi visita —acertó a decir Pilar.

Rafael, con el teléfono en el oído, se reclinó en la silla. Pilar estaba sentada muy recta, esperando que hablara, con las piernas cruzadas y apretadas con fuerza para impedir que el miedo y la pena la obligaran a salir corriendo.

—No eres la persona que más me apetecería ver en estos momentos, pero algo es algo —dijo.

Teniendo en cuenta el temor que sentía Pilar ante el recibimiento que podría depararle Rafael, esa frase casi le pareció un cumplido.

—Estás muy delgado —observó.

—Procuro mantener una buena figura.

Ninguno de los dos sabía qué decir. Se quedaron mirando unos segundos a través de la niebla del cristal.

—¿Y a qué se debe tu visita? ¿Ha muerto alguien?

—Todos estamos bien.

—Pues entonces no consigo imaginar por qué estás aquí.

—Porque eres mi hijo y quiero saber cómo estás.

—No te ha interesado cómo he estado estos dos últimos años. ¿Te ha entrado la curiosidad de repente?

—Lo que más recuerdo de esa primera visita son las ganas de llorar que sentí al verlo. Y también cierta alegría porque, lo creas o no, aquella fue la primera vez que noté algo que hacía muchos años que no sentía en él. El reconocimiento de mi condición. Parece tonto, pero no lo es. Rafael me estaba hablando, y no como a cualquier cosa. No sé…, un perro, por ejemplo. No, se estaba dirigiendo a mí como si yo fuese una persona. No me insultaba, ni trataba de lanzarse contra los cristales como si yo fuera un animal al que tuviera que corregir. En ese momento me di cuenta de que, aunque nunca tuve

empaque como madre, mi hijo me necesitaba como a una. Tuve la necesidad de pedirle perdón y lo hice con la cabeza alta. Mirándolo a los ojos. Mostrándole una fortaleza que jamás había sentido hasta ese momento. Me miró y se acercó al cristal.

—Te perdono —dijo Rafael—. Entiendo que después de lo que se ha dicho de mí, te lo hayas pensado mucho antes de venir a verme.

—He pensado mucho en ti *todos estos años* —aseguró Pilar, intentando hacerle entender que no se refería solo a los dos últimos.

—Te lo agradezco. Lo que me sorprende es que haya logrado reconocerte cuando te he visto. Tengo la impresión de que todas las caras se me han borrado de la memoria. Solo almaceno los rostros de los que están aquí, encerrados conmigo.

Sus palabras le provocaron a Pilar un nudo en la garganta. Por instinto apoyó una mano a la altura de donde Rafael tenía la cara, pero solo notó la frialdad del cristal.

—Venga, mama —dijo Rafael—, no montes escenas, que tengo una reputación.

—Las lágrimas no me impidieron sonreír. Tu hermano me había llamado *mama*, ¿entiendes? Y había bromeado conmigo por primera vez desde no sabía hacía cuánto. Por eso tengo la sensación, desde esa primera visita, de que podía disfrutar de una segunda oportunidad en la vida. Te aseguro que ese encuentro despejó todas las dudas que pudiera guardar sobre él. Su actitud, su mirada, no eran las de un sádico. En parte sabía que no lo era. Dos minutos con él, después de dos años sin verlo, me bastaron para que lo sintiera aquí dentro, en mi pecho. Una madre conoce a sus hijos. Aunque los vea crecer desatendidos, como a mí me había pasado. Mientras le sonreía, pude ver que él también lo hacía. Sentí una alegría infinita por haberme atrevido a visitarlo. Y de repente, tuve muchísimas ganas de volverlo a tener en casa, pero de nuevo me agarró la pena cuando miré esos muros y esa barrera que impedían que pudiera hacer algo tan natural como era acariciarlo. Y de la alegría pasé a unas ganas de gritar inmensas y tuve que hacer un esfuerzo muy grande para no lanzarme contra el cristal para hacerlo cachitos, cogerlo de la mano y llevármelo a casa.

—Ay, Rafael, si pudieras estar con nosotros otra vez… Con buena conducta, ¿cuánto crees que puedes estar aquí? Pórtate bien, Rafa, para que podamos estar juntos. Por favor, pórtate bien.

—Me estoy portando bien, mama. Pero mi abogado dice que antes de quince años no cree que salga a la calle. O sea que más vale que te armes de paciencia. Y ¿qué quieres que te diga? Después de lo que les pasó a esas niñas, más vale que me guarden a buen recaudo y tiren la llave.

—Rafael, no puedo creer que hicieras algo así.

Rafael lanzó una mirada de soslayo a su alrededor. En el locutorio había cuatro presos más hablando con sus visitas. No parecían estar pendientes de ellos.

Volvió a mirarla, inclinándose hacia el cristal. Como si intentara hablar a través de él en lugar de hacerlo por el teléfono.

—Mama, a veces la gente te da sorpresas. Más vale que no te comas la cabeza con eso. Lo hecho, hecho está. Hice algo mal y tengo que pagar por ello.

Pero Pilar se dio cuenta de que sus ojos decían lo contrario, hablando más alto y con más claridad de lo que pudieran hacerlo sus palabras.

Al poco rato, un funcionario vino a buscarlo. Al cruzar la puerta se volvió para despedirse.

—Lo que me gritaron sus ojos resonó como un eco en mi cabeza, a la vuelta. Tu hermano no cometió esa atrocidad por la que lo habían condenado. Y las visitas que le hice después me lo acabaron confirmando.

»Tomaba el *ferry* cada quince días para ir a verlo. Un día se lo confesé a tu padre.

Para mi sorpresa, no puso ningún impedimento en que siguiera con las visitas, ¡con lo que él era, que todo lo veía mal! Le pedí que viniese conmigo algún día, pero siempre se negó, algo que yo agradecía, porque su influencia sobre tu hermano era muy grande y con él delante se comportaba de la manera a la que estamos acostumbrados. ¿Y sabes qué? Durante esas visitas descubrí en Rafael a otra persona y, que Dios me perdone, casi agradecía que estuviera encerrado. Por una parte, quería que saliera y, por otra, pensaba que estar ahí le hacía mucho bien.

También lo alejaba de tu padre, de sus amistades… Comencé a pensar en la cárcel de otra manera. Como si fuera un sanatorio, ¿sabes? Como si fuera una especie de balneario donde lo estaban curando.

»Pero, aunque pensara que a Rafael le estaba haciendo bien su estancia en la cárcel, no podía quitarme de la cabeza la idea de que había sido condenado en falso.

Y que la clave de todo estaba en la persona que lo había acusado.

»Cuando el padre de Leire murió por culpa del cáncer, me planteé muchas veces ir a darle el pésame a Begoña. Nos conocíamos de toda la vida. Habíamos crecido juntas. Ya sabes cómo cambiaron las cosas para mí cuando

encontraron a las niñas y tu hermano fue encarcelado. Llevábamos años sin hablar. Pero la muerte de José me afectó mucho. Por fin, una tarde decidí visitarla.

Begoña abrió la puerta y, al ver a Pilar, plantada ante ella, la volvió a cerrar.

—Begoña, entiendo que no quieras saber nada de mí —dijo Pilar a través de la puerta—. Solo quería decirte que siento mucho lo que le ha pasado a José. Fue uno de mis mejores amigos y lo sabes. Tú también fuiste mi amiga, la única que he tenido. Siempre te portaste muy bien conmigo y siento mucho lo que ha pasado entre nosotras. Si pudiera arreglarlo de alguna manera, te juro que lo haría —las lágrimas ahogaron su voz—, pero supongo que ya es tarde. Sé que lo habéis pasado muy mal y puede que haya sido uno de los motivos para que José se fuera tan pronto. Te pido perdón, en mi nombre y en nombre de mi hijo. Sé que, si él pudiera, también te lo pediría. Sabes que los hijos, a veces, se nos escapan de las manos y ya no podemos agarrarlos hasta que al final, si tienes mala suerte, te los agarran otros. Nunca he logrado decirle esto a nadie, porque nadie quiere escucharme. Pero al menos quería que tú lo supieras porque mereces saberlo. Lo siento mucho. Me voy, ya no te molesto más.

Cuando se disponía a bajar la escalera, oyó el chasquido de la puerta al abrirse.

Se quedó parada en el descansillo. Begoña, con un ademán, la invitó a entrar.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café? —sugirió, mientras le ofrecía asiento.

—Un café estaría bien —aceptó Pilar.

Minutos después apareció con una bandeja cargada con dos tazas, azúcar y una humeante cafetera. Mientras servía la bebida, Pilar observaba las estampas de santos y fotografías colgadas en el comedor. Muchas eran de Leire cuando era una niña. La sorprendió la existencia de una foto de los tres, muy similar a la foto de familia que ella tenía en el comedor. La cercanía que mostraban Begoña y José con Leire le hizo sentir un aguijonazo de envidia. *Por lo menos ellos tuvieron algunos momentos buenos*, pensó.

—José tenía cáncer, pero lo que se lo comió fue la pena —observó Begoña.

Pilar asintió, dejando la taza sobre la mesa. Le resultaba raro encontrarse en aquel salón tantos años después. Le costaba hablar. En parte, se sentía responsable de la caída en desgracia de esa familia que ella tanto había querido. Las palizas de Goyo crecieron paralelas al abandono de la relación con sus amigos hasta el punto de que casi no había tratado a Leire.

—Fue horrible lo que le ocurrió a Leire y todo lo que tuvisteis que hacer después. Es muy duro desprenderse de un hijo —aseguró, esperando que no sonara a reproche.

—Tuvimos que hacerlo. Aquí no se podía quedar la niña.

—¿Cómo está?

Begoña dejó de sorber el contenido de la taza. Hizo un mohín con los labios.

—Se ha recuperado bastante bien del accidente.

—Me alegro —dijo Pilar. Sabía del accidente de Leire por Adrián. Hizo una pausa, tratando de elegir las palabras correctas—. Begoña, la niña… ¿no estaría mejor aquí? Ya ha pasado mucho tiempo y a lo mejor a ti te haría bien volverla a tener a tu lado, después de lo de José.

Vio cómo Begoña se tensaba sobre la silla. Al dejar la taza sobre la mesa, la cucharilla bailó en su interior. Le temblaban las manos.

—No quiero que vuelva.

—Pero Begoña, la niña es mayor. Ha pasado mucho tiempo de lo que ocurrió. Y mi hijo…, mi hijo ya no puede hacerle ningún daño.

Begoña la miró el tiempo suficiente como para hacerla sentir incómoda.

—Pilar, ¿sabes por qué te he cerrado la puerta en las narices cuando he visto que eras tú?

Bajó la cabeza, cohibida. Sintió que llegaba el inevitable momento de los reproches y que la visita se acabaría pronto.

—Te he cerrado la puerta por vergüenza —continuó Begoña.

Pilar la miró sin comprender.

—No eres la única que tiene un hijo *descarriado*.

—Lo… lo siento…, Begoña, pero no te entiendo.

—Tú no supiste educar a Rafael, pero José y yo no lo hicimos mucho mejor con Leire.

Pilar se quedó con la boca abierta sin saber qué responder. Sabía que Rafael no era culpable de la mayoría de las acusaciones por las que había sido condenado.

Tuvo la intuición de que ella tenía la respuesta a su corazonada. Se inclinó sobre el asiento y la instó a que fuera más clara.

—¿Qué ocurre, Begoña? Te conozco. ¿Qué guardas ahí dentro? —preguntó, posándole con suavidad una mano en el pecho.

—Leire… Leire no es buena —admitió Begoña—. Tu hijo no la violó ni mató a sus amigas.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos lo dijo ella.

—¿Cuándo?

—Poco tiempo después de que todo ocurriera. Durante una discusión.

—¿Y por qué no dijisteis nada?

Begoña la miró. Ahora eran sus ojos los que suplicaban el perdón.

—No podíamos. Leire hizo algo horrible. No podíamos admitirlo.

—Y preferisteis sacarla de aquí en lugar de que confesara la verdad.

—Pilar, intenta entenderme. Nunca lo supimos con seguridad, pero creemos que Leire tuvo algo que ver con la muerte de sus amigas. Intenta imaginar lo que eso habría supuesto.

—¿Tal vez que todo el mundo os tratara como unos apestados? ¿Que os insultaran por la calle? ¿Que escupieran en el suelo cuando se cruzaran con vosotros?

¿Es de eso de lo que teníais miedo?

Begoña cerró los ojos y bajó la cabeza.

—Sin la ayuda de tu hijo esas niñas seguirían vivas.

Pilar notó cómo sus puños se cerraban en torno a sus rodillas, estrujando la falda.

—Siempre tuvimos problemas con Leire, desde que la adoptamos. Era una niña muy difícil —continuó Begoña. Pilar volvió a mirar la armoniosa foto de familia enmarcada y sintió un nuevo aguijonazo, esta vez, de satisfacción mezquina—; *todo es mentira* —pensó—, *todo el mundo miente*.

—Pero tú misma dices que Leire admitió que mi hijo no las violó ni asesinó.

Puede que su pena hubiese sido menor. Pero fuisteis tan cobardes, tan hipócritas, con vuestros santos y vuestros crucifijos colgados de las paredes, que preferisteis sacárosla de encima y callaros para ahorraros la vergüenza y la culpa que yo llevo años sintiendo.

—Lo siento, Pilar, sé que lo has pasado mal.

—Pasarlo mal es poco. Soy la mierda más grande del pueblo. Y resulta que tu hija también lo es.

—Llegamos a tener miedo de ella —confesó Begoña—, teníamos el corazón destrozado. Siempre quisimos a esa niña. No sé lo que hicimos tan mal. Lo que ocurrió hirió a José desde el primer día. Cuando nos enteramos de que Leire tenía gran parte de culpa…, eso fue lo que acabó matándolo. Ni siquiera sabemos si lo del accidente de coche es cierto. No podemos fiarnos de ella. No sabes cómo puede llegar a comportarse. Cómo puede llegar a hablar. Cómo puede llegar a ser.

—Un mes después de esta conversación, Begoña se suicidó. Imagínate lo que pudo llegar a afectarle todo este asunto, con lo católica que era. Creo que acabó confesando porque ya tenía planeado irse. Fue su manera de morir en paz. Pero mi hijo seguía encerrado.

»Un día que regresaba de visitar a tu hermano, esperando que llegara el *ferry*, vi que de un coche bajaba Leire. Por aquel entonces, ella vivía en el Continente pero venía a menudo a la isla porque faltaba poco para que volviera a instalarse en la casa de sus padres. Cuál fue mi sorpresa cuando vi que en el asiento trasero iba *el Rojo*.

»Me dirigí hacia la terminal. Allí me senté en un banco y pude observar sin ser vista. El conductor era otro hombre y él y *el Rojo* se bajaron del coche. Todos parecían muy amigos. Se reían. Me pregunté qué diantres podía hacer Leire acompañada por *el Rojo*. Había mucha complicidad en sus gestos, Adrián, te lo aseguro.

Y eso me alarmó.

—No me lo puedo creer —aseguró Adrián—. Cuando Leire ve al *Rojo* por el pueblo se pone enferma.

—Pues te aseguro que ese día no estaba enferma. Al contrario, se reían. Incluso fue *el Rojo* el que sacó una bolsa del maletero del coche y se la dio, como un caballero. Después de hablar durante un rato, se despidieron de ella y se marcharon. En la terminal pasó por mi lado sin darse cuenta.

Durante el viaje a la isla no dejaba de preguntarme qué tipo de relación podía tener una chica como Leire con un sinvergüenza así. Adrián, en serio, ¿nunca te ha parecido extraño que fuera Leire la única de las chicas que sobrevivió?

—Bueno, mama, esas cosas pasan cuando se trata de delincuentes de poca monta como lo era Rafael.

—No, Adrián, esa chica siempre ha tenido algo raro. Cuando no podía permanecer más tiempo sentada, decidí salir a cubierta para que me diera el aire. Allí me encontré con ella, apoyada contra la barandilla. No lograba quitarme la imagen de tu hermano, encerrado en la cárcel gracias a su acusación y luego verla acompañada del que siempre había sido su compañero de correrías. Al final, no pude más y me acerqué a ella. Cuando me reconoció, como siempre hacía, me giró la cara. Tuve ganas de abofetearla. Aun así, me contuve y le hablé con toda la suavidad que pude reunir, que fue poca…

—Leire, te he visto llegar a la terminal. ¿Se puede saber qué tratos tienes con *el Rojo*?

Leire se giró, adoptando una mezcla de dignidad y temor.

—No me puedo creer que tenga la poca vergüenza de dirigirme la palabra. No sé de qué me está hablando. Déjeme en paz. Usted y yo no tenemos nada que decirnos.

A pesar de sus palabras, a Pilar le enfureció el falso victimismo que emanaba de ellas, desmentido por su mirada, que desprendía un altivo desdén. No le pareció la expresión ni la actitud de una víctima, lo que disipó cualquier resquicio de duda que pudiera albergar. Sin embargo, decidió mantener la calma y hablarle con suavidad con el objeto de hacerla entrar en razón. Esa chica tenía en sus manos la clave para conseguir atenuar la condena de su hijo. Aunque le entraron unas ganas irrefrenables de abofetearla, debía tratarla con suavidad.

—Hija, sé que lo has pasado mal. Siento el dolor que mi hijo pueda haberte causado. Pero no entiendo lo que he visto en los muelles y necesito saberlo. ¿Qué relación tiene una chica como tú con *el Rojo*? ¿Es que no sabes la clase de persona que es?

—¿Me quiere dejar en paz? —dijo, por toda respuesta.

—Pero hija…

Leire se giró con brusquedad.

—No se le ocurra llamarme *hija*. ¿Quién se ha creído que es? Si vuelve a dirigirme la palabra hablaré con la tripulación para que la alejen de mí, y después la denunciaré por acoso. Ya lo he pasado bastante mal por lo que me ha hecho el asqueroso de su hijo para que encima tenga que aguantarla a usted. Óigame bien, me alegro de que el monstruo violador que ha parido se pudra en la cárcel. Si por mí fuera, no saldría jamás.

Pilar, por fin, estalló.

—¿Qué relación tienes con *el Rojo*? —gritó, agarrándola de un brazo.

Pilar no tenía la intención de desistir. La mirada de Leire se ensombreció. Se inclinó hacia ella y le habló sin alzar la voz.

—Escuche, vieja loca, como no me suelte ahora mismo, como no me deje en paz, mandaré a alguien para que le raje el coño y la abran en canal. Pero no se limitarán a eso. Vendrán a buscar a su hijito maricón y lo encontrarán en un descampado con su propia polla incrustada en la boca. Y, para acabar, al degenerado de su otro hijo lo coserán a puñaladas en el váter donde está encerrado, pero antes le romperán el culo hasta hacerle un agujero del diámetro de una pelota de baloncesto. ¿Estamos?

—Me quedé sin habla. En ese momento entendí el miedo tan profundo que sentía Begoña hacia su hija. La solté y dejé que se marchara. Lo que vi en su cara era pura maldad. Tuve que agarrarme muy fuerte a la barandilla del barco porque temí que, en una sacudida, la debilidad de mis piernas no pudiera aguantarme sobre la cubierta.

»Los siguientes quince días los pasé rememorando, obsesionada, ese momento.

Acabé convencida de que lo que Leire había explicado no tenía nada que ver con la realidad. Tu hermano podía haber hecho algo horrible pero, desde luego, todo resultaba mucho más retorcido de lo que nos habían hecho creer. Así, en la siguiente visita le pedí a Rafael que solicitara un *vis a vis*. Nos lo concedieron un mes después. En los locutorios, tu hermano se sentía cohibido. Quería hablar con él con tranquilidad.

»En privado, como siempre, lo primero que hice fue abrazarlo y darle un beso.

Como no estaba acostumbrado a ese trato conmigo, su cuerpo se tensó. Tu

hermano no sabía reaccionar al cariño. En eso os parecéis un poco, aunque tú eres una *miajita* más abierto. Después de intercambiar las cuatro frases normales, «¿cómo estás?, ¿comes bien?», no pude aguantar más y le conté que había visto a Leire con *el Rojo* y que había hablado con ella. En ese momento, la expresión de su cara cambió. No me dejó ni acabar. Se levantó de la mesa donde estábamos sentados y se fue hacia la puerta para pedir que lo dejaran salir. Traté de detenerlo.

Tiré de una de sus mangas, se giró y me soltó un guantazo. Me cogió del pelo y me aplastó contra la pared.

—¿Tú sabes lo que has hecho? —dijo Rafael, sin levantar la voz—. ¿Quieres matarme? ¿Quieres morir? ¿Quieres que maten al Niño Bonito?

Su reacción tomó por sorpresa a Pilar. Sufrió un latigazo en el cuello cuando Rafael le retorció el cabello. Pero por primera vez en su vida en común, notó que no estaba siendo violento gratuitamente. Era el miedo que tenía reflejado en sus ojos lo que lo obligaba a comportarse así. La lanzó al suelo y se sentó a horcajadas sobre ella.

—Escucha —le dijo—, si es cierto que estás tan preocupada por mí, dejarás de hablar con Leire y dejarás de preguntarme. Si no lo haces por mí, hazlo al menos por el Niño Bonito o por ti, porque lo que acabas de contarme es una gran cagada.

Nunca, nunca, nunca vuelvas a hablar con ella.

»Después se dirigió hacia la puerta y avisó al funcionario para que lo dejara salir porque la visita de su madre había acabado.

—¿De qué tienes miedo, Rafael? ¿En qué te metiste? —le preguntó Pilar.

—Eres una idiota. Nunca has dejado de serlo. No sé por qué coño dejé que vinieras a verme. No lo vuelvas a hacer nunca más.

—Rafael, si no tienes nada que ver con lo que les ocurrió a esas niñas, déjame que te ayude. Tal vez se pueda hacer algo. Dime qué es lo que te asusta tanto.

—Escúchame bien —dijo—. No vuelvas a meterte en mis asuntos. Por mi parte este régimen de visitas contigo ha terminado. Y no te emperres en ayudarme, porque no puedes hacerlo.

—Rafael, tú no mataste a esas niñas, ¿verdad?

»Antes de salir, Rafael se giró para mirarla. Pilar vio en sus ojos una expresión que clamaba su inocencia.

—Después se lo llevaron. No volví a verlo mientras estuvo en prisión. Todos mis intentos de hablar con él fueron bloqueados por su parte.

—Si es cierto lo que me estás contando…

—Por supuesto que lo es, Adrián. ¿Qué gano inventándome esta historia?

—Si es cierto, ¿por qué crees que no quiso que lo ayudaras?

Pilar reflexionó unos segundos antes de hablar.

—Como tú has dicho, cada uno de nosotros se comporta en cada situación como la gente espera que lo hagamos.

—Sí.

—Pero yo te he dicho que, con el paso del tiempo, ganamos matices. Creo que la única intención de tu hermano al prohibirme que volviera a visitarlo era la de protegernos, a ti y a mí.

—Me cuesta creer que Leire sea una especie de psicópata que colaboró en el asesinato de sus amigas, lo siento. ¿No volviste a hablar con ella?

—No. Después de esa vez en el *ferry* no volvimos a hablar. Eso no impide que cada vez que nos cruzamos por la calle me mire como si quisiera verme muerta.

Esa chica me da mucho miedo.

—¿Alguna vez has pensado en ir a la Policía?

—¿Para qué? Después de tanto tiempo, ¿quién me iba a hacer caso? Además, os amenazó a ti y a tu hermano. Me dolió mucho porque el miedo que sentía impidió que ayudara a Rafael, al menos para tratar de conseguir una reducción de la condena. ¿Entiendes ahora un poco mejor por qué me sentía obligada a dejarle volver?

—Sí, te entiendo, aunque no comparto tu punto de vista.

—Eso me da igual.

—Pero hay algo que no acabo de ver claro. Si tu hijo tenía tanto miedo, de lo que fuera…, no sé…, de quien mató a las niñas, o, pongamos por caso, de la propia Leire, ¿por qué de repente le ha dado por contárselo a un desconocido como Ismael?

—No lo sé. Creo que tu hermano tiene algo metido en la cabeza y eso me da mucho miedo. Por eso quiero que en cuanto puedas hagas las maletas y te largues de aquí.

—Mama…

—Adrián, hazme caso. Me lo has prometido. Vete de aquí cuanto antes. Tengo la impresión de que va a pasar algo.

—¿Por qué no me contaste tu conversación con Leire? ¿O la que tuviste con su madre?

—Ya te lo he dicho, Leire te amenazó. Siempre que te veo con ella me echo a temblar. Esa chica me da pánico. No sé quién es. Pero no es buena.

LAS CARTAS BOCA ARRIBA

Leire cubrió la mesa con las fotografías de Silvia. Había realizado desde lejos varias tomas sin que ella se diera cuenta y ahora las observaba con deleite. El nuevo objetivo de su cámara era fantástico. Las fotografías parecían realizadas con el modelo a tan solo un par de metros. Era una niña muy fotogénica. Muy natural, cuando no posaba.

Era muy guapa. También lo era Amalia. Dos bellezas isleñas con la cabeza llena de pájaros. No le había resultado difícil *conectar* con las dos amigas En cuanto recibió el encargo de La Organización —meses antes de que a Pedro le anunciaran la viabilidad de su proyecto—, se puso manos a la obra. Estudió las costumbres y rutinas de todas las adolescentes de trece a quince años.

Un reducido grupo de chicas quedaba a menudo en la zona de *los Pinares*. Era un vistoso montículo con preciosas vistas al mar y a los tejados del pueblo. Debido a su altura era idóneo para realizar tomas paisajísticas. Un numeroso grupo de bancos circundaba varias mesas de madera. Cuando Leire era una niña, los domingos al mediodía el lugar se llenaba de familias cargadas con toneladas de carne que asaban en las barbacoas de obra instaladas en una zona habilitada. Ahora estaba en desuso. *Los Pinares*, por algún motivo, se convirtió en un rincón olvidado, utilizado solo por las pandillas que rara vez realizaban allí las funciones para las que había sido diseñado. Pequeños grupos disgregados se reunían para fumar los primeros porros y beber litros de cerveza sin ser amonestados por los adultos que, aun así, tenían muy claro lo que se llevaba a cabo en esa parte alejada del pueblo.

En un principio la elegida había sido Amalia, pero cuando esta le presentó a Silvia, su mejor amiga, con catorce años recién cumplidos, envió varias de sus fotos para que la Cúpula decidiera. Ella sugirió que Silvia era más idónea que Amalia. La Cúpula se dejó aconsejar. No en vano Leire era una de las mejores creaciones de La Organización.

Cuando por fin decidió quién sería la elegida, se limitó a hacerse la encontradiza.

Su presencia, con la cámara colgando al cuello, acabó siendo familiar para las niñas. Con la excusa de las vistas que se dominaban desde esa parte,

coincidió varias veces con Amalia y sus amigas.

No le resultó difícil ganarse la confianza de Amalia. A veces se encontraban a solas en *El Pinar* o en la ermita y realizaban ingenuos simulacros de sesiones fotográficas. A la niña le gustaba la fotografía. Sus padres le habían regalado una cámara en Navidad y tratar con Leire acicateó su afición. Se encontraron varias veces y Leire le enseñó algunos trucos. No podía hacer mucho con esa cámara, pero la niña tenía talento y se convirtió en una alumna entusiasta y muy disciplinada. En ocasiones pensaba, con un poso de cínico remordimiento, que el mundo perdería una gran paisajista tras su muerte.

Iba a todas partes con Silvia. Y muchas veces las había seguido sin que se dieran cuenta.

Silvia era más guapa que Amalia y de su cuerpo emanaba una sugerente armonía. Sin duda, los clientes sentirían más satisfacción al usarla.

El trato con las niñas fue fluido. Estimuló la vocación de Amalia por la fotografía y alimentó la ambición de Silvia por llegar a ser una *top model*. Nunca existió el riesgo de que nacieran entre ellas absurdas rivalidades, como podría esperarse de dos amigas que estaban entrando en la adolescencia. Leire se sentía agradecida por ello. Eran manejables. Tal vez el trato con Silvia requirió de más mano izquierda. Como buena *top* —y fan declarada de Naomi Campbell—, su carácter resultó ser más engreído que el de su amiga, aunque Leire había llegado a detectar ciertas reticencias que podían frenarla a la hora de dar el paso al *estrellato*. En una improbable madurez, habría tenido todos los números para acabar convirtiéndose en una mujer mediocre.

Debido a estas reticencias, el plan que había desarrollado no contemplaba que se implicara en exceso con las niñas. Debía parecer que ellas llevaban la iniciativa en todo momento. Por eso, debía ser Amalia la que atrajera a Silvia. A ella le haría más caso. Así que se concentró, sobre todo, en persuadir a Amalia, asegurándole que su amiga tenía grandes posibilidades de convertirse en una gran modelo. Que gracias a su trabajo como fotógrafa *free lance* había conocido a muchas y sabía que tenía madera. Que tenía contactos y se los facilitaría. Amalia, entusiasmada, se dedicó en cuerpo y alma a tratar de convencer a Silvia de su *enorme* potencial. Y tal como había previsto, Silvia se dejó querer. Le gustaba que su amiga le regalara los oídos.

Leire se limitaba a contarles las características de su oficio, aderezándolas con unas pinceladas de color para embellecerlas.

La ingenuidad y los sueños de grandeza, que en ocasiones suelen ser dos caras de la misma moneda, hicieron el resto.

No tardaron en fabular con la posibilidad de vivir otra vida y de querer emularla.

Su ingenuidad llegaba a tales extremos que ni siquiera se cuestionaron por qué Leire vivía en la isla, tan alejada del *glamour*.

Fingiendo una leve indiferencia, esperó a que Amalia le pidiese el teléfono de algún contacto para que la soñada carrera profesional que las sacaría de ese pueblo de mala muerte, por fin, despegara. Ese día llegó hacía unas semanas. Le pasó a la niña un contacto de la Organización que fue el encargado de rematar el trabajo. También le recomendó que no compartieran con nadie sus planes. Al principio Amalia no entendía por qué. Leire le explicó que había visto un buen número de incipientes carreras llevadas a la ruina por un celo excesivo de los padres o envidias malsanas de amigas que no soportaban el éxito ajeno. La niña lo entendió a la perfección y recomendó prudencia a Silvia. Leire había estimulado su vanidad, tratándola como a una adulta. Después fue Amalia la encargada de negociar con los supuestos cazatalentos. Silvia era una fantasiosa, pero no pasaba de ahí. No tenía madera para buscarse la vida. No era espabilada. Todo lo hizo Amalia.

Deslizando abstraída la mirada por las fotografías, Leire ya sabía que las dos niñas saldrían al día siguiente para el Continente, donde un coche las recogería en un lugar determinado.

Se sentía satisfecha. Había llevado a buen término la primera parte del plan. Era la única que la inmiscuía. Ahora el trabajo lo continuarían otros hermanos de La Organización. No volvería a tratar con las niñas esas pocas horas que les quedaban de vida. Se sentía relajada pero expectante. Era la excitación previa a los grandes momentos.

El timbre del portero automático reverberó en el piso. Se levantó de la silla para contestar. Descolgó el interfono dirigiendo una mirada inquieta a las fotografías extendidas sobre la mesa.

—¿Hola?

—Hola, Leire, soy Adrián.

—¡Adrián! Dime.

—¿Puedo subir?

—¿Subir? —repitió, evitando que su voz sonara contrariada. Volvió a mirar las fotografías.

—Sí, te quería consultar una cosa.

Tenía que pensar rápido.

—Ahora mismo me pillas recién salida de la ducha. ¿Quieres que nos veamos en el bar en diez minutos?

—No voy a poder. Tengo la tarde liada. ¿Puedo subir? Será un momento.

—Espera. Me has pillado a medio vestir. Ahora te abro.

Colgó el teléfono. Recogió las fotos y las guardó en una carpeta. Después fue al lavabo y se mojó el pelo.

—¿Adrián?

—Aquí estoy.

—Ya puedes subir.

Entreabrió la puerta. Hasta el piso llegaba el eco de las pisadas de Adrián al ascender por la oscura y estrecha escalera. Accedió a la cocina americana, abrió la nevera, sacó un tomate y se dispuso a cortarlo con un cuchillo que tomó de un cajón.

—¿Hola? —Adrián se asomó, prudente, a través de la puerta.

—Hola, Adrián, pasa.

—¿Molesto?

—Tú nunca molestas. Pasa, pasa. Estoy haciendo una ensalada. ¿Quieres quedarte a comer?

—No, gracias, voy a tener la tarde liada.

Leire dejó de cortar el tomate y abrió el grifo del fregadero. Se aclaró las manos.

El agua estaba tibia.

—¿Y a qué se debe la visita? —preguntó, mientras se secaba con el trapo de cocina.

—Quería hablar contigo un momento.

—Tú dirás. ¿Quieres beber algo?

—Si tienes una cerveza fresquita… me la tomaría muy a gusto.

Abrió la nevera, extrajo una cerveza, cogió un vaso del montón que tenía en el escurridor y se los entregó.

—Gracias.

—¿Pasa algo, Adrián? Hacía tiempo que no te veía por mi casa.

—Tenía que hablar contigo de algo que he escuchado. Quisiera contrastarlo.

Leire sonrió, insegura.

—Me estás asustando.

—No tienes por qué.

—Creo que te voy a acompañar con esa cerveza. Siéntate —lo invitó, señalándole el sofá. Adrián se sentó en un extremo. Leire lo notó tenso. Volvió a acceder a la cocina, abrió la nevera, extrajo otra lata y la abrió. La espuma se derramó por los bordes como la lava de un volcán. Sorbió el líquido que rezumaba por la abertura para evitar su caída al suelo. Se acercó al sofá y tomó asiento en el extremo opuesto, dejando un cuerpo entre Adrián y ella. Después se lo quedó mirando a la espera de que este comenzara a hablar. Por su actitud el tema debía de ser delicado.

Era evidente que no sabía cómo empezar. El hecho de que invirtiera tanto tiempo en buscar las palabras adecuadas la alarmó. Dirigió una mirada hacia las puertas del balcón, abiertas de par en par. La ventana del vecino también estaba abierta. Se levantó, excusándose, indicando que la temperatura había bajado en los últimos días y que ya comenzaba a hacer frío, observando con una sonrisa incómoda, que ya iba siendo hora de sacar la ropa de invierno. Fue

consciente de la sarta de banalidades que decía. Por suerte, Adrián parecía sumido en sus pensamientos. Ni siquiera dio indicios de haberla escuchado. Mientras cerraba el balcón lanzó una rápida ojeada a la calle. Era la hora de la comida. No se veía un alma. La campana de la iglesia marcó los cuartos. *Las dos y media*, pensó. El llanto de un bebé se cortó en seco cuando ajustó las puertas. Sus hojas ofrecieron resistencia al encajar. Giró la maneta y volvió al sofá. Ahora Adrián la miraba con decisión. Parecía haber encontrado las palabras que buscaba.

—Me voy del pueblo —anunció.

—¿Otra vez?

—Esta será la definitiva.

Leire dejó en el suelo la lata de cerveza. Le tomó una mano. Adrián dejó que lo hiciera pero ¿había notado rechazo por su parte? ¿Un leve pero brusco intento de repeler el contacto? Estaba segura de que sí.

—¿Qué te pasa, Adrián? —le preguntó.

—Lo de siempre. Estoy harto de esta isla.

—Tienes una insatisfacción que no te la quitas de encima. Siempre te ha pasado.

—Puede que tengas razón.

—¿A dónde vas a ir?

—Todavía no lo sé. Haré alguna llamada.

—¿Y qué va a pasar con el negocio? ¿De qué vas a vivir?

—El negocio no me importa. Tengo algo de dinero. Ya me buscaré la vida.

—¿Cuándo te irás?

—Si puedo, esta misma tarde. Antes de que salga el último *ferry*.

—Vamos a echarte de menos.

—Permíteme que lo dude. Aquí nadie me va a echar de menos —sentenció, esbozando una sonrisa amarga.

—Tus amigos te vamos a echar de menos, Adrián —aclaró, remarcando cada palabra.

Adrián agachó la cabeza manteniendo aún aquella sonrisa triste tan propia de él.

Liberó con delicadeza las manos del cobijo que le ofrecían las suyas.

—De todas formas, he venido, además de para despedirme, para que me aclares una cosa.

Un escalofrío repentino recorrió el cuerpo de Leire. Alcanzó una fina manta que se encontraba doblada sobre el brazo del sofá y se arrebujó en ella. Después tomó de nuevo la lata de cerveza, se recostó sobre el respaldo y dobló una pierna bajo la otra, aparentando una calma que no sentía.

—Esta mañana me he peleado con mi hermano, entre otras cosas, por defenderte.

—No es nada nuevo. ¿Qué ha pasado esta vez?

—Eso no importa. El hecho es que mi madre me ha contado algo.

—¿Qué te ha contado tu madre? —preguntó Leire, intentando controlar la expresión de su rostro.

—Me ha dicho que hace años tuvisteis una conversación.

—¿Una conversación? Adrián, te quiero. Te quiero mucho. Pero sabes de sobra lo que pienso de tu madre. Nunca perdería el tiempo hablando con ella. Sé que es tu madre y siento decirte esto.

—Estoy de acuerdo contigo. Tal vez no haya usado un término correcto. Por lo que sé, es cierto que no fue una verdadera conversación. Parece que te encargaste de evitarla a toda costa con amenazas.

—¿Qué se supone que le dije?

—Me cuesta mucho hacerte la pregunta que me estoy planteando ahora mismo.

—Pues pregunta de una vez —exigió con demasiada brusquedad—. Me estás poniendo nerviosa.

—¿Has tenido alguna vez algo que ver… con *el Rojo* o con mi hermano?

Leire sintió cómo su cuerpo se tensaba. Se notó rígida sobre el mullido asiento.

—¿A qué viene esa pregunta? Sabes de sobra lo que me relaciona a tu hermano.

¿Qué tratas de insinuar?

Adrián sostuvo su mirada. Leire casi notaba su esfuerzo por leer entre líneas.

—Intento contrastar una información que me ha llegado. Solo eso.

—¿Eso es lo que te ha dicho tu madre? ¿Qué tengo algún tipo de trato con esas personas? ¿Eso es lo que te ha dicho? ¿Qué soy amiguita de tu hermano?

—Lo que me ha dicho es que te vio con *el Rojo*. ¿Es cierto?

—Por supuesto que no —aseguró, envolviéndose de nuevo con la manta adoptando al hacerlo una pose de malherida dignidad.

—¿Y qué crees que gana mi madre diciéndome eso?

—¡Hacerme daño! ¿Es que no lo ves? Adrián, siento decirte esto. Tu familia nunca ha sido buena. Tú has resultado ser una especie de…, no sé…, oasis en el desierto. Yo nunca te guardé rencor porque eras diferente. No te conviertas ahora en algo igual que ellos. Tu madre siempre me ha odiado porque mi testimonio mandó a tu hermano a la cárcel.

—Ahí es donde te equivocas. Mi madre no odia a nadie. La conozco.

Leire rompió a llorar, encogiéndose sobre el asiento.

—¿Cómo puedes dudar de mí? ¿Acaso no me han hecho ya bastante daño? Durante muchos años me aterró salir sola a los sitios. Soy incapaz de relacionarme fuera de un ambiente conocido. A veces siento que ni siquiera puedo amar. Te quiero mucho, Adrián. No te imaginas cuánto. Porque

cuando hablaba contigo me sentía bien. Porque has sido tan víctima como yo de esa gente con la que creciste.

¿Cómo puedes hacerme esto?

Pero entre las lágrimas podía ver, impotente, que Adrián no reaccionaba a ellas.

Su estupefacción dio paso a una rabia incontenible.

—Leire, deja de llorar. No estoy aquí para contemplar tus lágrimas sino para hacerte una advertencia.

Comprendiendo que resultaba inútil, Leire dejó de llorar.

Adrián fue testigo de la facilidad con la que había pasado de las contorsiones del llanto a una máscara que no dejaba traslucir sentimiento alguno.

—Quiero que te vayas de aquí —le exigió Leire con un tono grave, sin alzar la voz.

—Tranquila, lo haré. Por lo que a mí respecta, no volverás a verme. Pero déjame acabar. Creo que en los últimos días mi hermano tiene algo en la cabeza. No sé lo que es y, la verdad, me importa poco.

—Difícilmente puedo estar yo en la cabeza de tu hermano.

—En todo caso, te voy a hacer una advertencia. Si alguna vez le pasa algo a mi madre, no voy a descansar hasta saber la verdad y, si hace falta, moveré cielo y tierra para que los culpables paguen por ello.

Leire se levantó. Le gustó ver que Adrián daba un respingo sobre el asiento. Si no hubiera reaccionado así tal vez no habría descubierto el farol en su juego. Estaba asustado. No se fiaba de ella. Accedió a la cocina americana para seguir pelando el tomate.

—Lo que te ha contado tu madre es pura basura. Todo lo que tu familia produce es basura. No incrementes tú también el estercolero —dijo, mientras cortaba el tomate.

Adrián se levantó y se acercó a ella con decisión. Sonrió, divertida. ¡Pobre diablo!

Tenía que llevar el farol hasta sus últimas consecuencias.

—Espero que me hayas entendido, Leire. Sea lo que sea donde estéis metidos tú, *el Rojo*, mi hermano o el que sea, dejad en paz a mi madre.

Leire le clavó el cuchillo en el cuello. Adrián se llevó una mano a la herida. Sus dedos no podían retener la sangre, que escapaba a borbotones por la carótida seccionada. Abrió los labios sin poder articular palabra alguna, tan solo un líquido murmullo ahogado. Leire volvió a golpear el cuello. La hoja atravesó la nuez.

Adrián trató de no caer, apoyando un brazo sobre la encimera. El tercer golpe del cuchillo atravesó su ojo izquierdo. Cayó al suelo, escupiendo sangre, con un ruido sordo. Leire se lanzó sobre él dejando caer con fuerza el cuchillo en su cabeza una y otra vez…

Antes de morir, Adrián tuvo tiempo de contemplar, con extrañeza, la figura de Lucas detrás de Leire. Lucía su característica sonrisa boba. Alzó una mano, en un gesto que trataba de transmitir calma. Mientras Leire reventaba su cabeza a cuchilladas hasta acabar rompiendo la hoja, Adrián dejó que lo hiciera. El dolor concluiría en lo que dura un pestañeo, seguro.

Leire se quitó la ropa cubierta de sangre y la metió en una bolsa. Desnuda, se tumbó sobre el cadáver y lamió el rostro hecho jirones. Clavó y retorció otro cuchillo en su pecho. Con gran dificultad la hoja se abrió paso por el esternón. Se empleó a fondo en cortar, rasgar y romper. Cuando el agujero fue lo bastante amplio, introdujo sus manos y, empleando toda la fuerza que fue capaz de reunir, le arrancó los pulmones y buscó el corazón. Se lo llevó a la boca y le dio un mordisco. Sentada en el suelo y apoyada en un armario, acabó de comérselo como si fuera una manzana.

Después de ducharse, hizo una llamada.

NO HAY MARCHA ATRÁS

Pedro colgó el teléfono. La conversación había sido breve. Todo estaba muy claro, no hacía falta dar vueltas a las cosas.

La persona que lo llamó le dijo que había surgido un problema inesperado. No entraron en detalles y tampoco le interesaban, pero no esperaba un comentario así.

Dejó traslucir su inquietud, pero su interlocutor no parecía preocupado. El inconveniente había sido subsanado. Le dijeron que, en este tipo de operaciones, siempre podía presentarse algún bache. «*Bache*», esa fue la palabra que empleó.

Lo maravillaba el lenguaje que utilizaban esos delincuentes —porque, por muy organizados que estuvieran, no dejaban de ser delincuentes— pero tenía que reconocer que lo tenían todo controlado. Toda contingencia se contemplaba y tenía su solución. Eran unos auténticos profesionales.

Abrió un cajón y extrajo un cigarro de la pequeña tabaquera que guardaba bajo unas carpetas. Abrió la ventana y se sentó sobre el alfeizar. Su casa era de las más altas del pueblo. Desde donde estaba podía controlar lo que se extendía a sus pies.

Siguió las volutas de humo en su ascenso. El cielo estaba despejado, cubierto por un manto de estrellas. Al alzar la vista, sintió vértigo. Oyó el rumor de las olas. Las calles estaban tranquilas. Se inclinó para observar los banderines y los carteles anunciando la Fiesta Mayor que colgaban desde hacía una semana de las farolas.

Ese año no sería muy lucida. La operación coincidía con el inicio de las fiestas.

Más de un vecino se llevaría una desagradable sorpresa y los próximos días serían de angustia. Por supuesto, muchos otros conocían lo que se avecinaba y sabía que podía contar con su beneplácito. Las fiestas serían cortas. No podrían continuarlas después de lo que iba a ocurrir. Aunque resultara desagradable, era por el bien del pueblo y sería resarcido por los beneficios que vendrían. Bajo esa perspectiva, ¿qué importancia podía tener una fiesta más o una fiesta menos? Ya vendrían más Fiestas Mayores.

Era una época de sacrificio. Le había tocado vivirla a él, tal y como en su día le tocó vivirla a su padre. Pero Pedro había llegado a un trato más favorable con *el Dragón*. A cambio de una doncella, e *l Dragón* les arreglaría a todos la vida. El pago era mínimo comparado con todas las ventajas que comportaba.

La riqueza entraría a espuertas y eso era algo bueno. En unos años, la mayoría de los que en ese preciso instante se encontraban a sus pies, acabando de cenar, viendo la televisión o preparándose para acostarse, serían ricos. Y todo se lo deberían a él. A él, que lo único que hacía era preocuparse por sus convecinos.

A un nivel particular, obtendría también grandes beneficios. De momento ya había recibido una invitación para formar parte de la ceremonia. Por fin había llegado su momento. Estaría rodeado por lo mejor de cada casa. Una buena oportunidad de promoción. Un nuevo horizonte se abría ante él.

Unos golpes en la puerta lo arrancaron de sus pensamientos.

—Pasa —dijo, dirigiendo una mirada a la puerta cerrada.

Su hija de catorce años entró al despacho en pijama. De forma automática, casi inconsciente, Pedro llevó el brazo que sostenía el cigarro hacia el exterior para evitar que el humo entrara en la estancia.

—¿Otra vez fumando? —le recriminó su hija—. Verás cómo se entere la mama.

Pedro le dedicó a la niña una sonrisa cómplice. De sobras sabía que a Alicia, a esas alturas, le importaba un bledo su salud. No así el ambiente en su casa, auténtico motivo para fumar con las ventanas abiertas. Evitaba trifulcas innecesarias.

—Estoy seguro de que no serás tú quien se lo diga.

—Dame un beso, anda, que me voy a la cama.

La niña se acercó a su padre. Al tiempo que lo abrazaba le clavó un beso en la mejilla. Cuando deshicieron el abrazo, Pedro le acarició la barbilla.

—¿Ya tienes pensado el plan de fiestas de mañana? —le preguntó.

—Iremos a la yincana.

—¿Con quién iras?

—No sé, supongo que con todas las que se apunten.

—Bueno, ve con cuidado. Mañana no sé si nos veremos. Con todo esto de las fiestas voy a estar ocupado y por la tarde tengo que ir al Continente a una reunión.

—Bueno —contestó su hija, encogiéndose de hombros. Antes de marcharse, todavía le regaló un último beso.

—Buenas noches.

—Buenas noches, cariño.

Pedro la siguió con la mirada mientras se dirigía a la puerta.

—Mañana en casa a las once, como muy tarde —advirtió, antes de que

saliera.

—Ay, papa, ¡qué pesado!

—Que no me entere que llegas más tarde. Si lo haces, tu madre me lo acabará diciendo.

Antes de cerrar la puerta, la niña se giró, dedicándole una carantoña a su padre.

Pedro mantuvo la sonrisa hasta mucho después de que su hija se hubiera ido.

Un buen padre siempre se preocupa por sus hijos.

FIESTA MAYOR

El primer día de Fiesta Mayor amaneció brumoso. Hacia las once, la niebla acabó disipándose, dando paso a un sol que caldeó el ambiente en poco tiempo.

A las doce del mediodía, la Plaza del Ayuntamiento se encontraba anegada por una riada de vecinos que se habían reunido para escuchar el pregón que, esta vez, prometía ser pintoresco. Lo iba a pronunciar una de las celebridades que, de tanto en cuando, proliferaban por obra y gracia de algún hecho extraordinario protagonizado por ellas en época reciente. El pregón lo realizaría un joven que fue cogido por un toro durante un encierro en las pasadas fiestas. Una de las astas enganchó la presilla de su pantalón. El chico fue volteado en el aire ante la alarma del resto de sus vecinos que intentaban por todos los medios distraer al animal con el fin de que lo soltara. Pero no estaba en las pezuñas del bóvido semejante empresa ya que solo le interesaba desprender la presilla que circundaba uno de sus cuernos. El pantalón acabó desmenuzado y hecho jirones y, gracias a una sacudida, el chico aterrizó en calzoncillos sobre el lomo de la bestia. Convertido en montura, el animal intentó librarse de su inesperado jinete a base de saltos y requiebros. Con el terror reflejado en su rostro, el jinete se agarró a sus cuernos, cubriendo de esta manera buena parte del recorrido previsto. Al final, se lanzó contra un grupo de vecinos que, con los brazos extendidos, lo conminaron a saltar. Al acogerlo entre sus brazos, le evitaron un serio encontronazo contra el suelo.

Lo extraordinario de la situación —más de diez minutos en calzoncillos a lomos de un toro colérico y desbocado— lo convirtió en una leyenda, y a su proeza, en una de esas anécdotas que pasaría de generación en generación con la coletilla «*yo estuve ahí…*».

La celebridad local accedió al balcón del ayuntamiento secundado por las fuerzas vivas del pueblo con el alcalde a la cabeza.

Pedro dio la bienvenida a todo el mundo, augurando que las de ese año serían las fiestas patronales más inolvidables de la Historia —esa misma noche sus palabras demostrarían ser proféticas—, dando paso al invitado especial que lanzó el pregón algo titubeante al principio debido al sonrojo que le

provocaron los constantes vítores y aplausos dedicados a su persona. No obstante, a medida que su discurso avanzaba, fue ganando seguridad hasta acabar erigiéndose en el principal valedor de la calidad del pueblo y sus gentes en una diatriba que, pese a que no la entendió casi nadie, fue muy celebrada.

Acabado el pregón, la banda del pueblo se abrió paso a través del tumulto desde las puertas del ayuntamiento hasta la Calle Mayor. Una vez allí, fue escoltada por decenas de personas con el objetivo de anunciar a todo aquel que no hubiera acudido a la inauguración oficial, que la fiesta patronal acababa de empezar.

Cuando pasaron bajo el balcón de su casa, Ismael salió para contemplar el desfile. Su salida coincidió con la de Pilar. La mujer no parecía estar interesada en la banda. Daba la impresión de estar buscando a alguien entre el gentío. Ismael siguió su mirada. No reconoció a nadie que fuese reseñable. Cuando dirigió sus ojos de nuevo al balcón de Pilar, ella lo estaba mirando. Sin pensar en lo que hacía, por primera vez, le dedicó una tímida sonrisa. Pilar no le correspondió. Se giró con cierta celeridad y entró en la casa, cerrando tras de sí las puertas del balcón.

Pilar se apoyó contra los cristales que vibraban por el amortiguado estruendo de la banda. La extrañaba la falta de noticias de Adrián. Había llamado a su casa, pero no respondía al teléfono y al pasar por la peluquería la persiana bajada le hizo sentir un temor que estaba lejos de creer irracional. La idea de que Adrián hubiese cometido una imprudencia por causa de lo que le había revelado la asaltaba en todo momento. Y la posibilidad de que hubiera dejado la isla sin despedirse de ella, se le antojaba improbable. Un presentimiento le decía que algo le había ocurrido. Lo sentía en las entrañas que había descubierto en su interior el día que decidió ser una buena madre.

Leire salió al balcón con la cámara de fotos. El piso estaba limpio y el cuerpo mutilado de Adrián ya no se encontraba en la habitación que utilizaba para desterrar los trastos inútiles. La Organización se había hecho cargo de todo. Había recibido instrucciones y una reprimenda por arriesgarse sin necesidad. Pese a todo, ella sabía que el enfado no era tan grave como querían hacerle creer. Vio entre el gentío a Silvia y Amalia. Las ignoró. Alzó la cámara y buscó la mejor instantánea del desfile a través del objetivo.

Silvia y Amalia formaban parte de la comitiva que caminaba tras la banda de música. Estaban muy excitadas por la cita de esa tarde. Tenían los billetes para el *ferry*.

Las mismas personas que las iban a entrevistar los pagaron, haciéndoselos llegar a Leire que, a su vez, los entregó a Amalia. Leire les hizo prometer, una vez más, que no se lo dirían a nadie. Se lo prometieron. Leire no quería tener ningún lío con sus padres y ellas entendían a la perfección sus argumentos.

A sus ojos, Leire formaba parte de esa extraña clase de adultos que no trataba de convencerlas a toda costa de que lo primero en la vida eran los estudios. Siempre las había animado a luchar por sus sueños. «*No hay nada más importante*», aseguraba. Les decía que el mundo estaba lleno de chicas frustradas con una colección de títulos universitarios que no les servían para amamantar a los chiquillos que habían tenido cuando optaron por abandonarlo todo por un hombre. Siempre les decía lo mucho que valían. Que jamás debían depender de nadie, tan solo de ellas mismas. Que debían anteponer esa independencia frente a cualquier otra cosa.

Que la educación tradicional solo estaba orientada a formarlas como madres. Silvia y Amalia no querían ese destino para ellas. Al pasar bajo el balcón de su casa la vieron asomada haciendo fotografías. La saludaron con la mano. *No se da cuenta*, dijo Amalia. *Da igual, mañana la veremos y podremos decirle cómo nos fue la entrevista; Tiene mis pendientes de aro, se los debería pedir*, dijo Silvia. *Será por pendientes… Ya se los pedirás otro día*, observó Amalia; y siguieron caminando tras la banda, recordándose la una a la otra que esa tarde debían decirles a sus padres que irían a la chocolatada.

No notaron que Thierry casi se les echó encima al atravesar la comitiva para llegar al otro lado de la calle. Pasó por delante de la persiana cerrada de la peluquería de Adrián en dirección al bar, sorteando a sus vecinos sin dejar de saludarlos en ningún momento. Cuando caminaba bajo el balcón de Leire esta le hizo una foto y le sonrió. Le devolvió una fugaz sonrisa mientras pensaba lo mucho que odiaba que le hicieran fotos. Por fin llegó hasta el final de la escolta y su avance fue más cómodo y fluido. Hacía rato que la banda había girado una esquina, siguiendo el recorrido estipulado. El sonido atenuado de los tambores y las trompetas indicaba que debían de estar subiendo la colina que conducía a la iglesia. Ya los estaría esperando el cura para hacer una misa especial dedicada a la patrona. Thierry se preguntó divertido si el itinerario no estaría diseñado por el páter con el fin de atraer clientela. El primer día de las fiestas, la iglesia siempre se llenaba hasta la bandera.

El claxon de un coche le hizo despertar de su ensimismamiento. Se giró justo a tiempo para vislumbrar, a duras penas, cómo Pedro, recién salido del ayuntamiento, lo saludaba con la mano al pasar a su lado rumbo al puerto.

Pedro observó la figura de Thierry reflejada en el retrovisor, haciéndose más y

más pequeña al dejarlo atrás. Se notaba tenso. Ahora que, por fin, había llegado su momento, lo preocupaba no estar a la altura. Dentro de cuatro horas estaría entre varios de los hombres más destacados del país y esa certeza pasaba factura a sus nervios. Encendió la radio y buscó algo de música que lo animara. Moviéndolo de arriba a abajo, ajustó el dial al escuchar el selvático latido de los bongos de *Bo Diddley* en la versión de Buddy Holly. Le pareció la canción apropiada para renovar su confianza. Siguió conduciendo marcando el ritmo con un golpeteo de sus dedos sobre el volante. *Vamos Pedrito*, se dijo, *eres un animal político. Has mamado ese ambiente desde niño. Naciste para esto. Enséñales de lo que eres capaz*. Apenas sin darse cuenta fue acelerando el coche. Aminoró la velocidad casi hasta el punto de frenar para dejar pasar a Silvia y Amalia que, después de abandonar la comitiva, cruzaban la calzada sin mirar, cogidas de la mano. Observó su carrera calle abajo.

Amalia no advirtió la presencia de Lucas cuando pasaron por su lado. Este cruzó su mirada con la de Silvia y, sonriendo como siempre, cambió el sentido de su marcha y tomó la dirección que habían seguido las chicas.

¿DÓNDE ESTÁ ADRIÁN?

La ruidosa algarada en las calles y las detonaciones de la pirotecnia contrastaban con el silencio de refectorio de la librería. Había empleado buena parte de la tarde decidiendo si salía o no. No le apetecía, pero entendía que de nada servía permanecer enclaustrado. Pensó en buscar a Thierry, que a esas horas ya estaría en el epicentro del barullo.

Se estaba poniendo la chaqueta cuando unos golpes resonaron en la persiana.

La levantó, convencido de que sería él. Para su sorpresa, quien llamaba era Pilar.

Tener a la madre del violador oficial del pueblo frente a su negocio le hizo entrar en pánico. Lanzó un vistazo nervioso alrededor. Varios transeúntes los observaban con curiosidad. Maldijo a la mujer por lo inapropiado de su visita y a punto estuvo de cerrarle la puerta en las narices. Pilar, intuyendo sus temores, decidió no andarse con rodeos.

—Adrián ha desaparecido.

Ismael volvió a mirar a los vecinos que contemplaban la escena con escaso disimulo. Dilatar el momento resultaba inadecuado. También pensó, resignado, que, teniendo en cuenta el gran número de testigos, Pilar y él estarían en boca de todo el mundo en poco más de una hora. Pero la referencia a Adrián lo obligaba a ser imprudente. Se apartó para franquearle el paso al interior del local. Lanzando un último vistazo, Ismael volvió a bajar la persiana.

Una vez a resguardo, encendió la luz. Los focos parpadearon otorgando a la figura de la mujer un aura de alma descarnada que se hubiera presentado para martirizarlo. Le ofreció asiento y lo rechazó. Guardando silencio, la invitó a hablar.

—Adrián ha desaparecido —repitió—. Me dijo que se iba a marchar del pueblo.

Pero no sé nada de él.

—Si dijo que se marchaba, se habrá ido, digo yo —sugirió.

—¿Y se marchó sin despedirse? —Pilar rechazó la idea, negando con la

cabeza—. No, nunca haría algo así. Se habría despedido de mí, me habría dado alguna dirección, un teléfono, ¿qué se yo? Algún dato para que pudiera seguir comunicándome con él.

Ismael sintió un enorme cansancio. Si ella no quería sentarse, él sí lo necesitaba.

Con gesto exhausto se arrellanó en el asiento, detrás del mostrador.

—Supongo que habrá pasado por su piso o por la peluquería antes de venir aquí.

—La peluquería está cerrada.

—¿Qué me dice del piso?

—He estado toda la mañana llamándole al teléfono y no contesta.

—¿Tiene copia de las llaves?

—Sí.

—Y entonces, ¿por qué no va a buscarlo allí?

—Tengo miedo de lo que pueda encontrar.

—Disculpe, Pilar, todo esto me resulta extraño. Usted y yo nunca hemos hablado. Es la primera vez que estamos juntos bajo un mismo techo. ¿Qué quiere de mí?

Pilar enarcó las cejas adoptando un gesto de súplica. Traspasó el mostrador y casi cayó de rodillas ante él.

—Por favor, sé que usted es su amigo. Vaya a su casa. Tengo mucho miedo de lo que me pueda encontrar. ¡Hágame este favor!

Ismael se levantó de la silla y posó sus manos con delicadeza sobre los hombros de la mujer.

—Pilar, tranquila. Adrián es mi amigo. También a mí me preocupa. No tiene que rogarme nada.

Del rostro de Pilar colgó una mueca agradecida.

—¿Lo hará, Ismael? ¿Irá a casa de mi hijo?

—Si quiere la puedo acompañar. Podemos ir los dos.

—Yo no puedo ir por la calle acompañada por nadie. Lo sabe usted bien. Soy una apestada. Pero estoy tan preocupada que no sé qué hacer.

Se encogió al sentir el peso de las manos de Ismael. No estaba acostumbrada a que un extraño la tratara de esa manera. Le gustó la algodonosa presión que ejercían sobre sus hombros. Tuvo el impulso de coger una de ellas y se la llevó a los labios.

—Cuando me ha sonreído esta mañana he pensado que tal vez usted pudiera ayudarme. Pero no quiero que tenga problemas por mi culpa.

—Ahora mismo Adrián es lo primero, no se preocupe por mí. ¿Lleva las llaves encima?

—Sí, las he traído por si usted aceptaba ir a su casa.

—Pues pongámonos en marcha.

Salieron a la calle. Las expresiones de sorpresa de los vecinos los

acompañaron durante el camino. Ismael sostuvo sus miradas atreviéndose, incluso, a desearles una buena tarde. Aquellos que parecían no mirar tan solo eran más discretos.

Otros no se conformaban con evidenciar su extrañeza y curiosidad; los seguían con la vista, luciendo una expresión contrariada. Sintió un centenar de ojos enfangados de repulsa. Lo sorprendió la intensidad de ese momento. Enfundado en la piel de Pilar, se sintió desnudo. Ella debía de sentirse así todos los días. Lo embargó la piedad. Se reprochó haber seguido la inercia local. Nadie se había preocupado jamás por comprenderla. ¿Merecía ese desprecio? No, desde luego. Hasta lo que él sabía, su mayor pecado fue vivir con un miedo atroz toda su vida, algo que le había contado Rafael y corroborado Adrián después. Un miedo que la había paralizado hasta el punto de ser incapaz de proteger a sus hijos de un monstruo.

La imagen que guardaba de sus vecinos cambió. Ya hacía días que los rostros con los que se cruzaba se le antojaban indefinidos, borrosos… Pero bajo esa bruma, intuyó además la existencia de unos rasgos feos, deformes, depravados…

Pilar se aferró al brazo de Ismael buscando protección, lo que acabó por otorgar a la escena un carácter más insólito, si cabe. Se sentía extraña acompañada por alguien que, por primera vez en mucho tiempo, no la rechazaba. Notó el calor que irradiaba su piel a través de la manga de su chaqueta. Era una calidez agradable.

Lamentó no poder disfrutarla. Caminaba con la cabeza gacha, evitando las miradas. Se sentía mal por él. Lo estaba metiendo en problemas. Tal vez no debería haberle pedido que la acompañara. Una vez más, rememoró el único momento de valentía que mostró en su vida y que le había servido para librarse de Goyo, pero no encontró rastro alguno de esa determinación. Intentó volverla a sentir. Le resultó imposible. Se sentía como era habitual en ella, con una necesidad imperiosa de pedir perdón. También ansiaba disculparse con Ismael por haberlo arrastrado a su mundo.

—Ismael, esto que estamos haciendo no está bien. Si quiere vuelva a la librería. Ya entraré yo en casa de Adrián. En cuanto sepa algo, esté tranquilo que le avisaré —sugirió con un susurro ahogado.

Ismael se volvió y la miró con incredulidad.

—Ni hablar de eso. Ya hemos hecho casi todo el camino. —Apoyó una mano sobre la de Pilar, que seguía colgada de su brazo—. Ya nos ha visto todo el mundo y ¿sabe qué? Me importa un bledo. No se preocupe por mí.

Pilar notó cómo se le humedecían los ojos. Siguieron caminando enlazados por los brazos.

Llegaron a casa de Adrián. Extrajo las llaves del pequeño bolsillo de su

vestido y las introdujo en la cerradura de la puerta mientras Ismael echaba un último vistazo a su espalda.

Pilar le cedió el paso con delicadeza, permitiéndole encabezar la reducida comitiva.

—¿Adrián? —llamó Ismael, mientras avanzaba por el pasillo—. ¿Hola? ¿Estás en casa?

Por toda respuesta obtuvo un espeso silencio. En ese momento se dio cuenta de que el desordenado retumbar de los petardos había cesado. Mientras caminaba por el estrecho pasillo imaginó detenidas todas las actividades propias de la fiesta y al grueso de los vecinos, conocedores y pendientes del improvisado registro que estaban llevando a cabo. *No seas paranoico*, se regañó, al tiempo que entraba en la cocina, la primera estancia que encontraron. Todo parecía estar en orden. Pilar abrió la nevera.

—Está llena —indicó—. No ha cortado la luz. ¿Si se hubiera marchado no habría vaciado la nevera?

—No si pensaba volver —dedujo Ismael—. ¿Adrián? ¿Hola?

Salieron de la cocina y accedieron al comedor. Se encontraba en un meticuloso orden. Ismael sonrió al pensar en las costumbres de Adrián que, a veces, rozaban lo monomaníaco.

—Por lo que parece, aquí dentro no ha ocurrido nada fuera de lo común —concluyó.

—Vamos a su habitación.

Se dirigieron hacia las escaleras. Antes de subirlas, entró en el baño que se encontraba bajo ellas. Era pequeño y estaba amueblado y decorado con un gusto casi femenino. Olía a gel de ducha y a desinfectante. La ventana daba al exterior. La abrió y observó un pequeño rectángulo de calle. Un niño estaba parado ante la ventana. Durante unos breves segundos se quedaron mirando. Después, de alguna manera, los rasgos de su cara parecieron revivir y se marchó corriendo, desapareciendo de su ángulo de visión. No pudo reprimir un escalofrío. Oyó a Pilar, apremiándolo para subir las escaleras que daban acceso a las dos habitaciones de la casa.

Seguido por ella, subió las escaleras sin dejar de llamar a Adrián. No obtuvo respuesta. El silencio reinante, de tan denso, le hizo pensar en mausoleos. Ascendía sin perder de vista la puerta de la habitación que se encontraba ante el descansillo imaginando que se abriría de improviso para dejar escapar un horror surgido de la tumba. Cuando llegaron al final de la escalera, mirando a Pilar, posó una mano sobre el pomo de la puerta.

—¿Adrián? —llamó mientras giraba el pomo y empujaba hacia dentro. Entrecerró los ojos, convencido como estaba de que encontrarían el cadáver de Adrián tras esa puerta. Lo único que vieron fue una diáfana estancia repleta de

libros. El orden imperaba en todos los rincones.

Salieron del cuarto y avanzaron hacia el dormitorio. Era una estancia amplia. Ni siquiera la gran cama, en el centro, pegada a la pared, disimulaba sus medidas.

Todo estaba en orden. Había un pequeño sofá de cuero al lado de un arcón. Ni una mala prenda olvidada sobre él. Pilar se dirigió al gran armario y lo abrió. Si Adrián había decidido dejar la isla, desde luego, lo había hecho con lo puesto. La mayoría de camisetas y pantalones que Ismael recordaba estaban allí. Pilar repasó las prendas colgadas con precisión de sus perchas. El aumento gradual del ritmo que imprimía al deslizarlas a través de la barra, indicaba con claridad la angustia que sentía.

Abrió otro armario y encontró dos maletas colocadas en el hueco de una balda.

—No se ha llevado las maletas.

—¿Para qué se las iba a llevar si no falta nada de ropa? —observó Pilar.

—¿Está segura?

—Sí.

Pilar, que a duras penas había podido refrenar su inquietud, se sentó en la cama y estalló en lágrimas.

—¡Ay, Dios mío! ¿Dónde está ese chico?

Se sentó junto a ella.

—A ver Pilar, vamos a pensar con calma y lógica. Tal vez no se ha ido. Puede que en estos momentos esté en el Continente. A lo mejor ha quedado con algún amigo.

—Creo que me dijo que llamaría a alguien —dijo Pilar, intentando recordar si la había informado de sus intenciones antes de marcharse.

—¡Pues ahí está! ¿Por qué no esperamos a la noche a ver si aparece? Creo que nos estamos precipitando y angustiando demasiado sin tener nada en claro.

—Pero Ismael, hágame caso, es que creo que de verdad le ha pasado algo. Lo noto en el corazón.

—Pilar, escúcheme. Creo que se está sugestionando. Pero si quiere quedarse más tranquila puedo ir a la terminal y tratar de averiguar si ha cogido el *ferry*.

Pilar aceptó la sugerencia con nula convicción.

—Hágalo si quiere, pero no creo que sirva de nada —le advirtió—. Le expliqué toda la verdad, Ismael. Toda. Y lo he matado. Sé que lo he matado.

Incorporó a la mujer que, con docilidad, dejó que lo hiciera. Bajaron con cuidado la escalera. Los movimientos artrósicos de Pilar impedían hacerlo de otra manera.

Al salir a la calle, encontraron a Thierry frente a la puerta.

CONSEJOS DE AMIGO

La inmensa figura de Thierry cayó sobre Ismael.

—¿Se puede saber qué estás haciendo con esta?

Las palabras surgieron de sus labios con la virulencia del que escupe un gusano que ha encontrado en la ensalada. Ismael no pudo por más que pensar en una esposa celosa.

—Pilar ha venido a buscarme porque necesitaba ayuda.

—Pero ¿tú estás loco? ¿Cómo dejas que te vean con ella por la calle?

Ismael notó crecer su enojo. No veía por qué debía dar explicaciones de lo que hacía o lo que dejaba de hacer. Pilar, incómoda, se excusó.

—Ismael, será mejor que me vaya a casa. Siento que por mi culpa tenga algún problema.

—Sí, mejor será que te vayas a casa y lo dejes en paz —recomendó Thierry.

—Deja de tratarla así.

—Esta mujer no merece que pierdas ni un segundo de tu tiempo con ella.

—No tiene por qué irse, Pilar. —Pero ella ya había dado media vuelta. Ismael intentó retenerla. Thierry lo cogió del brazo impidiéndoselo.

—Déjala que se marche. Por hoy ya te has exhibido bastante.

Se deshizo de la garra que lo aferraba bajo la mirada atenta de un buen número de testigos.

—Suéltame —le exigió—. Me ha pedido ayuda.

—¿Qué le pasa?

—Cree que a Adrián le ha ocurrido algo.

—¿Y te pide ayuda a ti? ¿Es que te conoce de algo para hacerlo?

—¿Acaso puede recurrir a alguien más?

La argumentación era lógica.

—Vamos a tomar algo y me lo explicas.

—No puedo. Le prometí que iría a la terminal. A lo mejor puedo descubrir si Adrián ha salido de la isla.

Thierry reflexionó durante un instante con cara de fastidio. Extrajo de su bolsillo las llaves del coche.

—Vale. Vamos a la terminal, te acompaño. Y durante el viaje me cuentas lo que sea que te ha dicho esa loca.

—Déjalo, ya cogeré la bici.

—¡Ismael, me cago en la puta! Te voy a acompañar. Si le ha ocurrido algo a Adrián quiero saberlo. También es mi amigo. Cogemos el coche y nos vamos a la terminal y me explicas qué coño está pasando aquí.

Sopesó el tono empleado por Thierry. Se estaba acostumbrando a hacerlo con todo el mundo. Parecía sincero. *Tienes que confiar en alguien*, recordó una vez más.

—Y no me mires así —le exigió Thierry, mostrando el puño cerrado ante su nariz—. Sé lo que estás pensando y te tengo que decir que estoy empezando a estar un poco harto de tus desconfianzas. Te la estás jugando, amigo. No voy a irte detrás mucho más tiempo suplicándote que me dejes ayudarte. Al final te daré una patada en el culo y allá te las com… com…

—Compongas —completó, observando que su idioma materno, que pugnaba por salir, solo conseguía amordazar su lengua.

—Compongas, *c'est certain*. Vamos al coche —concluyó, indicándole el camino.

Mientras se dirigían a la terminal y una vez informado de los temores que la repentina desaparición de Adrián había despertado en su madre, Thierry, con el gesto torcido, expuso sus reticencias.

—Eso es una tontería, Isma. Es una jodida exageración de esa mujer. Ya te he dicho que está loca. Adrián debe de estar en el Continente y esta misma noche volverá.

—Eso mismo le he dicho, pero ella cree de verdad que algo le ha pasado.

Thierry masculló una maldición al tiempo que reducía la velocidad al tomar la entrada de la terminal.

—De todas formas, si ha cogido un barco, ¿cómo podremos saberlo? No te exigen el nombre ni un documento de identidad para venderte un boleto.

—Trabaja medio pueblo en la terminal. Tal vez alguien lo haya visto.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pasearte todo el día arriba y abajo preguntando si alguien ha visto a un chico triste?

—¿Qué otra cosa se puede hacer?

—Es una estupidez.

—Su madre está muy asustada. Está convencida de que algo malo le ha pasado.

No se me ocurre otra manera de ayudarla.

—Yo te puedo decir una, y muy buena, por cierto. Tienes que dejar de bailarle el agua. Te aseguro que Adrián volverá hoy mismo. No puedes marcharte de la noche a la mañana y dejar tu casa y tu negocio de golpe.

Seguro que está sondeando el terreno entre sus conocidos. Y tú alarmado por una película que se ha montado esa bruja.

—No la llames bruja.

Aparcó el coche en batería junto al acceso de la terminal. Cuando detuvo el motor se giró hacia Ismael.

—Vale, perdona. No es una bruja. Solo quiero pedirte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que dejes pasar un día. Y si para entonces Adrián no ha dado señales de vida, que vayas a denunciarlo a la Policía.

—¿Y si mañana es demasiado tarde?

—¿Demasiado tarde para qué? ¿Para descubrir que has sido un idiota? Eso ya te lo puedo decir yo en este mismo momento.

Ismael miró hacia la puerta de acceso de la terminal y lanzó un bufido resignado.

—Tal vez tengas razón —admitió.

—¡Pues claro que tengo razón, *Sam Spade*!

—Pero ya me he comprometido con su madre. ¿Qué le voy a decir?

—¡Que la jodan! Está como una puta cabra.

—¿Otra vez? Déjalo ya, Thierry. No ha tenido una vida fácil, y no recibe ningún tipo de apoyo por parte de nadie.

—Si no recibe ni el apoyo ni la simpatía que necesita, será por algo. Además, ¿qué sabes tú de su vida?

Su sistema interior de alarma se activó. No quería hablar más de la cuenta, ni siquiera con él.

—Poco. Solo lo que me ha contado Adrián —improvisó.

Por suerte, Thierry no insistió en conocer los detalles en profundidad. Volvió a arrellanarse en el asiento del conductor.

—Sabes que todo el mundo la odia. Lo que ocurrió en esa familia más o menos se sabe. Es un sitio pequeño y es muy difícil guardar un secreto.

—Su única culpa fue tolerar por miedo durante años los malos tratos de su marido hacia ella y sus hijos.

—Dé-ja-me hablar —exigió, escupiendo cada sílaba como si fueran perdigones.

Los dos se miraron. A regañadientes, le concedió la palabra con un movimiento de cabeza. Thierry retomó el hilo.

—Todo el mundo sabe que el marido de esa mujer no era una buena persona. Y que no solo la maltrataba a ella. También se sabe que lo hacía con los hijos, y así le salieron.

—Adrián es una persona normal. No ha *salido* de ninguna manera.

—No, Ismael. Adrián no es una persona normal y lo sabes. Si lo fuera no estaríamos en estos momentos aquí, intentando averiguar su paradero. Es un tío raro.

Y cuanto antes lo admitas antes entenderás lo que te quiero decir. ¡Adrián es un tío muy raro! ¡Raro de verdad! Aparece y desaparece sin decirle nada a nadie. ¡Bueno!

Ya estamos acostumbrados a esos prontos que le dan.

»Rafael le ha hecho mucho daño a este pueblo. Yo no estaba aquí todavía, pero llevo más tiempo que tú por estas tierras y, créeme, sé muchas cosas. Toda su vida ha sido un delincuente. Un buen día cometió una monstruosidad. Y no solo no ha mostrado jamás arrepentimiento sino que, encima, al salir de la cárcel, tiene los santos cojones de volver y su madre lo acoge como si nada hubiera ocurrido. Tú, que siempre tratas de mirar los dos lados de la moneda, ¿te has parado a pensar lo que pueden llegar a sentir los padres de sus víctimas? ¿La opinión que puede tener todo el mundo de esa mujer? Con todo lo que se supone que ha pasado, no ha tenido la dignidad de prohibirle a ese hijo de puta que vuelva a su casa. No sé si te has dado cuenta, estos últimos tiempos, de lo que flota en el ambiente.

—¿Me lo preguntas? Por supuesto que me he dado cuenta.

—No te equivoques. No estoy hablando de esas paranoias que tienes de que la gente te está haciendo la vida imposible por no sé qué película que te hayas podido llegar a montar. Están muy enfadados con toda esa familia. Hasta ahora Adrián se había librado. Pero sé por buenas fuentes que el resentimiento ha acabado extendiéndose a él después de que el asqueroso de su hermano se instaló de nuevo aquí. ¿Qué le vamos a hacer? La vida es injusta y a veces acaban pagando justos por pecadores. Entiendo muy bien que se quiera marchar. No creo que tenga nada que ver con su familia y como amigo suyo que creo que soy, me parece estupendo que lo haga. Que se vaya y no vuelva. Por lo menos durante un tiempo.

—Abrevia, Thierry, ¿qué estás intentando decirme?

—Pues que lo último que esperaba de ti es que fueras tan inconsciente como para dejarte ver con ella paseándoos por todo el pueblo. No es un buen momento para hacer ese tipo de cosas.

—Por lo tanto, confirmas lo que llevo días sintiendo. La gente me ve como una especie de amenaza.

—Ni mucho menos te estoy diciendo eso, gilipollas. Ya no sé cómo decírtelo para que lo entiendas. No te mezcles con ellos si no quieres tener problemas.

—¿Me estás amenazando?

Thierry dejó escapar un bufido de agotamiento.

—Joder, Ismael, sabía que eras un cabezón, pero en la vida pensé que fueras tan atontao. Ni mucho menos te estoy amenazando. ¿Por qué crees que estaba esperándoos en la calle? ¡La gente no habla de otra cosa! Que os han visto caminando en comandita hacia la casa de Adrián… Solo he venido a avisarte. Porque me preocupo por ti.

»Tal y como yo lo veo, estás tan convencido de que el pueblo está en tu contra que has perdido la perspectiva. Con esa actitud conseguirás que *sí* se pongan en tu contra. Lo que has hecho es lo mejor para conseguir una imagen nefasta de ti mismo.

—Resulta gracioso que me digas eso. Pensé que te importaba muy poco lo que la gente pensara de ti. ¿Por qué tengo que preocuparme por lo que digan de mí?

—*Mon Dieu*! Me preocupa muy poco lo que se piense de mí porque no creo que yo le haga daño a nadie. Pero esa manera de actuar tuya… Ya te lo he dicho. Puede molestar porque hay gente afectada. Por no decir que todo el pueblo está tocado.

Mira, haz lo que quieras. Yo no soy nadie para decirte cómo debes manejarte por la vida. Pero creo que mi deber es avisarte de cómo están las cosas. Dices que la vida no te va muy bien. Yo no lo sé. Eso lo sabrás tú. Pero desde luego, si eso es cierto, después de hoy, *y ahora sí lo sé*, tu situación no va a mejorar.

Ismael se llevó una mano a los ojos. Le picaban. De repente se notaba muy cansado. También empezaba a sentir un dolor de cabeza que auguraba ser severo.

—¿Y qué hago? Ya le he prometido a Pilar que intentaría averiguar si su hijo ha dejado la isla.

—Pues yo te recomiendo que esperes a mañana. Adrián ya es mayorcito. Seguro que ahora mismo está en el Continente y esta noche regresará a casa. Nos volvemos al pueblo, nos vamos a tomar algo, nos relacionamos… Intentamos limpiar tu imagen todo lo que podamos. Y mañana, si Adrián no ha vuelto, me comprometo a acompañarte adonde sea para intentar saber lo que ha sido de él. Aunque te recomiendo que denuncies su supuesta desaparición a la Policía, ¿te parece?

Ismael dirigió una nueva mirada a las puertas de cristal de la terminal. No sabía qué hacer. Thierry pudo ver la lucha que se desarrollaba en su interior. Por fin, con un ademán, accedió a abandonar el lugar. Le dijo a su amigo que diera media vuelta.

—No quiero ir de fiesta, Thierry, llévame a casa. Ya saldré mañana para hacer ese lavado de imagen. Hoy estoy cansado. Pero prométeme por lo más sagrado —dijo, dándole pequeños golpecitos en el pecho con su dedo índice —, que si mañana no ha vuelto me ayudarás.

Thierry giró la llave en el contacto y puso primera.

—¡Palabrita de *boy scout*!

EL CLUB

Empezaron a desnudar a Silvia cuando comenzaban a sonar los primeros acordes de *De niña a mujer*.

Pedro bajó la mirada. La escena lo avergonzaba. Pero en su interior valoraba su exquisita socarronería. Los individuos que lo rodeaban hacían gala de un humor negrísimo y cáustico. Se le escapó una sonrisa involuntaria. Intentó disimularla manteniendo gacha la cabeza y cubriendo sus labios con una mano.

Se encontraba en un amplio salón, sentado en una de las sillas que formaban un círculo alrededor de lo que era el escenario principal. Más allá, otra chica desnuda jugueteaba con un pastor alemán, pero casi no tenía público.

La niña, a pesar de su neblinoso sueño narcótico, parecía darse cuenta de lo que ocurría. Intentó resistirse a las manos que pugnaban por quitarle la ropa. Un fuerte bofetón la amilanó lo suficiente como para dejarla paralizada, pero también la despertó. Llevó su mano a la mejilla golpeada, al tiempo que sus ojos dejaban traslucir una profunda sorpresa e incredulidad. El que la había abofeteado agarró con fuerza la correa anclada al collar de perro que tenía ajustado alrededor del cuello y tiró de él, haciéndola caer de rodillas. Asustada, lanzó una mirada suplicante. Su vejador le indicó sin palabras a un ayudante que interviniera con el objeto de facilitar el trabajo. Este se inclinó, agarrándola por las axilas con el fin de que su compañero tuviera vía libre para rasgar el vestido.

La dejaron sobre el suelo en bragas y sujetador y después de un breve instante en que parecieron estudiar la mejor manera de proceder, los dos se lanzaron sobre ella, propinándole patadas en los riñones y el estómago. La niña comenzó a gritar y a llorar y acabó encogida sobre sí misma intentando, sin conseguirlo, proteger las zonas golpeadas y doloridas. El anciano calvo y seboso, dueño de una conocida cadena alimentaria, que Pedro tenía a su derecha, se inclinó hacia él.

—Es mejor que estén despiertas. Con llanto y una cierta resistencia todo es más excitante —opinó, con el aire de un amante del teatro que valorara una

elaboradísima escenografía. Pedro asintió, procurando evitar que se notara su falta de experiencia en lances de ese tipo. Dirigió su atención hacia el resto de congregados al acto para evitar mirar la escena. Sus rostros no mostraban ningún tipo de emoción. Se diría que seguían el acontecimiento con un estudiado desinterés profesional. Algunos hablaban entre ellos, sin apartar los ojos de lo que se desarrollaba ante sí, con la apariencia de estar comentando sin pasión algún detalle que les hubiera llamado la atención. Otros levantaban la mano para solicitar alguna de las bebidas que un empleado, con traje y corbata, servía a todo aquel que lo pidiera. El ambiente era el propio de un club exclusivo para socios masculinos. A Pedro le vino a la mente alguna de las novelas de Julio Verne que leía de pequeño.

La niña había dejado de recibir golpes y ahora trataba de levantarse. A duras penas podía enderezar la espalda, enrojecida por la lluvia de patadas que había recibido. Con debilidad, se dirigió a la audiencia que la rodeaba. Pidió por favor, con un hilo de voz, que la dejaran volver a casa. Que no diría nada. Sus ruegos chocaron contra un muro de silencio. Luchando por ponerse en pie, al final lo consiguió. Casi de manera ingenua, caminó hacia la puerta por donde la habían hecho entrar, que se encontraba a su espalda. Con lentitud. Casi con disimulo. Como si esperara no ser vista. Alrededor de sesenta pares de ojos observaron su simulacro de huida con un mutismo absoluto, saboreando su triste e inútil intento de escapar de esa sala iluminada con delicadeza.

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, los dos individuos que le habían propinado la paliza se echaron sobre ella. Uno la volvió a abofetear. El otro, agarrándola por la cintura con un solo brazo, la alzó del suelo y la condujo de nuevo hacia el centro de la sala bajo la cascada de luz que caía en picado desde un foco, en el techo. Asiendo el sujetador por las copas, tiró de ellas con ambas manos y se lo arrancó. Silvia, cubriéndose con torpeza los senos, volvió a pedir, llorosa, que la dejaran marchar. Por toda respuesta le rompieron las bragas como si fueran de papel. El que la había abofeteado la última vez asió la correa y la paseó ante el círculo de eméritos como si se tratara de un concurso de belleza canina.

Pero su caminar distaba mucho de ser elegante debido al dolor producido por varias costillas rotas que le impedían andar y respirar con fluidez. La arrastró de nuevo hacia el foco de luz y, ayudado por su *partenaire*, la tumbó de espaldas sobre el suelo. Se encontró agarrada de nuevo por las axilas mientras otro hombre se acercaba desnudo hacia ella.

Pedro observó los progresos del hombre con la niña, haciendo un esfuerzo titánico por controlar sus facciones. Temió que su desagrado resultara demasiado evidente. Volvió a mirar todas esas máscaras que lo rodeaban. Se dio cuenta de que lo podía hacer sin riesgo de ser descubierto o amonestado. Los rostros permanecían pendientes de la escena, poco interesados y ajenos a

otro estímulo. Había llegado el momento más interesante del acto.

Estuvo a punto de sucumbir a la tentación de cerrar los ojos, pero consideró que sería inútil ya que Silvia no dejaba de gritar llamando a su padre. Sus gritos eran más horribles, si cabe, que la escena en sí.

Cuando el hombre terminó, se levantó con satisfecha dificultad y desfiló hacia el hueco dejado entre el círculo de sillas donde ya lo esperaba alguien con un albornoz. Facilitó que le pusieran la prenda sobre el cuerpo y desapareció tras la misma puerta por donde habían hecho entrar a Silvia.

Esta seguía luchando, con renovada energía, con la persona que la tenía agarrada por las axilas. Era inútil. No podía liberarse. Se orinó. Comenzó a patalear y se solicitó la intervención de otro asistente para retener sus piernas. Un hilo de sangre licuada con orín teñía el interior de sus muslos.

Ya otro hombre, desnudo, se acercaba a la escena iluminada. El mismo acto volvió a escenificarse. Esta vez con un matiz más enérgico.

Silvia, rendida en la segunda embestida, apretó los labios. Rememoró, de forma atropellada y sin orden, las imágenes de todo lo que había hecho por la tarde. Su madre preguntándole cuáles iban a ser sus planes para el inicio de las fiestas, Amalia y ella caminando por la cubierta del *ferry* y asomándose por la barandilla de estribor, diciéndole a su madre que irían a la chocolatada, subiendo al coche que ya las esperaba en la terminal, validando los billetes que Leire les había comprado, entrando en aquella especie de castillo, encerrada y mareada en una de sus habitaciones, preguntándose dónde estaba Amalia…

El hombre que estaba sobre ella dejó escapar un largo gemido y le mordió el labio inferior. Sintió un dolor sordo que se extendió de la zona mordida hasta el mentón. Las imágenes desaparecieron de golpe. Gritó. Y siguió haciéndolo al ver al hombre con la boca ensangrentada. Vio cómo se incorporaba, masticando su labio inferior, y después lo perdió de vista. Sintió que enloquecía y llorando y gritando buscó, con los ojos fuera de sus órbitas, algún atisbo de humanidad en esos pétreos rostros vueltos hacia ella. No podía hablar. Notaba la boca entumecida y húmeda. Entonces vio a Pedro, sentado en una de las sillas y sus gritos se renovaron.

En lo que fue un último esfuerzo, aprovechando que la presión de las manos que la retenían parecía haber aflojado, se levantó de un salto. ¡Pedro la ayudaría! ¡Era el alcalde! ¡Estaba ahí! Se dirigió hacia él. Le dolía el cuerpo, pero si en ese momento alguien le hubiera preguntado, ella lo hubiera negado. Solo quería irse. Tenía que salir de allí como fuera. Sus piernas no lograron responder con precisión al repentino envite y le fallaron. Chocó contra un carro metálico coronado con una bandeja y lo acabó volcando. Cayó sobre él y una serie de herramientas se derramaron por el suelo. Antes de que alguien tirara de nuevo de la correa tuvo tiempo de ver un bisturí y unas tenazas.

El que sostenía la correa la obligó a caer de rodillas boca abajo. Mientras permanecía en esa nueva postura, un tercer hombre, desnudo, ya avanzaba

hacia ella.

Pedro observaba la escena, horrorizado, mientras escuchaba a Julio Iglesias declarar que estaba viviendo cosas que jamás imaginó. Se sentía asqueado. La alegoría musical había perdido toda la gracia.

Cuatro horas después se encontraba en otro salón. El ambiente era relajado.

Repartidos por la estancia, varios grupos de empresarios, políticos y banqueros, vestidos con elegancia para la ocasión, comentaban, tuteándose, los vaivenes de la bolsa, se lamentaban de la ingratitud inherente a sus cargos o cerraban tratos. En el aire flotaba un relajado ambiente de normalidad, de reconocimiento mutuo y cordialidad que contrastaba con los bestiales actos escenificados en la sala anexa y que concluyeron, de forma piadosa, con la víctima asesinada por un disparo en la cabeza. Alrededor de los prohombres revoloteaban jovencitos de ambos sexos, ávidos por llamar su atención. En una barra, instalada para la ocasión, un camarero de aspecto aburrido y profesional sacudía una coctelera. En una mesa próxima, decorada con talento, se hallaban expuestos varios cuencos rebosantes de sustancias de origen dudoso.

En ese ambiente se había conducido como un pez fuera del agua. A pesar de la cordialidad con la que había sido recibido y presentado pudo entrever en ciertas actitudes, una pátina de desprecio. Ese montón de desconocidos, con su trato suave y condescendiente, hacían que se sintiera como un elemento más de la decoración. Un provinciano advenedizo. A medida que avanzaban las horas, habían menguado sus conversaciones con aquellas personas y ahora se sentía apartado y marginado, sin saber muy bien lo que hacer. Como un fenómeno de feria que hubiera perdido con rapidez todo su atractivo. Se preguntó si su padre se sintió así cuando le tocó hacer el mismo papel. Incómodo, se sentó en un sillón, apartándose del grueso de asistentes. Mientras se reprochaba su falta de mundología, un chico afectadamente amanerado se acercó y se sentó sobre el brazo del asiento. Pedro le dio un trago a su *gin tonic*, estudiando sus rasgos a través del cristal de la copa. El chico le sonreía. Lo había sorprendido que hasta ese momento no se le hubiera acercado ni un solo ejemplar de aquellas ninfas o efebos.

Supuso que su falta de relevancia resaltaba también entre esos objetos de usar y tirar.

—¿Te gusto? —se decidió a preguntarle el querubín.

Le pareció una manera brusca de comenzar una aproximación sáfica, por lo que supuso que el chaval, como él, era nuevo en ese tipo de lances.

—¿Y yo te gusto a ti? —le preguntó, a su vez.

Resultó evidente que el chico no esperaba esa pregunta tal y como dejó traslucir, con torpeza, su confusa expresión.

—Mucho —se decidió a admitir, tras unos segundos en los que pareció

reflexionar con seriedad la pregunta. Con el objeto de reforzar dicha afirmación, le dedicó una prudente caricia, deslizando con suavidad los dedos por su rodilla.

Pedro le dejó hacer, intrigado por los límites que el chico estaba dispuesto a rebasar. Este, envalentonado ante lo que supuso una concesión, llevó la mano hasta el interior de sus muslos, dirigiéndola con decisión hacia su entrepierna.

—Para —le exigió, cortante.

El chico detuvo su avance y cambió de estrategia. Se acercó a su oído.

—Estoy cachondo —le informó con un susurro.

Pedro no tuvo por más que reír ante semejante confesión, agradeciendo en secreto sus ingenuas maniobras para irse a la cama con él. Al menos, por un momento, había conseguido olvidar el acto de bestialismo al que había asistido.

—¡Lárgate! —lo conminó, considerando que el juego ya no daba más de sí. El chico, con la contrariedad reflejada en el rostro, se levantó, dejando de recuerdo un rastro de perfume barato que envolvió a Pedro. A los pocos minutos ya deambulaba por la sala, oteando sin disimulo un nuevo blanco para sus insinuaciones.

Apuró su bebida y se levantó. No sabía qué hacer. Nadie parecía reparar en su presencia, así que le fue fácil acceder a una habitación contigua sin ser visto.

La sala adonde fue a parar parecía sacada de un museo. Un gran número de cuadros cubrían las paredes, y tres vitrinas, separadas varios metros las unas de las otras, ocupaban la parte central. Se acercó a ellas y miró lo que contenían; fotografías antiguas, cajitas con monedas, colecciones de pipas…

—¿Le gusta la colección de baratijas de la hermandad?

Un hombre delgado, vestido con un traje italiano, esperaba su respuesta con una mano en el pomo de la puerta, que acababa de cerrar.

—La verdad, no me emociona —confesó.

El hombre sonrió y avanzó hacia él. Lo sorprendió la seguridad de sus movimientos a pesar de su edad y la evidente elasticidad de su cuerpo que, bajo la ropa, se intuía fibroso. *Por favor, sin nombres*, avisó, antes de extender una mano. Pedro la tomó dándole la impresión de que estrechaba un garfio.

—Sí —admitió el recién llegado, estudiando los vetustos objetos de las vitrinas—, no son gran cosa, la verdad, pero, aunque le parezca mentira, muchas de estas chucherías fueron lo más preciado que tuvieron en vida todas esas momias de las fotografías. Esa colección de monedas, por ejemplo, vale una fortuna.

Los dos hombres centraron su atención en la caja repleta de monedas.

—Entiendo que lo que ha ocurrido esta noche le perturbe. No debe sentirse mal por ello —dijo el anciano sin dirigirle la mirada y usando un tono casi paternal.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Se puede decir que soy el responsable de que este evento se lleve a cabo.

Pedro asintió, volviendo a mirar los objetos expuestos.

—Tienen ustedes un buen tinglado montado aquí.

—Son muchos años de experiencia.

Pedro caminó a lo largo de las vitrinas. Las fotografías y los objetos parecían repetirse de una a otra, guardando una obsesiva uniformidad. El hombre lo observaba con atención, caminando unos pasos por detrás.

—Yo conocí a su padre —indicó—. Era un buen hombre. Reconozco en usted la misma reacción que tuvo él hace veinte años.

—Creí que no me conocía.

—Yo no he dicho eso. Yo he dicho que no quería nombres. ¿Qué clase de anfitrión sería si no conociera a mis invitados?

Pedro se encogió de hombros.

—Le he estado observando durante el acto —continuó—. Lo ha pasado mal.

—No tanto como esa niña.

El hombre esbozó una sonrisa triste y resignada.

—Consuélese pensando que su muerte servirá para hacer bien a muchos. No se fustigue.

—Es lo que llevo repitiéndome desde que ha finalizado su tortura. Desde luego, no he disfrutado. Solo espero que su muerte sirva para algo.

—No lo dude. Todos esos depravados de ahí dentro le estarán agradecidos de por vida. Ahora les puede pedir lo que quiera; comen de su mano.

Pedro miró la palma de su mano abierta. Cerró el puño y siguió caminando por la habitación observando los cuadros colgados de las paredes.

—A esa gente no le importo nada —dijo.

—De momento. Solo de momento. Tiene que demostrar muchas cosas aún.

Pero yo no diría que ha sido un mal principio. Ya ha conseguido algo. Han aceptado que esté entre ellos. Y si al final juega bien sus cartas, tanto usted como ellos pueden beneficiarse mutuamente. Solo tiene que demostrarles que forma parte de su misma especie.

—¿De qué especie son, si puede saberse?

—Humana, por supuesto. —Rio el anciano.

—Supongo que el hecho de que todos esos de ahí dentro sean humanos comporta que otros no lo sean, ¿qué lugar ocupan los que no han sido invitados?

—El de presas, claro…

Pedro sonrió.

—Lo imaginaba —dijo.

Pasaron a otra sala con más fotografías en blanco y negro y animales

disecados expuestos sobre pilares. Su anfitrión los señaló, abarcándolos con la mirada.

—Mire ese oso, o ese jabalí. A pesar de sus fieras miradas, no tienen nada que hacer ante el hombre. No han podido evitar acabar disecados para ser expuestos en un salón. Somos la única especie que le quita la piel a otros animales estando vivos, torturamos y matamos por placer o por diversión. Declaramos guerras y convertimos la tierra en yermos donde nunca más crecerá nada, desplazamos en masa a otros animales o a nuestros semejantes. Deforestamos, violamos… A veces el ser humano se sorprende a sí mismo al constatar su capacidad para llevar a cabo todas esas atrocidades. Pero si añadimos el estímulo de la codicia… Entonces todo se explica. Todo puede ser posible. Para evitar remordimientos, usted debería sentarse a reflexionar y preguntarse: ¿qué es lo que más deseo y qué sería capaz de hacer para conseguirlo?

—¿Toda esta gente de las fotografías eran como los de ahí dentro? —preguntó Pedro, señalando las viejas fotografías en blanco y negro.

—Muchos de ellos son sus más directos ancestros. La ignominia se hereda.

—Me lo creo. Yo he heredado la mía, aunque supongo que es tarde para arrepentirse.

—¿Noto contrición?

—No. Solo que, a veces, me da por luchar conmigo mismo. Lo tengo asumido.

—Asumir las propias contradicciones es una actitud inteligente.

—Me formaron para ello. Mi padre tuvo que pasar por el aro y fue una constante en mi educación. El sacrificio al *Dragón*…

—¿El Dragón?

—Lo que ha ocurrido esta noche es el sacrificio al *Dragón* de las leyendas populares. Eso de alimentar al *Dragón* con doncellas. Es justo lo que ha pasado en esa sala.

El anciano sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Es una curiosa manera de referirse a ello. Y muy acertada, si me permite la observación.

Pedro concedió, con un ademán de sus manos.

—Su padre le formó bien. Es cierto, no se puede luchar contra el Dragón —añadió el anciano—. Exige sacrificios constantes. Y usted ha superado con creces a su padre en sus tratos con él. Van a hacer muchas cosas por usted y su isla.

—Sí —admitió Pedro con la mirada perdida—. Lo malo de ese trato es que no sé dónde voy a acabar.

—No le comprendo.

—Mi situación es diferente que la de mi padre. En cierto sentido, cuando

esto mismo ocurrió, hace veinticinco años, se vio coaccionado para acceder. Su pecado fue el de transigir y omitir. Por supuesto que sacó algún rédito personal, pero migajas. Y tras su muerte, siempre me lo he imaginado asándose en el infierno.

Yo, en cambio, hice un trato de manera muy consciente. No sé qué tipo de castigo acabaré recibiendo.

—Comprendo. En todo caso, en un aspecto más mundano, su participación en este asunto arreglará la vida de muchas personas. No lo olvide. Incluida la vida de nuestra Organización. Ha resultado ser un elemento muy útil.

—Espero que eso se tenga en cuenta.

Los ojos del anciano reflejaron un brillo muy cercano a la admiración.

—No se preocupe, trataremos de que viva lo mejor posible lo que dure su tránsito terrenal, me comprometo a ello. Me gusta usted. Incluso en los momentos de zozobra, cuando la sombra de la culpa amenaza con extenderse, no deja nunca de negociar.

—Supongo que será porque sé que para mí ya es demasiado tarde.

—*De perdidos al río*, ¿verdad? —observó el anciano, mostrando una dentadura lobuna, perfecta y, en apariencia, natural.

—Supongo que sí —admitió.

—¿Le importaría acompañarme durante el resto de la noche? —preguntó, tomando con suavidad a Pedro por el codo—. Si la compañía de esa sala de la que acabamos de irnos le molesta en exceso podemos ir a otra donde los pasatiempos sean menos perturbadores.

—Usted primero, por favor —concedió, cediéndole el paso a su anfitrión.

Mientras caminaban, se interesó por Amalia.

—Se encuentra en estos momentos en algún punto camino de Bélgica.

—¿Bélgica? —preguntó Pedro, sorprendido.

—Amigo mío, hay más *dragones* por el mundo exigiendo sacrificios —concluyó el hombre, guiñando un ojo a su invitado mostrando una nueva sonrisa, franca y cordial.

LA BÚSQUEDA

Pasaban escasos cinco minutos de las dos de la noche cuando el padre de Silvia telefoneó a casa de Amalia. La velocidad con la que descolgaron el auricular al otro lado de la línea hizo que sintiera en las entrañas una punzada de miedo que lo mareó. Como temía, la madre de Amalia confirmó que llevaban esperando varias horas a que su hija apareciera. Fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, trató de calmarla. Se comprometió con ella a realizar varias llamadas para comprobar si las niñas, en un rapto inconsciente, habían acabado la noche en casa de alguna amiga sin tener en cuenta dar aviso a las familias. «*Ya sabemos cómo son a esta edad*», «*Tú tranquila que las encontramos*», «*Cuando la tenga delante, las orejas le van a hacer palmas*». Cuando colgó, dudando de que sus intentos por relativizar la situación hubieran tenido éxito, fue a la habitación de su hija y buscó su agenda entre los cajones. Una vez en su poder comenzó a teclear los números de los amigos que aparecían, hoja tras hoja, en minucioso orden alfabético. Pero a la altura de la P, sus esperanzas ya estaban muy mermadas. Todas las voces soñolientas que le contestaron aseguraban que no habían visto a Silvia ni a Amalia en toda la tarde, pese a que durante los días previos habían declarado su intención de participar en la chocolatada. Cuando se celebró, nadie parecía haberse cruzado con ellas.

Con un sentimiento muy próximo al pánico, anunció a su preocupada esposa, que lo observaba inquieta desde el sofá, que salía a la calle a buscarlas. Su mujer quería ir con él, pero la instó a quedarse al lado del teléfono no fuera a ser que Silvia decidiera hacer una llamada.

Las únicas llamadas fueron las de los parientes, alertados de la situación.

Corrió la voz y en poco más de una hora se formaron varias batidas que peinaron la isla de punta a punta, a lo largo y a lo ancho. La búsqueda no dio ningún fruto.

Esa noche el nombre de las niñas reverberó por las esquinas del pueblo. Una letanía que tenía algo de fantasmal en aquellas calles apenas iluminadas

por las farolas, cubiertas por una alfombra de vasos de plástico y botellas vacías.

Las voces despertaron a Rafael. Escuchó con atención y sonrió, con la cabeza apoyada en la almohada. Le dolía la espalda por mantener durante horas la misma postura en la cama. Intuía que esos gritos acabarían afectándole de alguna manera.

Pilar también los oyó y, sin saber por qué, tuvo ganas de rezar. La necesidad resultó imperiosa.

Ismael emergió de un sueño inquieto, convencido de que las voces surgían de algún lugar en lo más profundo de sus pesadillas. Una vez despierto, el eco del nombre de las niñas llegó a sus oídos confirmando que aquel salmo urgente era real. Con prudencia, se levantó de la cama y, sin abrir la puerta del balcón, escrutó el exterior. Varias personas caminaban, apresuradas, calle arriba y se encontraron con otro grupo que apareció por la esquina. Sintió tentaciones de vestirse y salir.

No lo hizo. Era evidente que algo grave ocurría, pero por algún motivo, no lo consideró prudente.

Esa noche nadie durmió. Sería la primera de tres noches de insomnio.

Hacia las siete de la mañana, cuando ya en el cielo se intuía un tímido fulgor púrpura, diferentes grupos se reunieron en la Plaza del Ayuntamiento tras regresar de sus respectivas búsquedas. En el ambiente flotaba un aire de derrota que crecía y se espesaba conforme iban llegando nuevas partidas anunciando su fracaso.

Una hora después un ominoso rumor se apoderó de las calles. La historia se repetía. Algunos vecinos, agotados por las horas de vigilia, se retiraron a descansar y el aspecto de sus figuras al volver a casa, cabizbajas y derrotadas, era suficiente para constatar el temor. *La historia se repetía*.

Los padres de las niñas decidieron denunciar su desaparición una vez confirmado el fracaso de las primeras batidas. Los acompañaron en bloque, a la comisaría, la mayoría de sus vecinos. Si no hubiera sido por un par de agentes que les prohibieron la entrada en las dependencias, muchos habrían entrado tras ellos. No hubo atisbo de protesta ni de resistencia. La comitiva se detuvo frente a la puerta de la comisaría contemplando con angustia y desesperanza cómo los padres de las niñas desaparecían tras ella.

Mientras los principales interesados denunciaban la desaparición, un murmullo sordo y respetuoso se alzó. Pero no tardó en ser sustituido por las conjeturas, por las suposiciones, por los «… *a mí me pareció verlas…*». Todos los congregados parecían llegar a la misma conclusión. Estaban muertas, seguro. Alguien les había hecho algo horrible. Este pesimismo prematuro era el resultado de la pérdida de la inocencia sufrida veinticinco años atrás, cuando desaparecieron las primeras niñas. En ese tiempo en que, al principio, se esperaba que todo fuera resultado de una niñería. Una travesura que se les hubiera escapado de las manos y de la que no sabían cómo salir.

Esta vez ocurría lo contrario. La comunidad ya había vivido el Horror. Había despertado en *Él* y convivido con *Él*. Y pese a los años transcurridos, era fácil volver a *Él*. Porque el Horror nunca se había ido. Solo había estado aletargado, tal vez dormido, susceptible de despertar.

En esos tempranos momentos, cualquier observador imparcial podría haber considerado exageradas ciertas miradas que, por instinto, se dirigían calle abajo, siguiendo un itinerario mental que desembocaba en la misma puerta del que siempre sería el monstruo de Isla Encanta. Rafael. *El Rafita*. Ya no el principal sospechoso, sino el potencial culpable.

Nadie abandonó el lugar hasta que no vieron salir a los padres de la caserna. Un gran número de vecinos y amigos se lanzaron sobre ellos. Abrazos y consuelo.

Después retomaron el camino de vuelta hacia la Plaza del Ayuntamiento y volvieron a organizar nuevos grupos para continuar con la búsqueda.

La inercia o la intuición quisieron que varios de esos grupos convergieran en la misma zona donde, años atrás, aparecieron los cuerpos de las niñas asesinadas.

Pero en esa parte de la isla, esta vez, no encontraron nada. *Un rayo no cae dos veces en el mismo sitio*, dijo alguien.

El primer día de búsqueda fue intenso. El pueblo estaba desierto. Pero desde cualquier punto, si se hacía con atención, podía escucharse la letanía, constante y sostenida, del nombre de las niñas vociferado a gritos y transportado por el viento.

Las pocas personas que no formaban parte de las expediciones, ancianos en su mayoría, hablaban entre ellos en voz queda y un silencio de velatorio impregnó las calles.

Durante el mediodía nadie que formara parte de las diferentes expediciones volvió para comer. Todo resultó en vano. No se halló rastro de ellas. Ni una mínima pista. Parecía que las hubiera engullido la tierra.

Entrada la tarde, Ismael decidió prestarse a ayudar. Por acuerdo tácito —porque nadie había estipulado que se hiciera así—, los grupos volvían de sus frustrantes incursiones y se encontraban en la Plaza del Ayuntamiento. Allí habló con todo el que llevara la voz cantante, ofreciendo su ayuda. Notó un

profundo recelo en las miradas. Eligió el grupo que contaba a Thierry entre sus filas y formó parte de una expedición vespertina.

En medio de la batida no se le escaparon las fugaces miradas que todo el mundo lanzaba a la casa de Pilar e incluso a la persiana bajada de la peluquería. También le dio la impresión de que él mismo recibía miradas esquivas.

La noche sorprendió a la mayoría de los vecinos en los campos, bosques, colinas y calas de la isla. Todas las expediciones volvieron sin novedad alguna.

Al día siguiente, las batidas se organizaron de manera más profesional cuando el cuerpo policial tomó las riendas. Pedro realizó una visita a los padres y se comprometió a solicitar ayuda al Continente para conseguir apoyos de búsqueda más efectivos. Él mismo formó parte en una partida, sacrificando comida y horas de sueño.

Pero el segundo día de rastreo dio tan pocos frutos como lo había dado el primero. Conforme avanzaban las horas, la desesperanza por encontrar vivas a las niñas se iba haciendo más evidente. Al final del segundo día una lluvia torrencial barrió la isla. La tormenta se instaló sobre ella y el cielo bramó su dolor por la pérdida de las dos inocentes. El mar se embraveció y la búsqueda tuvo que ser suspendida. Los equipos volvieron al pueblo. El ánimo general y la cortina de agua que lo cubría contrastaban con las banderolas de colores y los carteles anunciando actuaciones y actos que ese año se habían dado por suspendidos.

Tras una noche de impotencia e insomnio, el amanecer trajo la calma. A primera hora llegó un equipo de cuatro agentes procedentes del Continente, especializados en desapariciones y rastreo. Se presentaron en la comisaría, donde ya los esperaban Pedro y el pequeño grupo policial destacado al completo. Les informaron que a partir de ese momento ellos tomarían el mando. La intromisión del presunto grupo de élite y su prepotencia molestaron al cuerpo policial residente. Pedro tuvo que serenar los ánimos reconociendo su participación y su intrusión en los asuntos de la isla como un mal necesario.

A primera hora de la mañana nuevos grupos de voluntarios se reunieron frente al punto simbólico del Ayuntamiento. Se organizaron las batidas con menos efectivos, de forma más racional. Muchos de los presentes fueron descartados y, con un caluroso agradecimiento por su predisposición, obligados a permanecer en el pueblo. Ismael fue uno de ellos y en contra del proceder comunitario se encerró en su casa, agotado por las horas de búsqueda y el peso de la desconfianza hacia él.

Los diferentes grupos abandonaron la población bajo la atenta mirada de los que estaban obligados a esperar. En su partida había algo de tropa dirigiéndose hacia el frente.

Ajeno a toda esta búsqueda organizada con cientificidad, un vecino del pueblo, incapaz de esperar a que se formara una nueva batida y rendido al insomnio de la noche anterior, salió temprano por la mañana para realizar su propia búsqueda. Al no obtener por sí mismo ningún resultado, había decidido unirse a un grupo más grande y ya volvía al pueblo cuando, a la altura de la desembocadura de un torrente, algo llamó su atención.

Entre las ramas y los troncos arrastrados por el agua le pareció distinguir lo que habría jurado que era un pie. Se detuvo y observó con atención. A simple vista, parecía un pie asomando por el barrizal provocado por el agua estancada. Un montón de ramas e incluso un tronco de medianas proporciones ejercían de presa, impidiendo la llegada al mar de todos los deshechos arrastrados por la corriente.

Llevaba unos binoculares en el interior de un estuche prendido de su cinturón y con la comprensible ansiedad originada por la certeza los extrajo de la funda y miró a través de ellos. Vio con claridad los dedos encogidos, el empeine, el tobillo y buena parte de una tibia embarrada que le había pasado desapercibida mimetizada como estaba con el entorno.

Tras comprobar que lo que asomaba entre las ramas, las hojas y el barro acumulado era un pie, bajó el terraplén y se dirigió hacia la presa natural. Al llegar pudo comprobar cómo lo que, en primera instancia, le había parecido un pequeño tronco que asomaba entre el agua estancada, adoptaba la forma de un muñón. Las piernas le temblaron casi hasta el punto de hacerlo caer. Tuvo que agarrarse a un árbol. El rostro de Silvia, petrificado en barro, parecía luchar por salir de él. La boca abierta en una súplica congelada.

Sin perder más tiempo, el hombre giró sus talones y marchó corriendo al pueblo.

TENEMOS UN PROBLEMA

El padre de Silvia reconoció el cuerpo. Una vez realizado el levantamiento, el cadáver fue trasladado a la funeraria, donde se le realizaría la autopsia.

Pedro y la Policía fueron informados de las conclusiones. Había sido torturada en extremo, tal y como indicaba la ausencia de una mano amputada en vida, la falta de los pezones, los numerosos golpes cuyos moratones demostraban vitalidad en el momento de haber sido recibidos, la ausencia de varias piezas dentales, la evidencia de violación, *ante* y *post mortem*…

A pesar de los esfuerzos por ocultar los detalles de su muerte, el rumor de que la niña había sufrido un ensañamiento desproporcionado y cruel resultó imposible de atajar.

La búsqueda continuaba. Amalia todavía no había aparecido y eso amortiguaba el dolor, centrados todos los esfuerzos en su hallazgo.

El recuerdo de la reaparición de Leire tras varias horas de haber permanecido oculta de su torturador en la zona de cuevas, hizo que el grueso de las expediciones se centrara en esa parte de la isla. Como si la evidencia de haber retrocedido en el tiempo pudiera traducirse en una conclusión similar, pero allí tampoco estaba la niña.

Tras la autopsia se procedió al entierro de Silvia. Todo el pueblo acompañó a la familia con la excepción de Pilar y Rafa, que sabían a qué se exponían si se arriesgaban a dejarse ver en público. Su féretro fue acompañado por los vecinos desde la funeraria hasta la iglesia y luego al cementerio en medio de un doloroso silencio, roto en ocasiones por gritos que exigían justicia.

No habían sido días fáciles para Ismael. Al poco de hallarse el cadáver, la investigación se puso en marcha. Para su sorpresa, un par de policías se presentaron horas después en su casa para interesarse por su actividad las horas previas.

Exigió que expusieran el motivo de sus sospechas hacia él. La única explicación que recibió es que se encontraban realizando una actuación de

rutina. Que lo que estaban haciendo no era sospechar de él, sino que, en esas primeras fases de la investigación, querían descartar a todo aquel que pudieran. Sabía que no era cierto.

Sabía que, por algún motivo, el hecho de no ser un isleño lo convertía en sospechoso. Explicó que la noche en que las niñas desaparecieron, la había pasado en su casa. Solo. Que a las once de la noche ya estaba durmiendo ante la tele, tumbado en el sofá y que un par de horas después se levantó para irse a la cama. Uno de los policías observó que le parecía raro que no hubiera acudido al concierto organizado en la Plaza Mayor cuando todo el pueblo estaba ahí reunido. *Todo el pueblo, menos yo*, observó Ismael. Los dos agentes cruzaron una mirada y, dándole las gracias por su colaboración, le dijeron que no tenían más preguntas y se fueron. Los acompañó hasta la puerta del local y observó cómo entraban en el coche patrulla para intercambiar algún comentario antes de arrancar. Maldijo el momento en que rechazó la invitación de Thierry de acudir al inicio de las fiestas. Pero lo hecho, hecho estaba.

Fue a la misa, pero no al sepelio. Volvía de la iglesia cuando vio a Pilar asomada a la ventana. Daba la impresión de estar vigilando la calle esperando su llegada.

La mujer hizo un ademán con la mano, indicándole que subiera al piso. Sabía por qué quería hablar con él. La desaparición de las niñas había eclipsado la otra desaparición destacada. Adrián no había vuelto a dar señales de vida. No lo había olvidado en ningún momento durante los cinco días que habían pasado desde la última vez que habló con ella, pero las circunstancias lo habían obligado a relegar cualquier pesquisa en torno a su paradero. En todo caso, su desaparición no había pasado desapercibida para el grueso de los vecinos y en la comitiva que acompañó al coche fúnebre hasta la iglesia, escuchó comentarios sobre la extraña coincidencia en el tiempo de las tres ausencias. Era de esperar. Encontrada y enterrada una de las niñas y, a medida que pasaban las horas, perdida la esperanza de hallar a la otra, llegaba el tiempo de las conjeturas. Se estremeció al oír algunas de ellas durante el cortejo fúnebre. El pueblo estaba herido y buscaba un culpable. El ambiente le pareció propicio para una caza de brujas. También fue testigo de ciertas teorías sobre Rafael. ¡Y qué sería lo que se diría sobre él cuando no estaba delante!

Inmerso en ese ambiente, su deseo de abandonar la isla experimentó nuevos bríos.

Y ahora Pilar le pedía que subiese a su casa. Calibró los riesgos de hacerlo.

Lanzó una mirada a su alrededor. El pueblo parecía haber sido abandonado a causa de una súbita migración. Las calles estaban vacías. Todo el mundo estaba en el cementerio. Sin poder explicarse a sí mismo el porqué, sintió cómo sus pies tiraban de él hacia la casa. La mujer, al ver sus intenciones, corrió al interior para abrirle la puerta cuanto antes.

Sabía que estaba cometiendo un error. Lo correcto sería dejar que esa gente arreglara por sí misma sus problemas. Pero lo cierto es que Pilar había acabado dándole lástima, Adrián estaba desaparecido y, en vista de los acontecimientos, empezaba a pensar que algo le había ocurrido.

Antes de llegar a la puerta, Pilar ya la había abierto. Con un gesto apresurado le indicó que pasara a su casa antes de que nadie pudiera ver que lo hacía Una vez dentro se sorprendió de la lobreguez de las paredes. Pilar casi lo arrastró a la cocina y lo invitó a que se sentara en una de las desvencijadas sillas que rodeaban una vieja mesa de formica.

—La Policía ha venido para interrogar a Rafael —anunció—. Estoy muy asustada.

—He supuesto que lo harían. A mí también me han interrogado.

—¿A usted también? —preguntó sorprendida. Se sentó en la silla más próxima a él con un trapo entre las manos que empezó a retorcer sin darse cuenta—. Y Adrián todavía no ha vuelto. He aprovechado para preguntarles qué debía hacer para denunciar su desaparición. Me han dicho que pase esta tarde por la comisaría.

—¿Va a denunciarlo?

—¿Y qué voy a hacer? Estoy segura de que le ha pasado algo. Y ahora, encima, sospechan de Rafael. Pero él no ha hecho nada, Ismael. Le juro por Dios que esa noche estuvo en casa. ¿Cómo iba a salir si estaba todo el mundo en la calle?

—Al menos no lo han detenido, ¿no?

—No, ahora está en su cuarto. Encerrado, como siempre. He oído buena parte de las preguntas y el tono que usaban al hacerlas. Lo han tratado como a un criminal. Y estoy segura de que le van a hacer pagar por lo que le ha ocurrido a esa chiquilla. Tiene que creerme, Ismael. ¡No salió de casa! En un juicio, ¿mi testimonio vale de algo? ¿Usted lo sabe?

—No tengo ni idea de esas cosas. Supongo que de algo servirá. Me parece que lo que no están obligados a hacer los familiares es a declarar en contra. Pero no lo sé con seguridad.

—¡Ay, Dios mío, deberíamos salir de esta isla!

—Tranquilícese, Pilar. Debe confiar en que todo acabará bien. Si Rafael no ha matado a la niña, no creo que tenga nada de lo que preocuparse.

—Rafael ya está marcado. Nunca dejarán que disfrute de una vida normal.

—¿Y qué se supone que es una vida normal, madre?

La voz retumbó en la cocina como un trueno. Se giraron como conejos cegados por un faro. Recortado bajo la puerta estaba Rafael. Tenía todavía un ojo morado, la nariz hinchada y los labios reventados a causa de la paliza que le había propinado su hermano.

—Tranquilo —dijo, al advertir cómo lo miraba Ismael—. El Niño Bonito vino de visita y tuvimos una charla.

Arrastrando una silla, se sentó junto a ellos. Su sonrisa se transformó en una mueca al sentir un latigazo de dolor en los labios.

—Madre, ¿qué educación es esa? ¿No le ofreces nada a nuestro invitado? Ismael, ¿te apetece un café?

—No, gracias.

—Madre, hágale un café a Ismael, haga el favor —ordenó, inclinándose sobre la mesa hacia Pilar y mirándola con una expresión que hizo sentir a Ismael la enorme ascendencia que ese hombre tenía sobre ella. Como impulsada por un resorte, Pilar se levantó de la silla, abrió un armario y sacó la cafetera. Sin quitarle la vista de encima, Rafael comprobó que las cosas se hicieran a su gusto. En ese momento, Ismael sintió un profundo desprecio hacia aquel tirano.

—Bueno, Ismael, he escuchado que también te han interrogado. Con un poco de suerte a lo mejor acabamos siendo compañeros de celda.

La agudeza le resultó divertida y no pudo evitar reírse de su propia gracia emitiendo un cacareo cavernoso atajado de nuevo por el dolor.

—Golpea bien este hermanito mío. Vino a verme, ¿sabes? Muy cabreado después de hablar contigo.

—Supongo que no hizo nada que no merecieras —se atrevió a decir Ismael.

—Supongo que no.

Pilar encendió el fogón y puso la cafetera a calentar, después se volvió, apoyada contra la encimera de mármol, mirando al hijo, como si esperara su permiso para poder sentarse. Desde su asiento, Rafael miró a su madre y luego a Ismael.

—¿Y desde cuándo sois tan amigos vosotros dos? —preguntó.

—Ismael está aquí porque yo le dije que viniera. Estoy preocupada por tu hermano.

—¿Y qué es lo que le pasa al Niño Bonito?

—Hace días que no sé nada de él. Tengo miedo de que le haya pasado algo.

Rafael guardó silencio, asimilando las palabras de su madre.

—Pero ¿ha desaparecido o es una de esas escapadas que suele hacer de vez en cuando para que le alicaten el culo?

—No creo que sea una de sus escapadas. Lleva cuatro días sin aparecer. No ha venido a despedirse. Creo que le ha pasado algo —dijo Pilar, con la mirada clavada en el suelo.

—Cuatro días. ¿Desde el día de la pelea?

Su madre asintió.

—Por tu cara, madre, veo que algo te ronda. ¿Qué tienes en la cabeza? Cuéntamelo.

El burbujeante sonido de la cafetera pareció subrayar cada una de sus

palabras.

Pilar la apartó del fuego, la apoyó sobre un fogón frío y, con prudencia, comenzó a exponer la conversación que mantuvo con Adrián. Al acabar, Rafael guardó silencio durante unos minutos. Después se dirigió a Ismael.

—Más te vale que te largues cuanto antes de esta casa.

Durante el relato de Pilar, Ismael pudo ver cómo mutaba el rostro de su hijo. La expresión de engreída altivez se había convertido en otra, muy diferente, que irradiaba una honda preocupación, pero antes, y esto es lo que más lo asustó, observó en la sonrisa triste de sus ojos la confirmación de una certeza. Entonces comprendió que todo lo que le había contado era cierto. En sus pupilas se intuía un poso de conocimiento que, en ese preciso momento, se hizo ostensible con un fulgor cegador. Rafael parecía saber muchas cosas.

—¿Qué es lo que pasa, Rafael? —inquirió Pilar, con un deje de pánico en la voz.

—¿Que qué pasa? —dijo, al tiempo que se erguía para abalanzarse sobre ella—. Que por no tener bien cerrado ese pico tuyo, has matado a Adrián. Eso pasa.

Estaban a tan pocos centímetros el uno de la otra que la imprecación del hijo vino acompañada con unas gotas de saliva que salpicaron el rostro de la madre.

—Vamos, Rafael —trató de mediar Ismael, interponiéndose entre ambos —. Esto no sirve de nada.

—Ismael, vete de aquí —le exigió, sin quitarle la vista de encima a Pilar—. Para esta y para mí ya es tarde, pero tú aún puedes coger un *ferry* hoy mismo y largarte.

Se van a poner las cosas muy feas.

—A lo mejor estamos sacando las cosas de quicio y Adrián está en el Continente…

—Tal vez. Pero si ha pasado lo que temo, mi hermano está muerto. Y muy pronto lo estaremos mi madre y yo. Incluso puede que ya sea demasiado tarde para ti.

Pilar se sentó en la mesa y rompió a llorar. Rafael la ignoró por completo.

—Vete hoy mismo. No seas idiota. Y no te fíes de nadie. Este pueblo está podrido.

Ismael se quedó mudo. No sabía cómo reaccionar. Temió que, si se marchaba, Pilar sufriría algún daño. Rafael, exasperado por la pasividad que demostraba, lo llevó a empujones hasta la puerta y lo sacó a la calle vacía.

—¡Coño! ¿Es que no me oyes? ¡Qué te largues de mi casa! ¡Que te vayas de esta isla!

Ismael se vio, de repente, abandonado en la acera. De buen grado habría cumplido los deseos de Rafael. ¡Abandonar la isla! Pero le resultaba imposible. La Policía le había prohibido hacerlo lo que durase la investigación.

LA RABIA

El Ayuntamiento decretó una semana de luto. Los banderines multicolor que adornaban las calles fueron retirados y la bandera del consistorio lució a media asta.

Mientras tanto, la búsqueda de Amalia seguía activa y fue ampliada al Continente, pero las esperanzas de encontrarla con vida —o incluso de encontrarla muerta— eran nulas y ya nadie trataba de disimular su falta de optimismo.

Un manto de silencio cubrió el pueblo. Las conversaciones se desarrollaban mediante murmullos. Todo el mundo creía saber quién era el principal sospechoso, pero se evitaba decirlo en voz alta. Esa situación no duró demasiado.

Las pintadas en los alrededores de la casa de Pilar volvieron a brotar como setas.

Incluso la persiana de la librería, cerrada definitivamente por decisión del dueño, sufrió algún atentado. El grueso de los vecinos no olvidaba la imagen de Ismael paseando por las calles en compañía de Pilar. Lo que en un principio resultó ser una imagen ofensiva, acabó por convertirse en un recuerdo aberrante. Ismael sentía el trato receloso en sus propias carnes. No era bien recibido en ningún sitio. El mero hecho de hacer la compra le resultaba un suplicio. En alguna ocasión sintió tentaciones de proclamar su inocencia a gritos, pero siempre volvía a casa cabizbajo, evitando cruzar su mirada con nadie.

Las mañanas de aquel otoño en ciernes eran todavía cálidas y las terrazas de los dos bares del pueblo siempre estaban llenas. Los clientes daban cuenta de sus consumiciones en el bar que se encontraba delante de la librería sin perder de vista la persiana cerrada. Thierry se pasaba por ahí cada tarde para tomar un café. Llevaba días sin ver a Ismael. La promesa que se habían hecho de remover cielo y tierra para averiguar el paradero de Adrián había quedado en agua de borrajas. Al no verlos casi nunca juntos, los parroquianos que se reunían a diario en el bar consideraban que la relación entre los dos amigos, si no rota, por lo menos estaba sufriendo un proceso de congelación. Por eso,

muchos de ellos, que en otro tiempo jamás se habrían atrevido a criticar a Ismael delante del francés, ahora se creían con la libertad de poder hacerlo. Thierry escuchaba con educación los argumentos que esgrimían contra el *librero*, que era como todo el mundo empezó a llamar a Ismael, y en secreto, había llegado a la conclusión de que se había activado una campaña para despersonalizar su figura.

«*Esa, el loco y el librero*», así se refería la gente de forma habitual cuando hablaban de Pilar, Rafael e Ismael. Si se añadía «*el maricón*» en referencia a Adrián, ya estaba formado de manera oficial el cuarteto de indeseables de la comunidad. No se les mencionaba por sus nombres. La ignominia los había borrado.

El consistorio anunció un acto de rechazo por la muerte de Silvia y la desaparición de Amalia. Todas las fuerzas vivas, con Pedro a la cabeza, se habían comprometido a arropar a los familiares.

Se llevó a cabo en la Plaza Mayor. Era una plaza porticada a dos niveles. La afluencia fue masiva y muchos vecinos tuvieron que conformarse con escuchar a duras penas el acto desde las calles anexas. Desde los escalones que daban acceso a los pórticos no se apreciaba ni un centímetro vacío de su base. En su centro no se intuía el suelo. Los principales medios de comunicación también estaban allí.

La noticia había recorrido el país entero y todo lo relacionado con ella era considerado de interés nacional como bien atestiguaba la amplia presencia de periodistas con sus cámaras dispuestas sobre los hombros como si fueran *bazokas*. Se decidió aprovechar el escenario instalado para dar cabida a las diferentes orquestas que debían amenizar las suspendidas fiestas patronales —el único recuerdo que quedaba de ellas—. Los familiares y amigos de las víctimas fueron dispuestos en hilera de frente a la multitud que se agolpaba a los pies de la tarima. A un lado del escenario, en un segundo plano, se encontraba el grueso del consistorio municipal, dando apoyo discreto, pero visible.

El primero en hablar fue Pedro. El alcalde ejercía de maestro de ceremonia.

Avanzó hacia el micrófono instalado en el centro de la plataforma. A pesar de la multitud reunida, fue recibido con un respetuoso silencio.

—En primer lugar, quiero daros las gracias a todos por vuestra presencia en este acto de apoyo y antes de nada os pediría, por favor, un aplauso para estas familias, estos amigos que han sufrido la pérdida de sus seres queridos. —Pedro dio un paso atrás para reclamar con un ademán el homenaje que las víctimas merecían. Hubo un estallido de aplausos, de gritos de ánimo mezclados con airadas exigencias de que se hiciera justicia. El clamor se elevó

y recorrió la plaza como una onda expansiva. Pedro y los miembros de su gabinete se sumaron a los aplausos. Los familiares recibieron el calor de sus vecinos de diversas maneras. Unos cuantos asentían, agradeciendo los aplausos con una actitud catatónica, otros, la mayoría, se abrazaban entre ellos con la emotividad a flor de piel. La ovación se dilató durante varios minutos. Cuando consideró que ya era suficiente, Pedro volvió a colocarse ante el micrófono—. Muchas gracias por todo el apoyo que estáis mostrando hacia estos amigos. Ellos han perdido lo que más querían. Y tienen que saber que no están solos. Porque todos nosotros también hemos perdido una parte importante de nuestra esencia. Nada volverá a ser igual sin Silvia. Pero no debemos perder la esperanza. Todavía no sabemos dónde se encuentra Amalia. Si nos estuviera escuchando, yo le pediría al que se la ha llevado, ¡que nos la devuelva! ¡QUE NOS LA DEVUELVA! —Un millar de gargantas entonaron al unísono el mismo mantra. Pedro, en silencio, asentía con gesto solemne y afectado. La letanía aumentó de intensidad hasta convertirse en un grito de indignación, de cólera, imperativo. «¡QUE NOS LA DEVUELVA! ¡QUE NOS LA DEVUELVA!». El grito unánime se desinfló poco a poco. El alcalde, solicitando calma con un gesto de las manos, se preparó para retomar la palabra—. Todos estamos heridos. Nuestros pensamientos están con las familias. No es la primera vez que pasamos por esta situación. Por desgracia, como bien sabéis, mi padre tuvo que pasar por circunstancias parecidas a estas. Pero esta vez será la última, ¡la historia se ha repetido! ¡NO HABRÁ UNA TERCERA! ¡NO QUEREMOS QUE HAYA UNA TERCERA! —De nuevo, una vaharada de aplausos enmudeció las palabras de Pedro. De algún lugar de la plaza surgió un grito: «¡PENA DE MUERTE!», que fue coreado por varias docenas de participantes. Pedro volvió a solicitar silencio—. Ahora, vecinos, es el momento para arropar a las familias. Para estar con ellos, escucharlos, abrazarlos… Que sepan que estamos con ellos. —Nuevos aplausos—. Creo que Eduardo quiere hablar. —Se giró hacia la hilera de familiares a su espalda para confirmar dicha posibilidad con el aludido. Eduardo asintió con la cabeza y Pedro se apartó del micrófono, cediéndole la palabra—. Sí, va a hablar Eduardo sobre su hija Silvia —confirmó antes de retirarse. Mientras caminaba hacia el bloque que conformaban los concejales y el párroco, su mirada se cruzó con la de Leire, que observaba el acto desde el lateral, a pocos metros. Le dedicó un imperceptible gesto de saludo.

Eduardo pronunció un cariñoso panegírico dedicado a Silvia, recordando su niñez, su forma de ser o lo traviesa que era de pequeña, que tuvo que interrumpir en más de una ocasión debido a la emoción. Cada vez que esto ocurría, la plaza estallaba en aplausos que duraban lo que tardaba en recuperar el habla.

Cuando Eduardo acabó su intervención, una prima de Silvia se puso ante el micrófono para leer un poema. Una nueva oleada de aplausos secundó a la

niña cuando acabó de leer el último verso y se retiró llorando.

Thierry había convencido a Ismael para presenciar el acto. En un principio se había negado a ir. Le insistió que dejarse ver era lo correcto. Esa insistencia era lo que Ismael necesitaba para confirmar su percepción de ser uno de los principales sospechosos. Thierry sabía todo lo que ocurría en el pueblo. Conocía a la perfección lo que decían los vecinos y su manera de pensar. La idiosincrasia local. Cuando le transmitió su temor de haber sido condenado con antelación, el francés trató de quitárselo de la cabeza. ¿*Quieres dejar esas paranoias*?, le regañó. *Tienes que salir de casa. Enfrentarte al mundo y a lo que quiera que tengas en la cabeza*, le dijo.

De sobras sabía que su amigo no era sincero. Thierry estaba enterado de que medio pueblo —si no más— sospechaba de él, y el hecho de que se atrincherara en casa le parecía una admisión de su culpabilidad. De ahí el motivo de su empeño en que diera la cara.

Se encontraban bajo el pórtico, sobre los escalones, muy cerca de una de las calles que confluían en la plaza. Desde ese punto, tenían una visión general. Pasados los primeros minutos, una vez comenzado el homenaje, Ismael, desconectado de lo que estaba ocurriendo sobre el escenario, barrió con la mirada el amplio perímetro que abarcaba su vista. Varios de los presentes llamaron su atención. Le dio la impresión de que su actitud contrastaba con el sentir general. Mientras en el centro de la plaza se desataba una tormenta de emociones, tropezó con rostros que rompían con su inexpresividad el clima de solidaridad reinante. No daban la impresión de estar por estar. No era eso. Le pareció que esas personas se encontraban allí por un motivo muy concreto. Sus caras no mostraban empatía. Su interés parecía dirigido a lo que ocurría en la plaza y no a lo que se estaba llevando a cabo sobre el escenario. Como si, de alguna manera, vigilaran o tomaran nota de las reacciones del resto de vecinos. Esbozó una sonrisa que borró cuanto antes de sus labios, lanzando rápidas ojeadas a su alrededor temiendo que alguien se hubiera dado cuenta y la malinterpretara. Lo que le había hecho sonreír fue la sensación de hallarse inmerso, una vez más, en una paranoica película de los años cincuenta sobre ladinas invasiones extraterrestres. ¿Es que se estaba volviendo loco? ¿Estaba perdiendo, de alguna manera, el control? A su memoria regresaron los recuerdos.

Hacía más de diez años que no se sentía así; desconfiado de lo que le rodeaba.

Intentó centrarse en lo que pasaba sobre la tarima. La madre de Amalia suplicaba —perdido ya su autocontrol—, a quien se la había llevado, que no le hiciera daño a su hija, que todavía estaba a tiempo de enmendar parte de sus actos, que, por favor, por favor, por favor, quería tener de nuevo a su niña bajo su techo, en su casa, de nuevo con los suyos. Los gritos se renovaron: «¡QUE NOS LA DEVUELVA, QUE NOS LA DEVUELVA!», mientras la madre amagaba

con desmayarse y era sostenida y llevada en volandas fuera del escenario por algunos de sus familiares. Ismael percibía la escena a través de una neblina. Casi como si la observara a vista de pájaro, entre las nubes. No podía evitar posar su mirada sobre aquellos que no mostraban ninguna reacción al desmayo y retirada de una madre desesperada. Entre la multitud vislumbró varios rostros vueltos hacia él que al ser sorprendidos dirigieron de nuevo su atención a lo que ocurría sobre las tablas.

Hundió la cabeza entre los hombros y cerró ambos puños. Notó el sudor en las palmas de las manos. Thierry, a su lado, detectó que algo le pasaba. Le preguntó si se encontraba bien. Asintió con un gesto de cabeza. El francés le lanzó un último vistazo de reojo para calibrar si estaba siendo sincero y después se desentendió de él.

En las postrimerías del acto, Pedro retomó la palabra.

—Queridos vecinos, no queremos cerrar este homenaje sin agradeceros de nuevo vuestra presencia. Estos amigos —dijo, haciendo una elipsis con las manos para englobar a los familiares de las niñas— necesitan todo vuestro apoyo en estos momentos. Y no lo dudéis ni un segundo; no solo vuestro apoyo, también vuestra amistad y vuestro cariño los harán más fuertes. No solo a ellos. A todos nosotros. Debemos estar unidos como comunidad. En lo que concierne al papel que el Ayuntamiento adoptará, el consistorio está de acuerdo en que debemos ser exigentes. Pedimos desde aquí, ¡YA!, una reforma penal para que nunca más se vuelvan a repetir hechos de esta índole, de los que, vuelvo a decir, todos nosotros, tenemos experiencia. Y, desde la autoridad que otorga la experiencia, queremos ponernos a la cabeza para exigir responsabilidades y acciones concretas.

Queremos que las penas se cumplan en su totalidad. Exigimos que los convictos cuya culpabilidad haya sido demostrada, no paseen por nuestras calles por el mero hecho de haber sido bibliotecarios en sus penitenciarías. EXIGIMOS GARANTÍAS DE QUE ESTÁN REFORMADOS, SINÓ, QUE SE QUEDEN DONDE ESTÁN ¡ESTAMOS HARTOS DE QUE SE OLVIDE A LAS VERDADERAS VÍCTIMAS! No son los asesinos y los violadores las víctimas, no —remarcó, señalando hacia la bocacalle que conducía directa a la casa de Pilar. A Ismael no se le escapó el detalle y sintió un estremecimiento—. A las verdaderas víctimas las tenemos enterradas. ¡ELLAS SON LAS VÍCTIMAS! —Bramó, señalando con una mano las grandes fotografías de Silvia y Amalia desplegadas al fondo del escenario. Señaló a los familiares dispuestos a su espalda— ¡ELLOS SON LAS VÍCTIMAS! —Las nuevas proclamas de Pedro fueron recibidas con una estruendosa salva de aplausos—. No podemos conformarnos con que un puñado de políticos y jueces permitan que los culpables salgan a la calle cumpliendo penas que acaban en nada. ¡QUE SON RIDÍCULAS!

¿ACASO SON ELLOS LOS QUE SUFREN? ¡NO! ¡NOSOTROS SOMOS LOS QUE SUFRIMOS! ¡NOSOTROS SOMOS LOS QUE EXIGIMOS! ¡ES URGENTE

UNA REFORMA PENAL PARA QUE LOS ASESINOS QUE ASÍ LO MEREZCAN NO SALGAN JAMÁS DE LA CÁRCEL! ¡NO LOS QUEREMOS ENTRE NOSOTROS!

Alguien, desde un lateral de la plaza aulló: «¡ASESINOS!». Ismael desvió la mirada buscando el origen de la sentencia. Había salido de la boca de uno de los presentes que hacía unos minutos presenciaba hierático el acto. Contra lo que pudiera parecer en un principio, varios de los individuos que le habían llamado la atención por la misma conducta coreaban la consigna: «¡ASESINOS! ¡ASESINOS!». Como si el resto de los congregados hubieran recibido la señal que estaban esperando, a los pocos instantes toda la plaza se alzó con una misma voz. Una nueva consigna se abrió paso entonces: «¡FUERA! ¡FUERA!», y en unos segundos tomó el relevo de la primera. La referencia a Rafael, cuyo fantasma sobrevolaba la plaza desde el inicio de la protesta, le pareció evidente y, por eso mismo, inquietante. Pero lo que más lo aterró fue ver a Pedro y a sus concejales, en pie sobre el escenario, observando la turba enfurecida que tenían a sus pies y transigiendo con el mensaje que escupían sus gargantas.

Sintió que le fallaban las piernas y le faltaba el aire. Tenía que salir de allí. Al girarse comprobó que la muchedumbre, enervada por aquella súbita explosión de energía, se volcaba hacia el centro de la plaza. Se antojaba difícil, si no imposible, el avance hacia la salida a través de ese pandemonio. Miró a Thierry. Parecía hipnotizado por aquel tsunami que arrastraba todo lo que encontraba a su paso. Sobre su cabeza percibió movimiento. Alzó la mirada. La gente en los balcones aullaba enfurecida.

—Me voy de aquí —le dijo, pero Thierry no pareció escucharlo. Durante unos segundos meditó qué hacer. Le daba pánico atravesar en sentido contrario ese muro en movimiento. Por fin, fue el miedo el que le infundió valor para abrirse paso hacia la salida a través de la avalancha. Dirigió una última mirada a Thierry que continuaba ajeno a su presencia y decidió que ya le daría explicaciones de su marcha más tarde. Intentó abrirse paso hacia la bocacalle más cercana.

El avance resultó lento y penoso. Chocó contra varios cuerpos que no parecieron notarlo. Todos gritaban «¡ASESINOS!, DEVOLVEDNOSLA, FUERA, ¡PENA DE MUERTE!» con los ojos fijos sobre el escenario. Recibió varios salivazos en el rostro.

Eso era lo de menos.

Lo peor fue la impresión de sentirse rodeado por extraños que, según avanzaba, cuando lo tenían ante sí, dejaban de gritar y se le quedaban mirando. Devolvía la mirada a aquellos rostros familiares sin ver nada en ellos. Se le presentaban de manera insólita. A duras penas reconoció a los que eran sus vecinos o amigos. Ante esas máscaras, una nueva oleada de pánico lo asaltó y obligó a sus piernas a abrirse camino.

Le costaba progresar y tuvo que detenerse varias veces y reafirmar los pies para que el tumulto, que en ciertos momentos adoptaba un movimiento de

vaivén, no le hiciera caer. Siguió avanzando poco a poco. Notó un golpe en la espalda. ¡Lo habían golpeado! No se giró para ver quién lo había hecho. Solo tenía una idea fija en la mente: salir cuanto antes del epicentro de esa turba enloquecida.

Cuando por fin lo consiguió, lanzó una ojeada a su espalda por última vez. Los rostros, sin remisión, se le antojaron máscaras y varias de ellas estaban vueltas hacia él, hieráticas, inexpresivas. Le resultó imposible saber lo que estaban pensando. Más allá, en la plaza, el ondulante movimiento de una alfombra humana, una fuerza orgánica con una única conciencia, le hizo imaginar un enorme leviatán. Huyó de allí con la mayor velocidad que sus piernas le permitieron.

El eco de sus pisadas resonaba mientras dejaba atrás calles vacías. Cayó en la cuenta de que siempre estaban así, vacías, muertas… No supo calcular cuánto tiempo hacía que el pueblo tenía ese aspecto, pero estaba seguro de que era desde mucho antes de la desaparición de las niñas. El bullicio de las fiestas patronales había sido un simple espejismo. Un simulacro de cotidianeidad. El pueblo había perdido su normalidad, si es que alguna vez había gozado de ella. Empezaba a pensar como aquellos que insistían en desmentir la imagen idealizada que siempre había tenido de él. ¿Qué ocurría dentro de esas casas?

Al doblar la esquina de su calle casi chocó con Lucas, que caminaba llevando a cuestas, como siempre, su sonrisa boba. La escena le pareció delirante. Las calles vacías parecían más anchas. Aun así, ¡tenía que chocar con él! Era absurdo. Todo era absurdo.

Levantó la persiana de la librería y la cerró a su espalda. Tenía la piel de gallina.

UNA OLLA A PRESIÓN

Los días siguientes resultaron un calco de las horas previas a la liberación de Rafael. En el ambiente flotaba una sensación eléctrica. La tensión se podía palpar.

Los movimientos de los más jóvenes se restringieron. El Ayuntamiento decretó un toque de queda para los menores de edad. El hedor del miedo lo impregnaba todo.

Aun así, a los pocos días, la presión mediática había disminuido hasta casi desaparecer. La actualidad reclamaba su presencia en otros lugares. El pequeño grupo policial enviado para ayudar en las tareas de búsqueda regresó al Continente. Por supuesto, las investigaciones para descubrir al culpable continuaban, pero se consideró que el destacamento residente en la isla bastaba para llegar a conclusiones definitivas.

Los datos revelados por la autopsia de Silvia no fueron concluyentes. Se determinó seguir con los interrogatorios a la familia directa de las niñas, aunque el cerco en torno a Rafael fue estrechándose. Ismael recibió una nueva visita policial que, como la anterior, acabó con la prohibición de dejar la isla al no disponer de un alojamiento conocido fuera de ella.

La búsqueda de Amalia sobre el terreno se abandonó y fueron múltiples los supuestos avistamientos de la chica en el Continente. Algunos de esos testimonios guardaban alguna traza de veracidad, por lo que las pesquisas se centraron allí.

Ismael vivió esos días confinado en su casa. No había vuelto a abrir la librería. El cierre del negocio era definitivo y poco le quedaba para comenzar a tener problemas de liquidez.

Oculto tras las cortinas, desde su balcón, veía a la gente pasar ante su local. Dirigían su mirada hacia la librería para después trasladarla a la casa de enfrente. La casa de Pilar… Nuevas pintadas decoraban su fachada. Se multiplicaban día a día, como manchas de humedad, y pronto se trasladaron al edificio de Ismael como una metástasis. En grandes letras rojas las paredes de

Pilar gritaban: «¡FUERA! ¡ASESINO!», y grandes impactos de pintura adornaban las paredes, como esquirlas de disparos.

Volvieron las protestas en contra de Rafael, y cada tarde se concentraba un numeroso grupo que aumentaba jornada a jornada.

Las tertulias se tiñeron con promesas de revancha. «Esto no quedará así», se convirtió en una frase hecha.

El pueblo exigía un culpable y la presión sobre la Policía y el consistorio creció.

Por lo menos en apariencia, porque, desde luego, en lo que se refería al alcalde y su grupo de gobierno, no existía reparo alguno en alimentar la hoguera. Seguían exigiendo una reforma penal apoyándose en el hecho de albergar en el seno de la comunidad a un indeseable Thierry observaba el deterioro de la situación desde su atalaya del bar de la plaza. Los rostros huraños, los gestos hoscos, los ceños fruncidos… Las conversaciones que escuchaba o en las que participaba reflejaban un profundo malestar aderezado con una creciente sed de venganza. Los vecinos compartían las habladurías que aseguraban que se había visto a Ismael con Rafael, ciertas noches. La rumorología más o menos veraz acabó transformándose y pervirtiendo y ese tipo de comentarios acabaron mutando en tendenciosas manifestaciones donde se les acusaba de todo lo habido y por haber. Cuando escuchaba ciertas alusiones, no podía por más que dirigir una mirada triste hacia el balcón de Ismael, siempre cerrado a cal y canto. Lo había dejado a su aire durante un tiempo, ya iba siendo hora de retomar el contacto.

Pilar, derrotada en su sillón, pensaba a todas horas en su hijo Adrián. Rafael estaba convencido de que nunca más volverían a verlo. Por más que le preguntara cómo podía estar tan seguro, se limitaba a mirarla y desaparecer en su habitación.

A pesar de sus sospechas, decidida a averiguar lo que había sido de su hijo pequeño y aun a riesgo de poner en juego su integridad física, se dirigió varias veces al cuartel para saber cómo progresaba la investigación. Su preocupación fue recibida con frialdad e indiferencia. Incluso le llegaron a insinuar que consideraban a Adrián un fugado, más que a un desaparecido, apoyándose en que, desde luego, la coincidencia de su ausencia con la aparición del cadáver de Silvia no servía de ayuda para dejar de alimentar esas sospechas. Hundida, regresaba a su casa. La puerta cerrada de la habitación de Rafael, sumada a las voces e invectivas que llegaban desde la calle, incrementaban su soledad. En ocasiones, observando al grupo de exaltados pertrechados ante su casa, a través de la puerta cerrada del balcón, veía la cortinilla de Ismael separarse unos centímetros del cristal y sentía una profunda conexión con él. En esos momentos se encontraban en igualdad de condiciones y esa evidencia, aunque

ridícula, le hacía sentir menos sola.

Rafael no daba muestra alguna de sufrir la soledad y angustia de su madre. Recibió la nueva oleada de protestas con aparente frialdad. Le asqueaba la preocupación de Pilar por Adrián y evitaba sus miradas inquisitivas. Decidió enclaustrarse, más aún si cabe. Los pocos segundos que se veían eran los requeridos para entregarle la comida. Comía en la habitación y cuando acababa dejaba los platos vacíos colocados de cualquier manera en el pasillo y cerraba la puerta. La única concesión a lo que su madre podría haber considerado un comportamiento normal fue cuando buscó bisagras nuevas en el cajón de sastre del recibidor para arreglar los desperfectos en su puerta, causados por la ira de Adrián.

Lo cierto es que se sentía inquieto. Todavía le quedaba un pequeño residuo de instinto de supervivencia, aunque en su fuero interno no albergaba ninguna esperanza. La convicción de la inminencia del desastre le quitaba el sueño por las noches. Sabía que estaban a punto de acabar con él y, pese al temor que pudiera tener —sobre todo por su desconocimiento de los métodos que serían empleados para hacerlo—, lo asumía y aceptaba. No le cabía duda de que lo merecía. Había elegido un receptáculo para su verdad. Ya podía irse tranquilo.

En ese ambiente de ebullición, Leire fue erigida en un símbolo. La prueba viva de cómo se podía sobrevivir y escapar de la locura más abyecta. Tras un largo periodo en que los ecos de su traumática experiencia, aunque ni mucho menos olvidados, fueron atenuados por respeto, ahora su periplo vital corría entre sus vecinos con la devoción de una hagiografía. La ruptura de su relación con *el librero* estaba en boca de todo el mundo y los motivos de dicha ruptura variaban según los criterios de quien los expusiera. Pero había un elemento común en todos ellos: la enfermiza perversidad de Ismael. Toda la rumorología en torno a este tema giraba alrededor de los secretos de alcoba de la antigua pareja, de las extrañas prácticas que el degenerado obligaba a realizar a la «*pobre chica*» y las bizarras inclinaciones por las jovencitas que Leire había descubierto en él. Todos ellos motivos suficientes para que hubiera puesto fin a la relación. Existía, incluso, una corriente de opinión que elucubraba con las auténticas intenciones de Ismael a la hora de seducir a Leire y que apostaba por el objetivo del *librero* de acabar con el trabajo comenzado hacía veinticinco años. Con su silencio, Leire ayudaba a que todas esas falacias se extendieran como una mancha de aceite. No había vuelto a acercarse a Ismael.

Había roto cualquier tipo de contacto con él. Pero siempre que acudía a alguna protesta bajo el balcón de Pilar, apartada de la multitud, pero bien visible, guardando un segundo plano tan prudente como falso, miraba de reojo

hacia su balcón y lo imaginaba escondido tras las cortinas. Y en muchas ocasiones, así fue.

Estudiar el rostro de Leire a través de la tela, le servía a Ismael para reafirmar su nueva impresión. Donde antes veía una *Sombra* en torno a ella, ahora, en cambio, no podía dejar de ver un halo de maldad. La revelación del auténtico rostro de Leire no le supuso ninguna satisfacción. Por contra, se sentía un idiota al que habían engañado. Cuando la observaba, su mirada flotante y lejana seguía ahí. Pero ahora no le parecía una mirada congelada que escrutara severos traumas. Esos profundos pozos negros que eran sus ojos —sus ojos negros, que tanto le habían gustado no hacía mucho— parecían maquinar sin descanso. Tal vez la Leire que Rafael le había descrito ayudaba a que la viera desde ese prisma, pero lo dudaba.

La verdad de lo que ocultaban sus facciones emergía ante él con un claro matiz de perversidad. Como el resto del pueblo, Leire mostraba otro lado. Como si formaran parte de la habitación reflejada en el espejo de Alicia.

Mientras tanto, Pedro, en el despacho de la casa consistorial navegaba entre planos de lo que sería su ansiado proyecto de *resort*. Las obras no tardarían en dar comienzo. Pero su pacto con *el Dragón*, pese a llevar buen rumbo, todavía no estaba finalizado. Los acontecimientos se desarrollaban bajo el plan previsto y se encontraban en una fase donde la mayor parte de la responsabilidad recaía en él.

Eso le provocaba cierta ansiedad.

Así transcurrían los días en Isla Encanta.

Una tarde Thierry, por fin, decidió telefonear a Ismael.

—¿Cómo estás? —quiso saber.

Ismael no pudo disimular su estupor teñido con una pizca de rencor al recibir su inesperada llamada.

—¡Hombre, mi amigo francés se preocupa por mí! —fue lo único que se le ocurrió decir. Al oír su propia voz, después de días sin hablar con nadie, le pareció que rezumaba histerismo. Quería parecer mordaz y lo que le salió fue el gemido de un llorica.

Thierry guardó silencio durante unos segundos.

—Perdona que no te haya llamado antes.

—No pasa nada. ¿Quién quiere ser amigo de un sádico? —Otra vez el gemido de llorica.

—Sé que no eres un sádico. Pensé que debía respetarte si querías estar

solo.

—Más que estar solo, lo que he hecho ha sido esconderme.

—¿Cómo llevas estos días?

—Pues lo normal. Ya te lo puedes imaginar, a manifestación diaria…

—¿Quieres venir a mi casa? Nos comemos una *pizza* y tomamos una cerveza.

Como los viejos tiempos.

—Ya, como los viejos tiempos. —Ismael cerró los ojos. Añoraba esos viejos tiempos—. La verdad es que la casa se me cae encima. —Por primera vez, su voz adoptó un tono natural. Tal vez demasiado cansado.

—Pues vente para aquí. Además, quiero hablar contigo.

—¿De qué?

—Ven para mi casa.

Sin soltar el teléfono, que se encontraba en una pequeña cómoda al lado del balcón, Ismael miró a la calle. Eran alrededor de las ocho y estaba desierta. Que los días se acortaran, sumados al luto oficial y al extraño ambiente, ayudaba a que luciera de esa manera. Estuvo a punto de rechazar la invitación, pero lo cierto es que sentía una auténtica necesidad de escapar de aquellas cuatro paredes. El tener la nevera casi vacía también era un motivo de peso para escapar del encierro.

—Está bien. Voy para allá.

Cinco minutos después caminaba en dirección a su casa. No estaba lejos. Avanzaba con rapidez. Apenas se cruzó con un par o tres de almas que al verlo mostraron un estupor insolente. Nadie lo saludó, por supuesto.

Entró en el edificio de Thierry. Subió las escaleras en dirección al ático en silencio y con cautela, apoyándose en la punta de los pies. En cada descansillo imaginaba a los vecinos vigilando a través de la mirilla su penoso ascenso. Se sentía viejo. Cuando su amigo abrió la puerta, a Ismael se le escapó una enorme sonrisa. No quería sonreír, pero le salió natural. El hecho de volverlo a ver, después de tantos días, era un motivo de alegría. Este, con una camiseta de tirantes y las manos cubiertas con unos guantes, lo abrazó. Le devolvió el abrazo, que duró más de lo habitual. Cuando se separaron, miró sus manos. Thierry las alzó, mostrando los guantes.

—Estaba rascando una silla, las voy a barnizar todas.

—¿A estas horas?

—Un francés siempre tiene tiempo para embellecer un mueble viejo —añadió, señalando a la terraza iluminada donde se encontraba la silla volcada en el suelo. Después le hizo pasar al comedor—. Una cerveza, ¿verdad?

—Por supuesto.

Thierry entró en la cocina. Instantes después volvió con una cerveza en una mano y una pistola en la otra. Puso la pistola en la mano que Ismael había extendido para recibir la lata. Sus ojos pasaron de la pistola a su amigo, en

espera de una explicación. Un surco dividía el entrecejo de Thierry.

—Tenemos que hablar. No está de más que la tengas. Creo que podrías necesitarla.

ASÍ DE MAL ESTÁN LAS COSAS

Ismael no podía creer que tuviera entre sus manos un arma. Lo sorprendió la ligereza de su peso.

—¿Por qué me das *esto*? —preguntó.

—Siéntate y te lo explico.

—¡No quiero una pistola, Thierry!

Trató de devolverle el arma. El gigante, alzando las palmas de las manos todavía enguantadas, se negó a que lo hiciera.

—Por favor, Isma, hazme caso. Quiero que la tengas. Deja de ser tan terco. Siéntate, nos tomamos las cervezas y te cuento cómo están las cosas después de los últimos días. Y lo que puede ocurrir…

Aun con reparos, claudicó. Se sentó en el sillón y Thierry se hundió en el sofá, se quitó los guantes y los dejó en su regazo. Abrió la cajita de madera donde guardaba la marihuana.

—Me voy a hacer un porro, que lo necesito. Y tú deberías fumar un poco para tranquilizarte. No tienes buena cara —observó, mientras ponía sus enormes manos a trabajar en la elaboración del cigarro.

—Solo me falta eso para volverme más *chalao* —dijo, mirando con aversión la marihuana extendida en la palma de la mano de su amigo.

—Bueno, Isma —comenzó, mientras cubría el espeso montón de hierba con un papel de fumar—, las cosas no andan nada bien por aquí. Escucho a la gente y es que no la reconozco, tío. Están buscando un culpable a toda costa.

—Por lo que he podido ver a través de mi balcón, ya lo han encontrado.

—Exactamente —afirmó, pasando la lengua por la extensión de pega del papel. Encendió el cigarro y expulsó una espesa bocanada. Al instante, la estancia se cubrió con una profusa y aromática niebla—. Lo que me preocupa es que no se conformen con uno solo.

Ismael sopesó las palabras de su amigo. No lo sorprendieron sus temores.

—Mira que te lo dije —se lamentó Thierry—. Te dije que no era bueno que te dejaras ver por el pueblo con esa mujer.

—Ya hemos hablado de eso. Pilar no tiene nada que ver con lo que ha pasado.

Además, ya está hecho. No se puede volver atrás.

—Supongo que tienes razón.

—Adrián también ha desaparecido y eso no parece importarle a nadie.

—Sobre eso te quiero hablar. Nadie cree que a Adrián le haya ocurrido algo.

Creen que ha escapado. Hay dos versiones, o se ha ido corriendo porque sabía lo que iba a ocurrir o él está relacionado con esas chicas. Con Adrián la gente no acaba de ponerse de acuerdo. Lo que tienen muy claro es que Rafael les ha hecho algo a las niñas y el hecho de que todavía no haya sido detenido está calentando los ánimos. También se habla de ti, demasiado para mi gusto. Que te encontrabas con él todas las noches, que eres muy amigo de la familia… Y yo sé que no es cierto, pero una mentira repetida mil veces acaba convertida en verdad.

—¿Quién puede ser el responsable de todo esto?

—¡¿Y eso qué importa, coño?! ¡Pues el pueblo entero! No creo que eso importe demasiado a estas alturas. El señor alcalde tampoco está ayudando demasiado. Ya viste el homenaje del otro día…

—Sí, ya te vi extasiado —ironizó, con una acritud de la que al momento se arrepintió.

—¡Estaba alucinado con el discurso! Mañana han convocado otro acto. Quieren recoger firmas para entregarlas a no sé qué ministerio para que cambien el código penal. Y Pedrito está desatado. Promete otra arenga histórica. Y ya ves cómo actúa la gente cuando se la instiga con proclamas incendiarias. De repente todo el mundo tiene vocación de palmero. Tal vez exagero. Seguro que sí. Pero temo que las cosas al final se salgan de madre. No se puede ir por la vida encendiendo los ánimos. Bastante trágico es lo que ha pasado hasta el momento. El Ayuntamiento está jugando con fuego.

—Y encima tú, para acabarlo de arreglar, me das una pistola.

—No creo que tengas que usarla. Pero no pasa nada si la tienes cerca.

Estudió la pistola. Para su sorpresa, se adaptaba bastante bien a su mano.

—Es una 9 mm. Como no creo que la uses, con un cargador tendrás bastante.

¿Ves eso de ahí? —Señaló una pieza colocada junto al percutor—. Es el seguro. En caso de apuro, es para ambidextros, así que no tendrás problemas para desbloquearla. Llévalo siempre puesto. Y no juguetees con ella en casa.

—¡Esto es alucinante!

—Este mundo está lleno de exaltados. Si en un momento dado tienes algún problema, con que la enseñes, desaparecerá. Y yo me quedo más tranquilo.

—¡No quiero la puta pistola, Thierry! Ni siquiera sabría cómo usarla. Y si crees que no la necesitaré no tiene ningún sentido que me la lleve.

Dejó el arma sobre la mesita. Los dos guardaron silencio. Thierry dio

muestras de rendirse. Lanzó un suspiro.

—Como quieras.

—¿Quién crees que lo hizo? —preguntó Ismael, después de dar un generoso trago a la lata de cerveza.

—¿Lo de las niñas? —Contuvo un eructo antes de responder—. Pues supongo que todo apunta a Rafael.

—No creo que fuera él.

—¿Y quién más podría ser? He conocido gente como él en la cárcel. Los violadores no tienen mucho éxito a la hora de reinsertarse. Tarde o temprano la mayoría vuelve a los viejos hábitos.

—Su madre asegura que cuando desaparecieron las niñas, estuvo en casa toda la noche.

La apagada expresión en el rostro de Thierry, de improviso, desapareció.

—Así que lo que dicen por ahí es cierto. Has estado viéndote con esos cabrones.

Ismael le dedicó a su amigo una mirada mansa.

—¡Menudo cabrón estás hecho! *Connard*! Y yo que creía que la gente estaba hablando por hablar…

—En realidad lo hacen. En mi vida le he hecho daño a nadie.

—Eres un puto descerebrado. ¿Tú sabes lo que has hecho?

—Me lo encontraba cuando paseaba a la perra. Solo sale de noche. Supongo que alguien nos vio.

—Joder, ahora lo entiendo todo. Me preguntaba a qué se debía ese odio exagerado que te tiene todo el mundo y resulta que tienen motivos.

—¿Motivos? Te repito que yo no le he hecho daño a nadie.

Thierry no dio muestras de haberle oído. Estaba sentado con los codos sobre las rodillas. Se masajeaba las sienes con las manos y parecía hablar para sí mismo, mascullando.

—¿Y cómo sé yo que no le has hecho daño a nadie? En este pueblo el único que está tratando con un sádico eres tú —dijo.

Ismael trató de rebatir a su amigo. Solo logró balbucir cuatro palabras sin sentido.

—He sido un idiota —continuó Thierry—. Siempre confiando en ti… Pensaba que todo el mundo estaba siendo injusto contigo por, no sé… Por el hecho de ser de fuera. Creía que todos se estaban volviendo locos. Ismael, mírame a la cara y dime que no le has hecho daño a esas niñas.

Ismael se levantó del sillón de un salto. Aquello resultaba intolerable. Y *muy* alarmante…

—¡Basta ya, Thierry! Creo que me conoces de sobra. Yo no les he hecho nada a esas crías. Mi único crimen ha sido coincidir con ese tío alguna noche mientras paseaba a la perra. ¡Si ni siquiera conocía la existencia de Silvia o Amalia! Las he visto por primera vez en fotos.

—No hacía falta conocerlas —razonó Thierry—. Desaparecieron el mismo día que empezaron las fiestas. Te dije que saliéramos, pero no quisiste. ¿Estuviste en casa esa noche?

La pregunta lo ofendió. Un insulto, que se quedó a medio camino, estuvo a punto de brotar de sus labios. Alcanzó su chaqueta, que se encontraba sobre el brazo del sillón, y se dispuso a salir corriendo de esa casa.

—No me interrogues, Thierry. Esa misma pregunta me la hace la Policía cada vez que viene a husmear a mi casa. Si no confías en mí, creo que no pinto nada aquí.

—Espera —dijo, cuando ya se encontraba a medio camino de la puerta. Ismael se volvió—. Te creo, Isma. Si tú aseguras que no has matado a nadie, te creo. Pero ¿entiendes ahora por qué quiero que te lleves la pistola? No me habías dicho que te veías con Rafael. Al hacerlo has logrado que entienda las sospechas de todo el pueblo. ¿Has visto con qué facilidad se puede llegar a creer cualquier cosa? Mira, te voy a hablar claro. Estás en peligro. Hay mucho odio y ganas de dar hostias ahí fuera. Y hay un montón de dedos señalándote. Así que, hazte un favor y llévate la pistola.

Ismael reflexionó durante unos instantes. Volvió atrás y cogió el arma de la mesa para introducirla en un bolsillo de su chaqueta.

—Y otra cosa más, Ismael. Por lo menos hasta que todo esto haya pasado, no quiero que me vean contigo. No quiero problemas. Soy un expresidiario y alguien puede pensar que ese puede ser un buen motivo para señalarme también.

—¿Algo más?

—No, nada más. Ya te puedes ir.

Mientras descendía las escaleras notó el arma en su bolsillo. De repente se había vuelto muy pesada. Caminando hacia su casa notó un nudo en la garganta. Tenía ganas de llorar. Ahora sí, estaba solo.

AVIVANDO FUEGOS

—Vamos a solicitar a la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias que se aplique un endurecimiento de las leyes penales. Hemos realizado un escrito y presentaremos las firmas que hemos logrado reunir. ¡Lo vamos a conseguir! —El eco de los aplausos reverberó en la Plaza del Ayuntamiento—. No vamos a permitir que en nuestras calles se paseen violadores y asesinos. ¡NO LOS QUEREMOS ENTRE NOSOTROS! —Gritos y aplausos—. Sé cómo os sentís. Como vecino, yo me siento igual que vosotros. Herido, incrédulo, frustrado… Sé que exigís que este asunto se resuelva de una vez. Según la ley, nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario. La Policía está haciendo lo que puede y lo sabemos. Su trabajo no es sencillo. Pero desde aquí puedo anunciar ¡QUE EL CERCO SE ESTÁ ESTRECHANDO! —Repique de manos renovado, ovaciones—. Mientras tanto, debemos ser pacientes. Tenemos que dejar que la ley trabaje con calma. —«¡LA LEY ES LENTA!», rugió alguien.

«¡LA LEY NO NOS DEVOLVERÁ A NUESTROS HIJOS!»; la frase, vociferada desde el núcleo de la concentración, fue acogida con entusiasmo. Pedro, manejando los tiempos con habilidad, dejó que la pasión se desatara. Cuando su intensidad se redujo, retomó la palabra.

—No, por desgracia, la ley no nos devolverá a los que un día nos arrancaron. Por eso estamos pidiendo un cambio. Por eso queremos ser escuchados. ¡ESTAMOS HARTOS DE CONDENAS RIDÍCULAS! ¡ESTAMOS HARTOS DE QUE SE OLVIDE A LAS VERDADERAS VÍCTIMAS! ¡QUEREMOS JUSTICIA!

Desde su casa, Ismael escuchaba los ecos de la nueva prédica del alcalde. De vez en cuando buscaba con la mirada la pistola colocada sobre la mesilla.

Apenas había dormido. Las horas pasadas lo habían ayudado a comprender la postura de Thierry. Oyendo los aullidos que se colaban a través del balcón, no consideraba injustificados sus temores.

Cuando apareció la Policía por su casa haciendo preguntas, se asustó. Pero esa era la menor de sus preocupaciones. Él no había matado a nadie, tenía la conciencia muy tranquila. Tal vez una investigación rigurosa fuera lo mejor

para despejar cualquier sospecha en su contra. Lo que lo preocupaba era ese ambiente enaltecido. Escapaba a cualquier atisbo de racionalidad. Los ánimos estaban muy exaltados. Resultaba peligroso echar más leña al fuego.

Del luto se había pasado a algo muy parecido a la sed de sangre. Una mira telescópica, pintada en la fachada de la casa de Pilar, lo atestiguaba. Nadie parecía estar interesado en detener esos ataques a la presunción de inocencia. La Policía se limitaba a ser testigo mudo de las protestas que cada tarde comenzaban en la Plaza Mayor para acabar confluyendo bajo su balcón.

Ismael bajó a la librería. Desde ahí las voces llegaban amortiguadas. Encendió las luces y observó el amplio espacio vacío de clientes. Los libros comenzaban a acumular una capa de polvo. Se sentó en la silla que se encontraba tras el mostrador y encendió el pequeño equipo que se encontraba a sus pies. Los primeros acordes de *So alive* de Love and Rockets le supieron a gloria. Subió un poco más el volumen para amortiguar, a golpe de decibelios, los gritos que se filtraban a través de las paredes.

Por la tarde, el ambiente seguía siendo de alto voltaje. El acto de la mañana, realizado a instancias del consistorio, no había servido para relajar los ánimos, ni mucho menos. En la mayoría de las casas, a la hora de la comida, el tema de conversación giró alrededor de Silvia y Amalia y en lo injusto que era que esos padres sufrieran lo indecible mientras que un criminal al que las leyes amparaban, se reía del pueblo entero.

Nadie resultaba inmune a las exigencias de justicia. Si alguien quería entablar otro tipo de conversación —algo rarísimo—, la ira de sus interlocutores lo arrastraba hacia el monotema. Resultaba inevitable. Y si un observador objetivo hubiera tenido la oportunidad de atestiguar lo que ocurría en el interior de las casas, habría palidecido al comprobar la enorme cantidad de armas desempolvadas las últimas horas.

En cuestión de unos días, personas a las que se les suponía racionales y coherentes ansiaban algún tipo de reacción. Exigían justicia. Y si no se conseguía por las buenas, se lograría por las malas. Resultaba difícil discernir hasta qué punto todas ellas habían sido manipuladas —aunque tal vez el término que mejor se amoldara fuera «*intoxicadas*»— por un elemento externo. ¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? A esas alturas, no tenía importancia.

Lo que estaba claro es que el pueblo no estaba dispuesto a comenzar un nuevo día paralizado. Había llegado el momento de tomar medidas.

LA LEY DE LYNCH

Las seis y media de la tarde. Puntual a la cita, la protesta concentrada bajo el balcón de Pilar se desarrollaba de forma más virulenta de lo acostumbrado. El número de asistentes era superior del que venía siendo habitual.

Desde su piso, Ismael observaba la escena que se desarrollaba a sus pies. Con prudencia; no quería llamar la atención más de la cuenta. Un bramido, elevado al cielo como un muro de granito, hacía temblar los cristales del balcón desde los que oteaba la marea humana desbordada sobre los adoquines de la calle.

Alguien lanzó un petardo. Había algo festivo en aquel tumulto.

Se dirigió a la nevera. Su interior era un desierto helado. Cogió la última lata de cerveza. Pequeños sorbos. Tenía que estirarla. Pensó que al día siguiente tendría que armarse de valor para salir a comprar, dudando de que su exigua cartera fuera capaz de llenar la despensa.

El rugido se intensificó. Volvió a atisbar lo que ocurría a escasos pasos de su vivienda. Una luz azulada llamó su atención. Al final de la calle se encontraba estacionado un coche policial. Un pasivo testigo del espectáculo.

Anochecía. Las farolas se encendieron. Su luz aumentó con timidez, tiñendo de naranja el escenario. Varios manifestantes sostenían palos entre sus manos. Los esgrimían sobre sus cabezas o los utilizaban a modo de baquetas contra el suelo.

La alfombra humana se abrió con urgencia. Alguien había encendido una traca.

Explosiones en cadena. Una cortina de humo se elevó en vertical. Una corriente de aire la deshizo. Alguien lanzó un cubo de pintura contra la fachada. Ismael vio a Pilar impresa tras los cristales del balcón. A pesar de la tenue luz vio su rostro, deformado por la pena, el miedo y las lágrimas. Recordó la pistola de Thierry, que había guardado en el cajón de la mesita de noche. Fantaseó con abrirse paso a tiros y sacar a esa pobre mujer de su casa. Por enésima vez maldijo su falta de coraje.

Una figura surgió de entre la multitud. Tenía un palo entre las manos.

Golpeó varias veces la puerta de Pilar con él. Alarmado, Ismael se volvió hacia el coche patrulla a tiempo de ver cómo arrancaba para abandonar su posición.

Pilar ya no estaba tras la puerta del balcón. Alguien lanzó un objeto con precisión. El estallido de cristales fue recibido con vítores y aplausos. Un petardo rebotó contra la barandilla del balcón. Volvió a caer. La turba se abrió con desorden. La explosión provocó un sonido metálico. Nadie resultó herido a pesar de los deseos de Ismael.

Varias figuras se escindieron del tumulto para golpear la puerta con los palos. El instinto empujó a Ismael a correr, en busca de la pistola. Sombras convulsas se reflejaban en las paredes del salón. Entró en la habitación, sacó la pistola del cajón y miró desde la ventana. La puerta de Pilar, deteriorada.

Nueva explosión. Nuevo estallido de cristales. El petardo había alcanzado su objetivo. Tras las volutas de humo, la puerta del balcón de Pilar, arrancada de sus goznes. Abajo, media docena de figuras seguía golpeando la puerta de la calle.

Corrió hacia el teléfono. Marcó el número de la comisaría. Nadie descolgó el aparato.

Corrió hacia el salón y volvió a mirar. Nadie golpeaba la entrada. Humo causado por una mecha consumiéndose. Una nueva explosión. Un enorme boquete en la puerta. Una carga de manifestantes se lanzó contra ella. Se colaban a través del agujero. Ismael gritó. Nadie lo escuchaba.

Pilar, con el rostro desencajado, respirando pólvora, observó desde el pasillo cómo una horda de vecinos se colaba, como una plaga de cucarachas, por el agujero de la puerta causado por la explosión.

El pánico le hizo correr a la cocina. Abrió un cajón. Extrajo un cuchillo. El griterío era ensordecedor. Otra explosión en el pasillo. Los oídos le silbaron. Varias figuras pasaron de largo. Buscaban al objetivo principal. Tres hombres y una mujer entraron en la cocina. Esgrimían palos y amenazaban con usarlos. El más decidido se abalanzó sobre ella. Pilar alzó el cuchillo con ambas manos. El hombre se detuvo, divertido, y se dirigió a los otros tres.

—Se cree que tiene una pistola, la muy puta.

Sus compañeros rieron la gracia, pero sus rostros traslucían expectación, inseguridad. No sabían cómo proceder. Estaban pendientes del que había hablado, que parecía llevar la voz cantante. Esperaban su reacción. El tiempo, en la cocina, se había detenido mientras en el resto de la casa avanzaba inexorable para Rafael.

El grueso de la horda lo buscaba, arrasando todo lo que encontraba a su paso.

El hombre observaba a Pilar. Era el único sin un palo en las manos. Calculaba cómo llegar a ella sin que lo alcanzara el tembloroso cuchillo que la

mujer enarbolaba sin firmeza. Agarró una silla por el respaldo. La lanzó contra ella. La mujer perdió pie cuando la silla chocó con su cadera. El cuchillo cayó al suelo. El hombre cayó sobre Pilar. Los otros tres lo secundaron.

Rafael oía el estrépito en la casa. Cristales rotos, golpes en las paredes, gritos, arrastre de muebles. Sintió el cosquilleo del miedo en el estómago. Así acababa todo. Con un gran *bang*. Había esperado recibirlos con una sonrisa, pero no podía dejar de temblar. La puerta se abrió. La figura que encabezaba la comitiva se detuvo al traspasar el umbral. Segundos después varios pares de ojos lo observaban desde la entrada. Miradas nerviosas, frenéticas por la adrenalina. Entraron en la habitación. Rodearon la cama donde esperaba tumbado. Nadie se atrevía a dar el primer paso. La espera se estaba haciendo eterna. *¿A qué coño esperáis, hijos de puta*?, bramó. La señal para que se le echaran encima. Lo arrancaron de la cama.

Oyó los gritos de su madre. Un puñetazo. *Bien dado*, pensó, mientras volvía a caer sobre la cama. Lo volvieron a alzar. Alguien le escupió. Un golpe en los riñones, nada comparado con algunos que había recibido. Un puñetazo en el estómago.

Cayó al suelo intentando atrapar pedacitos de oxígeno que se le escapaban. Levantó la cabeza a tiempo para ver cómo un palo cortaba el aire. El instinto le hizo girar el cuello. El palo impactó contra su oreja. Pensó que era posible ver las estrellas.

Sacaron a Pilar de la cocina a empujones. La lanzaron contra una pared. Pilar vislumbró la puerta de la calle, destrozada. Pensó en huir por el agujero. Habría sido inútil. Las cucarachas seguían colándose por él. Un fuerte tirón de pelo la lanzó al suelo. Agarrándola por el cabello, la arrastraron por el pasillo. Al llegar al salón, más amplio, la soltaron. A patadas la guiaron con habilidad al centro del salón.

Ismael miraba horrorizado lo que ocurría en el interior de la casa de enfrente.

Desde su posición podía ver una parte del salón. La suficiente para ver el cuerpo de Pilar rodar por el suelo tras cada patada recibida. Abajo seguían colándose figuras por el agujero de la entrada. Sus ojos estuvieron a punto de escapar de sus órbitas cuando vio lo que una de ellas llevaba en la mano. *Gasolina* —pensó—, *Dios mío, gasolina. ¿Es que están locos?* Un repentino mareo le hizo perder estabilidad. Corrió de nuevo al teléfono. ¿Dónde estaba la Policía? Oyó el tono intermitente de llamada que se transformó en un silbido lineal. Volvió a colgar el aparato. Abrió la puerta del balcón y salió al exterior. *¿Qué hacéis, asesinos? ¿QUÉ ESTÁIS HACIENDO?*, gritó. Una de las

figuras lo miró. Si Ismael hubiera podido distinguir sus rasgos habría visto que sonreía. En el salón de enfrente, varias siluetas seguían propinando patadas al bulto informe que era Pilar.

Pilar no veía nada. La sangre sobre sus ojos hinchados se lo impedía. Su nariz se rompió al recibir el impacto de un pie que aplastó su cabeza contra el suelo. De la boca le cayeron varias piezas postizas que acabaron pisoteadas sobre la alfombra.

Las figuras se iban turnando. Recibió una lluvia de palos. Su cabeza reventó. Un ojo salió disparado al hacerlo. Alguien lo pisó.

En la habitación, Rafael, perdido todo atisbo de valor, intentó arrastrarse bajo la cama. Varias manos lo agarraron por las presillas del pantalón hasta arrancárselo.

Perdió una uña al intentar aferrarse al suelo. Sintió cómo lo alzaban. Las piernas apenas lo sostenían. Una nueva lluvia de golpes. Alguien le agarró el pene y lo retorció. El saco testicular reventó. Cayó de nuevo al suelo. Lo sacaron fuera de la habitación a rastras. Era fácil deslizarlo debido a su nula resistencia y la cantidad de sangre vertida. Dejaron su cuerpo castigado a los pies del de su madre. Alguien se abrió camino con una lata de gasolina entre las manos. Rafael alzó la cabeza con esfuerzo. De la rendija de uno de sus ojos rebosó el líquido que le habían lanzado en cascada por encima. El sabor de la gasolina impregnó sus pulmones. A pesar de la bruma de su mente, comprendió lo que querían hacer. ¡La ventana!

Debía lanzarse por la ventana. Sería él el que decidiera cómo morir, no ellos.

Reunió todas las fuerzas que pudo para levantarse. Eran pocas. Oyó con claridad el coro de risas a su alrededor. Le dolía el vientre. Vio uno de sus testículos colgando sin comprender lo que era. Se alejó del lado del cadáver irreconocible que había sido Pilar. Salió al balcón traspasando con dificultad el umbral de la puerta destrozada.

Rafael se encaramó como pudo sobre la barandilla del balcón. Ismael contempló horrorizado su último intento de escapar. Cuando estaba a punto de descolgarse de la barandilla, una lengua de fuego lo envolvió. Convertido en una antorcha, sin fuerzas para gritar, cayó. Impactó con un golpe sordo contra el asfalto. La casa ardía. Rafael se quemaba vivo, con los miembros plegados sobre sí mismos. Varias figuras se arremolinaron sobre el cuerpo ardiente y encogido. Alzaron los palos y siguieron golpeando, levantando

ascuas sobre aquella masa que se carbonizaba. La escena se convirtió en un borrón. Ismael lloraba, sin control, horrorizado. Las lágrimas le impedían ver. Sus piernas de arcilla no lo sostenían. Del inmueble brotaba una enfurecida columna de humo. Como la sangre manando de una herida abierta.

Una de las figuras dejó de golpear a Rafael y alzó la vista. Vio a Ismael encaramado en el balcón. Comentó algo a la figura más próxima. Las dos se escindieron del grupo. Corrieron hacia la librería. Golpearon la persiana con pies y manos. En pocos segundos una pequeña avalancha de sombras cayó sobre la puerta metálica. Escuchó un insulto. ¡*Hijo de puta*! Ismael supo que estaba dedicado.

En ese momento, el instinto lo empujó a moverse.

La puerta del piso incendiado pareció reventar. Con desorden, los invasores brotaron hacia el exterior secundados por una columna de denso humo negro. Tosían, aullaban. Muchos reían. Cuando observaron lo que ocurría en la acera de enfrente se dispusieron a ayudar a los que estaban ocupados en reventar la persiana de la librería. Alguien acudió con un petardo. Se abrió paso entre las formas que aporreaban la persiana. Al entender sus intenciones le facilitaron el acceso a la cerradura.

Ismael, con la pistola en la mano, se encontraba al pie de la escalera cuando el petardo estalló. La cerradura reventó. Los cierres interiores saltaron y rompieron los cristales de la puerta. La persiana comenzó a subir. Corrió hacia la puerta del patio. A su espalda oyó la rotura de nuevos cristales. Salió al exterior. Se lanzó contra el muro que daba acceso a uno de los patios anexos al tiempo que acomodaba la pistola en la cinturilla del pantalón. Mientras escalaba, oyó cómo la puerta de la librería cedía. Se detuvo un segundo sobre el muro, de cara a la puerta. El reflejo del incendio en la acera de en frente provocaba que, desde el interior, un tumulto de sombras creciera a medida que sus propietarios corrían hacia el patio. No esperó para ver aparecer a nadie. Saltó a la vivienda contigua, rezando por que sus dueños no estuvieran en la casa en ese momento. Tuvo suerte y nadie le barró el paso. Mientras oía las voces en su propio patio, saltaba el siguiente muro que daba a una calle trasera sin detenerse a comprobar si estaba concurrida. La suerte lo acompañó. Estaba desierta. Se dirigió corriendo hacia la salida del pueblo.

Thierry observaba desde su terraza el resplandor de las llamas. Podía escuchar los golpes, los gritos, las explosiones y los cristales estallando. Se sentó en una de las sillas a medio lijar, y cerró los ojos. Hasta su nariz llegó el olor de la madera quemada. Lo asaltó un escalofrío. Se levantó con dificultad. Sentía que había envejecido quince años de golpe. Lanzó una última mirada al

resplandor del incendio antes de encerrarse en casa. Desde ahí no podía saber cuál era el foco. Podría ser la casa de Pilar, podría ser la librería… Qué más daba. Al día siguiente creía que habría mucha gente arrepentida por lo que estaba pasando esa noche. También estaba convencido de que muchas otras se sentirían satisfechas. ¡Oh, sí! Al día siguiente habría gente muy contenta. Estaba seguro.

Cerró la puerta de la terraza. Lo sorprendió lo mucho que reverberaban los ecos de esa especie de pogromo. Estudió la posibilidad de encender el televisor para acallar el estruendo. Pero dudaba que lograra enmudecer su conciencia.

Unos golpes en la puerta. Al abrirla vio dibujadas, contra la penumbra del rellano, las siluetas del *Rojo* y de Leire. Sin pronunciar palabra, la dejó abierta y volvió al salón, seguido por los otros dos.

—El último que cierre —indicó, notando subir la bilis por su garganta.

—Vaya fiesta que hay organizada ahí fuera —observó *el Rojo* sin pasión.

Thierry se sentó en el sillón pensando en la infinidad de ocasiones que Ismael había ocupado ese mismo sitio.

—Sí —aceptó—. La verdad es que tus amigos y tú os lo montáis muy bien a la hora de liar saraos.

—La experiencia que dan los años —concluyó *el Rojo* exhibiendo el mismo desinterés.

—¿Vienes con tu perrillo guardián? —señaló Thierry, aludiendo a la presencia de Leire. Ella lanzó un bufido, asqueada.

—No deberías hablar así de la persona que tanto te ha ayudado.

Thierry abrió la cajita de madera instalada sobre la mesilla. Pellizcó un pequeño montón de marihuana.

—En su momento ya te dije que esa *ayuda* fue decisión vuestra —dijo, mientras liaba el cigarro—. Yo nunca os la pedí. Y en todo caso, esa tía —añadió, con el cigarro encendido en la boca, señalando a Leire— siempre me ha dado escalofríos.

Te agradezco que me aclararas el porqué. Ahora que ya no tiene novio no tengo necesidad de verla rondando por mi casa.

Leire aguantó la acritud del francés con burlón estoicismo y en silencio. *El Rojo* se sentó en el sofá, junto a él.

—Discúlpame, no quería molestarte. Hemos venido a agradecerte tu intervención.

—Pues ya está. Me doy por agradecido. Ya le he dado la pistola y el plan marcha a las mil maravillas. Ahora si me disculpáis…

—No hay ninguna necesidad de ser sarcástico, Thierry.

—No soy sarcástico. Estoy un poco jodido, como comprenderás. Ismael es mi amigo.

—Me sabe muy mal que te sientas así. ¡Tienes que estar contento, coño! Eres un hombre de palabra y cuando te comprometes en algo, lo cumples.

—Y espero que aquí se acabe mi relación contigo —añadió desafiante, lanzando una bocanada de humo hacia la cara del *Rojo*—. Ahora os pido que salgáis de mi casa cagando hostias. Tú y tu amiga psicópata.

Leire abrió la boca por primera vez.

—Vámonos, *Rojo*. Lo que menos soporto en este mundo es un desagradecido.

Thierry la miró. Su imagen se difuminó al soltar el humo del cigarro hacia ella.

—Ya me dijo *el Rojo* lo que *hiciste* por mí. Sabía que habías salido con Blas, pero no que tuvieras algo que ver con el accidente en el que murió. Nunca me gustaste.

Esta puta intuición mía… ¿Te puso cachonda cargártelo?

Leire rio. Sus ojos brillaron al rememorar el *accidente* con Blas. Tenía cada instante grabado en la memoria. Blas, conduciendo sin llevar puesto el cinturón, ella poniéndoselo en plena marcha, el ligero clic al ajustarlo en su cierre, cómo se inclinó para besarle el cuello por última vez, cómo le arrancó el volante de las manos, el tremendo agujero en el parabrisas que provocó su cuerpo al salir despedido…

—Un poco sí —reconoció, divertida—. Pero tengo que admitir que hay otras cosas que me ponen más cachonda.

—*Va te faire foutre*!

—Bueno, basta ya. Callaos los dos —exigió *el Rojo*. Leire sonrió, se encogió de hombros y se apoyó con negligencia sobre la mesa del comedor, que emitió un leve gemido al sentir su peso.

—A veces hubiera deseado que Ismael nos escuchara esa vez en el bosque. Habría tenido una oportunidad —dijo Thierry.

—No lo creas —aseguró *el Rojo*—. Se habría buscado otra manera para que las cosas hubieran tenido un final parecido. Lo que está claro es que nos debías un favor. Blas te puso en una situación difícil. Tú lo podrías haber solucionado y no te interesó hacerlo. Blas la cagó al dejar que aquellos yonquis le robaran la heroína.

Eras su valedor. Deberías haber arreglado las cosas en su momento.

Thierry se vio a sí mismo, en el que fuera su último trabajo para el *Rojo*, más joven y un poco más desesperado, apuntando a la cabeza de Blas con su treinta y ocho, en la entrada de su casa, frente a la puerta del garaje. Incapaz de disparar, se contentó con darle una patada en la entrepierna y marcharse.

—Me puse en tus manos en su día.

—Somos amigos, Thierry. Nos hacemos favores. Te perdoné. El ser humano se equivoca. Todos podemos cometer el error de poner nuestras vidas en malas manos. En manos *torpes*. Por suerte, el idiota se hizo novio de Leire.

Leire sonrió, sentada sobre la mesa, balanceando las piernas en el aire, como una niña perversa.

—Tengo que reconocer —añadió *el Rojo*— que sus métodos no son muy corrientes. Pero no seré yo quien le diga a nadie cómo tiene que hacer su trabajo.

—¿Qué se siente al matar a quien te estás follando? —la inquirió Thierry, con una mueca.

Leire dejó de sonreír. Su mirada se ensombreció.

—Yo quería a Blas. Él me comprendía mejor que nadie. Y fue lo mejor que he tenido entre las piernas. No fue fácil.

—Aun así, no dudaste cuando llegó la hora.

—Me debo a la Organización. Formo parte de ella. El que no cumple las normas, tiene que pagarlo.

—Recuérdame que no te pida una cita en la vida.

Por toda respuesta, Leire le dedicó una sonrisa triste.

—¿Y qué te parece lo que le has hecho a Ismael? —siguió inquiriendo el francés.

—Con Ismael es diferente. Ni siquiera me lo he pasado demasiado bien con él.

Ya sabes —concretó, haciendo un movimiento circular con el dedo índice colocado en la sien—, era un chico un poco nervioso. Me da igual lo que le ocurra. Es una herramienta más para llegar a un fin. Como tú, como yo, como las niñas muertas… Como él —concluyó, señalando con la cabeza al *Rojo*, que parecía estar cansándose de tanta cháchara que no conducía a nada, como confirmó el que cortara con brusquedad la conversación.

—Bueno, vale ya —exigió a los dos. Después se volvió hacia Thierry—. Con el detalle de la pistola puedes considerar que tu deuda está saldada. Leire se ocupó de tu socio cuando tú no te atreviste a hacerlo, tú nos entregas a Ismael. La Organización agradece tus servicios.

Dicho esto, se levantó, indicando a Leire que bajara de la mesa. Thierry se levantó para cerrar la puerta una vez se hubieran marchado.

—Pero qué cojones… —*El Rojo* se volvió de nuevo. Extrajo una pistola con la que apuntó a Thierry—. Siempre he sentido una gran decepción por el hecho de que no tuvieras huevos para arreglar lo de Blas.

—Me extrañaba que no acabaras jugándomela.

—Tengo el permiso expreso de la Organización. No te quieren, Thierry…

—Es el sino de mi vida…

Thierry lanzó contra el rostro del *Rojo* lo poco que le quedaba del cigarrillo, provocando una distracción que aprovechó para caer sobre él. Al tiempo que cerraba sus enormes dedos en torno a su cuello, lo lanzó contra Leire haciéndola caer al suelo. Aplastó al *Rojo* contra la pared. Leire intentó ayudarlo. Thierry se la sacó de encima de un codazo. Volvió al suelo aturdida. Thierry descargó una lluvia de puñetazos sobre *el Rojo*, que había perdido la pistola. Lo tenía contra una esquina, encogido. Leire, recuperada a duras

penas, se aferró a una de sus piernas y clavó los dientes en su pantorrilla. Thierry se volvió, conteniendo un grito. Lanzó dos puntapiés a su cabeza. Leire quedó boca arriba, aturdida. La nariz le sangraba. *El Rojo* aprovechó para embestirlo. Thierry se volvió a tiempo para apresar con una mano su cuello. Con la otra estrujó un par de dedos del pelirrojo y los retorció. Un sonido de rotura arropado por un grito de dolor. *El Rojo* cayó hacia atrás, agarrándose los dedos destrozados. La uña del anular señalaba al meñique. El siguiente puñetazo de Thierry le rompió el pómulo. Después lo elevó y lo lanzó contra el suelo. La patada siguiente le rompió dos costillas. *El Rojo* se encogió. El próximo golpe lo mataría, estaba seguro, pero no recibió más golpes. Tras unos segundos, se atrevió a mirar. Thierry daba vueltas sobre sí mismo. Leire, agarrada a su camiseta como una garrapata, hendía un cuchillo en su costado. Una vez. Y otra. Y otra.

Y otra. Y otra. Logró asirla por el cabello y tiró de él. El cuchillo que sostenía resbaló. Thierry puso ambas manos en las sienes de Leire y trató de romperle el cuello, pero las cuchilladas habían afectado de gravedad uno de sus riñones. El dolor era insoportable. De las heridas manaba sangre como una fuente. *El Rojo* alcanzó el cuchillo y apretando los dientes, se lo clavó en la nuca. La hoja se abrió paso, cortando la lengua y el labio inferior del francés, asomando el filo por su boca, a pocos centímetros del rostro de Leire, que recibió un torrente de sangre y babas.

Thierry aflojó su presa, se desplomó sobre el suelo y ya no se volvió a mover. Leire quedó libre y corrió al fregadero de la cocina para lavarse la cara y escupir la sangre de Thierry que había tragado.

—Ayúdame a levantarme —le pidió, dolorido, *el Rojo*—. Este cabrón me ha roto algo.

Hizo lo que le pedía. Los dos salieron cojeando del piso, dejando atrás el cadáver de Thierry.

En la calle, esperaba un vehículo. El conductor salió para abrir la puerta que daba acceso al asiento del copiloto.

—¿Qué coño ha pasado?

—No preguntes —sugirió *el Rojo*. Se volvió hacia Leire—. Vuelve a tu casa. Dúchate y echa alcohol en las heridas. Después te vas a dormir. Gracias por venir. Te debo una. Esa bestia casi me mata.

Leire asintió. Se quedó observando cómo el pelirrojo accedía al interior del coche con dificultad.

—Vamos, vete. La fiesta de esta noche está a punto de acabar.

Leire vio cómo el coche arrancaba y se alejaba. Después, cojeando ligeramente y con un dolor de cabeza que duraría varios días, tomó el camino de su casa.

En el interior del coche, sumidos en la penumbra, el conductor miraba de reojo al copiloto. Estaba hecho un desastre.

—¿Qué te ha pasado?

—Coño, ¿pues no lo ves? Que estoy vivo de milagro.

—Joder, es duro ese francés.

—Lo era, lo era…

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora vamos a circular con tranquilidad por el pueblo a ver si nos encontramos a ese gilipollas. Tenemos que confirmar que todo se cumpla.

—¿Y luego?

—Luego nos vamos adonde nos esperan para pasarnos al Continente y supongo que estaremos un tiempo sin vernos.

—¿Y eso?

—Tienen que curarme estas heridas. Solo espero que donde me lleven no pongan en el hilo musical a todas horas al puto Julio Iglesias.

ROMPIENDO EL CERCO

¿Qué estoy haciendo? —pensaba Ismael—. *¿Alejarme del pueblo? ¿De qué sirve? Lo que tengo que hacer es largarme de esta isla. ¿Estarán buscándome? ¿Qué hora debe de ser? ¿Las once, las doce? Mucha noche por delante. Es posible que, si me buscan tarde o temprano dejen de hacerlo. Puede que se cansen. De todas maneras ya han conseguido lo que querían. ¿Me harían a mí lo que le han hecho a Rafael y a su madre?*

Tal vez podría esconderme. Pero si me escondo, ¿no sería como admitir que soy culpable de algo?

¿Qué opciones me quedan?, ¿acudir a la Policía? Quizá puedo pedir que me encierren en una celda. Encerrado, ¿estaré más seguro? ¿Puedo fiarme de la Policía? Creo que no. Has visto lo que han hecho. ¡Se han largado cuando han asaltado la casa!

Nunca han tenido intención de detener esa locura y ahora hay dos personas muertas.

¿Qué te hace pensar que van a protegerte?

Entonces ¿qué hago? ¡Piensa, piensa! ¿Pedro podría ayudarte? Tampoco. Tiene parte de culpa de todo lo que ha pasado.

Puede que Thierry me echara un cable. ¿Estaría dispuesto a hacerlo? Y si me prestara su ayuda, ¿no acabaría teniendo problemas? Es mejor que lo deje en paz. Ya ha hecho bastante prestándome la pistola. Aunque llegado el momento no sé si me atrevería a usarla. ¡Coño, ni siquiera sé si la sabría usar!

Desde aquí puedo ver el resplandor del incendio. No estoy muy lejos. Si llegara al Camino de los Acantilados, desde allí podría bordear el pueblo y llegar hasta la playa. Allí hay barcas. Podría hacerme con una. El mar es la única salida.

Lo que está claro es que no puedo quedarme toda la vida en este bosque. Tengo que salir de aquí.

No sé ni dónde estoy. He corrido a ciegas. No tengo maldita la idea de dónde está el Camino de los Acantilados. Otra opción podría ser la de bordear el pueblo sin perder de vista el resplandor del incendio. Me puedo guiar por él.

No puedo estar parado. Tengo que moverme.

Ese ruido… ¿Se acerca alguien? No veo nada. Ni lo que tengo delante de las

narices.

Alarmado, se aproximó a una sombra que tenía a su izquierda. Un arbusto lo suficiente denso como para ocultarse. Procurando no hacer ruido, se agachó y aguzó el oído. La vista no le servía de nada en aquella espesa negrura. Le pareció ver movimiento frente a él. Se encogió más aún. En sus oídos podía escuchar cómo su corazón bombeaba la sangre. Fum, fum, fum. Trató de ignorar, con poco éxito, la percusión.

Creo que hay alguien. Alzó la cabeza lo justo para poder observar sin ser visto. El zumbido de la sangre disimulaba cualquier otro sonido. Lo que había escuchado podía venir de su espalda, de sus costados… Podía estar expuesto sin saberlo; tan espesa era la oscuridad. Estuvo en cuclillas varios minutos. Le dolían las rodillas.

Notaba las piernas entumecidas.

Se convenció de que lo que había oído era producto de su imaginación. Volvió a mirar el resplandor del incendio que iluminaba el cielo como una aurora boreal.

Hizo un plano mental del pueblo y con esa referencia emprendió lo que imaginaba que sería la ruta correcta hacia el Camino de los Acantilados. *Si mantengo el resplandor del incendio a mi derecha creo que podré encontrarlo*. Caminó sin convicción alguna. Sin una fuente de luz le resultaba difícil. Tropezó varias veces con las ramas que surgían de la tierra y estuvo a punto de caer en más de una ocasión. No pudo salvar un pequeño tronco que emergía a través de una alfombra de hojas muertas. Vio las estrellas cuando su tibia chocó contra él. Intentar no perder de vista el punto de referencia del resplandor anaranjado que iluminaba el cielo influía en la inseguridad y pesadez de su avance. Topó de frente contra un muro de maleza imposible de atravesar. Estudió el terreno. La oscuridad que lo envolvía lo agotaba. La maleza lo cercaba cada vez más. No veía nada.

Observó, resignado, el fulgor del incendio. La única opción era dirigirse de nuevo a la zona habitada. Si seguía caminando por el bosque corría el riesgo de perderse o que la mañana lo sorprendiera a mitad de camino. El riesgo era enorme.

Tanto, que el vértigo le hizo caer. Tal vez podría esperar a que clareara. Llevó su mano hacia la empuñadura de la pistola que sobresalía de la cinturilla del pantalón. Su frío tacto lo serenó un poco. Una nueva salva de petardos lo arrancó de aquel momento de seguridad. *Parece que la fiesta continúa*, pensó.

Saber que se dirigía directo a la boca del lobo le provocó temblores en todo el cuerpo. Apoyó una mano en el tronco que tenía a su lado. Calambres en el estómago. Un sabor acre en la garganta. El sabor del miedo. Lo conocía bien. Sintió el tufillo ascender a su nariz. Podía oler el miedo, expulsado por sus poros. Agradeció estar rodeado de árboles y hojas húmedas. Su aroma

disimularía el olor. Estaba seguro de que era un hedor rastreable. Se imaginó caminando por el bosque arrojando a su paso una espesa estela verde, como en una viñeta de tebeo. La imagen le resultó graciosa, pero triste. Muy triste.

Se apoyó contra un tronco caído, con la pistola en su regazo. Sabía lo que tenía que hacer, pero estaba paralizado.

Media hora después, los sonidos que llegaban de la zona habitada parecieron amortiguarse. Tenía que huir. Al menos, intentarlo. *Ismael, échale cojones* —se animó—, *no puedes quedarte aquí toda la vida*».

Se levantó. Sus articulaciones se quejaron. Volvió a colocar la pistola en la cintura, demorando soltar la empuñadura unos segundos. Cerró los ojos y aspiró el aire nocturno. Sus pulmones se llenaron con el sabor de la ceniza. Resignado, retomó el rumbo y orientó sus pasos hacia el pueblo. Hacia el mar.

Minutos después ya se encontraba muy próximo a la alameda. Dedicó una mirada al banco donde solía sentarse con Rafael. Le parecía que había pasado mucho tiempo cuando solo hacía unos días de su última charla. Ayudado por la oscuridad y oculto entre la arboleda que lindaba con la alameda, observó el paseo. Estaba desierto, como noches atrás. Desde allí estudió las calles y bifurcaciones más apropiadas para llegar a la playa. Reflexionó unos instantes. *¿Qué camino es el más rápido para llegar a la playa? ¿Qué calle estará más vacía*?

Oyó un estruendoso coro de voces. Su eco llegaba desde el este. Decidió que tomaría la dirección contraria. Oyó más voces a su espalda. Se abrían paso a través de la maleza. Muy cerca de donde había estado. Se convenció, con alivio, de que su idea de volver al pueblo había sido la más acertada. Si no iban bien pertrechados en esos momentos —aunque lo dudaba—, se encontrarían tan confusos en la oscuridad como lo había estado él. Una oleada de optimismo lo invadió. Tal vez el grueso de los rastreadores se encontraba en esos momentos sumergido en la espesura del bosque. Puede que no sospecharan que había decidido internarse de nuevo en el pueblo porque ¿a quién se le ocurriría hacerlo?

Con cautela se abrió paso parapetado tras los árboles de la alameda y cruzó el paseo. Se encontraba en terreno abierto. Vulnerable. Algunas farolas emitían una luz tenue. Esquivó las que arrojaban un fulgor más intenso. Hubiera dado lo que fuera por tener varias piedras entre las manos para lanzarlas contra los faroles.

Como si alguien lo hubiera escuchado y para su sorpresa las luces del paseo se apagaron. Buena parte del pueblo se quedó a oscuras.

Llegó a una de las calles transversales que conducían al paseo marítimo. Se asomó desde la esquina. Intuyó un grupo de cinco o seis figuras que caminaban en silencio por otra calle perpendicular a donde se encontraba. Portaban escopetas. Pudo ver su perfil recortado contra la oscuridad. Un estremecimiento escaló su columna. Esperó que pasaran de largo. Cuando el grupo desapareció de su campo visual, retomó el paso, pegado a las paredes de las casas. Al llegar a la siguiente esquina se asomó, oteando el camino que habían seguido. La oscuridad convertía las figuras en sombras. Aun así, pudo ver que su paso era alegre. ¿Qué estaba pasando en ese sitio? Dos personas habían sido asesinadas y sus muertes parecían formar parte del programa de fiestas.

Se arriesgó a continuar y siguió calle abajo. Llegó a la siguiente esquina sin perder detalle de la dirección que había tomado el grupo de sombras armadas. El sonido de las olas se hizo audible. La próxima calle daba al paseo marítimo. Después, la playa, con su ejército de barcas esperando ser liberadas.

La urgencia que sentía por salir de ese coto de caza obligó a sus piernas a moverse con premura. Las barcas, ancladas en la arena, tan cerca del mar, tan cerca de la libertad, se convirtieron en un objetivo imperioso.

Estuvo a punto de ser sorprendido por un trío de sombras que caminaban por el paseo. Apenas unos segundos y habrían chocado al confluir en la esquina. Al verlas materializarse, se detuvo en seco, dio tres pasos atrás y se guareció bajo el hueco de un portal. Una vez más, había tenido suerte. La oscuridad solapó su presencia. Las tres figuras pasaron de largo, desapareciendo en la siguiente manzana.

Salió de su escondite, conminándose a ser más prudente. Por fin, su huida desembocó en el paseo marítimo. Al fondo, lo esperaba otro telón de oscuridad. El mar de noche siempre le había dado respeto, pero ahora anhelaba sumergirse en él. Desde su posición, podía ver las barcas asentadas en la arena. Para alcanzarlas tenía que atravesar el paseo marítimo que era una de las pocas zonas que había conservado la iluminación. Miró a un lado y a otro. Todo desierto. Pero de las calles que accedían a él podría aparecer cualquiera de repente.

Se obligó a abandonar las dudas que lo único que conseguían era demorarlo más de lo debido. A esas alturas no podía permitirse ese lujo.

Corrió, lanzando esporádicas miradas a su espalda. Llegó al pequeño muro que separaba el paseo de la playa y lo salvó. Cayó sobre la arena. Asomó la cabeza tras el muro y barrió el paseo con la mirada. Ni un alma. Había conseguido cruzar sin ser visto. Se giró. Apiñadas y en fila había una veintena de barcas. Una de ellas lo sacaría de la isla. El hecho de ser una noche sin luna le dio esperanzas. Corrió, encorvado y lo más rápido que pudo, hacia los botes, sin sospechar que ahora…

FINAL

… *el Rojo* cae en la cuenta de que no han buscado en la playa. Considera improbable que Ismael esté tan cerca del pueblo, pero todo es posible… Le pide a su acompañante que se dirija hacia el paseo marítimo. No están demasiado lejos.

Por el camino encuentran varios grupos *organizados*. Buscan a Ismael en la oscuridad. Parecen pollos sin cabeza. Apenas se fijan en los ocupantes del vehículo y si alguno reconoce al *Rojo*, no lo demuestra. O no le importa.

Al doblar una calle se topan con otro grupo. Leire está con ellos y se acerca a la ventanilla del copiloto. Se ha recuperado bastante bien de la cojera. *El Rojo* baja la ventanilla.

—Desde luego… cómo te gustan los follones —le dice, con un ligerísimo tono de admiración. Los acompañantes de Leire la han dejado atrás. Una jauría en busca de carnaza. Leire los mira alejarse. En sus ojos, un brillo de desprecio.

—Me he encontrado con estos cafres. Son muy aburridos.

—Y supongo que a ninguno de ellos se le ha ocurrido mirar en la playa —observa *el Rojo*. Un latigazo en las costillas lo obliga a reclinarse un poco sobre el asiento. Leire se encoge de hombros.

—No creo que Ismael esté en la playa. ¿Qué haría ahí? ¿Salir de la isla nadando? No es un atleta precisamente —dice.

—Puede coger una barca.

Leire medita esa posibilidad.

—Tampoco lo imagino como patrón de barco —concluye.

—Sube al coche, anda. Ya que en lo último que piensas es en dormir, acompáñanos hasta la playa.

Leire sube al asiento trasero y el coche arranca.

—¿De quién ha sido la brillante idea del apagón? —pregunta *el Rojo*.

—Ni idea —contesta Leire.

—¡Pues menudo genio!

Dos minutos después circulan por el desierto paseo marítimo. Por algún motivo, el apagón no ha afectado a sus farolas. En algún lugar, un perro ladra.

Cuando llegan a la altura de la hilera de barcas, se detienen frente a ellas. Los tres otean la arena. Es Leire la que descubre la cabeza de Ismael asomando por el lateral de una de las embarcaciones.

—Pues tenías razón. Ahí está.

—¿Dónde? —pregunta el conductor.

—La quinta barca empezando por la izquierda. ¿Veis aquel bulto en el suelo? Es su cabeza.

El Rojo se incorpora como puede sobre el asiento. Tras unos segundos en que trata de afinar la vista ve con claridad cómo un bulto oscuro aparece y desaparece, ocultándose tras la barca. Los tres ocupantes del coche se miran entre sí. Después, al unísono, estallan en una carcajada.

—Bueno —le dice *el Rojo* al conductor, limpiándose las lágrimas con la palma de las manos—, vamos a tener que llevarnos una barquita al Continente. Este Ismael… Desde luego, nos ha sido muy útil. Me ha encantado trabajar con él.

El conductor asiente sin dejar de reír. Después *el Rojo* se vuelve hacia Leire con una mueca de dolor.

—Te llevamos hasta el grupo más próximo y te dejamos allí. Di a todos que está en la playa.

Ella asiente, obediente, y sin poder contenerse le estampa un beso en los labios que *el Rojo* recibe sin inmutarse.

—¡Me encantan esos ojos negros tan raros que tienes, *Rojo*!

—Lo sé, me lo dices siempre.

Después el coche arranca y continúa su camino, tomando la rotonda que lo devuelve a las entrañas del pueblo.

Un rugido les indica que se acercan a una zona concurrida. El coche se detiene para permitir que Leire se apeé.

—Recupérate, *Rojo*, ya nos veremos —se despide. *El Rojo* le lanza un beso con la mano y el coche arranca.

Leire dobla una esquina. La calle está llena. Hay varios grupos que han vuelto del rastreo con las manos vacías y la frustración se refleja en sus rostros. Nadie ha notado su llegada. Toma aire, sonríe y grita; «*¡Está en la playa! ¡ESTÁ EN LA PLAYA*!».

En un instante, el avistamiento del *librero* corre de boca en boca provocando que una imparable riada asole las calles en dirección a la playa.

Ya lo han visto. Trata de empujar una barca hasta el agua. Está a punto de conseguirlo. Pero todavía no lo ha logrado. Ni lo logrará. No tienen prisa por alcanzarlo hasta que casi están sobre él. Inundan el paseo en silencio, como si se tratara de un juego. Después, cientos de voces se alzan al unísono.

Ismael se vuelve, solo para comprobar que nunca logrará huir. Los ojos se

le humedecen. En lo que es un último intento por defenderse extrae la pistola de la cinturilla del pantalón, pero no se atreve a disparar a ninguna de las máscaras que se acercan, que se le echan encima. Dirige la boca del cañón a su sien y su dedo se tensa. El gatillo no se mueve. ¡El seguro! ¡El maldito seguro!

Lo agarran, lo golpean. Nota cómo pierde la pistola. Le hacen caer. Desde el suelo puede ver a sus agresores como deudos asomándose al interior de su tumba. Ve a Leire, que sonríe, entre la multitud.

Antes de caer desmayado por un golpe de remo, cree ver a Lucas. Con un gesto de su mano le pide paciencia, no queda mucho para que todo acabe.

ISLA ENCANTA

Ismael despierta al caer al agua. Está fría y el contacto repentino le corta la respiración. Ve la barca a motor alejarse. Mira a su alrededor. No hay evidencia de tierra por parte alguna. Como una peonza enloquecida gira sobre sí mismo solo para ver mar. Mar, mar, mar… Mar por todas partes. Dirige una última mirada a la barca.

Ninguno de los tripulantes vuelve la cabeza. Se siente una basura más de las tantas que flotan en el mar. Grita pidiendo que vuelvan. Suplica que, por favor, no lo dejen allí. El agua se cuela por su boca abierta y por su nariz, traga agua y se atraganta. Mira hacia abajo. Más allá de sus pies, solo oscuridad. Se encuentra en mar abierto. Lo han dejado allí. Solo. Respira con dificultad. Trata de serenarse. No lo consigue. Ya no distingue la barca. Se impulsa y trata de atisbar el horizonte. Ni rastro de tierra. Intenta nadar. Sus brazadas son frenéticas y a los pocos segundos está agotado. Se desorienta. Ya no sabe qué dirección ha tomado la barca. El miedo a morir ahogado lo acomete. Rompe a llorar y lo hace como un niño desconsolado. Vuelve a tragar agua cuando una pequeña ola golpea su cara. Le duele la cabeza como si un tropel de caballos hubiera pasado sobre ella. Cierra los ojos.

Intenta relajarse. *Las cosas están como están*, se dice . *Ahora debes tratar de salir de aquí. Tal vez pase un barco o un helicóptero. Salvamento marítimo… qué sé yo*. Estos pensamientos reiterados consiguen tranquilizarlo. Al poco tiempo empieza a moverse. Se pregunta cuál es la dirección que debe tomar. Y el mero hecho de no saberlo está a punto de hacerle perder el control de nuevo. Vuelve a concentrarse, ver las cosas en perspectiva. Se dice que puede aguantar varios días así. El tiempo suficiente para que alguien lo encuentre. Pero en su fuero interno sabe que no es cierto. Que así no aguantará ni un puto día. Trata de sobreponerse a esos pensamientos negativos. *Pero ¡qué cuernos!* —se dice—. *¿Hay algo positivo en esta puta situación? Sí* —se responde—. *Aún estás vivo. Y aquí solo, lejos de todo el mundo nadie te puede hacer daño*. La evidencia le hace sentir mejor. Y se regaña con severidad por ver siempre las cosas tan negras. Ahora depende de sí mismo. *De la fuerza interior que todos tenemos dentro*, reconoce. Pero le asalta la certeza de estar esgrimiendo frases de manual de

autoayuda, vacías de contenido, de esos putos libros que siempre se había negado a vender en su librería. Siente que de nuevo llega la desesperación. Esta vez ataca en oleadas. Y se impulsa y salta y da manotazos sobre el agua y grita y maldice a Leire por haberlo engañado y a Rafael por su maldita existencia y a Pilar por pedirle ayuda para encontrar a su puto retoño que ojalá se esté pudriendo ahora mismo en el mismísimo infierno ojalá se pudran todos todostodostodostodostodostodos…

El ataque desaparece tan rápido como ha llegado. Vuelve a mirar a sus pies. Bajo él reina la noche y no puede dejar de reír al darse cuenta de las frases tan novelescas, vulgares y baratas que a veces se le ocurren. Y se ríe se ríe se ríe se ríe hasta que acaba hipando. Y así van pasando los minutos, y los minutos se convierten en horas y siente el acecho de la sed y tiene la tentación de beberse toda el agua que lo rodea.

Ha perdido la noción del tiempo cuando siente que algo le roza las piernas. Se asusta y patalea y se dice que debe dejar de hacerlo porque no sabe si esa actitud puede atraer algún depredador y le suena que sí pero no puede acordarse de cuando era niño y estrenaron *Tiburón* en el cine y su padre lo llevó a verla y luego estuvo una buena temporada obsesionado con los tiburones y le suena que sí que un pataleo puede atraer a esos peces y maldice su suerte y vuelve a llorar pero eso lo cansa y se queda inmóvil cuando vuelve a sentir un roce y dirige sus ojos hacia abajo sin mover la cabeza porque eso puede ser un error fatal, pasa un rato y no vuelve a sentir nada y parece que a su alrededor no hay nada y seguro que se lo ha imaginado porque nunca ha escuchado que en esos mares hubiera tiburones pero coño, claro, eso es en la playa pero ahora está en mar abierto y quién dice que no puede haber tiburones, a veces sale una noticia en los periódicos que han visto alguno rondando por la playa o incluso varado y comido por los peces como me van a comer a mí como me van a comer a mí como me van a comer a mí que voy a morir aquí me moriré aquí sin que nadie se dé cuenta solo y ahogado y comido por los peces. Debe llegar a tierra de alguna manera y da pequeñas brazadas, pero sin ningún punto de referencia tiene la impresión de que no se mueve. Vuelve a notar un roce. De nuevo se detiene. Haciendo acopio de valor, hunde la cabeza para tratar de ver lo que pueda rondar bajo la superficie. Más allá de sus pies solo existe la oscuridad. Y esa es la mayor certeza de la que ahora mismo dispone. Mientras trata de atisbar más allá de sus miembros imagina al Kraken ascendiendo. Dirigiéndose hacia él como un torpedo, con la boca abierta y los tentáculos dispuestos.

Pero no logra ver nada. Sabe que su imaginación puede ser peor que la realidad, así que saca la cabeza del agua y vuelve a mirar al horizonte y se queda quieto, mirando en círculos, pero solo hay mar. Mar por todas partes. Cierra los ojos, llena sus pulmones con una generosa bocanada de aire. Así durante varios minutos que aprovecha para intentar ordenar sus pensamientos.

Después vuelve a dar pequeñas brazadas. Ahora nada como un perrito porque le parece más cómodo y menos extenuante y de tanto en cuando se detiene con el objetivo de no agotarse, de recuperar fuerzas. Alza la mirada y observa una gaviota en el cielo e intenta recordar algo que leyó sobre las gaviotas cuando sobrevuelan mar abierto y cae en la cuenta de que eso quiere decir que la tierra no está lejos y se anima de nuevo pero no sabe si la gaviota va o viene y duda de nuevo de la dirección que debe tomar hasta que, al fin se decide y sigue al animal tratando de no perderlo de vista y sonríe aunque al hacerlo traga varios litros de agua porque tiene la impresión de que está siguiendo la dirección correcta porque el pájaro planea sobre el cielo con decisión así que debe tener un objetivo claro y se imagina llegando a su cala preferida agotado pero vivo y está convencido de que saldrá de esta y que su destino no es morir en mar abierto menudo final idiota sería triste acabar así y renueva sus esfuerzos y mueve los brazos con brío renovado pero tiene que descansar de vez en cuando y cuando lo hace sigue mirando el vuelo de la gaviota que ahora hace un giro y cae en picado sobre el mar y planea y ameriza y eso lo alegra porque parece que el animal lo está esperando, nada poco a poco hacia el pájaro que ahora está flotando sobre la superficie y lo mira como esperándolo y le agradece la deferencia que está teniendo con él y cada vez está más cerca de la gaviota que gira el cuello y aseguraría que lo observa con interés mientras se dirige a su encuentro…

La gaviota ve al hombre acercarse. Se pregunta qué hace aquí, tan lejos de la costa y certifica que es él. ¡*Él*!, su enemigo acérrimo que tiene la osadía de acosarla de nuevo. Su orgullo le impide alzar el vuelo. Si el destino de ambos es enfrentarse en una lucha a muerte, que así sea. Así que lo espera mientras se aproxima. Es lento. Le dará tiempo a planear su estrategia. Las aletas del hombre son largas, pero en el agua, casi inútiles. El hombre se detiene y la mira. La gaviota nota la intensidad de esa mirada y por un momento siente un cosquilleo de inquietud en el estómago. Está segura de que también planea su estrategia, claro. Aprovecha ese momento para realizar su acostumbrada maniobra de disuasión, porque ahora no está segura del todo de querer enfrentarse a él. Así que decide impulsar su cuerpo sobre el agua para que el hombre vea su poderoso pecho y extiende sus alas y las mueve de adelante a atrás para mostrar su impresionante envergadura. Tal vez eso sirva para que su enemigo se plantee la conveniencia de llevar a cabo una acción suicida. Entonces siente una vibración bajo el agua y alza el vuelo, asustada. Sabe de sobras lo que significa esa onda que ha notado ascender bajo ella. Mientras se eleva contempla las siluetas que se dibujan con intermitencia en la superficie, subiendo y bajando. Haciéndose visibles para luego desaparecer, tragadas por la oscuridad del fondo. Mientras está en el aire puede ver cómo el hombre

nada en dirección a ellas. Mar adentro. ¡Menudo idiota!

Decide volver a tierra y olvidarse de una vez de la rivalidad que la une a su oponente. Está convencida de que está perdido y que nunca lo volverá a ver. Antes de perderlo de vista, ya lo ha olvidado. Por tanto, deshace el camino con la convicción de que en aguas menos profundas se corren menos riesgos.

Ismael ve a la gaviota alzarse de nuevo y emprender el camino contrario al que estaba siguiendo. Confuso, la sigue con la mirada hasta que desaparece por donde ha venido. Mira a derecha e izquierda, dudando del sentido que debe tomar. Vuelve a girarse. Ha perdido de vista al animal. Convencido de que ha asustado al pájaro y que este vuela hacia mar abierto decide mantener el mismo rumbo, ignorante de que sigue una ruta equivocada, ignorante de las sombras que lo acechan, volando bajo el agua, ascendiendo en círculos, oliendo el miedo…

La gaviota alcanza en pocos minutos la cala desierta. Como una flecha atraviesa un agujero que perfora la cumbre de uno de los islotes que emergen del mar. Se siente viva y grazna orgullosa con todas sus fuerzas. Supera la cala desierta y blanca y continúa su vuelo hacia el pueblo que ya vislumbra en el horizonte. Sobrevuela chamizos y casetas abandonadas. Roza con la punta de sus alas las ramas de los árboles, cubiertos con un manto ocre, y un alarmado coro de trinos se eleva en el bosque a su paso. Sube, sube, se eleva y cae en barrena, jugando con el viento. Remonta el vuelo y llega al pueblo. Anuncia su llegada con un cloqueo orgulloso y observa las casas blancas bajo sus alas. Rompe con un vuelo rasante el humo que brota sin fuerza de una de ellas. Se dirige hacia la torre del campanario, lo envuelve en espiral ascendente y se posa sobre el chapitel. A sus pies se extiende, sumiso, el pueblo. Vuelve a graznar y se eleva, se eleva. Se eleva sobre la roca anclada con firmeza en el mar.

RECORTES DE PRENSA

MASACRE EN ISLA ENCANTA

Isla Encanta es un paraíso natural cuya población ronda en la actualidad los tres mil habitantes. Estos días ha vuelto a ser noticia, dos décadas después de los sucesos que la hicieron famosa.

El único pueblo de la Isla, Cerro Negro, se encuentra en estado de *shock* tras la desaparición de dos jóvenes, coincidiendo con el inicio de las fiestas patronales. Y la aparición del cadáver de una de ellas no ha ayudado a la mejora del ánimo colectivo.

El cadáver de Silvia Rico Martínez fue hallado, tras varios días de búsqueda, abandonado en una esclusa provocada por la lluvia en una zona boscosa de la Isla. El paradero de la otra desaparecida, Amalia Báez Ruiz, sigue sin conocerse en el momento de redactar estas líneas y cada día que pasa se reducen las esperanzas de lograr encontrarla.

La desaparición de las niñas ha creado un profundo malestar en esta bella localidad, incrementado por la sensación de *déjà vu*. En 1973, tres niñas ya fueron secuestradas, violadas, torturadas y, dos de ellas, asesinadas. Sus cadáveres se encontraron sepultados de forma chapucera, una torpeza que facilitó de forma notable su hallazgo. Una de las jóvenes sobrevivió y denunció a un vecino, Rafael Criado Sánchez, como autor material de los hechos. Criado Sánchez fue condenado a la pena de setenta y cinco años de prisión, de los cuales acabó cumpliendo un cuarto de condena. En los últimos años Rafael sostenía que era inocente de todos los cargos que le habían imputado. Al finalizar su pena volvió a Cerro Negro, a la casa de su madre, Pilar Sánchez Alcalde, a pesar de las múltiples protestas de los vecinos por su puesta en libertad.

El 16 de septiembre Silvia y Amalia desaparecieron sin dejar rastro. Todo el pueblo se volcó en su búsqueda. Por desgracia, tres días después se encontró el cadáver de Silvia y, a pesar de iniciarse una ardua investigación con el objetivo de encontrar al culpable, la animadversión y la sospecha, poco a poco, fueron en aumento.

La violencia estalló hace dos días y Cerro Negro, que en las horas previas era un polvorín, acabó transformándose en un auténtico infierno.

Según ha podido averiguar este diario, los vecinos acusaban a la familia Criado Sánchez en pleno de ser los responsables intelectuales y materiales del crimen de Silvia y de la desaparición de Amalia. A las sospechas de los vecinos ayudó la repentina desaparición de Adrián Criado Sánchez, hijo y hermano de los sospechosos, poco antes de la desaparición de las niñas. Se cree que podría ser conocedor del crimen o haber participado en él. Hasta hoy se encuentra en paradero desconocido y en busca y captura.

Así mismo parece que la conspiración se extendía a Thierry Moreau, ciudadano francés residente en el pueblo y dueño de una larga lista de antecedentes por robo y venta de estupefacientes.

En una noche de locura irracional, hace dos días, los vecinos salieron a la calle exigiendo una vez más que se tomaran medidas ante los que creía culpables. Pero al parecer, todo se les fue de las manos y los sospechosos, Rafael Criado Sánchez, Pilar Sánchez Alcalde y Thierry Moreau, fueron linchados y asesinados por la multitud. El cuerpo policial residente en la isla ha pedido ayuda externa, que llegó al día siguiente pero, tal y como reconoce el comisario Ángel Carracedo, «**la investigación va a resultar difícil si no imposible porque ¿quién es el culpable? En todo el pueblo parece haber un pacto de silencio, ¿los encarcelamos a todos?**». Por su parte, el alcalde de la localidad, Pedro Arenas Bru, se compromete a ayudar en todo lo que pueda para encontrar a los culpables. «**No podemos tolerar que se bloqueé el buen hacer de la justicia. Lo que ha ocurrido es intolerable, aunque entendamos el sentimiento de nuestros vecinos e incluso lo compartamos. La comunidad está herida, es difícil entender de qué manera si no se vive aquí. Nos han arrancado de las manos a dos hijas del pueblo. Dos seres que eran muy queridos por todos nosotros. Cerro Negro es una comunidad pequeña. Todos nos conocemos y lo que ha ocurrido ha sido un mazazo. Comprendo que eso no es motivo para tomarse la justicia por su mano, pero hemos convivido con un violador y un asesino y era duro saber que estaba entre nosotros. Solo espero que sus supuestos cómplices sean encontrados y juzgados con todas las garantías del Estado de Derecho. Aunque espero que nunca se olvide que las víctimas también tienen derechos, cosa que suele ocurrir. Por parte del consistorio nos ponemos en manos de las autoridades para tratar de esclarecer los hechos**». Los cómplices a los que alude Arenas Bru son Adrián Criado Sánchez e Ismael Pérez Iglesias. Como hemos dicho, del primero se perdió el rastro las horas previas a la desaparición de las niñas. En lo que concierne a Pérez Iglesias se ha encontrado una pistola con sus huellas que coincide con el calibre de la bala que sirvió para acabar con la vida de Silvia Rico Martínez. Así mismo en un registro posterior de la librería que regentaba se encontró en una pequeña caja fuerte un pendiente que los padres de la fallecida han identificado ser de su propiedad. Se cree que Pérez Iglesias logró hacerse con una barca y escapó de la isla al poco de comenzar los

disturbios, como demuestra el hallazgo de una embarcación abandonada en uno de los muelles de la continental ciudad de Aguas Dulces.

LA ANTESALA DE LA RIQUEZA

Hace apenas siete meses, Isla Encanta y el pueblo que la habita, Cerro Negro, fueron noticia por uno de los hechos más oscuros y desconcertantes de nuestra reciente historia criminal. A la espera de que el suceso sea resuelto, esta misma semana comenzarán las obras de lo que se espera sea el mayor Resort de Europa. Un brillante complejo de hoteles, apartamentos, casinos y campos de golf promovidos por una entidad privada que hace un tiempo puso sus ojos en esta isla de brillante arena blanca y aroma mediterráneo.

Y es que Cerro Negro ha decidido lamer sus heridas y caminar hacia adelante dando cobijo a una infraestructura que promete trabajo y riqueza a la mayor parte de sus habitantes.

Sin duda, en gran medida, el mérito de este logro se lo lleva el joven y brillante consistorio de quien el alcalde Pedro Arenas Bru se erige como cabeza visible. «*Lo hemos pasado muy mal con todo el asunto de las niñas y es el momento de pasar página* —ha dicho Arenas Bru—. *Pero pasar página no significa que olvidemos*.

Nunca lo haremos. Lo que me gustaría es saber que las niñas pueden ver, allá donde se encuentren, lo que se está haciendo en esta isla. Y que sepan que es un gran paso adelante y un pequeño homenaje a ellas. Isla Encanta y Cerro Negro se convirtieron en sinónimos de muerte y desolación. Queremos acabar con esta imagen. Queremos que nuestra comunidad erija un monumento a la alegría, a las ganas de vivir. Creo que es el mejor homenaje que podemos conceder a las víctimas. Seguro que allá donde estén, sonríen y nos dan su bendición. Se lo debemos».

AGRADECIMIENTOS

Escribí esta novela entre los meses de mayo y diciembre de 2020, en pleno Estado de Alarma por la pandemia de Covid19. Como soy el dueño de una perra —Ziggy, que en estos momentos se encuentra vivita y coleando a mis pies—, pude disfrutar de largos paseos con ella cuando la mayoría de mis vecinos se encontraban encerrados en sus casas. Creo que el sonido de mis pasos por las calles desiertas disparó mi imaginación, que llevaba alrededor de veinte años dormida.

A la hora de los monstruos se inspira en un crimen real muy conocido y en las teorías de la conspiración que proliferan en torno a él auspiciadas desde las redes, pero no es el tema principal de la novela.

Vivimos tiempos extraños. Tiempos inciertos, polarizados, paranoicos, engañosos… Y una pandemia mundial no va a ayudar a que mejoren, me temo. Creo que la novela habla de estos tiempos, aunque esté ambientada a finales de los años 90 del siglo pasado.

Me hizo gracia ver las imágenes del asalto al Capitolio en Washington por parte de los esbirros del inefable Donald Trump, un personaje que nos debería hacer reflexionar. Pensé que habrían servido para promocionar la novela si mi inseguridad no hubiera dilatado en el tiempo su publicación.

No hay nada peor que una masa manipulada. Bueno, sí…, que la masa se deje manipular.

Debemos tener cuidado.

Como no es mi intención hacer un análisis político ni social, pasaré a las explicaciones y los agradecimientos sin más dilación.

Primero las explicaciones y luego los agradecimientos.

Cuando empecé a escribir la novela, en un ataque de pedantería, quise que sus páginas rebosaran referencias literarias a diestro y siniestro. No lo conseguí.

En todo caso, a medida que avanzaba su construcción me di cuenta de que son numerosas las referencias cinematográficas. Así, esta novela no existiría sin

la consciente inspiración de *La invasión de los ladrones de cuerpos* —en cualquiera de sus versiones, aunque mi preferida es la del año 1978—, *La jauría humana, El quimérico inquilino* o, incluso, *Lunas de hiel*.

Gracias a Don Siegel, Phillip Kaufman y Abel Ferrara por sus versiones de los *Ladrones de cuerpos*.

Gracias a Arthur Penn por avisarnos de los peligros de una masa oligofrénica en *La jauría humana*.

Gracias a Roman Polanski por perturbarme en tantas ocasiones.

Gracias a David Lynch. Creo que *Lucas* no existiría sin *el hombre de la cámara* de *Carretera Perdida*, y Silvia sin Laura Palmer, tampoco.

Gracias a Donald Sutherland, porque me apetece dárselas.

Gracias a Peter Weir y Jim Carrey por las veces que me han hecho llorar con su *Show de Truman*.

Gracias a Pixies por ayudarme a bautizar el escenario principal. ¿Tendré que pagar derechos?

Gracias a Julio Iglesias por ser una fuente constante de inspiración. Un crimen no sería el mismo sin el aderezo de sus canciones.

Creo que hasta aquí llegan las apropiaciones culturales, pero si el lector detectara alguna más, le daré la razón sin dudarlo.

Gracias a Toni, Miriam, Kike, Javi, Jordi y Tona por atreverse a leer el primer borrador *definitivo* que estaba bastante mal escrito.

Gracias a mis hermanos Yolanda y Pedro y a mi cuñada Carmen por lo mismo.

Tuve muy en cuenta sus puntos de vista. Como muestra, un botón: el título de la novela lo elegisteis vosotros.

Gracias a Tori por sus puntos de vista, que han servido para afilar la última.

JOTA PERRICO (Barcelona, 1974). Antes de ser escolarizado, le enseñaron en su casa a leer. Desde niño escribió relatos, algún poema anodino y una novela de la que no se siente orgulloso. Ganó varios premios literarios en su juventud pero, por desgracia, la mediocridad de la vida diaria le empujó a abandonar su afición. En los últimos años ha retomado su antiguo vicio, entregándose a una febril actividad. *A la hora de los Monstruos* es su primera novela «oficial» que se complementará con el volumen de relatos *Perlas de Isla Encanta*.